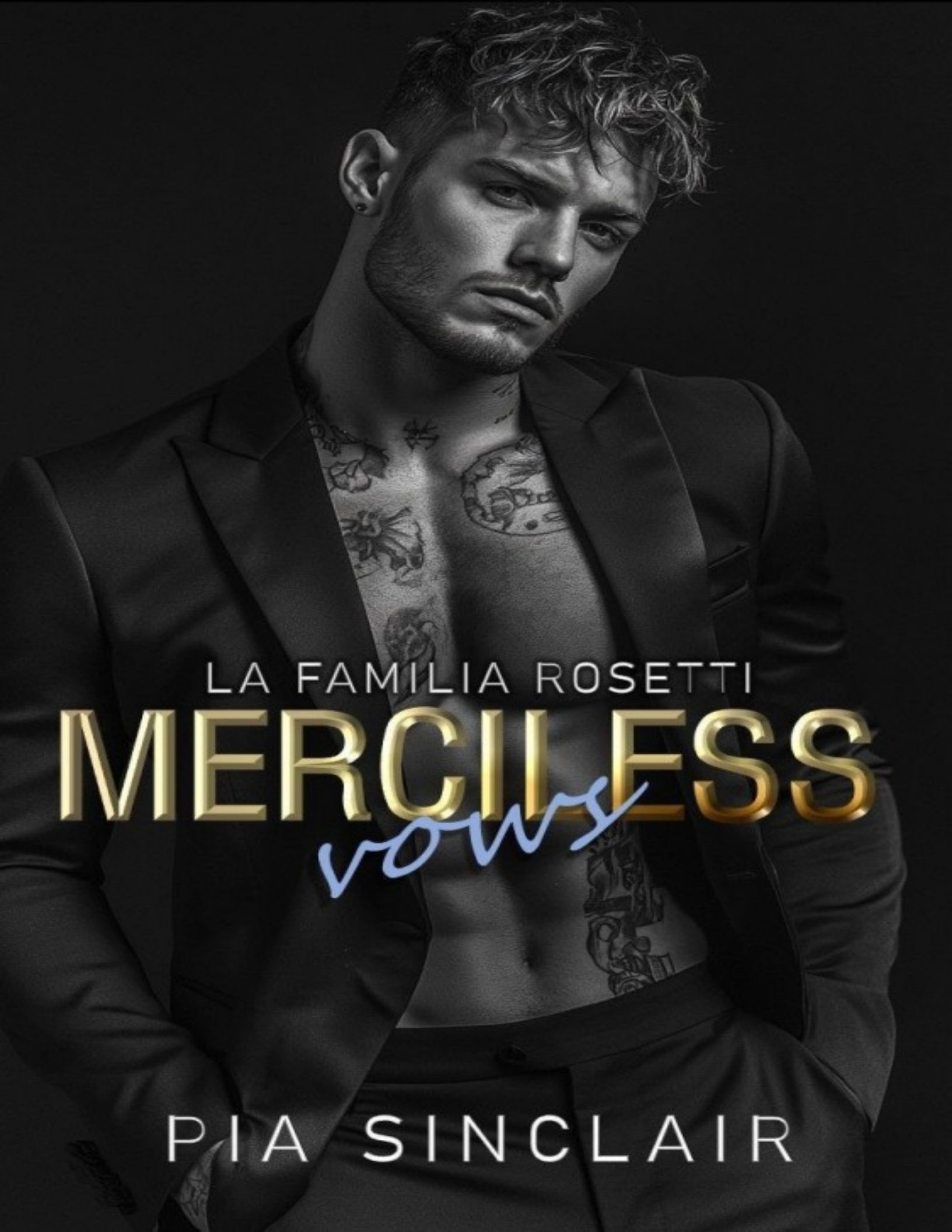

LA FAMILIA ROSETTI
MERCILESS
vows
PIA SINCLAIR

Merciless Vows

Pia Sinclair

Copyright © 2025 di Pia Sinclair

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma sin la autorización escrita del editor o de la autora.

Contents

1. Rafaele
2. Sloane
3. Sloane
4. Rafaele
5. Sloane
6. Rafaele
7. Sloane
8. Sloane
9. Rafaele
10. Sloane
11. Rafaele
12. Rafaele
13. Sloane

14. Sloane
15. Rafaele
16. Sloane
17. Sloane
18. Rafaele
19. Sloane
20. Rafaele
21. Sloane
22. Rafaele
23. Sloane
24. Rafaele
25. Sloane
26. Rafaele
27. Sloane
28. Rafaele
29. Sloane
30. Rafaele
31. Rafaele
32. Sloane
33. Rafaele
34. Sloane

35. Epílogo - Emilio

1

Rafaele

Un callejón junto a la FDR no es mi primera elección de lugares para estar, especialmente en enero, pero los Callahan me pidieron que los encontrara aquí. A las 8:45, estoy apoyado contra una pared de ladrillos, fuera de vista y temprano como siempre. Hundo la punta de mi bota en un montón de basura y espero. El frío muerde mis mejillas y dedos. Mi aliento empaña el aire como el humo de un cigarro barato. La chica llega tarde. Típico.

Les dije a los Callahan que la tuvieran aquí a las nueve, pero no escuchan, no saben cómo hacer las cosas bien. Ajusto mis guantes de cuero, cambio el peso de un pie al otro. No tengo nada contra ella. Todavía no, al menos. Podría hacerles un favor, deshacerme de ella. O podría salvarla. O simplemente dejarla con ellos. No he decidido. Soplo aire caliente en mis manos, lo veo flotar frente a mí. Me tienen parado en un callejón, en el frío helado, sin siquiera saber si haré el trabajo. Trabajo de aficionados.

Un motor de auto tose y se apaga. Una puerta se cierra de golpe. Está cerca. Me quedo quieto y espero. La nieve comienza a caer, pequeñas motas en mi abrigo. Se escuchan pasos. Rápidos, desiguales, acercándose. Me asomo por la esquina. Es bonita, con aspecto de estrella de cine, cabello rubio. Veintiocho años, quizás.

Nada extraordinario en ella, solo otra chica que se metió demasiado profundo con la gente equivocada. No siento lástima por ella.

Me recuesto contra la pared, me mantengo fuera de vista. Si la salvo, estoy pidiendo problemas. Los Callahan lo tomarán como una bofetada. ¿Me importa lo suficiente esta chica como para crear problemas con ellos? No es probable. Pero tampoco voy a hacer su trabajo sucio. No cuando no la conozco, y no cuando no les debo nada.

Ahora está cerca, parada en la entrada del callejón. Está confundida. Con frío. Sé que le dijeron que se reuniera conmigo, y debe estar desesperada para seguir adelante. Se ajusta el abrigo, escudriña las sombras. Los oigo moverse, a los Callahan. Se están acercando, pero ella no vale el esfuerzo que tomaría detenerlos. Me doy vuelta, listo para irme. Hay un sonido agudo, y luego ella está en el suelo. Le han disparado, hicieron un desastre. La sangre, roja como pintura, salpica la nieve.

Espero. Se alejan conduciendo, sin luces. Uno de ellos arroja una botella por la ventana. Han dejado el cuerpo en el callejón, como idiotas. Me agacho y observo. Nunca lo habría hecho así. Demasiado desordenado, demasiados testigos. No tienen habilidad, ni respeto por el trabajo. Miro a la chica. Tenía esa mirada en sus ojos, solo por un segundo. La he visto antes. Sabía lo que venía, sabía lo que la esperaba, pero lo enfrentó de todos modos. Algunos lo llamarían valiente, pero yo no. Lo llamo estúpido.

Estoy a punto de dejar el desastre de los Callahan cuando más pasos rebotan en el pavimento, haciendo eco en las paredes cercanas. No espero a nadie más, y el pensamiento acelera mi pulso. Me quedo quieto, ya trabajando ángulos en mi mente. Demasiado ligeros para ser policías. Demasiado pesados para alguien de mi mundo. Alguien más, entonces. Otra chica, tal vez. Me acerco justo cuando ella dobla la esquina. Destaca entre las sombras, diferente a todo lo de aquí, e inmediatamente la evalúo.

Significa más problemas. Puedo verlo, claro como el día.

Mide aproximadamente 1,65 metros, con cabello castaño oscuro suelto alrededor de su rostro. Ojos verdes penetrantes que atraviesan la noche y captan la luz. Su ropa es casual —jeans, botas, una chaqueta de cuero que insinúa curvas ocultas— pero las lleva con una clase de gracia que no ves en la mayoría de las mujeres. Como si no le importara un carajo lo que alguien piense de ella, pero con suficiente aplomo interior para hacer que su indiferencia parezca elegancia. Es una imagen de confianza y calma, pero no hay manera de que pertenezca aquí. No en mi mundo ni en una calle trasera de la FDR.

Mi cuerpo se tensa instintivamente, como siempre lo hace en presencia de un testigo inesperado. Pero hay algo diferente esta vez, un extraño calor extendiéndose por mi pecho, una tensión en mi estómago que no tiene nada que ver con la precaución. Mis ojos se detienen en la curva de su mandíbula, en la forma en que cae su cabello, en cómo sus labios se separan ligeramente mientras asimila la escena. Es jodidamente hermosa. No de una manera que debería importarme, pero lo hace.

¿Está perdida? ¿Los Callahan se equivocaron y enviaron a la chica equivocada? ¿Han enviado otra advertencia?

No me gustan los misterios. Doy un paso atrás hacia las sombras, tratando de entenderla. No es una amenaza, no por la forma en que se mueve. Camina como si no tuviera prisa, como si el frío no la tocara. Hay algo en ella que me golpea en el estómago. Inesperado. Fuerte.

Quiero protegerla. El sentimiento no tiene sentido en absoluto, y no puedo precisar qué es lo que la hace tan diferente del resto de esta escena. Pero lo es, y lo sé en el segundo que la veo. Está ahí en mi mente, tan clara como su silueta contra la oscuridad. Es algo especial. No estoy seguro de que me guste el pensamiento.

Se está acercando, y debería moverme. Podría seguir por la calle, pero si gira hacia el callejón y ve el cuerpo, todo el infierno se desatará. Si me quedo, estaré aún más enredado en algo que no quería para empezar. Debería dejarla, poner todo esto detrás de mí

antes de involucrarme. Pero estoy pegado al suelo, mis pies obedeciendo sus propias reglas. Cuando ella entra al callejón, no puedo apartar la mirada.

No puedo simplemente abandonarla.

Se detiene en seco, con los ojos tan abiertos como platos, verde brillante contra la oscuridad. Ve el cuerpo allí en la nieve, y toda su cara cambia. Shock. Horror. Tal vez incluso miedo. Está escrito por todo su rostro. Su boca se abre, como si estuviera tratando de gritar, o quizás pedir ayuda, pero nada sale. Yo también sé lo que es eso, cuando las palabras se atascan en tu garganta y no puedes respirar, mucho menos hablar. Debería salir de aquí, pero no puedo. Ni siquiera parpadeo.

Permanece allí, congelada en su lugar, con los pies pegados al pavimento. Y yo sigo observando, sigo escondido. Si mira alrededor, me verá. Si me ve, ¿entonces qué? Siento una extraña atracción, una necesidad abrumadora de ir hacia ella. Sacarla de aquí. Asegurarme de que esté a salvo. Los Callahan podrían volver en cualquier momento, recordando que tienen un maldito cuerpo que limpiar, y eso pondría a esta mujer directamente en su mira. Nunca pensé que me importaría lo que le suceda a una extraña, no en este tipo de trabajo, pero por alguna razón, no quiero ver a esta mujer tendida en el pavimento con su sangre derramándose a su alrededor.

Mira a la chica muerta, luego por encima de su hombro. No me ve, pero yo la veo, clara como el día. No sé quién es, pero ya está en mi sangre. Debería alejarme de esto, de ella. No lo hago.

Entonces hace su movimiento, una explosión de movimiento que no esperaba. Gira sobre sus talones, corre de vuelta por donde vino, sus botas golpeando el pavimento y haciendo eco en las paredes. Es rápida, pero yo soy más rápido. La sigo, con cuidado de mantener mi distancia. Su respiración se engancha en el aire frío, un ritmo brumoso que marca su pánico. Me acerco a ella, no tan cerca como podría estar, pero lo suficiente. Puede sentirme allí. Su cabeza se gira. Pánico. Casi la tengo, pero es ágil, esquivando mis brazos.

—¡Déjeme en paz!

No me detengo. No puedo. Está en problemas, y tengo que mantenerla viva el tiempo suficiente para averiguar por qué.

Ahora estamos fuera del callejón, en la calle vacía, el río cerca y negro en la noche. Está helando, pero a ella no le importa. Rompe su ritmo lo suficiente para mirar hacia atrás y me ve detrás de ella, su rostro marcado por el terror. Debería estar asustada. Yo lo estaría. Pero tiene agallas, tengo que reconocerlo. Disminuye la velocidad solo una fracción, lo suficiente para gritarme.

—¡No vi nada!

Su voz es clara, fuerte. Nada congelado en ella ahora. Va a seguir corriendo, y no puedo dejar que se aleje demasiado.

—¡Espere! —llamo.

No lo hace. Sale a toda velocidad, más rápido de lo que pensé que podría ir. Podría acortar la distancia, tener mis manos sobre ella en un segundo si quisiera. No quiero. No estoy tratando de asustarla. Solo quiero ayudar. Pero ella no lo sabe, no me conoce, y nunca va a detenerse si sigo persiguiéndola así. Acelero, lo suficientemente cerca para gritar.

—¡Deténgase! —digo—. No voy a hacerle daño.

Mi aliento empaña el aire entre nosotros. Me siento como un idiota tratando de hablar con ella mientras corre por su vida, pero nada de esto tiene sentido para mí de todos modos. Lo estoy improvisando sobre la marcha.

—¡Aléjese! —grita, todavía moviéndose, poniendo espacio entre nosotros.

No confía en mí, ¿y por qué lo haría? Acaba de encontrar un cadáver en un callejón y probablemente piensa que soy el asesino.

Pero no voy a dejarla ir, no sin saber quién es, por qué está aquí. Su respiración es irregular ahora, y por un segundo, creo que va a detenerse.

—¡Puedo ayudarla! —grito. Ella mira hacia atrás, sus ojos encontrando los míos en la oscuridad. Algo parpadea allí, un cambio.

Mi corazón late más fuerte de lo que debería para una simple persecución. Son esos ojos. Me han cautivado. Verdes como gemas

atrapando la débil luz de la calle. Incluso llenos de miedo, son impresionantes, vivos con un fuego que rara vez veo en las personas con las que trato. Ha pasado mucho tiempo desde que una mujer me afectó así, especialmente una que huye de mí aterrorizada. El deseo me golpea como un golpe físico. No solo atraparla, sino conocerla. Hacer que esos ojos me miren con algo que no sea miedo.

Me cree. Solo un poco, lo suficiente para disminuir la velocidad, para dejarme alcanzarla. No la toco, no todavía. Tiene que venir a mí, tiene que confiar en mí lo suficiente para dejarme entrar. Me detengo a unos metros de distancia, observándola desde una distancia segura. No está segura, no está segura de nada en este momento. Pero ya no está corriendo. Es la apertura que necesito. Doy un paso, lento y cuidadoso, como si fuera un animal salvaje que estoy tratando de atraer a mi mano. Sus ojos están fijos en mí, y no puedo apartar la mirada.

—Está a salvo conmigo —me oigo decir, las palabras saliendo más suaves de lo que le he hablado a alguien en años. Quiero alcanzarla, tocar su rostro, alisar ese cabello salvaje, sentir si su piel es tan suave como parece bajo las duras luces de la calle. El impulso es tan inesperado, tan inoportuno, que aprieto mis puños enguantados a los costados para mantenerlos quietos.

Entonces sale disparada, desaparece tan rápido como el pensamiento de ella. Está al otro lado de la calle y en la noche antes de que sepa lo que está pasando.

Pero sé que la encontraré de nuevo. Tengo que hacerlo. No solo porque es testigo de lo que sucedió en ese callejón, sino porque por primera vez en años, alguien me ha hecho sentir algo que pensé que estaba muerto dentro de mí. Algo peligroso. Algo que debería saber mejor que perseguir.

Mis pies comienzan a correr.

2

Sloane

El frío me atraviesa, brutal y cortante. Mis pulmones arden, mis piernas me suplican que me detenga. Sigo moviéndome, volando por una calle, desviándome hacia la siguiente. Bolsas de basura apiladas a lo alto de las aceras. Bicicletas encadenadas a las rejas oxidadas de los parques infantiles. Farolas que arden blancas contra la oscuridad. Sus pasos se hacen cada vez más fuertes, y va a atraparme. También va a matarme.

El rostro de Maddy aparece en mi mente. La conmoción en sus cálidos ojos cafés. La sangre formando un charco alrededor de su cuerpo mientras se desangraba en el suelo. No parece real. Nada de esto parece real. Ni siquiera la vi morir, pero de alguna manera su grito sigue resonando en mis oídos. No puedo dejar de escucharlo.

Me abro paso empujando a una pareja que sale de un bar. Una mujer con aliento a cigarrillo me grita cuando choco contra ella. El tipo que la acompaña maldice y se gira como si también fuera a perseguirme. Corro con más fuerza, luchando contra el dolor punzante en mi costado, ignorando la confusión de nombres de calles que apenas reconozco.

Ahora hay gente por todas partes. Risas y voces ebrias. Me escabullo entre la multitud, chocando contra un hombre con abrigo de lana, girando lejos de él y aterrizando con fuerza contra un auto

estacionado. No puedo sentir mis manos. No puedo sentir nada excepto el calor blanco de mi pulso, el raspón de mis tenis contra el asfalto, el pánico cegador. Mi pecho está a punto de estallar. Pero Maddy está muerta. Maddy está muerta, y no puedo dejar de correr.

Él sigue ahí. Lo suficientemente cerca como para jurar que puedo oírlo respirar.

Doblo otra esquina. Luces más brillantes. Más gente. La frialdad del aire nocturno, denso con humo y gritos. Tal vez pueda perderlo. Tal vez pueda vivir.

Una sirena suena cerca. El tráfico y el ruido aumentan hasta convertirse en una confusa maraña atronadora. Tropiezo, mis pies enredándose debajo de mí, pero de alguna manera sigo adelante. Una mancha de color en la distancia. El restaurante de 24 horas que Maddy adora, con el cupcake rosa neón brillando. Mi pecho se hunde con un sollozo. Tengo que llegar. Simplemente tengo que hacerlo.

Una mano se aferra a mi hombro, haciéndome girar. Grito. Un sonido salvaje y aterrorizado que desgarra mi garganta. Pateo la mano, me libero de ella y cruzo la calle corriendo. Más voces gritan. Las bocinas de los autos suenan. Mi pie se atasca en un bache, pero me mantengo en pie. Estoy escapando. De alguna manera, estoy escapando.

Paso la gasolinera y una hilera de tienditas nocturnas. El reflejo de mi propio rostro aterrorizado en las ventanas sucias. Labios azules por el frío. Cabello volando en todas direcciones. Una bufanda que me hace tropezar mientras se desliza de mi cuello. Mi cara, y luego la suya. Más cerca. Más cerca.

Me meto en un callejón estrecho, medio iluminado y lleno de botes de basura. Huele a desperdicios viejos y nieve. Los gritos de la calle se desvanecen hasta convertirse en un zumbido sordo. El sonido de sus pasos, tan cerca. Demasiado cerca.

Salgo por el otro lado, derrapando en la acera, y corro. Corro hasta que mis piernas ceden, y luego corro más. Mi visión se nubla. El mundo gira. No puedo respirar, no puedo ver, no puedo pensar.

Pero sigo viva.

Ese pensamiento me golpea como una descarga eléctrica. Sigo viva. Me doy vuelta bruscamente y miro detrás de mí. Los pasos han desaparecido.

Han pasado segundos. Horas. No puedo decirlo. Mi corazón todavía golpea contra mis costillas, rápido y salvaje. Pero la calle está vacía.

¡Vacía!

Reduzco la velocidad a un trote, luego a un paso, tambaleándome hasta la pared de una tiendita. Me apoyo allí, sintiendo los ladrillos fríos a través de mi chaqueta. Jadeo en busca de aire, tratando de recuperar el aliento suficiente para mover los dedos. Busco torpemente mi teléfono, con las manos temblorosas, entumecidas por el miedo.

Lo saco, marco el primer número que puedo. Un timbre apagado y bajo al otro lado. La policía. He llamado a la policía. Vendrán. Me ayudarán.

—No tu movimiento más inteligente.

Me doy vuelta de golpe, el teléfono se me resbala de los dedos y se estrella contra la acera.

Está aquí. El hombre que mató a Maddy. A no más de tres metros. Apoyado contra el edificio como si hubiera estado ahí todo el tiempo. Como si no me hubiera estado persiguiendo por las calles. Es mayor que yo. Treinta y tantos, quizás. Una maraña de rizos oscuros y una leve sombra de barba incipiente a lo largo de una mandíbula pronunciada. Una chaqueta de cuero sobre hombros anchos, sobre una camisa oscura y jeans aún más oscuros. Puedo ver un destello de metal, el cañón de una pistola asomándose desde su cintura.

La luz de la calle proyecta duras sombras sobre los planos de su rostro, captándose en sus ojos, de un azul sorprendente, frío como el hielo invernal pero de alguna manera ardiendo con intensidad. Mi pulso, ya acelerado, se dispara. El miedo se mezcla con algo que no quiero nombrar, algo que hace que mi piel se sonroje a pesar del aire helado.

—La policía no te ayudará —dice, enderezándose, con voz baja y áspera—. No con esto.

Podría matarme. Podría haberlo hecho ya. En cambio, está ahí parado, hablando, y no lo entiendo. No entiendo nada de esto. Mi respiración llega en ráfagas irregulares, dolorosas y superficiales. El aire frío quema mis pulmones, pero de repente soy consciente de otras sensaciones también, el leve aroma a cuero y algo picante que emana de él, la amplitud de sus hombros mientras cambia su peso, y la extraña electricidad que parece vibrar en el pequeño espacio entre nosotros.

—¿Quién es usted? —logro decir con voz ahogada—. ¿Por qué no ha... —Mi voz se quiebra—. ¿Por qué no ha...

—¿No he qué? —dice, casi divertido—. Eres más rápida de lo que pareces.

Lo miro fijamente. Todo da vueltas. Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que él puede oírlo, un tambor salvaje contra mis costillas. Da un paso más cerca, y me presiono contra la pared, atrapada entre los ladrillos y su presencia imponente. Se mueve con una gracia fluida que parece imposible para alguien tan sólido, y a pesar de mi terror, no puedo evitar notar cómo el cuero de su chaqueta se estira sobre sus hombros, cómo sus manos enguantadas se flexionan a sus costados.

—Usted la mató. —Sale como un susurro, mis palabras formando densas nubes en el aire helado—. Mató a Maddy.

Espero que lo niegue. Que se ría o diga que estoy loca o tal vez simplemente me dispare aquí mismo. Pero él solo se encoge de hombros.

—Fueron los Callahan —dice, observándome de cerca—. No yo.

Parpadeo, tratando de darle sentido a algo.

—¿Los quién?

Se acerca más, amenazante. Me estremezco pero mantengo mi posición. Mis rodillas se sienten como gelatina, pero de alguna manera sigo de pie. Capto su aroma nuevamente, cuero y especias con notas de tabaco y algo únicamente suyo. Es embriagador de una

manera que no tiene sentido, no cuando debería estar corriendo por mi vida.

—Los Callahan —dice de nuevo, más lentamente, como si estuviera hablando con una niña pequeña—. Ellos son los que mataron a su amiga.

Abro la boca, la cierro, luego la abro de nuevo. No sé qué decir, qué preguntar. Él espera, su mirada nunca dejando mi rostro. La intensidad de su mirada hace que el calor suba a mis mejillas, y me odio por ello. Odio cómo mi cuerpo parece traicionarme, reaccionando a él de maneras que no debería.

—¿Por qué me está diciendo esto? —finalmente logro articular.

—Porque me acusaste —dice, impasible. Puedo escuchar el zumbido constante del tráfico a lo lejos, el contraste discordante con la quietud sofocante que nos rodea. Mi corazón todavía late como un bombo.

—¿Entonces, no es un asesino?

Las palabras salen de mí a toda prisa. Espero su respuesta, apenas respirando. Mis puños se aprietan, esperando que responda. Cuando inclina la cabeza, noto la fuerte columna de su cuello, el pulso latiendo constantemente allí. Tan diferente de mi propio latido acelerado.

Inclina la cabeza y da un paso más cerca, evaluándome, deliberado.

—Nunca dije eso —dice, y tiemblo. Sus ojos no vacilan—. Pero yo no la maté.

Lo dice en serio. La seguridad en su voz, la forma en que mantiene mi mirada.

De alguna manera, le creo.

Mi cerebro trabaja a mil por hora. Nada tiene sentido. Estoy viva, pero Maddy está muerta. El hombre se mueve de nuevo, y la luz de la calle capta sus facciones desde un ángulo diferente. A pesar de todo, no puedo evitar notar lo guapo que es, de una manera peligrosa e inquietante. El tipo de guapo que advierte en lugar de

dar la bienvenida. Mi estómago se tensa con algo que no es solo miedo.

—¿Quién es usted? —pregunto de nuevo. Mi voz suena más firme esta vez—. ¿Cómo sabe quién...? —No puedo decir las palabras.

Inclina la cabeza. Sus ojos son oscuros e ilegibles. —Sé muchas cosas.

Voy a golpearlo. Estoy demasiado cansada para correr, pero todavía puedo golpearlo. —¿Como qué?

—Como que la policía no ayudará. Están en la nómina de los Callahan.

Mi boca está seca. —¿Y usted no?

—¿Parezco un policía?

—Parece un idiota.

Por un segundo, la sombra de una sonrisa. Luego desaparece. Se encoge de hombros de nuevo, como si todo esto no fuera nada. Como si la muerte de Maddy, perseguirme por media ciudad, aparecer aquí fuera solo un martes normal para él. Tal vez lo sea.

—Sé cómo mantenerte viva, si eso es lo que quieres —dice.

—Quiero saber por qué me está ayudando.

Sus ojos atrapan los míos, sosteniéndolos, desafiándome a mirar hacia otro lado. —Me interesas —dice—. O valiente o estúpida.

—¿Y usted es... qué? —lo desafío—. ¿Tratando de descifrarme?

—Tal vez. —Suena como si estuviera disfrutando de esto. Quizás soy la primera cosa interesante que le ha pasado en mucho tiempo.

Mis labios se curvan en una mueca de desprecio. —No me respondió. ¿Quién es usted?

Esta vez, una sonrisa completa. Un destello de dientes blancos. No llega a sus ojos, pero de alguna manera es más real que cualquier otra cosa que haya ocurrido esta noche. Transforma su rostro, suavizando los bordes duros lo suficiente como para hacer que se me corte la respiración. —Alguien que sabe más que tú —dice, exasperantemente vago.

Cruzo los brazos sobre mi pecho, tratando de aparentar que no me estoy congelando. Tratando de ignorar cómo esa sonrisa me

afecta, cómo envía un calor no deseado que se extiende por mis venas. —¿Y quiere compartir todo ese conocimiento útil... por qué?

Me mira fijamente por un largo momento. Lo suficientemente largo como para pensar que tal vez ha cambiado de opinión. Que quizás ahora sí me disparará, me dejará en la acera con mi teléfono roto y la estúpida creencia de que no iba a matarme.

En cambio, gira sobre sus talones y se aleja. —Ven conmigo si quieres saber.

Debería quedarme aquí. Esperar a la policía que él dice que nunca vendrá. Llamar a alguien. Correr más.

Pero el nombre Callahan resuena en mis oídos.

El callejón está más oscuro de lo que recordaba. Ya está a mitad de camino cuando empiezo a seguirlo.

No disminuye la velocidad, no se da vuelta, pero puedo sentir su satisfacción. Mis pies se mueven por sí solos, atraídos hacia él por alguna fuerza que no entiendo. Cada paso más cerca de él hace que mi pulso se acelere, y no solo por miedo. Hay algo magnético en él, algo que me atrae a pesar de que todos mis instintos me gritan que corra en la dirección opuesta.

Lo odio un poco por eso. Y por hacerme creer que podría tener respuestas.

Está helando, pero estoy sudando. Acabo de correr una maldita maratón.

—¿No estás tan en forma como pensabas, eh? —Suena divertido, el idiota—. ¿Necesitas que te cargue?

Me detengo, lanzándole mi mejor mirada fulminante. Está de pie bajo una farola, su aliento formando niebla a su alrededor. La pistola en su cintura todavía a plena vista. Por un segundo, considero dar marcha atrás. Considero probar suerte por mi cuenta, sin él.

—Estás congelándote —dice, como si no lo supiera—. Ponte esto.

Algo vuela por el aire y cae a mis pies. Es su chaqueta de cuero. Ahora solo lleva una camiseta. Una camiseta realmente buena que muestra el tipo de músculos que una persona normal no debería tener. Trato de no mirar cómo la tela se estira sobre su pecho, los

brazos definidos ahora expuestos al frío. Ni siquiera tiembla, y me pregunto si algo le afecta en absoluto.

—Estoy bien —digo, con los dientes castañeteando.

—Valiente y estúpida, entonces —responde, impasible.

—No me estoy congelando —insisto—. Solo... tengo algo de frío.

Soy una pésima mentirosa. Pero de alguna manera, no le tengo miedo. Debería tenerlo. Maddy está muerta, pero no tengo miedo.

—Algo de frío —repite, y no puedo decir si está a punto de reírse o llamarme una ambulancia.

Recojo la chaqueta. Huele a cuero y humo de leña. Meto mis brazos en las mangas. Está caliente. Y pesada. Lleva su calor corporal, su aroma envolviéndome de una manera extrañamente íntima. Trato de ignorar cómo se siente el forro contra mi piel, todavía cálido por él, cómo el solo hecho de usar su chaqueta me hace sentir a la vez protegida y totalmente vulnerable.

—¿Mejor? —Ahora está burlándose.

—¿No tiene otras chicas a quienes molestar? —pregunto, alcanzándolo.

—No esta noche.

Empieza a caminar de nuevo, sin esperar a ver si lo seguiré.

El resto del camino es tranquilo. Las farolas parpadean sobre nosotros. Una anciana pasea un perro pequeño y ladrador al otro lado de la calle. Es tan normal que casi parece extraño. Mi corazón todavía no se ha desacelerado, y soy muy consciente de él a mi lado, de sus pasos medidos, de la forma en que escanea nuestro entorno, del calor que parece irradiar de él a pesar del aire helado.

—¿Ya llegamos? —pregunto después de lo que parecen horas.

Mis piernas son de goma, mi respiración sale en ráfagas nebulosas.

—Realmente no sabes dónde estás, ¿verdad?

Lo dice como si fuera algún tipo de debilidad, como si no tener sentido de la orientación fuera peor que huir de un asesinato. Mis mejillas se sonrojan, pero ya sea por vergüenza o por el frío, no puedo decirlo.

Doblamos otra esquina, y me doy cuenta de que de alguna manera estamos en medio de SoHo. El hombre toca el timbre del edificio más bonito de la cuadra y sostiene la puerta, dándome una última oportunidad de echarme atrás.

—¿Vienes? —pregunta.

No es el antro destartalado que esperaba. Enorme, para esta zona. Austero. Una verdadera fortaleza anidada entre cafés bohemios.

—No lo creo. —De repente, esto parece una terrible idea. Mi cuerpo está medio congelado, mi mente completamente bloqueada, y estoy entrando al departamento de un hombre que posiblemente acaba de matar a mi mejor amiga. Definitivamente no debería hacer esto.

El hombre levanta una ceja y me lanza una mirada por encima del hombro. —Como quieras.

Justo cuando la puerta se está cerrando, extiendo la mano y la agarro, abriéndola de golpe, y luego sigo al hombre musculoso de la camiseta hasta su fortaleza. Nuestros dedos se rozan accidentalmente mientras ambos alcanzamos la puerta, y una descarga de electricidad sube por mi brazo. Él también lo nota. Veo su mandíbula tensarse, el ligero corte en su respiración. Nuestros ojos se encuentran por un latido demasiado largo.

La puerta se cierra detrás de mí con un suave clic.

Soy muy consciente de que acabo de atraparme voluntariamente con un extraño peligroso. Aún más inquietante es darme cuenta de que, a pesar de todo —a pesar de Maddy, a pesar de la pistola en su cintura, a pesar de su admisión de que es un asesino— me siento más segura con él que en toda la noche. El pensamiento debería aterrorizarme. En cambio, envía un tipo diferente de escalofrío por mi columna.

3

Sloane

El apartamento es como una parte de él, enorme, simple y construido para soportar cualquier cosa que se le presente. Pero también hay otro lado: una especie de historia oculta en los suelos desgastados y una calidez sorprendente en el suave resplandor de las lámparas. Huele a cuero viejo con un toque de tabaco. Quizás sea algo más que un duro noctámbulo.

Absorbo cada pequeño detalle, anclando mi miedo, aunque debería sentirme aterrorizada. En cambio, él parece la solución, no el problema.

—¿Vives aquí solo? —pregunto.

Me mira de reojo y, por un momento, me pierdo en esos ojos pálidos y vigilantes. Mi pulso se acelera cuando su mirada se encuentra con la mía, y me sorprende lo profundo que es realmente el azul. Tan cerca, puedo captar su aroma, algo amaderado y penetrante, con matices de una colonia cara que probablemente cuesta más que mi renta.

—No. No vivo aquí en absoluto. Este es solo mi lugar en la ciudad, para cuando necesito alejarme de mi familia.

Su familia. El pensamiento resuena débilmente dentro de mi cráneo. Tiene una familia. Probablemente también tiene un nombre, aunque todavía no se lo he sacado. Estoy hiperconsciente de su

presencia, del espacio que ocupa en la habitación. El aire entre nosotros parece cargado, electricidad estática esperando el momento adecuado para saltar.

—¿Quién eres? —pregunto.

—Rafaele Rosetti —dice, observándome, monitoreando mi reacción.

El nombre se extiende por todo mi ser. Rosetti. Incluso yo conozco ese nombre. Mi papá lo conocería mejor, de sus días en la policía. Se me seca la boca y trago con dificultad.

—¿Se supone que debo saber quién es? ¿Estás en la televisión o algo así?

Él se burla, luego se desliza a la siguiente habitación sin responder. Lo sigo lentamente, observando los muebles robustos y las impactantes fotografías en blanco y negro en las paredes. El silencio entre nosotros está cargado de palabras no dichas, con una tensión que parece crecer con cada paso que doy hacia él.

—Aquí —dice mientras reaparece con una taza de té, su pequeña nube de vapor bailando. Su voz retumba baja y constante, y la pausa entre sus palabras se siente como un soplo de aire fresco—. Para ayudarte a relajarte.

Extiende la taza y nuestros dedos se rozan cuando la tomo. Una descarga de calor sube por mi brazo, inesperada y desarmante. Su expresión no cambia, pero noto la sutil tensión de su mandíbula, la leve dilatación de sus pupilas. Él también lo sintió.

No puedo evitar preguntar: —¿Es aquí donde me matas también?

El desafío se me escapa, mezclado con mi desesperada necesidad de respuestas. Mi corazón late rápidamente, en parte por miedo y en parte por algo más que no quiero nombrar.

Sonríe levemente y responde: —Si te quisiera muerta, no habría preparado té. —Ofrece la taza y, con un juguetón movimiento de cabeza, añade—: ¿Manta?

Mis dedos se calientan en la taza, y por un momento, el simple confort me estabiliza. Estoy lo suficientemente cerca para ver la tenue barba incipiente a lo largo de su mandíbula, la pequeña

cicatriz sobre su ceja izquierda. Su presencia llena la habitación, poderosa pero contenida.

—Necesito respuestas —digo sin rodeos.

Se desliza en un sofá de cuero agrietado. —Primero, dime tu nombre —dice. Su voz es más baja ahora, casi íntima en el tranquilo apartamento.

Hago una pausa por un minuto, pero no parece tener sentido mentir. Y él parece el tipo de persona con suficientes recursos para encontrar la verdad de todos modos.

—Sloane Carter —le digo—. ¿Cómo sabías que eran los Callahan?

—Los vi —responde con un tono pragmático—. Camioneta blanca. Difícil de perder.

—¿Y no los detuviste? —insisto.

—No meto mi nariz donde me la puedan morder —toma una manta vieja y gastada de un sofá de aspecto antiguo y me la lanza —. Tú tampoco deberías —añade suavemente.

Aprieto más la taza, y entonces la pregunta sale, cruda y sin filtro:

—¿Por qué lo hicieron? ¿Qué les hizo Maddy?

Se inclina más cerca. —Se involucró con gente equivocada. Tomó malas decisiones. Malos amigos.

Lo miro fijamente, sintiendo el calor en mis mejillas. Su proximidad hace difícil pensar con claridad. Huele a peligro y seguridad al mismo tiempo, y odio lo mucho que quiero inclinarme hacia él a pesar de todo.

—Yo soy su amiga. ¿Entonces por qué sigo viva? —pregunto.

—Llegaste tarde —responde de manera contundente.

Las palabras me golpean, desconcertantes en su simplicidad. Nada tiene sentido ahora mismo. Debería estar asustada, pero aquí estoy, tomando té con un asesino confeso. Lo más extraño es lo segura que me siento en su presencia, cómo mi cuerpo me traiciona queriendo acercarme a él en lugar de alejarme.

—¿Eres parte de esto? ¿Por eso sabes tanto? —pregunto.

Hace una pausa, y por un momento, el espacio entre nosotros se siente cargado de preguntas no dichas. Nuestras miradas se encuentran, y la intensidad en sus ojos hace que me falte el aliento.
—¿Realmente importa? —responde.

—¿Eso cuenta como un sí?

Inclina la cabeza hacia el pasillo. —La cama está por aquí, si estás lista.

Una parte de mí quiere correr, escapar antes de que todo se desmorone. Pero no soporto la idea de poner un pie fuera en la oscuridad de la noche, rodeada de asesinos y el recuerdo del cuerpo sin vida de Maddy. Así que lo sigo, caminando por el pasillo como un cordero al matadero. Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que él puede oírlo, el ritmo traicionando emociones que no quiero reconocer.

—¿En serio me vas a dejar dormir? —pregunto.

—No necesito que te desmayes en mi piso —dice con ironía, sosteniendo la puerta abierta y asintiendo hacia la cama.

Mis piernas vacilan como si el suelo pudiera ceder bajo mis pies, pero entro en la pequeña y espartana habitación. Es aún más vacía que el resto de la casa. Una simple cómoda, una silla solitaria y una sola lámpara que proyecta sombras suaves y danzantes.

—Gracias —susurro, sin estar muy segura de por qué le estoy agradeciendo.

—No lo menciones —responde casualmente.

Me siento al borde de la cama, sintiendo cómo el peso del día cae sobre mí como una sábana pesada. La puerta se cierra tras él, y sus pasos se desvanecen hasta que me quedo sola con mis pensamientos.

Mi cabeza golpea la almohada, y pronto el agotamiento me arrastra al sueño, a un paisaje onírico mezclado donde las imágenes parpadean: el rostro de Maddy, un muro frío de concreto, los ojos de Rafaele Rosetti tan azules como un amanecer de invierno.

El pánico intenso no llega hasta bien pasada la medianoche.

Es una habitación de sombras asfixiantes, tendidas espesas en el suelo, pesadas sobre mi pecho. Me despierto ahogándome. Su nombre está atrapado como bilis en mi garganta. Maddy. Mi cuerpo se siente pegado a las sábanas, el colchón como arenas movedizas debajo de mí. Sus ojos, inmóviles y fríos. Estoy muriendo allí mismo con ella. Me caigo de la cama, jadeando, con la piel ardiendo. Cada latido es un eco de su nombre. Me traga por completo. Maddy.

Me siento en el suelo, con el corazón latiendo fuertemente. Está muy oscuro. Demasiado silencioso. El aire está aplastando mis pulmones y tengo que arrastrar una respiración tras otra. Todavía puedo verla. El cabello extendido sobre el concreto. Su collar de plumas favorito, plateado sobre rojo. Es entonces cuando llega el grito, desgarrándome la garganta. Suena crudo. Destrozado. Me empujo el puño contra la boca.

Las sábanas se adhieren a mí, empapadas de sudor. Las arranco, me arrastro por el suelo, pero toda la habitación está llena de ella. Presiono mis palmas contra mis oídos, apretando los ojos. No puedo bloquearla. Está ahí conmigo, y no lo está. Solo hay vacío. Estoy tan jodidamente sola.

Tropiezo hasta ponerme de pie, enredándome con las sábanas. Mi piel está en llamas, brillante de fiebre. Me está quemando la vida. Atravieso la puerta y salgo al pasillo.

La casa está oscura, excepto por una luz tenue en algún lugar a lo lejos. Hace frío y está vacía, y mi respiración hace eco contra las paredes. Aprieto la manta contra mi pecho, la arrastro detrás de mí como un fantasma. Me siento como uno. Nada más que una cosa hueca y embrujada.

Sigo moviéndome, con las piernas inestables debajo de mí. No hay nada más que sombra, solo habitación tras habitación. Me presiona, afilada como hueso. Su nombre late como sangre a través de mí. Lo susurro entre respiraciones. Maddy. Pero no es suficiente. No lo bastante fuerte. Ni siquiera real.

Entonces, de alguna manera, encuentro una puerta. Está cerrada, pero eso no me detiene. Giro el pomo, lo abro y ahí está él. Ni

siquiera sé si estoy más aterrorizada o aliviada.

Rafaele.

Su espalda está hacia mí. Las sábanas apenas cubren sus hombros, como si incluso durmiendo no pudiera soportar sentirse atrapado. La habitación huele a él, cálido y penetrante, y puedo saborearlo en la parte posterior de mi garganta. Me llena la boca.

Doy un paso adentro, arrastrando la manta conmigo. Mis dedos tiemblan en el pomo de la puerta, y lo suelto antes de perder los nervios. La puerta se cierra detrás de mí, y el clic es fuerte. Casi me doy la vuelta, casi me voy, pero entonces recuerdo los ojos de Maddy. Cómo se veían. Fríos y vacíos, pero viéndolo todo.

Él no se ha movido, no me ha oído todavía. Su respiración es constante, los hombros subiendo y bajando con ella. Miro por largo tiempo, esperando que el valor me llene. No lo hace. Es un agujero que nunca se llena. Así que tomo el camino cobarde.

Me deslizo en la cama junto a él, bajo el borde de su manta. Está boca abajo, con la cara enterrada en la almohada. Su cabello se derrama sobre ella como tinta, y mis dedos pican por tocarlo. Por tocarlo a él. Cualquier cosa para saber que no soy la única que todavía respira.

Su espalda es ancha, y no hay suavidad en él, ni siquiera dormido. Me quedo suspendida allí, queriendo presionarme contra él, queriendo desaparecer, queriendo...

—¿Qué demonios?

Ya se está dando la vuelta. Me quedo quieta, atrapada como una niña escabulléndose después del toque de queda. Quiero fundirme con el colchón. Quiero que me trague.

—¿Sloane? —Mi nombre suena extraño viniendo de él. Demasiado íntimo—. ¿Qué demonios estás haciendo?

Todavía estoy temblando. Desearía no estarlo, pero mi cuerpo aún no se ha puesto al día con mi cerebro. Se siente frágil. —No podía dormir —digo. Suena estúpido—. Pensé que tal vez...

—Vuelve a tu habitación. —Ahora está completamente despierto. Enfadado, con las cejas fruncidas en una línea dura.

—Ni tú deberías —le digo antes de poder contenerme.

Es verdad. Es como un oscuro dios de la guerra, fuera de lugar en el espacio mundano de un dormitorio. No entiendo mi propia reacción: debería estar aterrorizada de él, huyendo, no subiéndome a su cama. Pero hay algo en él que me atrae, que me hace sentir más segura de lo que debería.

Se sienta, todo bordes afilados. No me muevo, y puedo ver cómo lo procesa. Midiendo cuán terca cree que seré. Su pecho desnudo es un paisaje de músculos delgados, tatuajes y cicatrices tenues, iluminado por la luz tenue que se filtra a través de las persianas. La visión de él hace que mi boca se seque, que mi corazón se acelere por razones que no tienen nada que ver con el miedo.

—Fuera —dice—. Ahora.

Su voz es baja y peligrosa, pero no me importa. Hay algo más también: un destello de calor en sus ojos cuando me recorren, deteniéndose por un momento demasiado largo.

—Tuve una pesadilla —digo.

Es más que eso, pero no sé cómo explicarlo. Su proximidad es embriagadora, una droga que no debería desear pero que no parezco resistir.

—Sigue sin ser mi problema.

Está mintiendo. Puedo verlo en la tensión de su mandíbula, en la forma en que sus puños se aprietan en las sábanas. Le importa, aunque no quiera.

—Maddy está muerta —suelto de golpe. Las palabras saben a veneno—. Su cuerpo...

Pero no puedo terminar. Mi garganta se cierra de nuevo. Me envuelvo con la manta, alrededor de mis hombros esta vez, escondiéndome en ella. Es la única forma en que puedo respirar. Sueno débil y pequeña, y me odio por ello.

Él exhala, se frota la mandíbula con la mano.

—Estás jodidamente loca —murmura.

—Probablemente. —Escucho el borde desquiciado en mi voz, sé que él también lo escucha—. No podía soportarlo. —Hago una

pausa, trago con dificultad—. Estar sola.

—Eso no significa que puedas irrumpir aquí —dice, todavía enojado.

Se pasa una mano por el pelo, y veo cómo sus músculos se agrupan y flexionan con el movimiento. Siento cada centímetro de la cama, cada centímetro de él. Un pulso de calor me atraviesa, asentándose en mi vientre. No debería estar reaccionando así ante él, no cuando estoy de luto, no cuando me está alejando. Pero no puedo evitarlo.

—Necesito quedarme. —Suena desesperado. Lo es—. Necesito...

—Necesitas irte.

Su rostro es una máscara de conflicto: ira luchando contra algo que parece casi hambre. Se acerca más y, por un momento, su mirada cae a mis labios. Se me corta la respiración, anticipación vibrando a través de mí como electricidad. El aire entre nosotros es denso, cargado de una tensión que no tiene nada que ver con la ira.

Por un instante, creo que va a besarme. Su aliento acaricia mi rostro, cálido y tentador. Mis ojos se cierran y me balanceo hacia él, atraída por un magnetismo que no puedo explicar.

Luego retrocede bruscamente, como si se hubiera quemado. El momento se hace añicos.

Me agarra la muñeca, tirando de mí hacia el borde de la cama. Piensa que soy frágil.

—No. —Me libero de su agarre, con el corazón latiendo más rápido—. No lo haré. No lo haré.

Parece que podría sacudirme. O tirarme sobre su hombro y arrojarme de vuelta a esa pequeña habitación él mismo.

—Dios, Sloane.

Me aferro a su brazo, con fuerza. Mis dedos registran el calor de su piel, el músculo sólido debajo. El contacto envía una chispa a través de todo mi cuerpo, y por la forma en que sus pupilas se dilatan, sé que él también lo siente.

—Por favor.

La palabra se siente como aserrín en mi boca.

Sus ojos se estrechan, y veo el momento en que su voluntad se desmorona. Me suelta, disgustado. Consigo mismo, o conmigo. Tal vez ambos. No me importa, mientras pueda quedarme.

La manta se desliza de mí mientras me recuesto. Está fresca sobre mi piel, contra el calor húmedo. Él se siente como un fuego junto a mí, salvaje y consumidor. Comienzo a temblar de nuevo, y mis dientes chocan entre sí, un frenético redoble en mi cabeza.

—¿Vas a estar así toda la noche? —pregunta, alejándose, pero no puedo decir si es para no tocarme o si es para ver mejor lo destrozada que estoy.

—Probablemente.

—Eres un maldito desastre.

Trata de sonar duro, pero puedo escuchar la resignación debajo. Es casi alivio. Me trago la risa que burbujea en mi garganta, y sabe a histeria.

Entonces, de alguna manera, todo se está volviendo al revés. El miedo todavía está ahí, el terror y el pánico, pero están cambiando de forma. Convirtiéndose en otra cosa. Algo hambriento.

Es Rafaele. Tan cerca que puedo sentir el calor que emana, sentir el ritmo salvaje y poderoso de él. Puedo olerlo, esa mezcla embriagadora de cuero y almizcle y algo más oscuro que me hace dar vueltas la cabeza. La sábana susurra entre nosotros, una barrera demasiado delgada.

Y entonces mis manos están sobre él.

Se sobresalta, sorprendido, pero ya estoy ahí. Es fuego bajo mi piel. Su pecho es duro bajo mis palmas, piel ardiendo caliente.

—Sloane —dice, como si estuviera seguro de que estoy perdiendo la cabeza.

Lo estoy. Lo he perdido todo, y no queda nada más que él.

Me siento a horcajadas sobre sus caderas, lo escucho contener la respiración, lo siento endurecerse debajo de mí. Todo mi cuerpo responde, vivo y eléctrico. Me atraviesa como una droga. El calor se acumula en mi vientre, y me mezo contra él, buscando fricción, buscando alivio de esta fiebre que crece dentro de mí.

Me inclino hacia adelante, lo siento a través de la tela delgada de sus shorts. Sus dedos se clavan en mis muslos, mitad tratando de detenerme, mitad acercándome más. Mis pezones se endurecen bajo mi camiseta, la tela de repente demasiado áspera, demasiado restrictiva. Quiero sentir su piel contra la mía, quiero ahogarme en la sensación.

—Sloane. —Suena diferente ahora. Sus ojos son oscuros y conocedores, las pupilas dilatadas por el deseo—. No quieres esto.

—Sí quiero. —Apenas puedo oírme por encima de los latidos de mi corazón—. Sí lo quiero.

Él duda, y sé que lo tengo. Me muevo de nuevo, más cerca, más cerca, encontrando su longitud caliente, sintiéndola tan cerca de mí. Mi cabeza da vueltas. Creo que me estoy ahogando.

Pero entonces me está empujando hacia atrás, duro y repentino.

—Para —dice, con un borde áspero en su voz—. Esto no va a pasar.

Su palma acuna mi mejilla por el más breve momento, su pulgar rozando mi labio inferior en un toque tan tierno que rompe algo dentro de mí. Nuestros ojos se encuentran, y veo la batalla que se libra dentro de él: el deseo luchando contra una especie de honor retorcido.

Mi mente está dando vueltas, mi cuerpo poniéndose al día. Quiero volver a subirme encima de él, pero la forma en que me mira, tan seguro de que estoy perdiéndola, me detiene.

—No sabes lo que estás haciendo —dice, tratando de poner espacio entre nosotros. Todavía estoy jadeando. Temblando—. Sal.

Sus manos están en mis hombros, guiándome fuera de él, fuera de la cama. Se siente frío en todas partes donde no nos tocamos.

—Vete —dice de nuevo.

Pero todo lo que puedo pensar es que lo voy a conseguir. De una forma u otra.

Lo voy a conseguir.

4

Rafaele

La escarcha de la mañana temprana se aferra a las ventanas de la cocina. Enciendo la cafetera, su clic más fuerte que un disparo en la habitación vacía. Estoy solo, pero mis pensamientos son como sombras, me siguen a todas partes. La chica está arriba, dormida. Debería haberme ido. Debería haberme esfumado en la noche como siempre lo hago, pero aquí estoy, todavía pensando en ella.

Anoche se metió en algo que la superaba. Su mejor amiga muerta en un callejón, a solo unas cuadras de aquí. Un gran desastre de los Callahan. Lo más sensato habría sido desaparecer. Pero la mirada en sus ojos me detuvo. Podía verla quebrarse, y por primera vez en años, me importó. Quizás por eso le impedí llamar a la policía. Le estaba haciendo un favor, por alguna maldita razón desconocida. Los policías no encontrarían nada, y ella terminaría con una diana en la espalda.

Me paso una mano por la cara. Parece papel de lija. No he dormido, no realmente.

Intenté no recordar cómo se metió en mi cama. Dios. Casi me convence. Acababa de empezar a dormirme cuando sentí el colchón moverse bajo mi cuerpo. Pensé que estaba soñando al principio, pero cuando abrí los ojos, ella estaba ahí, subiéndose encima de mí. Toda suave y cálida, su cabello derramándose sobre mi pecho. Una

promesa dulce y tentadora que sabía perfectamente que debía ignorar. Estuve a una fracción de segundo de perder el control, de hundir mi verga en ella y hacerla gritar mi nombre. Casi lo hago, además. Habría sido tan fácil ceder, dejar que convirtiera todo ese dolor y conmoción en lujuria. Estaba justo ahí, lista, y Dios, cómo la deseaba.

Sin embargo, no era correcto. Me obligué a parar, la mantuve a distancia incluso cuando se sentía como una tortura.

La chica era algo especial. Me dejó duro toda la noche, incluso después de masturbarme. Debería estar acostumbrado a esto ahora, a alejarme, a dejarlas con ganas, a poner distancia entre ellas y yo. Pero ella es diferente. Llegó hasta mí, y aquí estoy por la mañana, todavía pensando en ella.

Me sirvo una taza y me siento a la mesa. Es bonita. Fuerte, pero demasiado confiada. Así es como la gente termina muerta en este mundo. Hace unos meses, la habría dejado en el callejón y habría olvidado que existía. Ahora estoy sentado aquí como un idiota.

El piso cruje sobre mí. Está despierta.

Me preparo mentalmente, sorbo mi café. Me pregunto si hoy me mirará diferente. Si finalmente se dará cuenta de que debería estar asustada. Entonces recuerdo anoche, cómo ni siquiera se inmutó cuando abrí la puerta de mi apartamento, y sé que no lo hará.

Ella entra en la cocina, sus pasos silenciosos pero firmes. Me ve y se detiene en seco, como si le sorprendiera que todavía esté aquí.

—Buenos días —dice. Su voz es pequeña, un poco quebrada en los bordes.

Asiento. —Buenos días.

Su cabello está suelto, un desorden oscuro sobre sus hombros. Sus ojos están rojos. Se frota las manos en los jeans, como si no supiera qué hacer con ellas. Terminan en la mesa, luego se alejan bruscamente.

—Yo, eh, no quise... —empieza—. Anoche, yo...

La interrumpo. No soy bueno en estas cosas. —¿Quieres café?

Ella vacila, luego asiente. —Claro.

Le sirvo una taza. Sus dedos rozan los míos cuando la toma. Espero que se estremezca, que se aleje, pero no lo hace. Sus manos están firmes. Una pequeña cicatriz en la izquierda se ve blanca contra su piel.

—Debería irme —dice después de un momento. Me mira, y tiene el dolor escrito por toda su cara.

—Te llevaré.

—No tienes que hacerlo.

—Lo sé.

Tomo otro sorbo de mi café. No me tiene miedo. Debería tenerlo, pero no lo tiene.

—Déjame vestirme y te llevaré a casa.

Parece que va a discutir, pero no lo hace. Puedo verla decidiendo, ver sus hombros relajándose. No confía fácilmente, pero confía en mí.

—Está bien —dice—. Gracias.

Dejo mi taza y me dirijo a las escaleras. Siento sus ojos en mi espalda todo el camino. Me cambio rápido, poniéndome una chaqueta de cuero y agarrando mi casco.

Cuando regreso a la cocina, ella está en la ventana, observando el mundo pasar. Está tranquilo. Frío. Se ve pequeña, como si se estuviera replegando sobre sí misma. No me oye de inmediato, y me sorprendo a mí mismo observándola.

Se gira cuando estoy a unos metros.

—¿Conduces moto? —pregunta, mirando el casco en mi mano.

—Sí. ¿Has montado alguna vez?

Niega con la cabeza. Hay un destello de algo en sus ojos. ¿Miedo? Tal vez. Pero no de mí.

—Seguro que sobreviviré.

—¿Tienes una dirección para mí?

Se muerde el labio. Me pregunto si va a cambiar de opinión, entonces me dice: —South 4th, en Williamsburg.

Asiento. —¿Estás lista?

Pone cara de valentía. —Eso creo.

—Vamos.

Nos dirigimos a la puerta, y noto que lleva puesta mi sudadera. Debe haberla agarrado esta mañana, cuando buscaba algo para cubrir la camiseta de anoche. No digo nada. Le queda bien.

El aire muerde cuando salimos. Mi moto está estacionada a unos metros, luciendo solitaria en la calle vacía. Ella se queda ahí, mirándola como si no estuviera segura de en qué se ha metido. Le entrego el casco.

—Póntelo —digo—. Y agárrate fuerte.

Duda, luego se lo pone en la cabeza. Me subo, enciendo el motor y la siento subirse detrás de mí. Sus manos están tímidas en mi cintura.

—Estarás bien —le digo.

Por alguna razón, la imagen de su rostro afligido anoche en mi cama me hace querer tranquilizarla, consolarla. No sé por qué me importa.

La moto ruge con vida, y nos vamos. El viento pica, y siento que su agarre se aprieta. Nos deslizamos por las calles, la ciudad despertándose a nuestro alrededor. Es ligera contra mi espalda, cálida y viva. Es demasiado fácil imaginarla conmigo, pretender que esto no es solo un viaje a casa.

Williamsburg llega rápido. Me detengo frente a un viejo edificio de apartamentos, del tipo con un timbre roto y pintura descascarada. Mala seguridad. Los Callahan podrían entrar aquí cuando quisieran.

Ella se baja, y la veo forcejear con el casco. No la ayudo. No confío en mí mismo para acercarme tanto.

—Gracias —dice, devolviéndomelo.

—Sí.

Me mira, buscando algo. No sé qué encuentra, pero la hace sonreír, solo un poco. Es suficiente para hacerme desear poder quedarme.

—Cuídate —digo.

Asiente. —Tú también.

La veo entrar. Este es el final, me digo a mí mismo. La última vez que la veré.

Sí, claro.

Arranco la moto y me lanzo calle abajo, de regreso a un mundo que no debería incluirla. Pero lo hace.

Es lo primero en lo que pienso cuando llego al puente. Probablemente será lo último en lo que piense cuando llegue a casa.



La casa de Nanna es una explosión de ruido y desayuno. Las voces y el olor a huevos chocan entre sí. Me quedo cerca de la puerta, sintiéndome extrañamente fuera de lugar. Carmela me ve y se dirige directamente hacia mí, toda sonrisas y demasiada energía.

—¡Rafe, cariño! ¡Siéntate y come antes de que se enfríe!

Ella está en mi cara, y Dom está detrás de ella, ya preguntando sobre el ring de pelea.

No tengo tiempo para esto. Apenas tengo tiempo para dejar mi chaqueta de cuero en el respaldo de una silla antes de que me empuje un plato.

Carmela revolotea, mirándome con esos ojos grandes e inocentes.

—Necesitas comer, ¿sí? —Ella llama a todos "cariño". Es como un rayo de sol en una casa llena de nubes de tormenta.

—Está bien —digo.

Es lo más que logra sacar de mí. Me siento, huevos nadando en grasa. La mesa está llena. Emilio con sus ojos pegados a una laptop, Matteo lanzando esa moneda, la voz de Nanna elevándose sobre todo.

Dom es el más ruidoso. No su voz. Su presencia. Es todo negocios, siempre lo es.

—El Lower East Side ha estado tranquilo —dice Dom—. Nuestro acuerdo con los grupos de Chinatown se mantiene.

—No como el desastre en Red Hook —añade Matteo, su moneda aún moviéndose entre sus dedos—. Los Callahan están empujando a sus vendedores a nuestro territorio otra vez.

—Los contratos de construcción en Midtown son más importantes —responde Dom, su tono dejando claro que el asunto está resuelto —. Necesitamos que esos edificios estén terminados a tiempo. La oficina del alcalde está vigilando esos proyectos de cerca.

Nanna Toni le da una mirada dura a Dom. —Tu padre nunca dejaría que se perdiera territorio. Ni siquiera por contratos elegantes.

—Los tiempos cambian, Nanna —dice Dom, su voz firme pero respetuosa—. El dinero real ya no está en las esquinas. —Se gira hacia mí—. Rafe, ¿qué sabes sobre el ring de pelea?

—Él no sabe pelear, eso es seguro —interrumpe Matteo. Sonríe como el diablo y roba la mitad de los huevos de mi plato.

—Ya basta —dice Emilio sin levantar la vista—. Solo puedes decir estupideces si tienes cerebro.

—Mira quién habla —responde Matteo. La moneda se mueve rápido entre sus dedos, y sé que está a punto de mentir o comer o ambas cosas.

Dom los ignora. Me está observando. —El ring de pelea —dice—. ¿Alguna idea de por qué nos está desangrando?

—Siéntense y coman antes de que esa silla se enfríe —interrumpe Nanna. Es feroz como siempre, su voz cortando a través del ruido—. Todos ustedes necesitan comer.

Nos sentamos, pero la conversación no se detiene.

—¿Dónde está Leonardo? —pregunta Matteo con la boca llena de tostada.

—Luna de miel número tres —dice Emilio—, ¿o eso fue el mes pasado?

—Deberías saberlo, Fantasma —responde Matteo—. Tú sabes todo.

—Él y Eleanor están en Tokio —dice Dom, sin perder el ritmo—. Y Besa está en el Hotel Aman, donde yo debería estar. —Está hablando de su esposa, que es el único momento en que esos ojos fríos suyos tienen un pequeño destello de calidez.

—¿Hotel Aman? Eres un maldito cobarde, Dom —habría dicho Leonardo si estuviera aquí—. ¿Puedes durar dos horas sin ella, no?

Como mis huevos en silencio.

Debería estar en casa, o en el ring, resolviendo esto en paz. Pero no. Nanna nos ha llamado, y eso significa que te presentas, aunque te mate. Son las viejas costumbres. La familia. No te metes con la tradición.

El ring de pelea nos está haciendo perder dinero. Eso dicen, pero yo sé mejor. No se ha perdido. Ha sido robado.

Y sé quién tiene el cuchillo.

Los Callahan. Esto tiene su olor por todas partes. Apuesto a que es Chase haciendo una jugada rápida. Pero mantengo la boca cerrada. ¿Un rumor así? Empezará una guerra.

—Pasa el tocino, cariño —dice Carmela, sus ojos amplios y preocupados—. Quiero decir, si no estamos en bancarrota. Si todavía hay suficiente carne para repartir.

Lanzo el plato al otro lado de la mesa. —Estoy investigándolo —le digo a Domenico.

—¿Estás seguro?

La voz de Dom es aguda. No enojada, solo asegurándose. Asegurándose completamente.

—Sí.

—Sí —dice Matteo, con una risa escondida en su voz—. Está en ello como una erupción.

Le doy una mirada que podría matar. No estoy de humor, y él lo sabe. Vuelve a comer en un instante.

Dom se reclina, y el mundo se inclina con él. —Asegúrate de que sea así.

No confía en nadie, ni siquiera en mí. No hasta que lo demuestre. No hasta que le muestre que puedo evitar que nos desangremos.

¿Y yo? Me estoy preguntando sobre la chica muerta anoche. La amiga de Sloane. Los Callahan también están metidos en eso, y ahora me pregunto por qué.

Nanna corta todo con una mirada que podría derretir el vidrio.

—Ustedes, muchachos, hablan como viejas —dice—. Coman ahora, hablen después.

Pero no tengo ganas de comer. Tengo ganas de largarme de aquí.

Sloane. No puedo sacarla de mi cabeza. ¿Qué hace una chica como ella metida en todo esto? Tiene una diana en la espalda, pero ni siquiera lo sabe.

—¿Adónde vas? —pregunta Emilio, sin despegar los ojos de la pantalla.

—Sí —interviene Matteo—. ¿Dónde es el incendio, Rafe?

—Cállate —digo.

La casa se siente demasiado pequeña, demasiado abarrotada. Mi moto está esperando afuera, y ahí es donde necesito estar. Pero Sloane sigue en mi cabeza.

No tenía miedo. Debería haberlo tenido, pero no lo tenía.

Y esa es la parte que me hace sudar. Especialmente en ese edificio con seguridad de mierda que ella llama hogar.

Me levanto, y Carmela está de pie. Me abraza y me empuja más comida.

—Llévalo, cariño —dice—. Y cuídate. Te ves asustado.

—Eso va para todos ustedes —espeta Nanna—. Montón de payasos. Pónganse a trabajar.

Salgo por la puerta antes de que pueda decir más. Mi mente es un desastre, y necesito aclararla. Necesito averiguar qué están tramando los Callahan y cómo se relaciona con la amiga de Sloane.

El viaje es frío y cortante, la ciudad esperando una guerra. ¿Pero yo? Estoy pensando en una chica que no debería importarme en lo más mínimo.

5

Sloane

Me acurruco en mi cama, abrazando mis rodillas mientras el fantasma de Maddy se desliza en cada espacio entre mis extremidades. Siento su presencia en todas partes y en ninguna: su risa haciendo eco suavemente, su voz familiar flotando en el aire, y esa imagen perturbadora de su cuerpo sin vida en el callejón, salpicado de sangre.

Escucho mi propio sollozo rompiendo el silencio y saboreo la sal de mis lágrimas. El departamento vacío parece hincharse a mi alrededor, sus sombras presionando en cada rincón. Todo se siente como demasiado y no suficiente al mismo tiempo.

Aquí, simplemente no puedo huir de mis recuerdos.

Las lágrimas queman mis mejillas, ardientes e implacables. Entierro mi rostro en la almohada, esperando sofocar los sonidos quebrados que escapan de mí, pero nada ayuda. Mi mente reproduce una película incesante, transformando la suave risa de Maddy en gritos penetrantes, su sangre manchando mis manos y mis llantos desgarrando la tranquila noche. Aprieto la almohada aún más fuerte, deseando que de alguna manera pudiera ser ella, cálida, respirando, viva. Pero Maddy ya no está, y me estoy ahogando completamente sola.

Pensé que regresar a mi departamento, rodeada de mis libros, mis recuerdos, mis paredes familiares, haría que todo pareciera real, incluso mejor. Sin embargo, cada rincón apesta a algo sin vida, como mis plantas marchitas que ni siquiera puedo animarme a regar. Todas me recuerdan a ella, a un mundo drenado de color, y cada momento me arrastra de vuelta a anoche en el callejón, y al silencio que me abrumó después de gritar hasta que mi voz desapareció. Cierro los ojos con fuerza, tratando de desterrar la implacable imagen de ella tendida ahí, tan quieta y tan vacía.

No importa cuánto lo intente, esas imágenes nunca me abandonan. Mi cuerpo se siente como un nervio expuesto, pulsando con el shock de haberla encontrado. Estoy reviviendo cada segundo de ese terrible momento: la visión de su cuerpo desplomado, un halo rojo filtrándose por el concreto, y todos los detalles desordenados de la vida que de repente se esfumó.

Estoy sollozando de nuevo, o quizás nunca realmente paré.

Y luego está él: Rafaele Rosetti. Se infiltra en mis recuerdos como una sombra silenciosa justo fuera de todo este caos, observándome. Apenas lo conozco, pero cuando me ofreció un abrigo, un viaje y una noche segura bajo su techo, donde las paredes no parecían cerrarse tan rápido, sentí un destello de esperanza. Es brutal y tranquilo a la vez, como hielo en medio de mi incendio interno. En un momento de locura, dejé que me llevara a su casa, una especie de fortaleza que olía a madera pulida. Dormí en una cama que no era mía. Incluso cuando me alejó de su cama, me sentí segura.

Pero ahora, de vuelta en mi propio departamento, todo se siente frío y vacío.

Me limpio la cara con la palma de mi mano, mientras los sollozos lentamente se asientan en un dolor constante y bajo en mi pecho, como un ancla inflexible. Me recuesto contra la pared, levantando mis piernas para que se doblen bajo mi barbilla. Los recuerdos me inundan, corriendo demasiado rápido: Maddy con su café dulce y cremoso; Maddy acostada en mi sofá, descalza con un expediente

extendido frente a ella. Tenía una manera maravillosa de escuchar, de hacerme sentir realmente oída.

Quería que me uniera a ella anoche, para celebrar haber terminado otro examen de posgrado.

—Un trago —dijo con una sonrisa juguetona—, es un crimen dejar que todo ese whisky se desperdicie.

Insistí en que necesitaba estudiar y ponerme al día con el sueño, inventando un millón de excusas que nunca realmente satisficieron a nadie, ni siquiera a mí. Y luego, cuando finalmente cedí y corrí por el callejón para encontrarla, ya era demasiado tarde.

Las lágrimas vuelven a brotar intensas y frescas.

Debería haber ido antes. Tal vez podría haberla salvado.

Esa abrumadora sensación de fracaso pulsa a través de mis venas, un segundo latido constante y cruel. La forma en que murió es demasiado similar a la primera vez, cuando perdí a Charlie, nuestro dulce labrador, el único amor que perdí hace mucho tiempo. Recuerdo el cuchillo en mi mano, la sangre y las palabras murmuradas de aquellos que me miraban con sospecha. Las dudas de mi padre, el juicio de todos. En esos recuerdos, todos me dieron la espalda excepto Maddy. Y ahora, ella se ha ido, dejándome con la misma triste historia y preguntas sin respuesta.

Siento que me desmorono otra vez.

Mis ojos palpitan de agotamiento, hinchados por el flujo interminable de lágrimas. La habitación a mi alrededor se desdibuja y se retuerce bajo el peso de mi dolor, y me deslizo en un sueño inquieto y hambriento. En mis sueños, estoy de nuevo en ese callejón, temblando mientras sacudo el cuerpo inerte de Maddy, el mundo entero pintado de carmesí. Rafaele también aparece en mi sueño, sus manos enguantadas extendiéndose hacia mí solo para desvanecerse tan rápido como llegaron.

Despierto de repente, jadeando, mi corazón golpeando contra mis costillas mientras el pánico todavía se anuda dentro de mí. Me encuentro acurrucada en la cama, mis puños apretados en las sábanas, mientras una tenue luz se filtra suavemente por las

ventanas. Podría ser la mañana o el atardecer. Ya no puedo distinguirlo. El departamento permanece extendido con sombras y pesado silencio, cada crujido del piso un recordatorio de su ausencia, un recordatorio de que su suave risa no llenará más este espacio.

Pero entonces un fuego tranquilo y determinado surge dentro de mí, empujando contra el dolor hueco que se ha vuelto tanto parte de mí. Decido que no dejaré que esto me defina, que no dejaré que estos recuerdos me entierren. Envuelvo mis brazos fuertemente alrededor de mis piernas y me balanceo suavemente contra las olas de dolor.

Lentamente, me pongo de pie, cada músculo rígido y reacio. Mi visión se tambalea por el agotamiento mientras tropiezo por el pequeño departamento, recogiendo el caos de papeles dispersos y apilándolos en torres desiguales que parecen listas para derrumbarse en cualquier momento, una pequeña distracción de la abrumadora impotencia. Mis manos tiemblan cuando riego las plantas caídas que tercamente se niegan a prosperar. Me siento perseguida, y esa sensación se filtra en todo lo que me rodea.

Libros, expedientes, tazas de café, todas estas cosas se sienten completamente inútiles ahora. Ninguna de ellas puede traerla de vuelta.

Finalmente, me desplomo en el suelo y abrazo el dolor con fuerza, abrumada por la desesperación. No puedo sobrevivir a otro fracaso. Debo averiguar quién hizo esto, quién me la arrebató.

6

Rafaele

Los disparos resuenan como si estuviéramos en guerra. Una explosión de sonido, un eco en los oídos. Aquí abajo, a nadie le importa si es de día o de noche. El tiempo no funciona igual cuando estás bajo tierra, encerrado en una batalla contigo mismo. El aire huele a pólvora, el tipo de lugar donde puedes perderte.

Emilio ya está perdido, sumergido en su zona, con los ojos entrecerrados mientras dispara otra ronda. Yo disparo y fallo por kilómetros.

—Estás distraído —dice Emilio, todavía apuntando al blanco.

Es el hermano más callado, el Fantasma, el que se desliza entre las sombras. Y puede notar que tengo demasiadas cosas en la cabeza. Nunca pude ocultarle un secreto.

—Estoy bien —gruño.

Soy muchas cosas, pero "bien" no es una de ellas. Los otros tipos en el campo de tiro gritan y bromean mientras destrozan sus blancos. Debería ser más como ellos. Concentrado. Imperturbable. Pero no logro aclarar mi mente.

Disparo de nuevo. La bala acierta, pero estoy muy lejos del centro. Maldigo en voz baja. Emilio baja su arma, me lanza una de esas miradas que dicen más que una frase completa. Juro que tiene

un sexto sentido para cuando las cosas están a punto de torcerse. O tal vez simplemente me conoce demasiado bien.

Me ajusto mejor los guantes e intento bloquear el ruido.

—No tiene sentido estar aquí si vas a disparar así —dice, con una voz tan calma como el ojo de una tormenta.

Sus ojos grises reflejan los blancos de acero, fríos e inflexibles.

—Gracias por las palabras de aliento —murmuro, negándome a encontrar su mirada. Levanta una ceja, un desafío silencioso.

Respiro profundo, oliendo el humo acre, escuchando el eco agudo de las balas golpeando el metal. Esta vez cuando disparo, acierto más cerca del blanco. No es perfecto, pero mejor. Emilio da un pequeño gesto de aprobación.

Esto no se trata solo del dinero perdido; se trata de lo que representa. El apellido Rosetti significa algo en esta ciudad. Significa respeto, poder, control. Cuando alguien nos roba, no solo está tomando efectivo, está desafiando todo lo que representamos. Papá nos inculcó eso desde niños. El negocio familiar no es solo un negocio; es lo que somos. Y me condenaré si dejo que alguien lo socave bajo mi vigilancia.

Pero es más que orgullo. El dinero perdido crea grietas en nuestros cimientos. Esas grietas no solo me amenazan a mí, amenazan a Carmela, a Matteo, a todos los que llevan nuestra sangre. He pasado mi vida siendo el ejecutor, el que hace que los problemas desaparezcan para que el resto no tenga que ensuciarse las manos. Es mi papel, mi propósito. Fallar no es una opción.

Y ahora está Sloane, de alguna manera enredada en todo esto a través de su amiga muerta. No debería importarme. No es familia. Ni siquiera está cerca de ser mi tipo. Pero algo acerca de su desesperación, su obstinada negativa a retroceder, ha logrado meterse bajo mi piel. No sabe en lo que se está metiendo y, por alguna razón que no puedo nombrar, no quiero verla convertirse en daño colateral en una guerra que no entiende.

—Averigua por qué los Callahan ordenaron el asesinato de Madeline Torres —le digo.

Emilio recarga su arma, lenta y fácilmente. Es la mejor persona que conozco con computadoras, y el mejor manteniendo la boca cerrada.

—Pensé que no te importaban esos tipos —dice, buscando información.

—No me importan. —Apunto y disparo, justo en el blanco esta vez—. Pero necesito saber.

—Quieres decir que necesitas saber si ha aparecido cierto nombre —dice.

Ni siquiera me mira, solo dispara otra vez.

Mi arma golpea la mesa cuando agarro a Emilio por la camisa y lo estrello contra la pared, y todos en el campo de tiro se quedan inmóviles. Las miradas se dirigen hacia nosotros. Nadie quiere estar cerca cuando una pelea entre Rosetti comienza. Los más listos empiezan a recoger sus cosas, sin arriesgarse a mirarnos. Sé que algunos de estos tipos probablemente esparcirán rumores para el final del día, pero ahora mismo, no me importa.

—¿Cómo carajo sabes de Sloane?

Las palabras salen más afiladas que una bala. Mi puño se aprieta en su camisa.

Emilio me mira entrecerrando los ojos, más molesto que asustado. —Ese es mi trabajo, hermano —dice, sonando aburrido—. Tú te ocupas de los músculos, yo de la inteligencia. No hay mucho que no sepa, especialmente sobre mi propia familia.

Ni siquiera se inmuta, y eso solo me enfurece más. Lo empujo, soltándolo con suficiente fuerza para enviarlo de vuelta contra la pared.

—Púdrete, Milo —gruño.

Se encoge de hombros, acomodándose la sudadera como si solo estuviéramos teniendo una charla casual. Sé que no se irá hasta que tenga las respuestas que quiere. Su calma me envía una nueva ola de ira.

—Solo averigua sobre el asesinato —espeto.

Pero Emilio tiene razón. Quiero saber si Sloane tiene una diana en la espalda. Quiero saber qué tan profundo está metida, y cuán preocupado debería estar.

El lugar huele a sudor, cuero y adrenalina. Las balas explotan desde las armas mientras otros hombres disparan. La habitación vibra con todo eso, pero sigo atascado en la expresión de Sloane cuando la dejé en su casa. Como si no tuviera miedo en absoluto. Como si no viviera en un apartamento de mierda que necesitaba una puerta nueva solo para mantenerse en pie.

—¿Asumo que mantendremos esto en secreto? —pregunta Emilio.

—Como una tumba.

—Claro, Rafe. —Voltea su cuchillo y lo coloca de nuevo en la mesa—. Lo que tú digas.

Se suponía que este era un lugar para escapar, para despejar mi mente. Pero no hay escape. Sigo pensando en cómo debería mantener la distancia. Dejar que la chica viva su vida sin que yo la ronde. En cambio, estoy reforzando la seguridad de su apartamento. Instalando alarmas. Arreglando la maldita puerta para que no se congele hasta morir antes de que alguien tenga la oportunidad de matarla.

Disparo otra vez. El blanco se hace trizas.

Emilio sonríe con suficiencia. —¿Qué pasó con mantenerte al margen?

Lo ignoro. Tal como ignoré la promesa que me hice a mí mismo cuando la vi por primera vez. Una chica linda como ella, me dije, merece algo mejor que un chico malo como yo. Se suponía que la observaría desde lejos. No se suponía que dejara que se complicara.

No se suponía que me sonriera como si yo no fuera una especie de monstruo.

El pensamiento me distrae. La imagino en ese pequeño apartamento, llorando por su amiga, fingiendo que no tiene miedo.

—Por Dios, Rafe —dice Emilio, negando con la cabeza—. Esto está mal. Estás demasiado involucrado.

No sé cómo demonios mi hermano sabe tanto sin siquiera preguntar, pero no se equivoca.

Le he arreglado todo el apartamento. Como lo tengo configurado, recibiré una alerta si alguien que no vive allí estornuda cerca de su edificio. Ella no lo sabe, no necesita saberlo, porque no volveré a poner un pie cerca de ella y arriesgar su vida, a menos que las alarmas se activen.

Emilio lo sabe mejor. Probablemente ya esté apostando cuánto tiempo pasará antes de que me quiebre y deje de fingir que no me importa.

Agarro el resto del equipo y lo meto en la bolsa.

—Asegúrate de que su nombre quede fuera de esto —digo—. No quiero que tu investigación sea lo que haga sonar las alarmas para los Callahan.

—Me conoces mejor que eso, imbécil —dice Emilio, arqueando una ceja.

—Solo hazlo, carajo.

Me cuelgo la bolsa al hombro y me dirijo hacia la puerta. Los otros chicos levantan la mirada y asienten cuando pasamos, sus blancos completamente perforados. Les devuelvo el gesto, pero mi mente está en otro lugar. Está en un pequeño apartamento con mala calefacción y una chica optimista que debería haber sido mi último trabajo.

Afuera, el aire está helado. Enero en Nueva York. El viento corta como un cuchillo. Ya estoy congelado, y tengo tres capas de ropa y guantes. No sé cómo lo soporta Sloane. Aunque, de nuevo, está llena de sorpresas.

Juré mantenerme alejado, pero ya he roto todas las demás promesas que me hice a mí mismo sobre ella.

¿Qué importa una más?

7

Sloane

Se siente demasiado pronto para estar de vuelta aquí, demasiado pronto para cualquier cosa excepto el espacio vacío que Maddy dejó. Solo han pasado tres semanas desde que murió, pero la biblioteca aún parece susurrar su nombre con cada murmullo suave y página que cruje. Apoyo mi frente contra la mesa, tratando de respirar a través del dolor apretado en mi pecho mientras su risa resuena en mis oídos. Casi grito, pero en vez de eso, reviso el último mensaje de Lucas: "¿Estás recibiendo esto?" No estoy segura de si puedo enfrentar al hermano de Maddy todavía, pero sé que tengo que empezar por algún lado.

Por todo el campus, el habitual bullicio de la vida estudiantil continúa, la charla y el alboroto que Maddy solía iluminar con su energía. Ahora, ella es como un suave fantasma que permanece en cada rincón, y me siento inundada por los recuerdos: noches de estudio hasta tarde con tazas de café esparcidas sobre nuestra mesa, sus comentarios aleatorios que siempre lograban arrancarme una sonrisa.

Moviéndome en mi dura silla, intento concentrarme en el cuaderno frente a mí, dejando que el ritmo constante de la escritura me ofrezca un poco de consuelo. Pero justo cuando me acomodo, su rostro se desliza entre las líneas como un visitante inesperado. Es

como si el silencio a mi alrededor llenara todo el espacio que ella solía ocupar, dejando mis pulmones apretados de anhelo. Aunque el dolor sigue siendo demasiado reciente, me recuerdo que necesito vivir con él. Abrazo esta pérdida, dejando que me atraviese hasta que se atenúe y tome nueva forma. Tengo que saber quién la mató, y eso significa volver a este lugar, a esta vida, incluso cuando su recuerdo parece aparecer en cada esquina.

La pantalla de mi teléfono brilla intensamente en la luz tenue, un recordatorio de todas las personas que he estado ignorando, condolencias de gente que apenas la conocía, enviadas como si entendieran lo profundo que ella calaba. Pero ahí está Lucas, sus mensajes cortos y apresurados, llenos de creciente desesperación. "¿Estás recibiendo esto?" pregunta de nuevo. La culpa de hacerlo esperar me punza, así que escribo un simple "Sí", lo dejo flotar por un momento, y presiono enviar.

Más tarde, me dirijo a la acogedora cafetería justo fuera del campus, un refugio familiar durante las semanas de exámenes, incluso si ahora la vida parece dividida entre el hermano de Maddy y yo. Lo veo antes de que él me vea: un desorden de cabello oscuro y ojos fijos en la mesa. Lleva su sudadera habitual, aunque hoy parece tragárselo por completo. Mi corazón vacila entre el alivio y una persistente preocupación de que tal vez sea demasiado tarde. Aun así, me obligo a acercarme.

Casi no lo reconozco. En solo tres semanas, Lucas se ha transformado, su rostro demacrado y con las mejillas hundidas, como si el dolor hubiera estado tallándolo físicamente. Las ojeras bajo sus ojos sugieren que no ha dormido en días. Ha perdido tanto peso que su sudadera, normalmente ajustada, cuelga de sus hombros como si perteneciera a otra persona.

—Hola —digo en un tono cálido y amistoso. Siempre fui la alegre en nuestro pequeño trío, pero ahora se siente como una carga.

Él se sobresalta un poco, sus ojos marrones y crudos encontrándose con los míos. Su rostro está más anguloso ahora, grabado con un dolor reciente, que retuerce algo dentro de mí.

—Hola —responde, su voz áspera como papel de lija—. Pensé... Mierda, Sloane, ni siquiera estaba seguro si tú...

—Lo siento —interrumpo suavemente, acomodándome en la silla junto a él.

Se siente extraño sentarse aquí sin la risa contagiosa de Maddy y la forma en que llenaba el espacio con calidez.

Lo intento de nuevo: —Debería haber... Lo siento mucho.

Él deja escapar un largo suspiro tembloroso y se pasa una mano por el cabello. Está grasoso, sin lavar. Otra señal de que apenas puede mantenerse entero.

—No sabía a dónde más ir.

Lo estudio, el hermano de Maddy, un amigo que he conocido casi tanto tiempo como a ella. Se está rompiendo, y es como mirar un reflejo de mi propio dolor.

—Dicen que fueron drogas —dice Lucas, su voz rápida, sobreponiéndose a la duda—. No... no lo creo. ¿Tú sí?

—Claro que no —respondo con más firmeza de la que siento—. Ella nunca haría eso. Ella... —hago una pausa, perdida en el recuerdo de Maddy acurrucada en su escritorio, totalmente absorbida en el trabajo que amaba—. No. No fueron drogas. Lo sé.

—¿En serio? —el tono de Lucas se vuelve cortante, y me estremezco—. ¿De verdad lo sabes?

Baja la mirada, el arrepentimiento suavizando su enojo por un momento mientras el silencio se instala entre nosotros, un silencio tan desordenado como todo lo que se ha sentido desde que Maddy murió.

Su teléfono vibra contra la mesa, la pantalla iluminándose con un mensaje. Lucas lo toma tan rápido que casi derriba su café. Sus ojos escanean el mensaje, y observo cómo todo el color abandona su rostro. Su mano tiembla mientras mete el teléfono en su bolsillo.

—¿Todo está bien? —pregunto.

—Sí —dice demasiado rápido—. Solo... mi casero. La renta está atrasada otra vez.

Se ríe, pero es una risa hueca y forzada. —No puedo mantenerme al día con nada últimamente. Me están amenazando con desalojarme si no pago antes del viernes.

Me inclino hacia adelante, mi corazón latiendo más rápido.

—Lucas, están equivocados. Vamos a demostrarlo.

Él sacude la cabeza lentamente, pasándose la mano por el cabello de nuevo. Es un tic nervioso que nunca había notado antes.

—No escuchaste lo que dijeron, Sloane. Sonaban tan seguros, como si realmente lo supieran. —Duda, mirando hacia la puerta como si esperara a alguien—. Yo... pensé que tal vez habías escuchado algo, que realmente la conocías. Pensé...

—No sabía que estaba en problemas —confieso en voz baja—. Pero ella no habría estado metida en drogas. Por favor, tienes que creerlo.

Se hunde en su silla, exhausto, enojado y asustado.

—Ya no sé qué creer.

Lo miro, absorbiendo cada borde crudo y herida, tan similares a los míos, aunque mi dolor se siente un poco más controlado mientras el suyo se derrama todo de una vez.

—Vamos a descubrir qué pasó realmente —insisto, rompiendo el silencio inminente—. Te lo prometo. No dejaré que digan lo que dijeron sobre ella.

Él encuentra mi mirada, y hasta una pequeña sonrisa amarga parpadea en su rostro.

—Debería ser yo quien lo prometa, ¿no?

—Entonces prométemelo también —digo, mi voz firme a pesar del tumulto interior—. No podemos dejar que se salgan con la suya.

—Bien —asiente, y una determinación lenta regresa a sus ojos—. Sí. Bien.

—Empezamos ahora —declaro—. ¿Quién querría verla muerta?

Una sombra cruza su rostro, y retrocede como si la mesa se hubiera cerrado repentinamente. Abre la boca, luego la cierra, finalmente fijando su mirada en mí, ojos tan parecidos a los de Maddy que se siente como si ella también me estuviera mirando.

—Quizás no quieras escuchar esto —admite en un tono bajo y pesado.

Contengo la respiración, esperando.

—Ella estaba saliendo con alguien... alguien peligroso —continúa suavemente—. Le dije que no se involucrara, pero no me escuchó. Nunca escuchaba. —Hace una pausa, frotándose los ojos con el dorso de la mano—. No debería haberlo permitido.

—¿Quién? —pregunto, sintiendo una oleada de temor.

—No lo sabías, ¿verdad? —susurra, sacudiendo la cabeza de manera cansada y triste—. Por supuesto que no. Ella sabía que le dirías que lo dejara, igual que yo.

La voz de Maddy resuena en mi mente —brillante, un poco desafiante— y me doy cuenta de que nunca realmente escuché.

—Entonces, ¿quién era él?

—No lo sé. —Sus puños se aprietan por un momento antes de aflojarse—. Nunca me dijo su nombre.

Lo miro fijamente, un torbellino de preguntas surgiendo dentro de mí. ¿Cómo pude no saberlo? ¿Cómo pudo ocultarnos esto a los dos?

Lucas se inclina hacia adelante, su rostro pálido y ojos llenos de urgencia.

—Tenemos que encontrarlo, Sloane. Tiene que ser él. No hay nadie más.

Su voz es desesperada, igual que sus mensajes o las llamadas que nunca respondí.

Me aferro a sus palabras como si fueran un ancla.

—Lo encontraremos —prometo firmemente—. Resolveremos esto.

Parece que está a punto de decir algo importante, pero se contiene. Sus ojos se dirigen hacia la ventana, y por un momento, veo miedo desnudo allí.

—Lucas —digo cuidadosamente—, ¿hay algo más? ¿Algo que no me estás diciendo?

Traga con dificultad. —Solo estoy preocupado de que te involucres en todo esto. Podría ser peligroso.

—Puedo cuidarme sola —le aseguro.

—Eso es lo que Maddy pensaba también —dice, tan quedamente que casi no lo escucho.

Nuestras miradas se encuentran, y por un momento, la brecha entre nosotros desaparece. Ya no somos las mismas personas que solíamos ser. Maddy cambió eso, y el secreto que dejó atrás estira la distancia entre nosotros. Pero por ahora, estamos aquí juntos, aferrándonos a lo que realmente importa.

—No fueron drogas —digo, mi voz volviéndose más firme—. Y ambos sabemos que ella no terminó en un callejón con una bala por pura casualidad.

Lucas se estremece, como si la verdad fuera demasiado pesada para él.

Continúo, sabiendo que detenerme ahora podría significar nunca empezar de nuevo.

—Vamos a rastrear a este tipo con el que estaba saliendo y averiguar por qué Maddy nunca le contó a nadie lo que estaba pasando realmente. Incluso si...

—Incluso si quizás no queremos saber la respuesta —agrega en voz baja.

Su teléfono vibra de nuevo. Esta vez, ni siquiera lo revisa. Solo mira fijamente el bolsillo donde vibra, como si fuera una bomba de tiempo.

Compartimos una mirada, el peso de nuestras preguntas suspendido en el aire. Y por primera vez en semanas, a pesar del miedo, siento una chispa de propósito debajo de todo.

—Bien —digo, con un nuevo sentido de resolución—. Voy a empezar a investigar. Tú haz lo mismo, y nos encontramos aquí en...

—¿Dos días? —sugiere, moviéndose un poco mientras un fuego se enciende detrás de sus ojos—. ¿O tres? ¿Qué piensas?

Casi sonrío, incluso me río un poco, porque suena tanto como Maddy ahora, lleno de esa confianza familiar y determinación.

—Dos días —decido—. Para entonces, tendremos algo. Aunque sea solo una pequeña pista, es mejor que nada, ¿no?

Un pequeño nudo en mi pecho se afloja un poco mientras ambos nos levantamos, ninguno dispuesto a ser el primero en bajar la guardia. Lucas me da una larga e ilegible mirada antes de alejarse.

—Sloane —dice, volviéndose repentinamente. Su rostro es una máscara de desesperación—. Pase lo que pase, por favor recuerda... yo la amaba. Más que a nada. Recuerda eso, ¿sí?

La intensidad de su súplica me toma por sorpresa. —Por supuesto, Lucas. Sé que lo hacías.

Asiente una vez, como si hubiera tomado una decisión, luego se va, abriéndose paso a través de la puerta de la cafetería.

Afuera, el viento muerde ligeramente mi piel mientras salgo de la cafetería. Respiro profundo, dejando que el aire fresco llene cada rincón de mí. La memoria de Maddy está en todas partes, y esta vez, en lugar de sentirme ahogada por ella, dejo que su recuerdo me impulse hacia adelante.

8

Sloane

La multitud es ruidosa y cercana, su energía inquieta pulsando a través de mí con cada momento. Voces gritan desde todos lados, crudas y ansiosas, mientras los puños y la carne chocan en el centro del ring. Sé que no debería estar aquí, pero después de días sin resultados, necesito encontrar a Rafaele. Está apoyado contra la pared lejana, tan relajado como puede estar en este desastre. Este es su territorio—donde el sudor y el humo se mezclan en el aire viciado del subterráneo, y los cuerpos y los egos magullados colisionan—y él lo observa todo con un frío desapego. Me dirijo hacia él, con un ojo en los luchadores y el otro fijo en la única persona que conozco en este caos.

Mi corazón se agita mientras me acerco. Incluso medio oculto en la tenue iluminación del sótano, destaca, todo bordes duros y poder apenas contenido. Las luces amarillas que cuelgan del techo bajo capturan su perfil, resaltando el corte afilado de su mandíbula, la intensidad en sus ojos mientras observa la pelea. No puedo evitar notar cómo su camiseta negra se estira sobre sus hombros, cómo sus manos se flexionan casi imperceptiblemente a sus costados. Mi boca se seca de repente.

Alguien golpea mi brazo, y un soplo de aliento con olor a cerveza golpea mi cara. Me abro paso entre un grupo de tipos que gritan

números e intercambian dinero como si no fuera gran cosa. En el ring, dos luchadores gruñen y sangran mientras intercambian golpes. La multitud estalla en gritos y vítores, un muro de sonido que retumba en las paredes de concreto y deja mis oídos zumbando. Estoy acostumbrada al ruido estos días, pero la idea de quedarme sin respuestas no es algo con lo que pueda conformarme. Si quiero respuestas, tengo que pasar por él.

Rafaele se apoya casualmente contra una columna de concreto, tranquilo en medio de toda esta locura. Lleva una camisa negra y jeans que combinan con la sombra en su rostro. Incluso a distancia, su intensidad es cristalina. Todo lo que yo no soy. Mi pulso comienza a acelerarse y, por una fracción de segundo, me pregunto si esto fue un error.

Sigo avanzando hacia él, mis botas pegándose ligeramente al suelo húmedo de cerveza. Mientras más me acerco, más parecen cobrar vida mis terminaciones nerviosas. El aire aquí abajo está cargado de humedad y el sabor metálico de sangre y sudor, pero hay algo en él que me atrae, una fuerza gravitacional que no puedo explicar y que no quiero examinar particularmente.

Me ve antes de que llegue a él, y sus ojos azul hielo se estrechan con sorpresa. Probablemente soy la última persona que esperaba ver en una pelea clandestina. Bueno, eso hace dos de nosotros. Cuando su mirada se encuentra con la mía, el calor inunda mis mejillas a pesar del frío húmedo del sótano. Maldigo silenciosamente la traición de mi cuerpo.

Llego justo a tiempo para ver al luchador más grande estrellar al más pequeño contra el suelo. Los gritos se elevan, salvajes y afilados, como una manada de lobos yendo a matar. Incluso en medio del caos, soy extremadamente consciente de Rafe—el sutil cambio en su postura mientras me acerco, la forma en que sus ojos siguen cada uno de mis movimientos. El aire entre nosotros se siente cargado, eléctrico, a pesar de la pesada atmósfera del sótano abarrotado.

—Pensé que estarías enterrada entre libros y tazas de café —dice Rafaele, su voz cortando el ruido—. ¿Qué te trae por aquí, Sloane?

Escuchar mi nombre así retuerce algo dentro de mí, pero enderezo mi espalda y respondo:

—Necesito tu ayuda.

Él levanta una ceja y ofrece una media sonrisa que no llega del todo a sus ojos. Su aroma me alcanza, cuero, sudor limpio y algo más oscuro, más primario. Destaca contra los olores subterráneos a humedad, cerveza y sangre. Me hace dar vueltas la cabeza por un momento antes de recuperar el enfoque.

—Pareces bastante buena haciendo las cosas por tu cuenta.

Pero no lo suficientemente buena. Después de una pequeña pausa, insisto:

—Es sobre Maddy.

Eso borra la sonrisa de su rostro por completo. Cruza los brazos y se recuesta, actuando como si no le importara en absoluto. El movimiento tensa más su camiseta sobre su pecho, y tengo que obligar a mis ojos a permanecer en su cara. Una gota de condensación cae de una tubería sobre nosotros, aterrizando en el suelo de concreto junto a mi bota.

—Tenía un novio que nunca conocí, y está metido en cosas bastante desagradables. He intentado rastrearlo, pero es como un fantasma. Esperaba...

—¿Que yo lo encontrara por ti? —termina secamente, su tono poco impresionado.

Sus palabras me duelen un poco, e ignoro el calor que sube por mi cuello.

—Eres el único que puede hacerlo.

—Entonces no conoces a mucha gente. —Inclina la cabeza hacia la pelea—. Algunos de estos tipos son bastante buenos para hacer que las cosas sucedan.

Siguiendo su mirada, veo a un luchador delgado recibir un golpe fuerte en la mandíbula. Fácilmente podría haber sido Rafaele en otra vida, a juzgar por la antigua fractura en su nariz. Pero ahora mismo,

soy yo quien está buscando desesperadamente una solución. Mi voz es más afilada de lo que pretendía cuando pregunto:

—¿Puedes ayudar o no?

Me sostiene la mirada firmemente, la condensación del techo bajo haciendo que el aire entre nosotros parezca aún más denso, más cargado.

—No puedo.

—¿O simplemente no quieres?

Sus ojos se fijan en los míos por un momento largo y duro. El sótano parece desvanecerse—las paredes húmedas, la multitud gritando, el hedor a cerveza derramada—todo retrocede hasta que solo quedamos nosotros. Bajo su exterior frío, vislumbro un destello, quizás duda, o incluso un indicio de deseo. Me aferro a esa chispa porque Rafaele es mi único contacto confiable en este submundo, el único que podría preocuparse lo suficiente por Maddy para intervenir. Necesito que quiera ayudarme. Tengo que hacer que me desee.

Escaneando el espacio confinado en busca de un plan B, veo a un hombre delgado con tatuajes trepando por sus brazos. Su apariencia ruda probablemente pondría a mi hermano nervioso si alguna vez lo llevara a casa. Perfecto. Doy un paso hacia él, luego me vuelvo hacia Rafaele con una sonrisa extra confiada.

—Quizás tengas razón. Tal vez encuentre a alguien más —digo.

Por un segundo, pienso que Rafaele podría detenerme, tal vez incluso estar de acuerdo. Pero solo se encoge de hombros y se aleja.

Mientras tanto, el hombre tatuado ha estado observando la pelea, tal vez fingiendo hasta que me acerco a su lado. Todavía siento los ojos de Rafaele sobre mí desde el otro lado del sótano, y eso me da un salvaje arranque de imprudencia. Alcanzo el brazo del tipo. Mis dedos rozan su piel, y me aparto con una sonrisa tímida practicada. Casi puedo oír a Maddy riéndose. Ella siempre fue la sexy, y me gusta pensar que está mirando ahora, animándome.

Sus tatuajes se asoman por debajo de su cuello, y su sonrisa es arrogante pero invitadora. Se vuelve hacia mí, sus ojos brillando en

la tenue luz del sótano. Pero no son azules como los de Rafe, no están llenos de esa misma intensidad que hace que mi estómago dé un vuelco.

—Hola. No esperaba ver a alguien como tú en un lugar como este.

Me río suavemente, cálida y baja:

—Podría decir lo mismo.

—¿En serio? Parece que encajo perfectamente. —Hace un gesto hacia la escena caótica, ruido, sudor y calor, todo lo cual parece energizarlo.

—Lo haces —respondo, manteniendo mi tono coqueto y ligero, lo suficientemente alto como para que Rafaele pueda captarlo si todavía está mirando—. Y yo podría necesitar un poco de ayuda para encajar.

—¿Ah sí? —Se inclina más cerca, un movimiento que debería hacerme retroceder, pero se lo permito, disfrutando el momento. Su aliento es cálido contra mi oreja, pero carece de la carga eléctrica que siento cuando Rafe se para demasiado cerca—. ¿De qué tipo de ayuda estamos hablando?

Este hombre parece desagradable, y solo quiero alejarme de él, pero mantengo la actuación, dejando que mi mano descanse con confianza en su brazo. Me inclino, dejando que la curva de mis caderas roce contra él. Todo el tiempo, estoy escaneando la multitud en busca de un vistazo de Rafe, preguntándome si está mirando, si le importa. El techo bajo del sótano parece presionar hacia abajo, haciendo que el aire entre nosotros sea más caliente, más íntimo.

—No lo sé. ¿Por qué no me sorprendes?

Su risa es viscosa, pero es como un trago de whisky caliente que me hace sentir viva. Soy una persona cuidadosa, siempre tan malditamente cuidadosa, pero esta noche es emocionante soltarme. Soy mejor en este asunto de coquetear de lo que esperaba. Mi sangre palpita, y casi me pierdo en el juego.

Me inclino y susurro en su oído. Él sonríe, con los ojos brillando como si hubiera visto lo mejor de la noche.

—Sí, puedo hacer eso. Vamos a salir de aquí —dice.

Tal vez ahora a Rafaele le importe. Tal vez finalmente vea que hablo en serio sobre encontrar al misterioso novio de Maddy, incluso si tengo que perseguir a cada tipo rudo en la ciudad. Mi corazón late con esperanza y un poco de miedo, con un toque de valentía y mucha imprudencia. Echo un vistazo hacia atrás, buscando a Rafe en el espacio subterráneo.

Allí está. Me está mirando, con la mandíbula apretada, esa mirada severa de tipo duro. Pero también hay algo oscuro y posesivo en sus ojos, que envía un escalofrío por mi columna. El aire entre nosotros parece crepitar con tensión incluso a través del sótano abarrotado.

Con solo una palabra, volvería a su lado. Sostengo su mirada un momento más de lo que debería, sintiendo una tensión salvaje y eléctrica entre nosotros, una corriente que casi puedo saborear. Espero que ceda, que llame mi nombre.

Pero no lo hace.

No dudo.

—Está bien.

La palabra se escapa tan fácilmente como un secreto, y dejo que el hombre tatuado me guíe lejos de la pared. Nos abrimos paso entre la multitud, más allá de todo el ruido y el caos, y fuera de mi propia cabeza.

No puedo evitar pensar que Maddy estaría tan orgullosa de mi éxito coqueteando.

Estamos casi en la puerta cuando un borrón de movimiento llama mi atención. De repente, Rafaele está allí, agarrando al hombre tatuado por el cuello y lanzándolo contra la húmeda pared de concreto. De pie sobre él, Rafe es oscuro e intenso, cada músculo enrollado con propósito, irradiando una energía mortal que me deja sin aliento.

El sótano de repente se siente quieto y caliente. Puedo escuchar mi corazón latiendo mientras la multitud se aparta para darnos espacio. El hombre tatuado se levanta rápidamente, maldiciendo en

voz baja, mientras las manos de Rafaele se cierran en puños dentro de sus guantes negros de cuero. Su voz baja, enojada, rebotando en las paredes de concreto alrededor nuestro.

—Nadie en esta habitación es lo suficientemente bueno para hablar con Sloane Carter, imbécil. Y tú menos que nadie.

El puño de Rafaele sale disparado, duro y preciso, directo a la mandíbula del tipo. La cabeza del hombre tatuado se echa hacia atrás, sus ojos abiertos por la conmoción. Antes de que tenga la oportunidad de reaccionar, Rafaele lo golpea de nuevo, una, dos veces, los golpes aterrizando con la fuerza de un tren de carga. La sangre salpica contra la pared, y siento una salvaje emoción de horror y fascinación mientras observo, congelada en mi lugar. Nunca he visto violencia así de cerca. Es cruda y sin filtros, nada como me lo había imaginado.

Rafaele no cede, no hace pausa, solo sigue con él hasta que el hombre no es más que pulpa en el suelo. Mi corazón está acelerado, y no puedo decir si es miedo o emoción lo que me está dejando sin aliento.

Rafaele lo observa por un momento, luego dirige su mirada hacia mí. Noto la tensión en su mandíbula y me acerco lo suficiente para sentir el calor detrás de su ira, incluso la aspereza de su respiración. El espacio confinado del sótano hace que su presencia sea aún más abrumadora, como si ocupara todo el aire disponible.

—¿Es lo mejor que puedes hacer, Carter? —pregunta.

—No soy yo quien acaba de convertir a un humano en carne molida.

Estoy sin aliento, y no puedo entender por qué. Algo que ver con este monstruo de hombre que interviene para protegerme. Y con el hecho de que funciona. Me hace sentir segura.

Me mantengo firme, con un desafío juguetón en mi tono. Mi corazón late en un ritmo que no tiene nada que ver con el miedo mientras me acerco más a él, lo suficientemente cerca para captar el sabor metálico de la sangre y el aroma acalorado de su piel.

—¿No te gustó la competencia?

¿Qué demonios me pasa? ¿Por qué estoy incitando a este monstruo a la violencia? ¿Por qué lo estoy provocando? ¿Y por qué me acerco más a él cuando debería estar huyendo?

—No juego a juegos —responde, su voz helada.

Aunque su tono envía escalofríos por mi columna, no siento frío, solo el calor de haber logrado meterme bajo su piel. Intento mi mejor mirada inocente, ojos abiertos y dulce, a pesar de que mi pulso se acelera.

Evito mirar el desastre ensangrentado en el suelo, que ahora tiene varias personas revoloteando alrededor, pero ambos sabemos de qué estoy hablando.

Él se acerca aún más, pero no retrocedo. Nuestros cuerpos están a centímetros de distancia ahora, y puedo sentir el calor que irradia de él, puedo ver el subir y bajar de su pecho mientras respira. El espacio reducido del sótano hace imposible ignorar su físico, la forma en que parece llenar el espacio a mi alrededor.

—Ve a casa, Sloane.

—Pensé... —comienzo.

—Pensaste mal. No puedo ayudarte —interrumpe, haciendo una pausa mientras un destello de algo—quizás celos o arrepentimiento —cruza sus ojos y hace que mi corazón se salte un latido—. Y nadie más aquí lo hará. No ahora.

Bueno, eso parece bastante cierto. Ninguna persona cuerda se iría conmigo después de presenciar la respuesta de Rafaele.

—Déjalo estar, Carter. Vuelve a tu vida normal y olvida que nada de esto sucedió.

Me quedo ahí, esperando a que cambie de opinión, esperando a que su ira se desvanezca hasta que Rafaele sea solo Rafaele de nuevo.

—Nunca me voy a rendir —digo, en voz baja, pero sé que me escucha.

Rafaele me mira fijamente. Hace señas a alguien y le dice que me lleve a casa a salvo, luego, con una última mirada hacia mí, da media vuelta y desaparece entre la multitud.

Bueno, que se joda. Si piensa que me voy a dar por vencida en limpiar el nombre de Maddy, está aún más loco de lo que parece.

Mientras lo veo marcharse, todavía puedo sentir el calor fantasma de su cuerpo cerca del mío, todavía puedo oler el cuero de sus guantes y el leve rastro de colonia bajo el sudor y el humo del ring de combate subterráneo. Odio que mi cuerpo reaccione ante él, odio que incluso mientras se aleja, mis ojos lo siguen, absorbiendo la confianza de sus hombros, la gracia peligrosa de sus movimientos mientras navega a través de la multitud del sótano.

Lo peor de todo, odio que una parte de mí quiera que se dé la vuelta, que regrese, que decida que valgo la pena ayudar después de todo.

No mira hacia atrás.

9

Rafaele

El perfil de la ciudad se cierne contra el horizonte, con callejones estrechos y farolas tenues que proyectan largas sombras. Me quedo en el auto, dejando que la oscuridad de la noche me envuelva mientras estaciono discretamente al otro lado de la calle frente al edificio de apartamentos de Sloane.

Trazo el contorno de su rostro en la pantalla de mi teléfono, con la investigación que hice sobre ella todavía abierta. Me digo a mí mismo que es solo para asegurarme de que esté a salvo, pero eso es mentira. Estoy obsesionado, y está empeorando día a día. Ella me persigue como ninguna mujer lo ha hecho antes.

Mi cuerpo responde con solo pensar en ella—Sloane Carter, con su familia perfecta y esos ojos que ven demasiado. No puedo dejar de imaginar cómo se sentiría debajo de mí, cómo sabría, cómo sonaría cuando se quiebre. El deseo es un dolor físico, una distracción que no puedo permitirme con los Callahan al acecho. Pero sigo volviendo a su calle, a su apartamento, a la peligrosa posibilidad de ella.

Podría tener a cualquier mujer que quisiera. Entonces, ¿por qué estoy sentado en un auto helado, vigilando a una chica que saldría corriendo y gritando si supiera lo que realmente soy? Sea lo que sea

esto, ya ha ido demasiado lejos. Estoy comprometido. Y para hombres como yo, eso suele ser una sentencia de muerte.

No debería estar aquí. Debería estar supervisando el cargamento que llega por los muelles de Brooklyn, nuestra mayor fuente de ingresos desde que papá negoció derechos exclusivos de importación con los sicilianos hace tres años. Los Callahan matarían por poner sus manos en esas líneas de suministro. Literalmente. Por eso la tregua se ha mantenido durante casi una década—destrucción mutua si cualquiera de las familias se mueve contra las operaciones principales de la otra.

Veinte años de rencores entre nuestras familias, temporalmente pausados por un acuerdo comercial que nos beneficia a ambos. El ring de peleas se suponía que era terreno neutral, un símbolo de cooperación. Ahora, con dinero desapareciendo, todas esas viejas heridas están a punto de reabrirse.

Golpeo suavemente el volante y escucho los murmullos de la ciudad a mi alrededor: pasos distantes, el ladrido ocasional de un perro, todos sonidos que parecen entender que deben evitar este vecindario. Debería estar concentrándome en mantenerme alerta ante cualquier problema, pero mis pensamientos siguen volviendo a ella.

Ella se aferra a mis pensamientos, testaruda como siempre. Sloane. Su nombre está clavado en mi cabeza como si se hubiera vuelto parte de mí. No puedo quitármela de encima, aunque realmente no es mi tipo habitual. Hubo algo en la manera en que me miró aquella primera vez en el callejón, cuando huía de la escena del asesinato de su amiga, sus ojos encendidos con lágrimas no derramadas, furia salvaje y una exigencia de respuestas que yo no tenía. Su rostro arde en mi memoria.

¿Por qué no puedo simplemente alejarme?

He mantenido distancia de todos durante años. Es más fácil así. Más seguro. El apellido Rosetti es suficiente para hacer que la gente se estremezca, para que crucen la calle cuando me ven venir. Y así

me gusta. No estoy destinado a estar cerca de personas como ella. Personas con futuros, con manos limpias y grandes planes.

Pero por ella, rompo todas mis reglas. Paso en auto frente a su apartamento, memorizo su horario y sé el momento exacto en que apaga la luz cada noche. Es una adicción que nunca pedí y que no puedo quitarme.

No tiene sentido: Sloane Carter, con su familia perfecta. Un ex policía como padre, una madre ama de casa casi santa, hermanos con trabajos respetables, y una hermana enfermera, por Dios. Todo parece demasiado inmaculado en comparación con la intensidad en sus ojos aquel día. Y quizás es exactamente por eso que se queda en mi mente.

Todos los hechos dicen que es una chica normal con un pasado normal. Una niña a quien una vez culparon de matar a su perro, con sus padres arreglando las cosas. Solo otra familia rica limpiando un pequeño desastre. Elegante, privilegiada, pero entonces, ¿por qué está enredada en un caso de asesinato? Esa pregunta da vueltas en mi cabeza, junto con la más grande: ¿por qué me importa tanto?

No solía ser así. Estaba contento en mi aislamiento. Contento de hacer mi trabajo, de mantener a los Rosetti en la cima, de existir en ese espacio entre el respeto y el miedo. Antes de que Sloane irrumpiera en mi vida, decidida a encontrar respuestas sobre el asesinato de su amiga, incluso si eso significaba ponerse en peligro.

Recuerdo a Alisa, hace años. La forma en que me miraba con esa misma determinación feroz, la forma en que pensaba que podía salvarme, cambiarme. Recuerdo cómo terminó eso—con ella en lágrimas, con las amenazas susurradas de su padre, con la clara comprensión de que alguien como yo no obtiene un final feliz. Que no estoy hecho para relaciones normales.

Perdí a Alisa cuando vio lo que realmente soy. Cuando vio la sangre en mis manos que ninguna cantidad de frotado podía eliminar.

Pero Sloane... algo me dice que ella podría ser diferente. Cuando la atrapé después de que huyó de la escena del crimen, había algo

en sus ojos que no había visto antes. No solo miedo, sino determinación. Fuego. Solo pensarlo hace que mi sangre arda.

Dejo el teléfono a un lado y me recuesto en el asiento. El aire frío se cuela por la ventana, manteniéndome despierto incluso mientras muerde mi piel. Es febrero, y por supuesto, la calefacción está descompuesta. La arreglaré mañana.

Respiro sobre mis manos y observo cómo una leve niebla se desliza por el vidrio. Ella ha estado adentro por más de veinte minutos, y la calle permanece tranquila. Mis ojos se ajustan a la oscuridad, rastreando las formas cambiantes en el estacionamiento mientras la voz de Sloane hace eco en mi mente. Todavía recuerdo nuestro breve encuentro, cómo huyó de mí aterrorizada esa noche, cómo se veía cuando la alcancé. Estaba enojada, sí, pero también perdida y quebrada. Tal vez no puedo sacarla de mi cabeza porque estoy demasiado concentrado en tratar de reparar lo que veo como roto.

Me acomodo en el asiento, reclinando la cabeza mientras su nombre rebota en mis pensamientos. Aprieto la mandíbula mientras mi imaginación vuela con pensamientos sobre ella. Cómo sería si viniera a mí voluntariamente, sin miedo. Cómo sería tocarla. Antes de darme cuenta, mi mano se desliza hacia mi cinturón, mis jeans se desplazan a un lado inconscientemente.

En ese momento privado, su imagen se agudiza: esa chica bonita y rica enredada en sentimientos que no puede controlar del todo, sus piernas largas y jeans ajustados prometiendo más de lo que deberían. Todavía puedo escuchar su voz marcada con una delicada agudeza, sus ardientes ojos verdes y la suave curva de su cuerpo.

Dejo que mis pensamientos vaguen, imaginando cómo se sentiría ceder a lo que ella me hace, permitirme tenerla, permitirme deslizarme dentro de ella, viendo sus ojos encontrar un nuevo enfoque más allá del dolor que parece mantenerla tan malditamente atrapada.

Y algo más. Algo un poco más egoísta que solo su liberación. Algo que es solo sobre mí. Imagino cómo se sentiría reclamar a esa

chica bonita, privilegiada y recatada. Arrancarla de esa vida perfecta a la que se aferra, mostrarle cosas que una chica como ella nunca debería ver, hacerla mía.

Me muevo en el asiento, mi espalda arqueándose contra el cuero rígido mientras dejo que mi mente avance con eso. Me apoyo en la puerta, dejando que el borde áspero de mi cinturón se clave en mi piel, aportando un poco de agudeza a la brumosa niebla de deseo que me envuelve tan fuerte. La imagino con sus manos en mi pecho, atrayéndome, manteniéndome allí como si no fuera más que un escudo contra el mundo perfecto que ella no quiere. Me imagino sus dedos, suaves al principio, luego más firmes, encontrando su agarre. Mi propia mano me rodea con ese mismo agarre, y acaricio y acaricio hasta que termino.

Mi respiración se vuelve entrecortada en el aire fresco de la noche. Me siento como un completo degenerado, atrapado en un momento de placer egoísta mientras ella ha estado claramente sufriendo. Pero eso no me impide desearla. Me subo la cremallera de los jeans y rápidamente me limpio la mano con una servilleta vieja de la guantera. Imagino que ella me vería como un monstruo, el tipo de problema del que su familia perfecta le advertiría que se alejara. Después de todo, ella es hija de una familia perfecta, y yo soy un Rosetti con demasiadas complicaciones.

Por eso no debería involucrarme. El pensamiento viene sin ser invitado, duro en su claridad. No estoy hecho para esto, para toques suaves y palabras dulces. Estoy hecho para la violencia, para la intimidación, para las sombras. No para una mujer que estudia psicología y todavía cree en la justicia.

La última mujer que supo lo que yo era, que realmente lo supo, me miró como si fuera una mancha que no podía quitar. Como si estuviera enfermo. Alisa también había sido curiosa al principio. Fascinada por el peligro, por el borde de violencia siempre hirviendo bajo mi piel. Hasta que lo vio de primera mano. Hasta que me vio mandar a un hombre al hospital por faltarle el respeto a mi hermana.

Sloane puede pensar que quiere esto, que me quiere a mí, pero no sabe lo que eso significa. No sabe sobre la sangre y los cuerpos y las pesadillas que vienen con ellos.

Y sin embargo, algo me dice que ella entendería. Que miraría la oscuridad en mí y no retrocedería. Que tal vez, solo tal vez, ella tiene su propia oscuridad que llama a la mía.

Vuelvo a revisar la hora y me enfoco nuevamente en su edificio. La calle permanece silenciosa, vacía bajo el cielo nocturno. Debería estar pensando en el trabajo, en toda la mierda que está pasando en el ring de peleas, pero sin importar qué, ella sigue ahí en mi mente, al frente y en el centro, mezclando cada pensamiento que tengo.

Te estás ablandando, Rosetti. Es la voz de Dom en mi cabeza, advirtiéndome, recordándome quién soy. Quién debo ser.

Pero mientras miro fijamente la ventana de su apartamento, observando cualquier señal de movimiento, sé que ya es demasiado tarde. Algo acerca de Sloane Carter se ha metido dentro de mí, bajo mi piel, como una astilla que no puedo quitar. Y lo peor es que no estoy seguro de querer hacerlo.

Ella merece algo mejor que yo. Mejor que esta vida, estas manos, este legado. Y sin embargo, la parte egoísta de mí, la parte que siempre ha tomado lo que quiere, se pregunta si yo podría ser suficiente. Si podría mantenerla a salvo en mi mundo sin destruir lo que la hace tan malditamente brillante.

No es probable. Las personas como yo no obtienen finales felices. Obtenemos sangre y pesadillas y vigilancias solitarias en autos fríos.

Y aun así, me quedo. Observando su ventana, contando los minutos, asegurándome de que esté a salvo. Asegurándome de que siga ahí. Me digo a mí mismo que es para su protección, pero sé que es tanto por mí como por ella. Necesito que esté a salvo. Necesito que exista en este mundo, incluso si nunca puedo tenerla.

Porque sea lo que sea esto—obsesión, protección, algo más oscuro que no quiero nombrar—no puedo alejarme. No todavía.

10

Sloane

Han pasado días desde que me alejé de Rafe en el ring de peleas, y su negativa a ayudarme todavía me duele. —No puedo hacer esto —había dicho, descartándome a mí y a mi búsqueda de respuestas sobre la muerte de Maddy. Bien. Si el poderoso Rafaele Rosetti no quiere ayudarme, encontraré la verdad yo misma. Por eso estoy aquí, parada afuera de este bar de mala muerte en la peor parte de la ciudad, con el corazón golpeándome contra las costillas. Sé que es peligroso, exactamente de lo que Rafe me advirtió, pero me he quedado sin opciones. Respiro profundamente y empujo la puerta para abrirla.

El olor me golpea primero, como si todo Brooklyn hubiera sido metido a la fuerza en una habitación sucia. Es sudor y humo, y ya soy un cenicero ambulante. Tengo que hacer esto rápido. Encontrar a alguien que sepa en qué se metió Maddy antes de que la mataran. Alguien que sepa por qué. Está más oscuro que el interior de una conciencia culpable, así que entrecierro los ojos hacia la barra. Todo aquí es pegajoso: los pisos, los taburetes, incluso las miradas de los hombres alineados como depredadores. Me ajusto la chaqueta y pido una bebida, cualquier cosa para parecer que pertenezco aquí.

—¿Corona? —graznó—. ¿Por favor?

El cantinero me examina con una mirada que grita "carne fresca" antes de golpear la botella frente a mí. Me acomodo en un taburete y observo a la multitud. No es reconfortante. Hombres grandes con malos tatuajes y peores actitudes llenan el lugar. Un tipo en una mesa de la esquina tiene un cuchillo afuera, clavándolo distraídamente entre sus dedos. Me pregunto si me lo prestaría por un minuto. Solo hasta que termine aquí.

Los Callahans dirigen este lugar. Me tomó algunos días investigando los bares irlandeses más sórdidos de Nueva York para descubrirlo, y me felicito por haber avanzado. Maddy tenía alguna conexión con los Callahans, una que necesito conocer si voy a averiguar por qué está muerta. Mi confianza se deshace tan rápido como la etiqueta de mi cerveza. Esa que dice IMPORTADA DE MÉXICO pero se siente tan auténtica como yo me siento ahora mismo.

El cantinero sigue observándome. Si todo este asunto de la psicología no funciona, tal vez me dedique a la actuación. Claro. Porque definitivamente estoy engañando a todos.

La puerta principal se abre, y me encojo, esperando, medio esperando ver a Rafaele Rosetti. Pero por supuesto que no es él. Dejó muy claro que no tiene intención de ayudarme, y que estoy por mi cuenta. Bien, así es como opero mejor de todos modos.

En cambio, es un tipo con chaqueta de cuero, todo ángulos amenazantes y pelo grasiento, y se dirige hacia mí. Definitivamente no está en mi lista de tarjetas navideñas. Se abre paso entre la multitud, con los ojos fijos en mí como si fuera su propio blanco personal. Mi pulso se acelera cuando se acerca. Parece problemas, del tipo que no tiene problema en lidiar con forasteros. Mi mente comienza a dar vueltas, preguntándome qué voy a decir exactamente cuando llegue a mí.

¿Y quién más podría aparecer si digo algo incorrecto?

Los hombres a su alrededor se apartan como si él fuera Moisés y ellos el Mar Rojo, todos igual de rudos, pero ninguno con el mismo aire de amenaza. Ya casi está aquí. No tiene sentido fingir que no lo

veo, así que dejo mi bebida y trato de no encogerme cuando se detiene frente a mí.

—¿Estás perdida? —pregunta, cernido sobre mí como una nube de tormenta.

—Estoy buscando a una amiga —digo—. Madeleine Torres? Maddy.

Estudio su rostro, esperando, cuando veo un destello en sus ojos. Un relámpago tan rápido que casi lo pierdo, pero está ahí. La conoce. Sabe exactamente quién es ella. Pero más importante aún, sabe en qué andaba ella metida con los Callahans. Se recupera rápido, sus ojos volviendo a endurecerse mientras me examina como si estuviera decidiendo si valgo la molestia. Contengo la respiración. Por un momento, creo que podría realmente responder. Luego resopla. Un sonido que es casi una risa.

—¿Eres policía o algo así? —pregunta. Se acerca más, voz baja, toda amenaza ahora. Prácticamente puedo saborear el peligro—. Sal ahora. No tienes nada que hacer aquí.

El ruido del bar se desvanece. Todo lo que puedo escuchar es la sangre latiendo en mis oídos.

—Quizás estaba trabajando con alguien —digo, insistiendo—. ¿Con los Callahans?

Aprieto los dientes para evitar que mi voz tiemble, sabiendo que si muestro miedo, estoy perdida.

Observo su rostro, rogando por otra señal. Cualquier cosa. A nuestro alrededor, la habitación rebosa de hombres que parecen preferir romperme una botella en la cabeza que responder una sola pregunta.

—Maddy está muerta, cariño —finalmente dice, como si estuviera escogiendo cada palabra para lastimar. Toma un trago de mi cerveza y sonríe con suficiencia—. Mejor que como estarás tú si sigues haciendo preguntas.

Trato de mantener mi voz firme. —¿Qué estaba haciendo para los Callahans? ¿Qué sabes de ella?

Sonríe. Es una sonrisa malvada y torcida. —Mucho. Nada que quieras oír.

Su mano está en mi brazo, apretada, cerrándose alrededor de mi muñeca.

—Suéltame —digo, tirando hacia atrás. No es muy convincente, y aún menos exitoso.

Me arrastra de mi taburete hacia la parte trasera del salón, moviéndose rápidamente a través de la multitud. Estoy luchando por mantenerme en pie, tambaleándome sobre mis tacones puntiagudos y tratando de mantener el equilibrio.

—¿Adónde me llevas?

Sonríe con desprecio. —Solo afuera para una conversación personal. Tu amiga también metió su nariz en los asuntos de los Callahan —dice el hombre, como si estuviéramos teniendo una charla amistosa—. Pregúntame bien bonito, y tal vez te diga por qué la mataron.

—Dímelo aquí —digo.

—No. —Me jala—. Conversación privada.

Estamos en la parte de atrás del salón, justo al lado de los baños. Una puerta con una calcomanía de pistola, y otra con un beso de lápiz labial rosa. De él y de ella, supongo.

El hombre me golpea contra la pared. El dolor me atraviesa, y mi visión se nubla en los bordes. ¿Cómo me metí en esto? Mi mente corre tan rápido como mi pulso, y mis piernas se sienten como espagueti. Es más fuerte de lo que esperaba, y estoy empezando a pensar que esto fue una muy mala idea. Debería haber esperado, tal vez venir con Lucas. Pero esperar significa no hacer nada, y no hacer nada nunca llevó a nadie a ninguna parte.

Trato de concentrarme. Su agarre se mueve más abajo. Su mano llega debajo de mi camisa, en cámara lenta, su palma sudorosa recorriendo mi cadera. Todo se vuelve blanco de rabia.

Lucho por liberarme, imaginando a Maddy, cómo estos podrían haber sido sus últimos momentos también. De ninguna manera voy a dejar que eso suceda. Mi muñeca todavía está atrapada en su

mano como una prensa, y jadeo cuando me jala más cerca, la brusquedad de su movimiento sacudiendo mis dientes. Estoy metida en algo que me supera, hundiéndome rápido, pero me niego a ahogarme.

Necesito un plan, alguna salida, pero mis opciones se están reduciendo tan rápido como mi respiración. Aprieto los dientes. Debería haber traído respaldo. Ahora voy a terminar como un contorno de tiza, y la única culpable soy yo.

—¿Qué estás haciendo? —grito, mi voz quebrándose. Estoy abrumada y desesperada, pero no dejaré que él lo note—. ¡Suéltame!

—¿Qué crees, cariño? —Se cierne sobre mí, cada palabra rezumando amenaza y colonia barata—. A Callahan no le gusta la compañía. No le gustan las chicas entrometidas husmeando.

Ya pasamos los baños, acercándonos a la salida del callejón. Me estoy quedando sin tiempo, sin pajas a las que aferrarme. Me retuerzo, tratando de liberarme, tratando de pensar rápido.

Él corta mis rutas de escape, una por una.

Planto mi pie y tiro hacia atrás con toda la fuerza que mis brazos de fideo pueden reunir.

Se ríe, como si esto fuera un juego que estamos jugando. Luego está sobre mí otra vez, sujetando mis muñecas para que no pueda moverme. El pánico me grita que haga algo, cualquier cosa, cuando de repente él es quien está contra la pared.

Rafe lo tiene por la garganta. Sucede tan rápido que casi me lo pierdo, en un segundo estoy a punto de convertirme en fertilizante y al siguiente este furioso ángel vengador está gruñendo a mi atacante, empujándolo con fuerza contra la pared de hormigón.

El tipo está balbuceando, con los ojos desorbitados, completamente tomado por sorpresa. Yo también lo estoy. Me había convencido de que Rafe no quería tener nada que ver conmigo, que me estaba dejando caer de bruces, o que me destrozaran la cara.

El tipo pierde su agarre en mi brazo, pero Rafe no pierde el suyo sobre él. Ni por un segundo. Aprieta su tráquea como una pajita de

refresco, y el tipo parece aterrorizado. No lo culpo. Me siento bastante aterrorizada también, pero no dejaré que eso se note.

—Tócala otra vez —dice Rafe, su voz tranquila—. Te reto, maldita sea.

Mi corazón se detiene. Todo se detiene.

El hombre no tiene oportunidad de responder antes de que Rafe lo patee al suelo.

Entonces tiene su pistola fuera y apuntando a todo el bar. Ahora todos están muy interesados en sus bebidas. Un par de ellos se levantan, como si fueran a hacer algo, pero Rafe no parece preocupado.

—Si ella entra aquí, le muestran respeto —dice Rafe—. Si respira cerca de ustedes, cierran sus malditas bocas. Si la vuelven a ver, mejor que recen que sea conmigo.

Nadie habla. Nadie se mueve. Me saca de allí como si yo fuera lo próximo que va a matar. Su agarre en mi codo es de hierro, y estoy tambaleándome y rezando por equilibrio mientras lo persigo, teniendo una fuerte sensación de déjà vu.

Afuera, tropiezo en el frío mordiente, y mis piernas son gelatina. Tiemblo incontrolablemente, mitad por miedo, mitad por alivio. Gracias a dios que apareció. Me desplomo contra la pared, luchando por recuperar el aliento mientras Rafe observa como si estuviera a punto de explotar. Encuentro sus ojos, y la ira se enciende por encima de mi vergüenza. Me siento pequeña. Expuesta. Pero sobre todo confundida.

—Dijiste que no me ayudarías —digo.

Sale pequeño, avergonzado.

—Cambié de opinión.

Me mira furioso, voz baja y furiosa. Su agarre en mi brazo es más apretado que un constrictor.

—¿En qué demonios estabas pensando? —pregunta.

Estoy tratando de mantenerme firme, pero se siente como arena bajo mis pies.

—Me estabas siguiendo —digo.

Incluso yo puedo oír lo patético que suena. Mi propia voz me traiciona, delgada y temblorosa en el aire nocturno.

—Sí, y es una suerte para ti —responde bruscamente—. ¿Qué hacías en ese pozo de los Callahan?

—Buscando respuestas —digo, tratando de sonar más fuerte de lo que me siento—. Supuse que era obvio.

Rafe resopla, y es como una ráfaga de viento golpeándome directamente en el pecho.

—Desde fuera, es difícil saber si quieres averiguar quién mató a tu amiga o si quieres unirte a ella —dice—. Si no hubiera aparecido, estarías tirada en un callejón en algún lugar.

Sus palabras son afiladas, cada una una daga. Sus ojos destellan como hielo al sol, fríos y cortantes. Sacude la cabeza, incrédulo.

Presiono mis labios, tratando de no mostrar que me está afectando.

—No necesito un guardaespaldas —digo—. He estado bien por mi cuenta.

—¿Así es como llamas a casi hacer que te maten? —Su voz es como un gruñido—. ¿Tienes deseos de morir o algo así?

—No sería la primera vez —respondo, mi frustración desbordándose—. He estado sola desde siempre, Rafe. Puedo manejarlo.

—Ya no más —ladra, cortándome—. De ahora en adelante, no vas a ninguna parte sin mí. Si quieres justicia, la consigues a través de mí. Hacemos esto a mi manera.

Las palabras cuelgan pesadamente entre nosotros. Está tan seguro de sí mismo, de todo, y odio que pueda tener razón. La desesperación araña mi interior, pero también la ira. No va a controlarme así. No voy a permitírselo.

—¿Tu manera? —digo, prácticamente gritando.

Me detengo en seco. Estoy furiosa y temblando. Él da un paso, quizás dos, y estoy enjaulada entre él y la pared de un edificio sucio. Es un latido antes de que añada: —Ya no caminas sola. Ya no hablas con hombres como ese. Ni siquiera respiras sin que yo lo sepa.

Se inclina, el calor de su cuerpo envolviéndome, y de repente me estoy ahogando en él. Está tan cerca que puedo sentir su sangre pulsando en su cuello, y mi propio pulso lo imita, frenético y esperanzado. Está cerrando el espacio entre nosotros, acercándose como si realmente fuera a besarme, pero no sé si quiero eso o si quiero empujarlo lejos. Creo que podría estar temblando, pero no puedo decir si es el frío, la adrenalina, o simplemente él.

Se detiene en seco, y su aliento llega caliente y constante contra mis labios. Aspiro aire que sabe a whisky y a ira, pero no me atrevo a moverme. Ni siquiera parpadeo. Apenas puedo respirar, y él simplemente se cierne allí, tan malditamente seguro de sí mismo, tan malditamente seguro de mí.

Levanta su mano, y es el movimiento más lento y deliberado del mundo. Como si tuviera todo el tiempo para saborear lo desequilibrada que estoy. Como si esto fuera otro tipo de pelea que está ganando, y estoy demasiado aturdida para siquiera defenderme.

Su pulgar roza mi mejilla, suave, y envía ondas de choque hasta la punta de mis dedos. Limpia una mancha de sangre que ni siquiera sabía que estaba allí, y por un momento olvido cómo pensar, cómo respirar, cómo ser.

El pulgar de Rafe se demora, y estoy dividida entre desear que se quede para siempre y desear que simplemente retroceda.

El toque todavía está cálido en mi piel cuando finalmente se aleja.

—La próxima vez que vayas a un lugar como este sin mí, no me detendré en amenazas.

Y así, sin más, tiene mi mano en la suya y me está arrastrando por la nieve.

11

Rafaele

Todavía puedo oír el crujido del cartílago bajo mi puño cuando entramos al apartamento de Sloane. Las llaves suenan como huesos en su mano. El viento de Nueva York nos sigue, persiguiendo el frío de febrero a través de la puerta. Ella la cierra de golpe, excluyéndome también, esforzándose demasiado por aparentar que está bien. No engaña a nadie.

El lugar es como ella: ordenado, pequeño, mal asegurado. Empiezo a hacer lo que siempre hago, circular, revisar los cerrojos de las ventanas. Ella me mira como si hubiera perdido la cabeza.

—¿También vas a revisar debajo de la cama?

Su voz es toda irritación con un toque de miedo residual. Está provocándome.

—Si creo que alguien podría estar ahí debajo, sí.

Suspira y se deja caer en un sofá rojo desgastado. Se hunde en el medio como si lo hubiera tenido demasiado tiempo y nunca se hubiera molestado en arreglarlo. Una manta está doblada pulcramente en un extremo. La atrae hacia su regazo, trazando los bordes con sus dedos, y puedo ver que está tratando de mantener la compostura.

—No es una fortaleza Rosetti, pero está bien, ¿de acuerdo?

No lo está. Ni de cerca. Me detengo junto a la ventana, la que da a la escalera de incendios, y muevo el cerrojo de un lado a otro para probarlo. Ella gruñe como si la estuviera torturando.

—Tenías razón sobre Callahan —dice mientras continúo mi revisión del perímetro—. Maddy realmente estaba involucrada con él de alguna manera.

Dejo de moverme, observándola.

—Sí. Tenía razón.

Hay un destello de algo en sus ojos, gratitud quizás, pero desaparece en un parpadeo.

—Puedo manejar esto, Rafe. No soy una damisela en apuros.

Gruño, me encojo de hombros. Ambos sabemos que es una mentira.

—Bien, porque yo no soy un maldito caballero.

La calefacción se enciende, traqueteando como si todo el lugar estuviera a punto de desmoronarse. Huele a polvo y a tostadas quemadas. Finalmente me siento junto a ella, dejando un espacio de tela roja entre nosotros como si estuviera tratando de no contagiarme de algo. Su cara está sonrojada por el frío y por el caos de la noche, y noto que está acunando su muñeca.

La manga de su chaqueta está manchada de sangre. Debajo se extiende una piel moteada y enojada, toda negra y púrpura, expandiéndose como aceite en el agua. Me levanto de nuevo, porque es lo único que sé hacer, y me dirijo a la cocina.

—Estoy bien, Rafe. En serio.

Abro el congelador, ignorándola, y lanzo una bolsa de chícharos a su regazo. Ella la mira, sorprendida, y luego me lanza una sonrisa torcida.

—Para alguien que afirma no preocuparse, se te da bastante bien esto.

—Cállate y ponle hielo.

La miro fijamente, el silencio presiona, las palabras atrapadas en mi boca. No me gusta cómo se sienten, así que simplemente las escupo:

—He estado investigando a Maddy.

Los ojos de Sloane se agrandan. Se endereza, casi demasiado rápido, y los chícharos se deslizan de su regazo, evitando por poco el suelo. Una parte de mí quiere reír, pero no hay nada gracioso en esto.

—Pensé que estabas fuera de todo esto hasta, como, hace treinta minutos —suelta mientras se inclina para recuperar la bolsa congelada.

—¿Quieres la información o no, Sloane?

Me separo de la pared y cruzo los brazos.

—Dímelo.

Su voz es aguda, urgente, como si temiera que me detuviera.

Le doy lo que está pidiendo.

—Descubrí con quién salía Maddy.

Se queda inmóvil, con la respiración atrapada en la garganta. No creo que siquiera esté parpadeando.

—No te atrevas a dejar de hablar ahora, Rosetti.

—Ethan Reyes —digo, dejando que su nombre quede suspendido pesadamente en el aire.

Su aliento sale en un jadeo fuerte e irregular. El apartamento se siente aún más pequeño, las paredes se cierran con el peso de lo que acaba de escuchar.

—Maddy nunca me dijo que estaba saliendo con alguien. Y mucho menos con un... un...

Lucha por encontrar la palabra, como si no pudiera obligarse a decirla.

—Puede que ella no supiera mucho —le digo—. Reyes guardaba secretos.

—¿Cómo lo sabes?

Hay un borde salvaje y desesperado en sus ojos. Está tambaleándose sobre alguna esperanza irregular, aferrándose a ella como a un salvavidas.

—Porque es mi maldito trabajo saberlo.

Hay un momento de silencio, luego la calefacción golpeando, el viento aullando contra las ventanas. Sloane me mira, con la boca abierta como si estuviera a punto de hablar, pero nada sale. Puedo ver los engranajes girando en su cabeza.

—Ethan... —Dice el nombre como si fuera una palabra extranjera que no está segura de querer aprender—. ¿Estaba con Callahan?

—Está con los Red Hooks —digo—. Hace mierdas de bajo nivel para Callahan. Lo suficiente para hacerlo peligroso.

Los ojos de Sloane se agrandan, y la conmoción en ellos la hace parecer más joven. Exhala de repente y ruidosamente, mirándome como si acabara de lanzarle agua fría.

—¿Estaba saliendo con un miembro de una pandilla? ¿Un criminal de verdad?

Su voz tiembla. Puedo decir que no está haciendo una pregunta tanto como tratando de darle sentido. Es la peor combinación posible en su mente: Maddy y un criminal.

Las palabras me golpean como un puñetazo, más afiladas de lo que deberían ser.

Soy un jodido criminal, no hay nada malo en eso. El mejor trabajo del mundo.

Pero no uno que pertenezca cerca de Sloane, o cerca de la vida que ella piensa que quiere.

—Sí —logro escupir, cambiando mi peso, descruzando los brazos.

Ella niega lentamente con la cabeza, como si no pudiera asimilarlo del todo. Como si repetirlo varias veces pudiera hacer que tuviera sentido.

Su boca trabaja, sin que salga ningún sonido.

—Ethan —dice finalmente—. ¿Ethan fue quien... quien la mató?

Me separo de la pared y cruzo hasta el sofá, sentándome a su lado, pero sin tocarla.

—No lo sé —digo—. Pero Reyes es el único vínculo que tenemos entre Maddy y los Callahan, así que diría que es un maldito buen lugar para empezar.

Ella me mira, con una chispa de determinación en su rostro.

—¿Sabes dónde encontrarlo?

Está al borde de lanzarse a la acción, malditas sean las consecuencias. Casi quiero decirle que vaya con calma, pero no es algo que pueda hacer sin atarme mis propias manos.

—Lo hice seguir —digo en su lugar—. Pasa mucho tiempo en Queens, un edificio de mierda que parece que Dios le cagó encima. Calle Bloom.

—No puedo creer que Maddy me ocultara esto —susurra finalmente Sloane, con la voz quebrada.

Es como si solo creyera en lo que puede resolver, un problema o un rompecabezas, y este la tiene desconcertada. Niega con la cabeza—. ¿Por qué no me lo dijo?

—Probablemente pensó que te estaba protegiendo.

Ella aprieta la bolsa con más fuerza, y me sorprende que la cosa no explote. Aparto la mirada, tratando de darle algo de privacidad en un lugar demasiado estrecho para contenerla. Me concentro en los detalles, en cambio: la pila de libros de texto en la mesa de café, la taza amarilla brillante dejada en el mostrador, los marcos de fotos abarrotados de caras que no reconozco. Un montón de plantas en macetas medio muertas.

Se pasa una mano por el pelo, dejándolo salvaje.

—¿Así que realmente me estás ayudando ahora? —dice.

Es una pregunta simple, pero siento el peso de ella presionando. Lo que hice esta noche, ponerme de su lado, hacer enojar a los Callahan, rompió las reglas que había establecido para mantenernos a ambos enteros. Me excluí de su lío por una razón, y ahora estoy de vuelta.

Ella me mira, esperando, y hay más en sus ojos de lo que puedo manejar. Más que expectativa. Algo como confianza que aún no ha sido aplastada. No quiero ser yo quien lo haga. No esta vez.

Me vuelvo para mirarla, observando cómo se tensa la piel entre sus cejas, y cuando respondo, las palabras rasgan al salir, la honestidad extraña en mi lengua.

—Debería haberte ayudado en el segundo en que entraste en mi mundo.

Ella toma una respiración aguda. Sus ojos se vuelven más brillantes, más amplios.

—Tú... —dice, deteniéndose mientras me mira como si fuera una persona diferente.

Sus dedos juguetean con el borde de la manta. Puedo ver la esperanza creciendo en ella, llenándola. Es intensa, casi abrumadora, y no puedo decir si está feliz o asustada o ambas.

—Todos pensaron que solo estaba haciendo ruido —dice—. Lamentándome mal. No me creyeron. Pero tú... Tú realmente lo investigaste.

Ella es diferente ahora, como si alguien hubiera activado un interruptor y la hubiera encendido.

Extiendo la mano, tomo su muñeca buena con suavidad—. Alguien tiene que asegurarse de que no te mates.

Su boca se curva hacia arriba—. Nadie te había clasificado como el tipo que se preocupa, Rosetti —Inclina la cabeza y me mira con esos ojos verdes penetrantes—. ¿Qué cambió?

—Eres una pesada —digo—. Pero supongo que estoy empezando a disfrutar tenerte cerca.

Ella se ríe, breve y real. El tipo de sonido que no he escuchado en años.

—El hermano de Maddy, Lucas —dice, como si estuviera abriendo una nueva página en una historia—. Hablé con él sobre todo esto. Él quiere ayudar. Él piensa...

—¿Confías en él? —interrumpí, las palabras saliendo afiladas, porque la confianza en este negocio es algo cargado.

Ella asiente, y el movimiento es firme, confiado, sin un rastro de duda.

—Lo conozco desde siempre —dice—. Probablemente es la única persona que ama a Maddy tanto como yo. Amaba.

La palabra pesa, y su voz baja mientras intenta reorganizar el pasado en algo que tenga sentido.

Demasiadas personas, demasiadas variables. Solo hace falta un movimiento equivocado para que todo se vaya a la mierda, y cuantas más personas hay, más arriesgado se vuelve, especialmente si son un cañón suelto sin experiencia.

Niego con la cabeza.

—No me gusta —digo—. Dile que está fuera. No necesito a un hermano inútil jodiendo esto para nosotros.

Ella se pone rígida, y el cambio es instantáneo, como accionar un interruptor.

—Esta es mi investigación, Rafe. Agradezco que me ayudes y, honestamente, probablemente no podría hacerlo sin ti, pero eso no significa que puedas irrumpir y tomar el control —dice, sus palabras rápidas y feroces—. Lucas está en el equipo, y eso es definitivo. Sin discusión.

Me mira por un largo tiempo, su mirada nunca vacilante, desafiándome a pelear con ella sobre esto. El hecho es que ya me he hecho cargo. Pero ella no necesita otra pelea ahora, no cuando apenas ha salido a respirar de ese idiota en el bar. He presionado demasiado, y ya puedo verla aferrándose. He vivido bajo mis reglas durante tanto tiempo, que casi olvidé lo que es dejar que alguien más tenga voz y voto.

—Bien —digo, la palabra desgarrándose—. Pero no vayas a medio cocinar sin mí.

Ella sonríe, triunfante, y sé que acabo de perder esta ronda. Se mueve en el sofá, cerrando el espacio rojo entre nosotros.

—Entonces —dice, y su rodilla choca con la mía—. ¿Cuál es el plan?

—Vamos por Ethan. Pero no hasta que yo diga que es seguro — Mantengo su mirada, asegurándome de que me está escuchando—. Necesitas prometerme que no irás tras él por tu cuenta.

Sus ojos se elevan a los míos, un poco molestos, un poco burlones—. Ni lo soñaría.

—Sloane.

—Está bien, está bien, lo prometo. Pero no puedes seguirme a todas partes.

—Pruébame.

Ella pone los ojos en blanco pero parece complacida. Quiero inclinarme hacia adelante y borrarle la sonrisa de la cara con un beso. Quiero inmovilizarla y ver qué otras promesas puedo hacerle cumplir. En cambio, me quedo donde estoy, trabajando con los guantes de cuero en mis manos.

—Siempre y cuando prometas que puedo estar allí cuando lo hagas —dice.

Sonríe, y es el tipo de sonrisa que podría volver loco a un hombre.

Niego con la cabeza, tratando de parecer molesto.

—Lo pensaré.

Caemos en un silencio que no es incómodo ni pesado, y no sé cómo es eso posible con todo a lo que nos enfrentamos. Su mano roza la mía, casual como si no me estuviera afectando. Pero lo está. Más de lo que ella sabe.

Se aleja un poco, de repente pareciendo insegura de sí misma—. Supongo que probablemente deberías irte —Vacila, con una risa nerviosa en su voz—. A menos que quieras quedarte a pasar la noche —Se acomoda un mechón de pelo detrás de la oreja—. En el sofá, quiero decir.

La observo, absorbiendo cada detalle. El moretón en su muñeca. La sangre en su mejilla. La maldita cosa entera sobre ella, desatando fuegos artificiales en mi cerebro. Estoy tentado. Estoy realmente jodidamente tentado. Debería irme, salir de aquí antes de hacer algo de lo que ambos nos arrepintamos, pero no puedo dejar de mirar. Se ve sexy salpicada con la sangre de otro. Sentada en su apartamento, dura como clavos y suave como una maldita pluma.

Aparto mi mirada y la dejo caer sobre las cosas en la habitación. Los suelos desgastados, la pila de libros de texto disparejos y las plantas en macetas. El lugar está más habitado que yo. Sé que

debería irme, alejarme de esto antes de hacer algo de lo que ambos nos arrepintamos, pero no puedo.

La observo de nuevo, grabando su imagen en mi cabeza.

Muchos tipos verían a una chica con ropa ensangrentada y pensarían que está fuera de su alcance. Para mí, es una historia diferente. El moretón, la sangre, los chícharos agarrados en su mano, es como si pidiera más problemas de los que ya tiene. Como si estuviera hecha de maldito acero, y yo soy el que se está debilitando.

Ella inclina la cabeza, esperando, y juro que sabe lo que está pasando por mi mente. Debería irme, pero tal vez esta vez no soy lo suficientemente fuerte.

—¿Rafe? —pregunta, el sonido de mi nombre trayéndome de vuelta.

Pero sé lo que es mejor—. Debería irme —le digo.

—Buenas noches, Rafe —dice suavemente.

Su voz me sigue fuera de la puerta, y casi soy lo suficientemente estúpido como para regresar.

En cambio, me siento en mi auto y me acomodo, mirando su ventana. Incluso una fuerza de la naturaleza como Sloane necesita protección.

La nieve comienza a caer de nuevo. Pequeñas motas contra el parabrisas. Veo su luz apagarse a través de la ventana. Debería estar planeando mi próximo movimiento, pero todo en lo que puedo pensar es en la forma en que ella me miró cuando salí. Como si yo fuera la respuesta a cada pregunta que jamás haya hecho.

¿Esto entre nosotros? Va a ser un problema. Y esa es la única cosa que sé que puedo manejar bien.

12

Rafaele

Entro al bar y veo a Dale desplomado en una cabina de vinilo pegajoso. Me abro paso a través de una nube de humo y cerveza derramada, pasando junto a tipos que gritan por encima de la música rock retumbante. Todavía no me ha notado. Dale típico, dejando que el mundo venga a él.

Esquivo a un grupo de borrachos y respiro hondo. El trabajo. Concéntrate en el trabajo. No en Sloane. Es una distracción que no puedo permitirme ahora mismo.

Afuera, la calle está salvaje con el caos del sábado por la noche. El problema de los Callahan necesita toda mi atención. El ring de peleas está perdiendo dinero, y necesito averiguar adónde va. Eso es lo que importa aquí. Por eso llamé a Dale.

De todas formas, ella es completamente inadecuada para mí. Chica inteligente, buen origen, un ex-policía como padre. Apuesto a que lustra su placa todas las noches antes de acostarse y bebe descafeinado hasta vaciar la cafetera. No me llevó mucho tiempo descubrirlo: su viejo es una pequeña leyenda por limpiar una comisaría en Jersey que estaba más sucia que yo.

¿Y ella? Estudiante de posgrado en psicología criminal. Como si estuviera sosteniendo una lupa sobre mí y toda mi vida. Una chica así debería estar huyendo de tipos como yo, no persiguiendo

respuestas sobre su amiga muerta. Está metida en algo que le queda grande, y mantenerme alejado de ella es lo más inteligente para ambos.

Tengo problemas reales que resolver. Dinero desaparecido. Negocios familiares. Los Callahan. No hay tiempo para distracciones, sin importar cuán verdes sean sus ojos o cuán obstinadamente se niegue a mantenerse alejada de los problemas.

Me arrastro de vuelta al momento. El trabajo. Concéntrate en el trabajo.

Doy los últimos pasos hacia la cabina. Dale levanta la mirada y sonríe.

—Rosetti —dice, levantando su cerveza—. Pensé que me habías dejado plantado.

Me deslizo frente a él. El asiento de vinilo cruje bajo mi peso. —No tienes tanta suerte.

La mesera me nota cuando me siento y me trae un shot de whisky. Ni siquiera espero a que se vaya antes de tomármelo de un trago rápido. Es fuerte, quemándome la garganta, justo como me gusta.

—Nunca has sido de cerveza, ¿eh? —Dale arquea una ceja mientras da un sorbo a su propia bebida. Hay un pequeño tono de burla en su voz, como si intentara sonar casual.

—Tampoco bebo agua del Hudson —respondo, dejando el vaso vacío con un golpe seco—. Pero supongo que no estamos aquí para hablar de eso.

Me reclino, observándolo atentamente en busca de cualquier indicio de lo que vendrá después.

Dale no es mala sangre. Lo conozco desde hace tiempo, pero no nos reunimos solo para charlar, y no me gusta perder el tiempo. Sin embargo, no es propio de él llamarme si no tuviera algo importante en mente. No estaría sentado ahí esperándome si esto no fuera nada.

—Te ves serio —añado, cortando a través del ruido del bar.

Sus ojos se entrecierran un poco, como si estuviera tratando de medir mi reacción ante algo grande. Un mechón de ese pelo rubio desaliñado cae sobre su rostro mientras se inclina hacia adelante.

—Creo que alguien está desviando nuestra parte —dice.

Mi mente se acelera. Las familias Callahan y Rosetti unieron fuerzas a mediados del año pasado para abrir un ring de peleas clandestinas. El gimnasio donde entrenábamos de todas formas se ponía sangriento la mayoría de los días, así que simplemente decidimos monetizarlo. Los Rosetti gestionan las peleas, y los Callahan se encargan de las apuestas.

Es un éxito salvaje. La mayoría de las noches, no podrías meter ni un grano más en esa sala, y el efectivo vuela casi tan rápido como el alcohol.

Pero los números no cuadran. Hay un hueco. Una fuga. Hice que uno de mis cerebritos lo calculara, sentado junto al ring observando cada maldita apuesta. Incluso hice que Emilio husmeara en las computadoras de los Callahan, y no podemos encontrar la fuga, pero estoy seguro de que está ahí.

Así que la desaparición del dinero no es una novedad para mí, pero el hecho de que Dale lo sepa sí lo es. Y el hecho de que venga a mí con esto dice que probablemente él no es el tipo detrás de esto.

—¿Crees que es uno de nuestros chicos? —pregunto, tanteando el terreno para ver si sabe más de lo que dice.

Sus ojos entrecerrados se fijan en los míos, y no puedo decir si tiene un nombre o si es solo una de sus corazonadas salvajes con las que espera que yo siga.

—No lo sé —admite después de una pausa, con frustración impregnando su voz.

Me inclino hacia adelante. La luz tenue proyecta sombras en su rostro.

—¿Qué sabes exactamente?

Golpea su botella contra la mesa. La mesa vibra.

—Una tonelada de efectivo simplemente desapareció —dice.

—¿Qué hay de Chase? ¿Lo sabe? —Mi voz baja a un susurro.

Dale se estremece. —Ni hablar. Si le dijera a mi viejo, ya sabes lo que haría. Lo que tu viejo haría. —Hace una pausa—. Sería un baño de sangre. Pensé que podrías ayudarme. Discretamente.

—¿Cuánto tiempo ha estado pasando esto? —Ya tengo una idea.

—Un par de meses —dice—. Está empeorando.

Doy un sorbo lento.

—¿No puedes hacer que alguien de tu equipo se encargue?

Niega con la cabeza.

—Mi padre me ensartaría por necesitar ayuda. Tengo que demostrar que puedo manejar esto.

Lo estudio. Hay un destello de preocupación detrás de sus ojos.

—¿Estás seguro de que no es tu viejo?

Sacude la cabeza. —Esta vez no. No se arriesgaría con ustedes los Rosetti metidos en esto. Estoy tratando de hacer lo correcto por él. Y por el negocio.

Sonrío con suficiencia. —Crees que te cubriré el trasero solo porque somos compañeros del reformatorio.

—Bueno... —dice.

Casi me río, pero hay algo en su voz, una grieta que guardo para más tarde.

—Bien —le digo—. Digamos que te creo. ¿Piensas que es uno de nuestros chicos?

—Podría ser cualquiera. —Me mira a los ojos—. Nos conocemos desde hace mucho. ¿En quién más puedo confiar?

Me encojo de hombros. —Otro de tus líos. Estoy acostumbrado a ellos.

Sonríe a medias. —Sigues siendo un bastardo, pero al menos escuchas.

El silencio se extiende.

Considero preguntarle sobre Maddy Torres. Me reclino en mi asiento y cruzo los brazos, observando a Dale detenidamente mientras reflexiono sobre el riesgo.

Sloane ha estado husmeando, buscando respuestas sobre quién mató a su amiga. Tiene teorías sobre pandillas rivales y novios secretos. Lo único que sabemos con certeza es que los Callahan ordenaron el golpe. Podría preguntarle a Dale qué sabe, ver si ha escuchado algo que pueda ayudar, pero el peligro es real. Él está en lo alto, tal vez incluso segundo al mando. Si detecta la conexión de Sloane con esto, que ha estado indagando donde está involucrada la familia Callahan, podría terminar mal para ella.

Si le llegara a Chase Callahan el rumor de que alguna chica anda fisgoneando... He visto lo que les pasa a las personas que se interponen en su camino. Rápido y brutal. Fin de la historia.

Mejor mantener la boca cerrada por ahora. Conseguir la información que pueda sobre el dinero desaparecido, resolver nuestro problema inmediato. Sloane tendrá que manejar su propio lío, preferiblemente desde una distancia segura.

Entonces él se levanta, poniéndose su chaqueta de cuero.

—Gracias por no golpearme, Rosetti. Estaré esperando tu llamada.

Antes de que pueda responder, se funde con la multitud. Lo veo irse, sabiendo que está limpio pero preguntándome por su viejo.

Una sombra cae sobre la mesa, y miro hacia arriba. Es una visión, rubia, de piernas largas, toda curvas y una sonrisa que podría tragarme entero. El tipo de mujer de la que normalmente no me alejo.

—¿Eres Rafe Rosetti? —pregunta, inclinándose lo suficientemente cerca como para oler su perfume.

Esta vez, es diferente. Niego con la cabeza. —No estoy interesado.

Se desliza en la cabina, presionándose contra mí, muslo con muslo. —Vamos, déjame invitarte un trago. He oído que eres divertido.

—Mal rumor —digo, deslizando su trasero de vuelta por el asiento de vinilo pegajoso antes de saltar fuera de la cabina.

El bar está ruidoso y lleno, un mar de malas ideas. ¿Esta? ¿Esta vez? Un no fácil. Me pongo de pie y empiezo a abrocharme la chaqueta.

Ella hace un puchero y saca una cadera.

—No seas así, bombón, yo...

La interrumpo, mirándola directamente a los ojos.

—¿Te llamas Sloane Carter?

Parpadea, desconcertada, y veo que la tengo justo donde quiero.

—Eh, no —dice.

—Entonces lárgate.

No espero para ver su reacción. Tengo asuntos más importantes que atender. Necesito encontrar adónde va el dinero, y necesito evitar que Sloane se haga matar. Lo segundo no debería importarme tanto como me importa, pero no tengo tiempo para analizar ese problema ahora mismo.

Me alejo con paso firme y abro la puerta del bar con mi mano enguantada de negro.

Afuera, el aire fresco me despierta. Me dirijo a mi auto, una movida estúpida, pero lo haré de todos modos. Pasaré por su casa, me aseguraré de que esté a salvo, y luego volveré a lo que debería estar enfocado: el dinero desaparecido, los Callahan y mantener intacto el negocio de los Rosetti.

En el momento en que haga algo más que eso, en el momento en que le haga saber que estoy vigilando, o peor, me permita preocuparme demasiado, los dos estaremos jodidos. Y en mi mundo, "jodido" generalmente significa "muerto".

13

Sloane

Siento como si hubiera entrado a algo vivo, que respira. La casa de Lucas, también conocida como el antiguo lugar de Maddy. El grifo hace tictac como un metrónomo, y las tablas del piso crujen como si se quejaran del frío de febrero. Prácticamente puedo oír los latidos de mi corazón haciendo eco en las paredes, recordándome que ella ya no está.

Veo un montón de tenis y botas junto a la puerta, dos tallas más pequeñas que las de Lucas. Mi pecho se oprime. Maddy no va a regresar. De alguna manera me había engañado a mí misma olvidando que está muerta, y ahora el dolor me golpea como un tren de carga.

Camino de puntillas por el pasillo estrecho. El aire es denso y viciado, los radiadores resoplando, las ventanas selladas. Una planta marchita en el alféizar se ve tan exhausta como yo me siento. Recorro con los dedos la vieja cicatriz en mi mano izquierda, esa que todavía me pica cada vez que entro aquí. La pintura azul brillante se descascara de la pared, pósters de bandas punk abarrotan el techo sobre el sofá, y esa manta amarilla descolorida que ella recogió en algún mercado callejero descansa doblada en el reposabrazos. Está en todas partes.

—Pensé que te habías rendido —dice Lucas desde la entrada de la cocina. Su sudadera cuelga floja a su alrededor, y círculos oscuros subrayan unos ojos que no han visto el sueño en semanas.

Mi voz sale demasiado suave.

—Ni hablar. Maddy es... era... —empiezo, pero es incómodo hablar en tiempo pasado—. Debería haber venido antes.

Él exhala una pequeña risa.

—Ya sabes dónde encontrarme —dice, señalando una delgada torre de cajas de comida para llevar—. Lo mein. Especial de ayer. Sírvete.

—Paso —digo, posándome en el brazo del sofá, con cuidado de no enredarme con los cables de los audífonos—. Conseguí un nombre y una dirección. El novio de Maddie. Teníamos razón. Está metido en cosas serias.

Lucas se tensa, sus ojos se elevan rápidamente para encontrarse con los míos.

—¿Quién?

—Ethan Reyes —digo—. Tiene vínculos con los Red Hooks.

—Mierda. —Su voz está a un suspiro de quebrarse—. ¿Esa pandilla?

Asiento.

—Son de bajo nivel, pero operan por todo Brooklyn. No hay forma de saber en qué más está metido.

Él patea el borde de la alfombra, mirando un punto en el suelo.

—¿Cómo demonios averiguaste todo esto? —pregunta.

Ahí es donde se complicó todo.

—Tuve algo de ayuda —admito.

Su ceja se arquea.

—¿De quién?

Miro una baldosa agrietada en lugar de mirarlo a él.

—Solo un tipo.

Técnicamente cierto. Rafaele Rosetti definitivamente es un tipo. Apareció en ese bar anoche y me rescató de ese imbécil que intentaba arrastrarme afuera a Dios sabe dónde. No, era peor que

eso, y aunque me aterra admitirlo, las cosas podrían haberse puesto feas si Rafe no hubiera aparecido. Apenas protesté cuando me acompañó a casa y entró, luego se quedó como un mal tapiz, furioso por lo imprudente que fui.

Rafe Rosetti ya me llevaba cinco pasos de ventaja, al parecer. Encontrármelo en el bar no fue casualidad. Había estado vigilando el lugar de Callahan. O vigilándome a mí. Ya tenía todos los detalles sobre el novio de Maddy, y cuando me lo contó, me quedé atónita. No tenía idea de que ya estaba investigando.

Lucas se mueve, tratando de leer mi rostro. Necesito mantenerme concentrada.

—Tenemos que encontrar a Ethan antes de que desaparezca —digo—. Parece el tipo de persona que puede esfumarse en cualquier momento.

—¿Este tipo te dio una dirección? —pregunta Lucas, caminando de un lado a otro.

—Queens —admito—. Dice que ahí es donde Ethan se esconde la mayor parte del tiempo, pero no está 100% seguro si también duerme allí.

Lucas tira una pila de papeles del sofá. Las facturas se desparraman. Muchas de ellas.

Me agacho para recogerlas, la culpa retorciéndome las costillas. Debería haber llegado a tiempo para encontrarme con Maddy, tal vez entonces habría conocido a este tipo Ethan, advertido a Maddy, mantenido viva.

—Dijiste que Maddy estaba con él la noche que murió —insisto—. Tiene que saber algo.

Pongo las facturas en la mesa abarrotada.

—Seguro —acepta Lucas, hundiéndose en el sofá—. Pero si está con los Red Hooks, no va a hablar con nosotros. O tal vez se haya ido para siempre. Dios. ¿Por qué no lo vi? Debió haberse asustado cuando ella...

—Lo resolveremos —prometo, agachándome junto a él.

Puedo oler el cigarrillo rancio en su aliento. Ha vuelto a sus malos hábitos.

Asiente, con la mirada distante.

—Tenemos que hacerlo.

—Te necesito en esto, Lucas.

Él levanta la mirada.

—Estoy dentro —dice, como si necesitara convencerse a sí mismo —. Vamos a buscarlo el próximo fin de semana. ¿Puedes esperar tanto?

Podría arreglarlo con Rafe, conseguir que venga también. Pero el próximo fin de semana, Dios... Suena como una eternidad. Si Rafaele tiene razón, Ethan podría desaparecer en cualquier momento. Solo voy a tener una oportunidad, y tengo que aprovecharla al máximo.

—Vamos mañana —digo, poniéndome de pie y cambiando el peso de un pie a otro, incapaz de quedarme quieta. La adrenalina se acumula en mi sistema, y añado:

—Diablos, vamos ahora.

Lucas se mira a sí mismo y gime.

—Soy un maldito desastre, Sloane. Necesito dormir.

—Necesitas ducharte —añado.

—Sí. Yo... Mira, voy a componerme, lo prometo, y te ayudaré. Solo dame una semana.

Lo examino. Tiene razón, es un desastre. No puedo obligarlo a que venga conmigo a encontrarse con un miembro de una pandilla antes de que se ponga en orden.

No quiero tener la muerte de Lucas en mis manos porque lo arrastré a algo para lo que no estaba listo, lo forcé a una situación peligrosa mientras todavía estaba de luto por Maddy. El pensamiento me enferma, e imagino explicándole a sus padres por qué fue él quien terminó muerto, cómo fui yo quien lo empujó a eso. La culpa me comería viva. No puedo permitirme cometer el mismo error dos veces. Es mi culpa que Maddy estuviera sola la noche que murió. No estuve ahí para ayudar, y nunca me perdonaré por eso. Luke dijo

que necesita una semana. Sé que no quiere admitirlo, pero está claro que apenas se mantiene, que una parte de él todavía cree que Maddy volverá a casa. Mantenerse al margen por ahora podría darle la oportunidad de recuperar el aliento y quitarle algo de presión.

Pero de ninguna manera voy a esperar una semana, cuando este tipo Ethan podría escaparse mientras estoy aquí con los pulgares cruzados.

Mi pulso se dispara.

—Claro —miento—. El próximo fin de semana.

Asiente, pareciendo aliviado, como si esperara que le discutiría.

Mi pecho arde. Realmente cree que me voy a quedar sin hacer nada.

Lucas se frota los ojos, limpiando el agotamiento.

—Te seré más útil cuando no sea un zombi —añade, tratando de convencerme, o tal vez a sí mismo.

—Iremos juntos. Armaremos un escándalo, como en los viejos tiempos —digo, tratando de que suene como si no tuviera prisa, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Lucas soltó un largo suspiro, uno que casi puedo sentir resonando en mis propios pulmones.

—Pasaré por tu casa cuando esté listo —dice—. ¿El sábado, alrededor del mediodía?

—Claro —digo.

—Es una cita —dice, y luego se ríe débilmente.

El aire en el apartamento me presiona como una banda ajustada alrededor de mi pecho. No estoy segura de cuánto tiempo puedo soportarlo.

—Necesitas comer —digo—. Después de ducharte.

—Sí. Supongo que sí —dice, pasándose una mano por el pelo y luego empujándose para ponerse de pie—. Te llamaré, Sloane. Gracias.

Agarro mi chaqueta del brazo del sofá y dudo en la puerta. No se siente bien dejarlo solo, pero tampoco se siente bien quedarme.

—Ten cuidado —dice.

—Siempre lo tengo.

Salgo al frío aire de febrero, ajustándome la chaqueta sobre los hombros. Siento como si la casa todavía respirara detrás de mí, y no puedo sacudirme el alivio de dejarla atrás.

Mis botas crujen en el camino congelado mientras me dirijo de vuelta a mi auto. El frío en el aire me atraviesa, pero no es nada comparado con el frío temor que se asienta en mis huesos. Sé que Lucas necesita tiempo, pero Maddy no tuvo tiempo. Ella no tuvo opción.

Mientras me deslizo en el asiento del conductor, mis dedos tiemblan un poco mientras tantean la ignición. Apartando los pensamientos de Lucas y su dolor, me obligo a concentrarme en Ethan Reyes. Rafe está seguro de su participación, y confío en él.

Salgo marcha atrás del camino de entrada de Lucas y tomo rumbo a casa. Iré mañana. Conduciendo en piloto automático, las luces de la ciudad se desdibujan a mi paso mientras me preparo para lo que viene. Tal vez esto sea imprudente—ir sola, mantener a Lucas en la oscuridad—pero esto ya no se trata de mí. Se trata de justicia para Maddy.



Las tuberías de la ducha gimen mientras el agua caliente golpea mi piel. Quema de la mejor manera posible, lavando el polvo, la tensión y el fantasma del apartamento de Maddy. El vapor se arremolina a mi alrededor, y me hundo en las baldosas, frotándome la suciedad del cabello y borrando de mi mente el recuerdo de aquellos zapatos vacíos, fríos, del tamaño de Maddy.

Mi propio lugar se siente como un santuario. Las plantas no están tan muertas, el sofá no está abarrotado de comida para llevar a medio comer y facturas vencidas. Además, me recuerda a Rafaele,

ya que estuvo aquí anoche. Casi durmió en el sofá. O en algún otro lugar.

Cierro los ojos bajo el chorro de agua y me lo imagino aquí ahora, delgado y peligroso, esa voz baja envolviéndome. Mi piel se eriza de deseo. Imagino sus ojos azul hielo encontrándose con los míos, la leve aspereza de la barba incipiente en su mandíbula, la forma en que cambia su peso cuando piensa. Se siente como chispas contra mi piel.

Recorro con el agua caliente mi torso y casi puedo sentir sus manos allí en lugar del rocío. Mi corazón se acelera, y dejo que mi mente divague sobre cómo se sentiría si se acercara, respiración cálida, músculo sólido, un susurro de mi nombre.

Inclino mi cabeza hacia atrás, dejando que el agua resuene en mis hombros. Por un momento, el mundo entero se disuelve: solo vapor, solo calor, solo esa fantasía de Rafaele inclinándose.

Sus palabras resuenan en mi mente:

—Debería haberte ayudado en el momento en que entraste en mi mundo.

El agua corre por mis muslos mientras presiono mi mano entre ellos, provocándome, trayendo la idea de él a un enfoque nítido y caliente. Me lo imagino de pie junto al espejo, observándome. Me lo imagino enojado y hambriento, cruzando las baldosas a grandes zancadas. La mirada en sus ojos cuando me alcanza. Me inmovilizaría contra la pared, su boca cubriendo la mía hasta que olvidara cómo hacer cualquier cosa excepto dejarme llevar. Sus caderas presionando contra mí, duras y exigentes. Su verga.

Mi mano trabaja más rápido, más frenética, necesitada como el infierno. No recuerdo sentirme así, como si fuera a romperme en pedazos si él no me toca. Tal vez sea la niebla de la habitación o el silencio después del dolor de Lucas, pero no puedo parar. No quiero.

En mi mente, sus manos son ásperas, tal vez enojadas, y quiero cada toque. Me mantendría justo contra él, exactamente donde quiero estar.

Lo estoy anhelando, acercándolo en mi cabeza, y juro que puedo sentir sus dientes en mi cuello, sus manos anclándome. Casi puedo tocar la forma en que su voz baja me envolvería. Sentir su calor, su boca sobre la mía. Áspero y posesivo.

Jadeo mientras la fantasía golpea con fuerza, apretándome a su alrededor, blanco cegador. Se hace añicos y me sostiene a la vez, un fantasma desvaneciéndose en el vapor. El agua lava lo último de ello. Estoy sin aliento y vacía, con el nombre de Rafaele en mis labios.

14

Sloane

El grito de un niño me despierta de golpe, y doy un chillido hacia el techo. Me toma un segundo recordar que estoy sola, no hay ningún perro sangrando, ni cuchillo reluciente, solo el zumbido distante del tráfico y el suave ronroneo de mi radiador, como si estuviera ronroneando. Mi corazón late con fuerza, la musculosa empapada de sudor. Agarro un suéter de la silla y me lo pongo, esperando que mi pulso se calme.

En la cocina, quemo el pan tostado y dejo el café demasiado tiempo. Asqueroso, pero tendrá que servir. No estoy de humor para empezar de nuevo. El radiador silba, luchando contra el frío invernal, y la tetera envía perezosos remolinos de vapor. Es toda la banda sonora del desorden en mi cabeza.

No estoy obsesionada con el asesinato de Maddy; estoy decidida a resolverlo. Demostrar que no estaba metida en drogas. Me sirvo café, dejo que me queme la lengua solo para sentirme conectada con la realidad. Tengo que hablar con Ethan, y Lucas no puede ponerse las pilas hasta la semana próxima. Es demasiado tiempo.

Un cuchillo de plástico raspa la mantequilla en mi tostada—no guardo cuchillos de metal en casa. Reviso mi teléfono: ¿esperar o actuar? Mis pulgares marcan el número de Lucas.

—¿Hay alguna posibilidad de que podamos reunirnos antes? Es importante.

El café se enfría en mi mano mientras miro por la ventana, esperando.

—Lo siento —responde por mensaje—. Todavía estoy comiendo y durmiendo y duchándome y toda esa mierda.

Típico de Lucas. Lo acosaría, pero no está listo. Lo entiendo.

Camino entre pilas de papeles, expedientes de casos y libros tambaleantes. Una triste planta marchita en la esquina parece suspirar junto conmigo.

Mis pensamientos se dirigen a Rafaele. Él es quien realmente puede ayudar, y dijo que lo haría. Incluso me hizo prometer no ir sin él.

Sin darme tiempo para pensarlo bien, agarro mi teléfono. Mis dedos vuelan sobre la pantalla.

—Necesito refuerzos. ¿Hoy?

En el momento en que presiono enviar, mi teléfono se ilumina con el nombre de Raffaele. Eso fue rápido.

Contesto, pero él habla antes de que pueda saludar.

—No —dice, con voz tajante y definitiva.

—Me alegra escucharte —bromeo, dejando mi taza con exagerado cuidado.

—Sloane —arrastra las palabras, pesado y como advertencia—. No va a suceder.

—Pero ni siquiera te he dicho cuándo o dónde —protesto, sintiendo que mi frustración comienza a aumentar.

—No importa. No puedes ir sola.

Sus palabras suenan como órdenes, cada una cortante e intransigente.

—Por eso te estoy pidiendo que vengas —argumento, tratando de imprimir algo de alegría en mi voz.

Pausa. Me lo imagino pensándolo, sopesando sus opciones.

—No puedo hoy —dice finalmente.

—Y yo que pensaba que serías más útil que Lucas —le lanzo, sintiendo que la exasperación se desborda.

Suspira, un sonido bajo y áspero.

—Hoy no me funciona, Sloane. Iremos el jueves o el viernes.

—He esperado suficiente... —empiezo a decir, pero él me interrumpe, con voz como un latigazo.

—Sloane, te lo prohíbo —dice, agudo y severo—. Prométeme que no harás algo estúpido.

Agarro mi teléfono con fuerza, la ira pulsando a través de mí.

—Gracias por el apoyo, Rafe.

Le arrojo su nombre de vuelta, con sarcasmo mordaz.

Intenta seguir hablando, su voz volviéndose más suave, como si estuviera dando marcha atrás. Pero no quiero escucharlo. Cuelgo, ya deslizando el teléfono en mi bolsillo.

Su voz hace eco en mi cabeza, cada vez con más fuerza. Prométeme. Prométeme. Promételo. Mi mandíbula se tensa.

La terquedad le gana a la inteligencia, y mi familia me lo ha recordado bastante. Agarro mi bolso y me pongo un abrigo de un tirón. Si dudo, me ahogaré en pensamientos. Mejor moverse. Actuar.

Afuera, el aire frío pincha mis mejillas. Mi pulso retumba en mis oídos mientras me abro paso entre los viajeros, sus rostros matutinos de acero y bolsos como armaduras, ajenos a mi misión. Me deslizo entre ellos hasta el andén del metro, el rugido del tren haciendo eco de mi propia determinación.



Este edificio tiene cinco pisos de hormigón agrietado, ventanas con rejas y mugre, prácticamente el niño modelo de este barrio. Todo se ve gris e indiferente. Siento un repentino escalofrío de miedo—¿cuántas veces estuvo Maddy parada aquí?—pero mi enojo lo

ahuyenta. Ethan es mi única pista. Tengo que hablar con él, ver su cara cuando le pregunte sobre ella.

El timbre emite un áspero y estridente "BREEEEP".

Mis manos están frías y rígidas, así que me ajusto más la chaqueta y espero. La calle está vacía excepto por una sirena distante y el leve sabor a polvo de ciudad en el aire. Me imagino a Maddy aquí, tratando de recuperar el aliento en esta bruma contaminada. ¿Qué sintió? ¿Cuánto tiempo estuvo enredada con Ethan antes de que las cosas se torcieran? Si pudiera leer su miedo, tal vez obtendría una imagen más clara. Una pista más fuerte. Tiemblo de nuevo. Mi abrigo está haciendo lo mejor que puede, pero el invierno gana.

Debería esperar a Rafaele o Lucas, pero estoy cansada de esperar. Cansada de fingir que puedo ignorar la urgencia. Necesito mirar a Ethan a los ojos y exigir la verdad. Exigir algo. Cualquier cosa. Además, era el novio de Maddy, ¿no? Tal vez quiere resolver este caso tanto como yo.

Antes de estar lista, la puerta suena. Echo un último vistazo a la calle, mi corazón haciendo un solo de batería. Nada se mueve. Soy un manojo de nervios, el corazón acelerado, imaginando demasiadas cosas a la vez, miedo, ira, arrepentimiento, todos jugando un cruel juego de rayuela dentro de mí. Pero la determinación gana, y me apresuro a entrar en el edificio antes de que pueda detenerme.

La puerta se cierra de golpe detrás de mí, y el sonido reverbera por el estrecho pasillo. Me la imagino cerrándose también detrás de Maddy, dándome más escalofríos que el frío. El lugar apesta a cemento húmedo y cigarrillos rancios, y me dan arcadas por el olor. Pensar que ella respiraba esto día tras día me duele en el pecho. Las paredes son de un amarillo sucio, con manchas de mugre y de humedad, y se cierran sobre mí como si cuestionaran mi derecho a estar aquí. Es más destartalado que el peor dormitorio que he visto.

Agarro mi teléfono en el bolsillo, lista para pedir ayuda, pero luego la desesperación me empuja hacia adelante. No tengo nada que perder excepto mi actitud de esperar y ver, y la perdí hace

mucho tiempo. Empiezo a caminar, mis propios pasos uniéndose al fuerte latido en mi pecho.

Esto es como un mundo diferente, uno donde todo es viejo y gastado. Mientras subo las escaleras al segundo piso, mis propios pasos hacen eco a mi alrededor, rebotando con fantasmal insistencia. Luego escucho otro par de pasos, un acercamiento lento que me pone tensa.

Una mujer abre la puerta del apartamento 210: cabello rubio platino apilado en lo alto, una camiseta escarlata pegada a sus huesos. Sus ojos, bordeados con delineador pesado, se entrecierran hacia mí como si fuera un gato callejero.

—¿Quién eres? —pregunta con una voz baja y áspera de fumadora.

—Sloane —digo, intentando sonar confiada—. Estoy buscando a Ethan.

Ella se ríe, un ladrido corto.

—Vaya, vaya. El imbécil sí tiene amigos —dice, haciéndome señas para que entre—. Es por aquí.

Dentro, cables y colillas de cigarrillos cubren el suelo como si alguien hubiera tirado confeti de basura. Un calefactor zumba mientras una música distante retumba, baja y siniestra.

La rubia me lleva más allá de una cocina mugrienta, con encimeras llenas de cajas de comida para llevar vacías, hacia la sala de estar. Tres tipos están recostados en los sofás, con los ojos fijos en mí, sin parpadear, evaluándome. Me mantengo erguida de todos modos.

—¿Quién es esta tipa? —pregunta uno de ellos. Es un tipo delgado, vestido de negro y gris, a juego perfecto con el edificio. Todo en él grita desinterés, desde su voz plana hasta la mueca más perezosa en su rostro.

—Deberías saberlo. Te está buscando.

El tipo se levanta, y sé que debe ser Ethan. El Ethan de Maddy. Se desliza hacia adelante con un aire despreocupado, sus ojos oscuros firmes bajo un corte de pelo rapado, con tatuajes que

serpentean en líneas irregulares por sus brazos. Me estudia como si tuviera todo el tiempo del mundo. Puedo sentir el calor de su mirada taladrándome, la habitación en silencio excepto por el bajo retumbo de la música. Hay algo inquietante en la forma en que me observa, como un gato observando a un ratón.

—¿Quién eres? —pregunta finalmente, con voz suave y baja.

—Mi nom... Soy Sloane Carter —digo, tratando de evitar que mi voz tiemble—. Soy amiga de Maddy. —Trago saliva—. Su mejor amiga.

Lo miro fijamente, con el corazón golpeando en mi pecho.

Hay una pausa. Ethan inclina la cabeza como un perro que no entiende una orden.

—¿Maddy quién? —pregunta, pero noto el tic en su ceja.

Mi ira sube como una marea caliente, casi volcánica. Madeleine era la mejor de las personas, lo absolutamente mejor, ¿y este idiota, este desgraciado que ni siquiera merece limpiar el barro de sus botas, finge no saber quién es?

—¿Me estás jodiendo? —pregunto, mis palabras lentas y amenazantes—. Tu novia que murió el mes pasado por alguna mierda en la que la metiste. Así que no me preguntes Maddy maldita quién.

Sus ojos se entrecierran. —Tienes muchas agallas presentándote aquí sin avisar, perra.

—No planeaba esperar una invitación —respondo.

Mi voz suena más valiente de lo que me siento. Trato de no notar cómo los otros, probablemente más miembros de los Red Hooks, se levantan del sofá y se acercan más.

—Ahora que estás aquí —dice lentamente—, ¿qué quieres?

—Necesito saber sobre Maddy.

Ethan mira a su equipo, con una sonrisa burlona en los labios como si tuviera palomitas secretas para el espectáculo.

—Este no es un buen momento.

—Es el único momento que tengo —respondo.

La rubia se carcajea, y la sonrisa burlona de Ethan desaparece, reemplazada por hielo.

—Carter —dice de nuevo, arrastrando mi nombre con una sonrisa burlona, resbaladiza y burlona, haciendo que las sílabas suenen viscosas y haciéndome desear no haberle dado mi nombre real—. Deberías irte. Ahora.

Señala con el pulgar hacia la puerta, un movimiento despectivo que me pone los dientes al borde. Este bastardo cree que tiene el control, que puede simplemente descartarme, fingir que Maddy no importaba. Mi frustración se dispara, aguda y ardiente.

—No —digo, plantando mis pies como raíces en la alfombra sucia —. No hasta que hables.

Las palabras salen más fuertes de lo que pretendo, haciendo eco en el desorden de la habitación. Mi voz tiembla, pero debajo de ella, mi determinación es sólida como una roca. Los ojos de Ethan brillan oscuros y peligrosos, estrechándose en una línea tormentosa. No está acostumbrado a que la gente le plante cara. Mala suerte. No me iré hasta obtener respuestas.

—No creo que sepas cómo funciona esto —dice, recostándose, todo arrogancia y músculos delgados.

Su voz es baja y siniestra, como una serpiente enroscada lista para atacar. Los tres tipos a nuestro alrededor se mueven, silenciosos y amenazantes, como si estuvieran esperando una señal para echarme. Mantengo mi atención en Ethan, negándome a ceder un centímetro.

—Enséñame, entonces —le espeto, devolviéndole sus palabras.

Necesito que se deslice, que deje escapar algo. Tal vez si piensa que puede asustarme, se volverá arrogante, dirá más de lo que pretende. El aire entre nosotros se siente eléctrico, como si una palabra equivocada pudiera desatar una tormenta de fuego.

Ethan se inclina hacia adelante, cerrando la distancia entre nosotros hasta que su cara está tan cerca que puedo ver las líneas duras de su mandíbula. Hay un destello peligroso en sus ojos, tan afilado como el cristal cortado. De cerca, es mucho más intimidante

de lo que había imaginado, pero me niego a dejar que vea mi temblor.

—¿Realmente crees que sabes lo que pasó esa noche? —pregunta, casi susurrando.

Sus palabras son una burla y un desafío.

—Maddy no me contó todo —digo, igualando su tono y omitiendo la parte donde ella no me dijo absolutamente nada—. Pero tú me lo vas a contar.

Mi voz suena más firme de lo que me siento, pero el temblor en mi estómago es real. Me mira fijamente. Todos están mirando, esperando a ver qué sucede después.

La rubia cruza los brazos, con la sonrisa burlona pesada en sus labios.

—Esta tipa está loca —dice a nadie en particular.

Pero Ethan ya no parece divertido.

Un fuerte golpe me hace saltar. Ethan golpea su puño en la mesa.

—Lárgate —gruñe.

Uno de los tipos se acerca, me agarra del brazo.

—Lo escuchaste. Esfúmate.

Me libero retorciéndome.

—¡Ethan! —digo, con pánico bordeando mi voz—. Me debes la verdad.

Él se pone de pie, hielo en su mirada.

—Si te debo algo, es esto. Lár. Gate.

—Bien —digo, con la respiración entrecortada—. Le preguntaré a los Callahan en su lugar.

La habitación se queda quieta, todos se detienen para mirar. El polvo flota en el aire, nuestras respiraciones colgando como si el radiador estuviera absorbiendo el calor de todo. Los tipos me rodean, con los ojos fijos en mí, la mirada de Ethan la más estridente de todas. Está demasiado callado, estudiando mi rostro como si estuviera tratando de quitar las capas.

—¿Qué acabas de decir? —exige, cerrando el espacio entre nosotros.

Su aliento está demasiado cerca del mío, envolviéndome, caliente y agrio.

—Dijo que irá con los Callahan —repite uno del equipo, su rostro borroso detrás del de Ethan.

Prácticamente está metiendo las palabras en el oído de Ethan.

—Me sonó un poco como una amenaza —interviene otro, divertido de la manera más desagradable.

—Gracioso —se burla Ethan, dándome una mirada que podría cortar vidrio—. A mí me sonó como si dijera que no quiere irse. Nunca.

—No —empiezo, pero entonces la habitación gira, y de repente, me jalan hacia atrás.

Tropiezo hacia los otros hombres. Un tipo me está jalando. Otro tipo me envuelve con un brazo, apretado como un tornillo, mientras un tercero me tuerce las manos detrás de la espalda. Una cuerda áspera me rasga la piel, mordiendo mis muñecas, luego me arrastran por un pasillo hasta un dormitorio trasero.

—Cree que sabe tanto —se burla uno.

—No sabe una mierda —dice el otro, empujándome por una puerta.

Caigo con fuerza en un suelo desnudo, con las rodillas gritando.

—Quédate quieta, listilla.

Una última mirada de odio, y cierran la puerta de golpe.

Ahora estoy sola. Mi corazón late contra el repentino silencio. La habitación está fría y húmeda, vacía excepto por mí y las cuerdas ardientes en mis muñecas. Me arrastro por la habitación sobre mi trasero y presiono mi espalda contra la pared para estabilizarme. A Ethan no le importo yo ni Maddy. Su sonrisa arrogante gira en mi mente, burlona, imposible de borrar. No debería haber venido. No debería haber presionado.

Pero lo hice. Y ahora tengo que esperar.

¿Qué harán? Me imagino a Ethan afuera, dando órdenes a sus secuaces. Mi pulso se duplica. El pánico retuerce mi pecho, pero no puedo dejar que gane. Presiono con más fuerza contra la pared, sintiendo el frío morder mis omóplatos.

Los minutos se estiran como chicle que nunca pierde su pegajosidad. Miro fijamente una grieta en el suelo de linóleo, contando los segundos. Mis muñecas sangran, mis pensamientos se difuminan, pero me mantengo firme.

Porque eso es exactamente lo que Maddy haría. Y no tengo más opción que seguir adelante.

15

Rafaele

El deber familiar martillea mi cabeza con cada latido. El aire en el viejo gimnasio de papá sabe a metal caliente y sudor pegajoso. Inhalo, y el puño de Domenico lo corta, afilado como un relámpago. Me mantengo en pie. Él sonríe, y comenzamos a movernos en círculo, hermano contra hermano, cada uno esperando una apertura.

—Mantén el ritmo, Rafe —se burla, rebotando sobre la punta de sus pies como si todo fuera un juego.

Lanzo un golpe. Mi guante conecta, y él retrocede tambaleándose. Se limpia la boca, dejando un manchón rojo en sus nudillos. Se siente bien.

Mi mandíbula me recuerda su golpe anterior—todavía está sonriendo por eso. Domenico siempre está feliz de recordarme quién es el mayor. Escupo, saboreando el cobre en mi lengua.

El ring está vacío, excepto por nosotros. Arriba, más allá de las cuerdas, escucho la vida de la ciudad: motores zumbando, sirenas distantes. Este lugar solía ser un gimnasio decente antes de que Dom lo convirtiera en algo menos legítimo. Ahora es un lugar para nudillos desnudos y sangre.

—Papá dice que el concejal se está poniendo nervioso —dice Dom entre puñetazos—. El proyecto de desarrollo en Queens está atrayendo demasiada atención.

Bloqueo con facilidad. —Dile que use a los sindicatos de construcción como cobertura. Eso fue lo que funcionó con el proyecto de Hudson Yards.

—Ya está resuelto. El jefe del sindicato ahora está en nuestra nómina mensual. —Dom aterriza un golpe en mi costado—. El comisionado de policía envía saludos, por cierto. El regalo para la boda de su hija fue... apreciado.

Sonrío con suficiencia. —Bien. Necesitamos que esté contento con el aumento de actividad desde que los albaneses se movieron a nuestro territorio el mes pasado.

Domenico se abalanza. Es rápido y astuto bajo esa apariencia de traje a medida que suele llevar. Esquivo, y su puñetazo susurra más allá de mi hombro. Me encanta pelear aquí, en el calor, la luz tenue. Corta a través de todo lo demás. Excepto que hoy no puedo concentrarme. Sus palabras se repiten en mi cabeza.

Sloane. Sonaba como un desafío cuando colgó el teléfono esta mañana.

—Gracias por el apoyo, Rafe —había dicho, destilando veneno. Había planeado encontrarse con Ethan Reyes sola a pesar de mis advertencias. Y ahora no puedo quitarme la sensación de que he cometido un error crítico al dejarla ir sola.

Reyes. Red Hooks. Un grupo de matones de bajo nivel que cortarían la garganta de su propia madre por el precio correcto. ¿Y ella cree que puede simplemente entrar allí y exigir respuestas sobre su amiga?

Domenico lanza de nuevo. Sus ojos se desvían hacia mi costado y cambian, pero no lo suficientemente rápido. Su puño aterriza en mi estómago. Me doblo, y el aire sale de mí con un silbido. Él se ríe. Lo miro, más frío que diciembre.

—Estás distraído —dice.

—Sigo en pie —respondo bruscamente.

—No por mucho —advierte, señalando con la cabeza el suelo de cemento liso resbaladizo por el sudor.

Se detiene, su rostro tornándose serio.

—Necesitamos hablar de los libros.

Ambos alcanzamos botellas de agua. Mi respiración aún es entrecortada mientras destornillo la tapa. El agua fría es un alivio para mi garganta irritada.

—¿Crees que es uno de nuestros muchachos? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—Todavía lo estoy investigando —digo.

No puedo nombrar al Viejo Callahan sin pruebas. No tiene sentido iniciar una guerra territorial por rumores.

—Arréglalo, Rafe —dice Domenico suavemente.

Odio cuando juega a ser el jefe. Quiero decirle que cambie su libro de contabilidad por una pistola, pero ha tenido razón. El flujo de efectivo mantiene las peleas en marcha. Presiono mis palmas contra el rollo de cinta y envuelvo mis manos con fuerza. Mis nudillos se vuelven blancos.

—Obviamente —digo con desdén.

Lanzo un jab y conecto con sus costillas, ganándome un gemido.

—Confías demasiado fácil —digo.

Él da un paso adelante y golpea. Bloqueo fácilmente.

—Y tú no confías en nadie —dice.

Se echa hacia atrás, observándome, ahora con cuidado. Es un planificador, deliberado en sus palabras y sus golpes.

Esta mañana en el teléfono, Sloane ignoró cada palabra que salió de mi boca. Cabeza bonita demasiado terca para su propio bien.

—Gracias por el apoyo, Rafe —dijo, goteando actitud.

Bloqueo el siguiente golpe de Domenico con un crujido de piel contra piel. Desearía que otro golpe pudiera borrar el escozor de esa discusión: su solicitud de "respaldo", su risa sin humor cuando le dije que no.

Ella no quiere que la detenga, lo entiendo. No necesito detenerla. Solo necesito asegurarme de que no muera. Necesito saber que sigue respirando cuando decida llamarme de nuevo.

Si es que lo hace.

Ese pensamiento me destroza más que el último puñetazo de Dom. ¿Y si no llama? ¿Y si me entero demasiado tarde de que debería haber estado allí?

—¿Qué te está comiendo? —pregunta Dom, captando mi expresión—. No te he visto tan alterado en años.

Me encojo de hombros, tratando de mantenerlo casual. —Nada importante.

—Mentira —dice, bajando sus guantes—. Habla o te lo sacaré a golpes.

—Puedes intentarlo —respondo bruscamente, pero sin convicción.

Dom retrocede, mirándome con esa mirada que he conocido toda mi vida, la que dice que no estoy engañando a nadie, y menos a él.

—Es la chica —adivina, con voz demasiado conocedora—. La amiga de la muerta. ¿Cómo se llamaba?

—Sloane Carter. —El nombre se siente pesado en mi lengua, significativo de una manera que no me siento cómodo examinando.

Dom no pasa por alto mi reacción. Nunca lo hace. —¿Qué hizo?

—Está caminando sola hacia el territorio de Red Hook. —Intento sonar indiferente, pero puedo escuchar la tensión en mi voz—. Buscando respuestas sobre su amiga.

—¿Y te importa porque...?

La pregunta queda suspendida en el aire entre nosotros. No tengo una respuesta que esté dispuesto a dar, ni siquiera a mí mismo. Alcanzo una toalla, secando el sudor de mi cara.

—Es una civil —murmuro—. No sabe nada sobre este mundo.

Dom levanta una ceja. —¿Desde cuándo te importan los civiles?

Desde nunca. Ese es el problema. He pasado años manteniendo a la gente a distancia, haciendo lo que hay que hacer, manteniéndome enfocado en el negocio familiar. Pero Sloane se me ha metido bajo la piel de una manera que nadie ha logrado antes.

—Podría exponer cosas —digo en cambio—. Hacer ruido.

Dom resopla. —Entonces déjala. Hemos lidiado con cosas peores.

—Ella es... —busco las palabras correctas—. Diferente.

—¿Diferente cómo?

Ronda terminada. Con los brazos adoloridos, bajamos. Saco mi teléfono del bolsillo, con el corazón palpitando. Ningún mensaje. Ninguna llamada perdida. Genial.

—Ya déjalo —dice Domenico—. Ella llamará.

Frunzo el ceño. Nunca debería haberle hablado de ella. Él se encoge de hombros, quitándose los guantes.

El recuerdo de encontrar a Sloane en el apartamento de Reyes anoche me golpea con fuerza repentina. Sus muñecas atadas, sus ojos salvajes de miedo y desafío. El alivio que me inundó cuando me di cuenta de que estaba viva, seguido por una rabia tan consumidora que apenas podía ver con claridad. Quería matar a cada persona que la había tocado, que había causado ese destello de miedo en sus ojos.

Me asustó, esa intensidad. Ese tipo de sentimiento no es profesional. No es racional. No soy yo.

Pero ahora lo soy.

—¿Cuándo te volviste tan blando? —pregunta Dom, interrumpiendo mis pensamientos.

—No soy blando —gruño.

—¿No? —Me mira fijamente—. ¿Entonces por qué sigues aquí parado en vez de ir tras ella?

Tiene razón. Ya me estoy moviendo hacia las escaleras. Una ráfaga de aire frío me recibe cuando salgo a la calle.

Mi moto está cerca. La arranco. El motor ronronea en aprobación. Me deslizo entre taxis amarillos y bocinas que suenan, el viento frío cortando bajo mi chaqueta como pequeños cuchillos. Lo permito. Necesito sentir cómo me atraviesa. Necesito que me mantenga alerta. Conduzco rápido, más rápido de lo que debería, sabiendo dónde estará ella. Dónde es lo suficientemente estúpida para ir.

Ella no conoce a hombres como Reyes. Peces pequeños con grandes actitudes que quieren demostrar que son tiburones y la pagan con pececillos como ella. Y ahora, no contesta. Sé lo que eso significa, y cuanto más lo pienso, más fuerte conduzco. Los taxistas

tocan la bocina y gritan, sus palabras se pierden bajo el torrente de aire frío de febrero. Los puentes y edificios pasan borrosos junto a mí. Nuestro ring de pelea está en el borde de Brooklyn. No es un viaje largo hasta el lugar de Reyes en Queens, pero se siente interminable.

La maldigo. Maldigo la forma en que se me mete bajo la piel. Pero sigo conduciendo.

Maldita sea. ¿Por qué no escucha?

Me desvío de la autopista, adentrándome en Queens, los edificios haciéndose más pequeños y sucios a medida que avanzo. Esta parte del distrito es mala. Llena de personas que creen que pueden manejar sus juegos sin incluir a los Rosetti o a cualquier otro. Respeto su atrevimiento. Casi siempre tengo que matarlos por eso.

Las calles se estrechan a medida que me acerco a su lugar, cinco pisos de ventanas enrejadas y concreto mugriento.

Subo la moto a la acera y bajo el soporte. La gente se dispersa como ratas. Quiero que lo hagan. No necesito público. No quiero una escena.

El viento me golpea en la cara nuevamente mientras trepo sobre bolsas de basura y botellas rotas, abriéndome paso con los codos más allá de una mujer que sale del edificio. Corro por la escalera de incendios, de dos en dos, mis guantes raspando el metal oxidado.

Llego al segundo piso, mis pies suenan fuerte contra los escalones de metal. No me importa. Que me oigan venir.

Golpeo una vez, educado. Luego pateo. La madera se astilla bajo mi bota. Una sonrisa tira de mi mandíbula.

Y entonces estoy dentro.

El lugar me traga entero. La oscuridad y el ruido me rodean, voces rotas y caos. Los dejo. Dejo que se vuelva espeso y caliente e imprudente.

Ella está ahí en alguna parte, y el pensamiento de que esté herida es suficiente para empujarme a través. Me golpea como una droga.

Y entonces el miedo está aquí. Espeso como el humo, afilado como la metanfetamina, comiéndose sus ojos. Un hombre intenta correr, su silla raspando con fuerza el suelo. Otro grita. Todo ese miedo, todo por mí, y tienen maldita razón en estar asustados. No me detengo. Su nombre es un puño en mi pecho. Su rostro es un moretón en mi cabeza. Los dejo guiarme como una pistola. Romperé este lugar entero si es necesario. Enterraré a Reyes y sus hombres. Mataré al mundo entero si eso la mantiene respirando. El pensamiento de que esté herida hace que mi visión se vuelva blanca de rabia.

El área principal es un caos. Los cuerpos abarrotan el lugar, el aire hinchado de calor por las ventanas selladas y un radiador hiperactivo. Por demasiados idiotas sudorosos. Cada ojo se vuelve hacia mí, esperando ver quién se mueve primero. Pateo una silla fuera de mi camino. Un hombre se pone de pie, con las manos en alto, luciendo como si deseara estar en cualquier otro lugar. Lo agarro por el cuello y le pongo una pistola en la cabeza.

—¿Dónde está ella?

El color se drena de su rostro, sin sangre como un maldito cadáver.

—Habitación del fondo —dice—. Por favor...

Lo suelto, pero los otros no se libran tan fácilmente. Se congelan por un segundo, como si matara a toda la habitación solo por estar aquí. Luego todo se desata. Ya me estoy moviendo, la sangre bombeando rápido en mis venas. Más le vale estar viva. Si la han tocado, desearán estar muertos.

Alguien se abalanza sobre mí. Movimiento estúpido. Estrello un puño contra su mandíbula y siento el crujido del hueso. Cae, y el resto se mantiene atrás. Por ahora. Conozco a su clase. Se amontonarán una vez que crean que no estoy mirando. Mantengo la cabeza baja, clavo una rodilla en el estómago de otro tipo, me abro paso a través del ruido y el calor y el hedor del miedo. Las luces cuelgan tenues y amarillas arriba, pero todo lo que veo es el

recuerdo de la voz de Sloane cuando prometió no hacer esto. Cuando no escuchó.

Derribo una puerta de una patada, pero está vacía. No hay Sloane.

Un cuerpo se estrella contra mi costado. Dos de ellos, quizás tres, puños y brazos y gritos. Golpeo el suelo. Fuerte. Me arrastro hasta ponerme de pie. Ella no está aquí. El pensamiento se abre paso a través del peso de los cuerpos. Ella no está aquí, y necesita estarlo. Necesita seguir viva hasta que llegue a ella. Clavo un codo en las costillas de alguien, siento la ráfaga de aire mientras él retrocede. Pateo otro par de piernas.

Me abro paso de vuelta al pasillo. El sabor de la sangre es agudo y bueno.

Uno de ellos está casi riéndose, el maldito arrogante, y supongo que no sabe el tipo de daño que puedo hacer. Piensa que puede conmigo. Piensa que vivirá para contarlo. Su sonrisa se echa hacia atrás con la fuerza de mi puñetazo.

Huele a sudor y hierba pasada. Un lugar con grietas en las paredes, cucarachas en las esquinas. Conozco estos edificios. Los conozco demasiado bien.

Más le vale estar ahí cuando derribe la siguiente puerta.

Irrumpo en otra habitación, el zumbido del pánico constante y agudo. Gritos resuenan detrás de mí, pero son solo ruido, menos que malditos insectos. Reyes es a quien quiero. Lo haré lento para él. Haré que desee nunca haber salido del agujero del que vino.

Hay gritos ahora, desesperados y duros, y entonces paso a través. Reyes está de pie, con la pistola levantada, su sonrisa burlona demasiado grande para su cara. Flaco, arrogante, en todo tipo de problemas. Custodia una puerta cerrada, y no hay premio por adivinar quién está detrás.

Los hombres se paran en un círculo suelto, tomándose su tiempo, esperando su oportunidad.

—¡Carter! —grita Reyes, con voz baja, presumida y segura—. ¿Este tipo viene por ti?

Me señala con la cabeza y sonríe mostrando los dientes.

Escucho su voz detrás de la puerta. Sin aliento. Aguda. Tan jodidamente viva que es mejor que la sangre.

—Te dije que vendría —dice ella.

Esas palabras son suficientes para hacer estallar todo este lugar. Suficientes para hacerme atravesar todo lo que se interponga en mi camino. Golpeo a Reyes primero, rápido y fuerte. Le borro la sonrisa de la cara a puñetazos, siento cómo se parte bajo mi puño. Le doy un codazo en la garganta. Lo siento ahogarse, lo veo caer, observo cómo araña el aire como el maldito bastardo que es.

Entonces vienen con más fuerza. Más de ellos.

Devuelvo los golpes, golpeo rápido, con los nudillos crudos y listos para cualquier cosa. No entienden que ella vale más que todas sus vidas juntas. Que no pueden ganar esto.

Estrello a otro contra la pared. Lo escucho jadear, lo siento desmoronarse bajo mi puño. Agarro a otro, lo lanzo hacia atrás como el maldito insecto que es. No me detengo. No puedo parar. No cuando ella está tan cerca. Sigo en pie, incluso mientras su número disminuye, reducidos a obstáculos en el suelo.

Mis manos son seguras y rápidas. No me detengo. No hasta que hayan terminado. No hasta que cada uno de ellos sepa lo que significa tocar a una chica como Sloane.

No se van a levantar. No esta vez. Tal vez nunca. La habitación se queda quieta y brillante.

Estoy en la puerta, con astillas crujiendo bajo mis botas. Su nombre está en mi lengua, atrapado ahí, y no lo diré hasta que lo sepa. Hasta que esté a salvo. Desgarro la puerta como los destrozaría a todos ellos, sin una maldita cosa en mi camino.

Y entonces ella está ahí.

Y entonces es mía.

Está en el suelo, con las muñecas atadas y rojas, la piel más pálida de lo que jamás he visto. Levanta la mirada, con los ojos abiertos y asustados. Su cabello está suelto, desordenado alrededor

de su rostro. Tiene el labio partido, pero no lo suficiente como para detenerla.

—Rafaele —dice.

La cuerda cae como si no fuera nada bajo mi cuchillo. La levanto del suelo y la atraigo a mis brazos, la sostengo fuerte, más fuerte, la respiro. Siento latir su corazón. La siento respirar. La siento viva y real contra mí.

—Te dije que no vinieras sola —digo.

Mi voz está ronca, demasiado cerca de algo que no quiero que ella escuche. Ella me rodea con sus brazos, me abraza como si creyera que voy a desaparecer.

—¿Y perderme esto?

Sonríe, pero sus manos están temblando.

—Eres una maldita idiota, Sloane.

—Solo había tres tipos. Pensé...

Con los brazos todavía alrededor de mí, como si yo fuera quien podría desvanecerse.

—¿Tres? —la interrumpo antes de que pueda decir más—. Debe haber más de diez allá afuera. Debieron traer refuerzos.

—Porque me tienen miedo —dice, pero sé que no cree eso.

No puedo evitar que mi boca se curve en la comisura.

—Porque le tienen miedo a los Callahan, idiota.

Cortante. Pero quizás no lo suficientemente cortante para hacer que deje de hacer esto.

Todavía está temblando, y la abrazo con más fuerza. La sostengo como si yo mismo la haría dejar de respirar si alguna vez vuelve a escaparse. Ella aprieta con toda su fuerza, una risa atrapándose en su garganta mientras se inclina hacia atrás para mirarme a los ojos.

—¿Y ahora qué? —pregunta, con la voz temblando muy ligeramente.

Acaricio su labio, limpio la sangre. Me aseguro de que lo sepa.

—Vas a volver a casa.

La adrenalina quema a través de mi sistema mientras nos alejamos rugiendo en mi moto, con los brazos de Sloane

fuertemente apretados alrededor de mi cintura, su rostro presionado contra mi espalda. Las calles de Queens se difuminan en la autopista mientras escapamos, y puedo sentir su corazón latiendo contra mí, marcando el tiempo con el mío.

Empujo la moto con más fuerza, más rápido, poniendo distancia entre nosotros y el lugar de Reyes. El viento invernal muerde mi rostro, pero apenas lo noto. Todo en lo que puedo pensar es en ella, viva, respirando, aferrándose a mí como si yo fuera su ancla.

Me desvío hacia un mirador con vista al puente, apagando el motor. La ciudad se extiende debajo de nosotros, las luces brillan contra el cielo oscuro. Por un momento, ninguno de los dos se mueve. Sus brazos permanecen aferrados a mí, su aliento cálido contra mi cuello.

Finalmente, ella se desliza, con las piernas temblorosas. La sigo, observándola cuidadosamente mientras camina hacia la barandilla y mira el horizonte. Me mantengo alejado, dándole espacio, aunque cada instinto me dice que la mantenga cerca.

—¿Estás bien? —pregunto, con voz áspera.

No se da la vuelta. —He estado mejor.

Me quito los guantes, guardándolos en mi bolsillo. Mis nudillos están en carne viva, ensangrentados, evidencia de lo que he hecho esta noche. Lo que haría de nuevo sin pensarlo.

—Podrías haberte matado —digo, las palabras más duras de lo que pretendo.

Ella se gira entonces, enfrentándome. Hay un moretón formándose en su mejilla, un corte en su labio. Algo feroz y primario surge a través de mí ante la vista. Quiero volver, terminar lo que empecé con Reyes y sus hombres.

—Lo sé. —Su voz es pequeña, temblorosa.

Me golpea entonces, la realización de lo cerca que estuve de perderla antes incluso de tenerla. Cómo me habría destruido encontrarla demasiado tarde. He visto la muerte antes, la he causado con mis propias manos, pero la idea de encontrar su cuerpo en esa habitación me enferma físicamente.

—No vuelvas a hacer eso —digo, acercándome—. Nunca.

Ella asiente, pero hay una sombra en sus ojos que me dice que no está haciendo promesas.

—¿Por qué viniste por mí? —pregunta.

La pregunta me toma por sorpresa. Como si alguna vez hubiera habido otra opción. Como si hubiera podido mantenerme alejado.

—¿Qué clase de pregunta estúpida es esa? —gruño.

—Una verdadera —dice ella, con la mirada firme—. Me dijiste que no fuera. Fui de todos modos. Podrías haberme dejado enfrentar las consecuencias.

Tiene razón. Eso es exactamente lo que habría hecho con cualquier otra persona. Dejar que aprendieran por las malas, si sobrevivían. Nunca he sido del tipo que limpia los desastres de otras personas, que se arriesga por los errores de otros.

Hasta ella.

—No pude —admito, las palabras como vidrio roto en mi garganta.

—¿Por qué?

Me acerco, lo suficientemente cerca para tocarla, pero conteniéndome. —Porque tú importas.

Sus ojos se abren ligeramente. —¿Para quién?

—Para mí —digo, la admisión desgarrando algo que he mantenido bajo llave—. No sé por qué. No sé cómo. Pero es así.

Ella me estudia, como si estuviera tratando de leer algo escrito en un idioma que no entiende del todo.

—Eso te asusta —dice. No es una pregunta.

No lo niego. —Sí.

—¿Por qué?

Me alejo, mirando la ciudad. El horizonte se difumina mientras los recuerdos surgen: el rostro aterrorizado de Alisa la primera vez que vio mi lado violento. Las lágrimas silenciosas de mi madre mientras limpiaba la sangre de la ropa de mi padre. La forma en que la gente nos mira, me mira a mí, sabiendo lo que significa el apellido Rosetti.

—Todos los que me importan terminan heridos —digo finalmente —. De una forma u otra.

—Ya me han herido —me recuerda.

—No por mí.

—¿Es eso lo que temes? —pregunta, acercándose—. ¿Que me harás daño?

Me vuelvo para enfrentarla. —Sé que lo haré.

Ella alza la mano, sus dedos suaves contra mi mejilla. Debería alejarme. Debería mantener la distancia. Pero no puedo obligarme a moverme.

—¿Y si no le temo a eso? —susurra.

—Entonces eres una maldita idiota —digo, pero sin fuerza.

Sonríe, y algo en mi pecho se abre. —Ya lo hemos establecido.

Atrapo su mano con la mía, manteniéndola contra mi rostro por un momento antes de bajarla. —Vamos a llevarte a casa.

No discute mientras montamos la moto de nuevo, sus brazos deslizándose alrededor de mi cintura como si pertenecieran allí. Como si ella perteneciera allí.

Y ese es el problema. Porque estoy empezando a pensar que así es. Empiezo a pensar que no puedo imaginarla en ningún otro lugar. Y eso me aterroriza más que cualquier cosa a la que me haya enfrentado.

Porque personas como yo no pueden conservar las cosas que aman. Las rompemos. Las perdemos. Las vemos alejarse.

Pero mientras la siento presionada contra mi espalda, su corazón latiendo al ritmo del mío, sé que lucharé como el demonio para cambiar eso. Para ser diferente. Para ser digno de ella.

Aunque me mate.

16

Sloane

Rafe conduce como si el mundo lo persiguiera, sin bajar de los cincuenta y sin molestarse en zigzaguear. Me aferro a su cintura por mi vida, apoyándome contra su espalda sólida y firme. Debería sentirse imprudente. Se siente seguro. El puente de Queensboro se arquea por encima, hierro e infinito, y lo abrazo con fuerza mientras las luces pasan borrosas. Mis muñecas me duelen por los nudos de Ethan, pero no es nada comparado con mi orgullo.

Rafe debe pensar que soy una completa idiota. Y tendría razón.

La mansión Rosetti se alza como un gigante de hielo en el Upper East Side. Altas cercas la rodean como cadenas. Las cámaras de seguridad brillan en la luz gris. Dios mío. Y yo que pensaba que ya estaba metida en un gran lío.

Rafe se detiene frente a una garita donde acechan hombres de negro. Ni siquiera habla, solo asiente, y nos dejan pasar. La grava del camino cruje bajo las llantas, y me presiono nuevamente contra su espalda. Esta no es solo la casa de algún matón de la mafia. Es una auténtica fortaleza.

Se detiene y apaga el motor.

—¿Es aquí donde vives? —pregunto.

—¿Algún problema? —Espera a que me baje de la moto, luego pasa su pierna por encima también.

—Pensé que solo eras muy bueno en tu trabajo. Ahora descubro que eres Tony Stark.

Rafe levanta una ceja oscura, pero una sonrisa tira de su boca. —Yo no construyo las armas —dice.

Mis manos tiemblan mientras miro hacia arriba. La casa se cierne, fría y majestuosa. Escalones de mármol conducen a puertas dobles lo suficientemente grandes como para que pase una carroza de desfile.

Antes de que podamos llegar a ellas, las puertas se abren de par en par. Un hombre está allí, más alto que Rafe, con el mismo cabello oscuro pero ojos más fríos. Su traje es impecable, su postura rígida.

—Domenico —dice Rafe con un leve asentimiento.

La mirada de Domenico se desliza sobre mí, evaluando, calculando. —¿Qué demonios es esto? —pregunta, con voz de acero —. ¿Trajiste a una civil a nuestra casa? ¿Con los Callahan respirándonos en la nuca por el ring de peleas?

Rafe avanza, protegiéndome a medias con su cuerpo. —Necesitaba un lugar seguro.

—¿Y qué hay de nuestra seguridad? —contraataca Domenico, sin moverse del umbral. Sus ojos se entrecierran mientras me mira otra vez—. ¿Siquiera sabes quién es? ¿A quién podría conocer? ¿Con quién podría hablar?

—Es Sloane Carter —dice Rafe—. Y no es una amenaza.

—¿Carter? —Una sombra cruza el rostro de Domenico—. ¿Algún parentesco con Jack Carter? ¿El ex policía?

Mi estómago se hunde. Levanto la barbilla, encontrando su mirada. —Es mi padre.

La risa de Domenico es corta y amarga. —Perfecto. Has traído a la hija de un policía a nuestra casa. —Se vuelve hacia Rafe—. ¿Has perdido la cabeza?

—Está retirado —interrumpo—. Y no sabe que estoy aquí.

—Como si eso importara —dice Domenico. Se vuelve hacia Rafe —. Esta no es una casa de acogida para desamparados. Sácala de aquí.

Rafe da un paso adelante, bajando la voz. —Los Callahan la están buscando. Está relacionada con esa chica que mataron hace unas semanas.

Eso capta la atención de Domenico. Sus ojos vuelven a mí, reevaluándome.

—¿Es cierto eso? —me pregunta directamente.

Asiento. —Maddy Torres era mi mejor amiga. La chica que mataron. He estado investigándolo.

—Y ahora sabes demasiado —termina Domenico. Suspira, pasándose una mano por el cabello—. Fantástico.

Otra figura aparece detrás de Domenico. Una mujer con rasgos elegantes y ojos afilados que no se pierden nada. —¿Qué está pasando? —pregunta, con un acento melodioso.

—Rafe trajo a casa a una desamparada —le dice Domenico—. Con un policía por padre.

La mujer me estudia con el frío desapego de una científica examinando un espécimen. —Entrega tu teléfono —dice, extendiendo la palma—. Ahora.

Dudo, aferrando mi teléfono con más fuerza. —¿Qué? ¿Por qué?

—Porque no vas a poner un pie en esta casa hasta que sepamos que no has estado rastreando tu ubicación o grabando algo —explica, con un tono que deja claro que esto no es negociable.

Rafe me mira. —Es temporal —dice en voz baja.

Trago saliva y coloco mi teléfono en la mano extendida de la mujer. Ella se lo pasa a Domenico, quien se lo guarda sin decir palabra.

—Y tu reloj —añade, mirando mi muñeca—. ¿Algo más inteligente o conectado?

Me quito el reloj, sintiéndome cada vez más vulnerable. —Eso es todo.

La mujer asiente, aparentemente satisfecha. —Se queda en el ala este. Acceso restringido. Nada de deambular.

Domenico no parece feliz al respecto, pero se hace a un lado. —Una noche —le dice a Rafe—. Después discutimos esto como familia.

Rafe no discute. Coloca su mano en la parte baja de mi espalda y me guía dentro de la casa. Al pasar junto a Domenico, siento su mirada quemándome como un toque físico.

El vestíbulo es cavernoso, con techos altos y pisos de mármol que hacen eco con nuestros pasos. Todo reluce, acero, vidrio, piedra. Incluso el arte es del tipo que solo encuentras en museos elegantes, todo abstracto e incomprensible.

—Tu hermano parece agradable —murmuro en voz baja.

Rafe casi sonríe. —Es cauteloso. Por buenas razones.

—¿Y la mujer?

—Besiana. La esposa de Dom. —Me mira de reojo—. No dejes que te escuche llamándola así.

Nos movemos rápidamente por la casa, pasando puertas cerradas y voces susurrantes. Siento ojos sobre mí desde cada sombra, cada esquina. Esta no es la bienvenida que esperaba, pero entonces, ¿qué esperaba? ¿Ser recibida con los brazos abiertos por una familia criminal?

Rafe se detiene en un largo pasillo. Cuento más puertas de las que puedo creer.

—Estarás segura aquí —dice, quitándose los guantes y metiéndolos en el bolsillo de su abrigo—. Cámaras, guardias. Nadie pasará.

Me froto la muñeca, donde las quemaduras de la cuerda todavía están en carne viva. —¿Es mal momento para preguntar si soy una prisionera?

Frunce el ceño, luego se inclina, y me llega un aroma de su colonia, fuerte y limpia. —¿Crees que pasé por todos esos problemas solo para mantenerte encerrada? —pregunta—. Si fuera a hacer eso, al menos te pondría en cadenas de oro.

—Bueno —digo, tratando de no derretirme como un charco—. Al menos combinarían con la decoración.

Antes de que pueda responder, se acercan pasos desde detrás de nosotros. Me giro para ver a un hombre delgado con sudadera, sus ojos oscuros observándome con desconfianza no disimulada.

—Este es Emilio —dice Rafe—. Mi hermano.

Emilio no ofrece su mano. —Necesitamos hablar —le dice a Rafe, ignorándome por completo—. Ahora.

Rafe suspira. —¿Puede esperar?

—No —dice Emilio rotundamente. Su mirada se dirige a mí—. Asuntos familiares.

El rechazo es claro. No soy familia.

—Adelante —le digo a Rafe—. Estaré bien.

Rafe duda, mirando entre nosotros. —Emilio...

—Ya hice una verificación de antecedentes —interrumpe Emilio—. Licenciatura en Stanford. Candidata a doctorado en Psicología. El padre es Jack Carter, ex miembro del NYPD, especializado en crimen organizado. La madre es Nigella Carter, profesora de inglés en secundaria. El hermano Frank, la hermana Lisa.

Mi boca se abre. —¿Cómo pudiste...?

—Es lo que él hace —explica Rafe. Se vuelve hacia Emilio—. ¿Y?

—Y está limpia —admite Emilio a regañadientes—. Sin contactos policiales aparte de su padre. Sin conexiones en redes sociales con nadie que nos deba preocupar. Sin transacciones financieras sospechosas.

—¿Ves? —dice Rafe—. Te lo dije.

Emilio se encoge de hombros. —Te has equivocado antes.

La tensión entre ellos es palpable. Me muevo incómoda, dolorosamente consciente de que soy la causa.

—La llevaré al ala este —dice Emilio finalmente—. Tú ocúpate de Dom.

Rafe me mira. —¿Estás bien con eso?

Asiento, aunque mi estómago se revuelve con ansiedad. —Claro.

Rafe le da a Emilio una mirada dura. —Sé amable.

La sonrisa de Emilio no llega a sus ojos. —Siempre lo soy.

Rafe me aprieta brevemente el brazo, luego se da vuelta y regresa por donde vinimos. Lo veo irse, luchando contra el impulso de llamarlo.

—Por aquí —dice Emilio, ya moviéndose por el pasillo.

Lo sigo, tratando de mantener su ritmo rápido. —Entonces, ¿eres el chico de la tecnología o algo así? —pregunto, intentando romper el hielo.

—Algo así. —No reduce la velocidad ni mira atrás.

Doblamos por otro pasillo, luego por otro. La casa es un laberinto, y me doy cuenta con creciente inquietud de que no tengo idea de cómo encontrar el camino de regreso.

—¿Cuántos son ustedes? —pregunto—. Rosettis, quiero decir.

—Demasiados —responde Emilio. Se detiene repentinamente en una puerta, sacando una llave de su bolsillo—. Esta es tu habitación. Baño por allá. No salgas sin escolta.

La habitación que abre es como una suite de hotel, solo que más impersonal. La cama podría caber una familia de cinco.

—Hay una ducha por allá —dice, señalando una de las puertas—. Y ropa en el armario.

Me río nerviosamente. —Por favor, dime que los Rosetti tienen una colección grunge.

Emilio no sonríe. —¿Por qué estás aquí? —pregunta sin rodeos.

La pregunta me toma por sorpresa. —Yo... Rafe me trajo. Después de lo que pasó con Ethan.

—No —dice Emilio, su voz suave pero insistente—. ¿Por qué estás involucrada en todo esto? Los Callahan, Dale, el asesinato de tu amiga. ¿Cuál es tu estrategia?

—¿Mi estrategia? —repito, incrédula—. Maddy era mi mejor amiga. Fue asesinada. Quiero saber por qué.

Emilio me estudia, su expresión indescifrable. —¿Y eso es todo? ¿Sin fantasías de venganza? ¿Sin agenda secreta? ¿Sin planes de correr con papi con todo lo que descubras?

La ira se enciende en mi pecho. —Mi padre no tiene nada que ver con esto.

—Es policía.

—Ex policía —lo corrijo—. Y no sabe nada sobre lo que estoy haciendo. Piensa que estoy centrada en la escuela, en mi tesis.

—¿Y no tiene idea de que su hija anda con la familia Rosetti? —presiona Emilio.

—No —digo con firmeza—. Y me gustaría que siguiera así.

Emilio me observa por un largo momento, como si esperara que me quebrara bajo su escrutinio. Finalmente, asiente. —La cena es a las siete. Alguien vendrá por ti. —Da un paso atrás hacia el pasillo—. La puerta se cierra con llave desde afuera.

Antes de que pueda protestar, cierra la puerta. Escucho la llave girar en la cerradura, y luego silencio.

Estoy sola en una habitación extraña en la mansión de una familia criminal, sin teléfono, sin reloj y sin salida. Me hundo en el borde de la cama, abrumada. El edredón es suave bajo mis dedos, pero la enormidad de los eventos del día pesa sobre mí como una manta de plomo.

Paso mis dedos sobre mi brazo, sobre un moretón que no sabía que tenía hasta ahora. Sangre seca forma costras en mis muñecas. La habitación es hermosa, tan fuera de lugar. Y Rafe se ha ido, dejándome a merced de su suspicaz familia.

No esperaba esto. No esperaba la frialdad, el interrogatorio, la puerta cerrada con llave. Pero, ¿qué esperaba? ¿Que entraría bailando a la mansión Rosetti y sería recibida con los brazos abiertos? ¿Que confiarían en mí inmediatamente, solo porque Rafe parecía hacerlo?

Soy una idiota.

Me levanto y me dirijo al baño, haciendo una mueca ante mi reflejo en el espejo. Mi cabello es un desastre enmarañado, mi rostro pálido y demacrado. Hay una mancha de sangre en mi mejilla que ni siquiera sabía que estaba allí.

La ducha es tan lujosa como el resto de la habitación, con múltiples chorros y accesorios cromados brillantes. La enciendo, dejando que el agua corra caliente, luego me quito la ropa sucia y me meto bajo el chorro.

El agua escuece mis muñecas quemadas por la cuerda, pero agradezco el dolor. Me conecta con la realidad, me recuerda que

estoy viva. Que sobreviví.

Mientras estoy bajo el agua golpeante, intento procesar todo lo que ha sucedido. Ethan. Los Callahan. Rafe rescatándome. Y ahora, encerrada en una habitación de la mansión Rosetti, tratada como una amenaza potencial.

Necesito ser inteligente en esto. Necesito demostrarles que no soy un peligro, que se puede confiar en mí. Que estoy de su lado.

Porque me guste o no, parece que los Rosetti son mi única opción ahora. Mi única oportunidad de descubrir qué le sucedió realmente a Maddy. Mi única oportunidad de justicia.

Y si eso significa soportar su sospecha, sus interrogatorios, sus puertas cerradas con llave, entonces eso es lo que haré.

Les demostraré mi valía. Me ganaré su confianza.

Lo que sea necesario.

17

Sloane

Me despierto con el sonido de una llave girando en la cerradura. Mi corazón se acelera cuando la puerta se abre, revelando a Emilio de pie en el pasillo, con el cabello oscuro cayendo sobre su frente. Me incorporo apoyándome en los codos, todavía aturdida después de una noche de sueño agitado.

—Buenos días —dice, con rostro inexpresivo.

Lo miro con cautela. —¿Me van a trasladar, o...?

—Se te concede acceso limitado a las áreas comunes —responde, como si leyera de algún reglamento invisible—. Cocina, sala principal, patio. Todo lo demás sigue fuera de límites sin escolta.

Me siento completamente, sorprendida. —¿Qué cambió?

Emilio se apoya en el marco de la puerta, estudiándome. —Dom y Besiana pasaron la mitad de la noche discutiendo sobre ti. Rafe respondió por ti. Repetidamente. —La comisura de su boca se curva —. Y a gritos.

La idea de que Rafe me haya defendido envía un revoloteo por mi pecho que rápidamente intento suprimir.

—¿Entonces ya no estoy restringida? —pregunto, tratando de mantener mi voz neutral.

—Llamémoslo un período de prueba —dice Emilio—. No hagas que nos arrepintamos.

Con eso, se da la vuelta y se aleja, dejando la puerta intencionadamente abierta. Un mensaje claro: puedes salir, pero seguimos vigilando.

Sacudo la cabeza y miro alrededor. La habitación es brillante y moderna, con bordes afilados y luz fría, con una alfombra blanca como nieve fresca. Mi ropa está en un montón ordenado, lavada y doblada. Es dulce pero espeluznante, como si alguien hubiera estado rondando mientras duermo. Probablemente cincuenta personas en esta familia.

Todo vuelve de golpe. La confrontación con Ethan. Rafaele irrumpiendo para encontrarme justo cuando empezaba a entrar en pánico y atrayéndome contra su pecho, calmándome con palabras más suaves y silenciosas de las que jamás pensé que podrían salir de su ser grande y áspero. Luego la enorme y extensa mansión en la que vive con su familia, como una especie de príncipe americano moderno.

El baño es tan grande y elegante como todo lo demás, todo cromo y vidrio. Me ducho, tratando de ajustar la temperatura antes de convertirme en una paleta helada, luego me pongo mis jeans y camiseta recién lavados. No hay señal de mi abrigo. Me peino el cabello con los dedos y sacudo el resto del agua, temblando.

Cruzo hacia el inmenso vestidor que encontré ayer y echo un vistazo lento y detenido. Vestidos y trajes, principalmente. Todo parece caro y nuevo, todavía en las perchas. La mitad de estas cosas aún tienen etiquetas. Revuelvo entre los estantes, sintiéndome como un mapache que ha tropezado con una boutique del Upper East Side. Incluso hay un par de Manolos de mi talla.

Hay seda por todas partes. Negro por todas partes. Estilo Rosetti, supongo.

Finalmente, encuentro un simple suéter negro y me lo pongo rápido sobre la cabeza, murmurando una pequeña disculpa a Coco Chanel. Al menos me queda bien. Me pongo unas botas que nunca elegiría por mí misma y salgo al pasillo.

La mansión está en silencio cuando abro la puerta, sin señales de vida. Es como vivir dentro de un pueblo fantasma de lujo.

Deambulo por el pasillo, con el cabello aún húmedo, y miro en habitación tras habitación. Todo está ordenado, austero, impersonal. Nadie se ha molestado con nada acogedor o hogareño. Apuesto a que hasta las telarañas tienen un aire minimalista.

Sigo el aroma del café recién hecho y me encuentro en la cocina. Sin la adrenalina corriendo por mi cuerpo, puedo apreciarla adecuadamente. Es enorme, más parecida a un restaurante que a cualquier cosa que haya visto en una casa. Los mostradores se extienden por kilómetros. Los electrodomésticos elegantes brillan bajo las luces, totalmente sin usar, y todo el lugar huele a pintura nueva y dinero. En medio de todo, como si me hubiera estado esperando, está uno de los hermanos.

Es mucho más alto que yo y delgado, con ojos grises penetrantes y cabello negro azabache. Es el único Rosetti además de Rafe que he visto sin traje. Lleva una sudadera con capucha y jeans, y se mimetiza tanto que casi no lo veo.

—Eh, buenos días —digo, de repente consciente de lo fuerte que estoy siendo en esta silenciosa mansión.

Levanta una ceja y sonríe como si acabara de contar un buen chiste.

—Carmela pensó que tal vez huirías —dice en voz baja—. Estuviste despierta hasta tarde.

—Lo pensé —admito, preguntándome quién demonios es Carmela—. Pero las habitaciones son agradables, y Rafe me prometió desayuno.

Corta una naranja con un cuchillo demasiado grande para el trabajo, y la manera en que la rebana es quirúrgica, como si pudiera ser un extra en una película de mafiosos llamada "El Asesino de la Cocina".

Observo sus manos, sintiendo nervios por la naranja.

—¿Y tú eres? —pregunto—. ¿El callado? ¿El aterrador? ¿El del desayuno?

Hace una pausa como si estuviera decidiendo cuál elegir.

—Emilio —dice finalmente.

—Bueno, yo soy Sloane —ofrezco—. No aterradora. Ruidosa. No puedo cocinar ni para salvarme la vida.

Levanta la mirada, más interesado ahora. —Estudiante de posgrado —dice como si fuera un hecho.

—¿Tan obvio?

—Rafe dice que nos estás estudiando.

Me río, sintiendo que mis mejillas se calientan.

—Es un poco intenso, ¿no?

—Más que un poco. —Emilio sonríe con suficiencia, y tengo la sensación de que es más peligroso que el resto de ellos porque se sienta y observa, sin perderse nada.

—Solo no le digas que dije eso —añado—. Me gustaría sobrevivir la semana.

—Inteligente —dice.

Hace que cortar parezca sin esfuerzo, y me encuentro retrocediendo, sintiéndome más nerviosa de lo que quiero admitir. Ese cuchillo es grande y afilado, y tengo flashbacks a la última vez que estuve cerca de algo tan afilado. Emilio no pierde el ritmo. Pela la naranja en una pieza perfecta y me mira fijamente con esos ojos grises como si me tuviera toda descifrada.

—Entonces —digo, acercándome a la puerta—. ¿Toda la familia vive aquí? ¿Solo los que conocí ayer, o hay algún otro hermano o hermana que debería conocer?

—Pregúntale a Carmela —responde con una insinuación de sonrisa—. Te hará una hoja de cálculo.

—Carmela es...?

—Nuestra hermana menor.

Jesús, ¿cuántos de estos Rosetti hay? Tal vez debería estudiarlos como sugirió Emilio, puramente desde una capacidad profesional, por supuesto.

El cuchillo hace un corte, y ya no puedo soportarlo más.

—Bien —digo rápidamente—. Creo que iré a dar un paseo, ya sabes, explorar el terreno. Familiarizarme.

—Cuidado con los guardias —advierte—. Muerden.

—Correré el riesgo.

Escapo antes de perder un dedo, vagando por un largo pasillo, finalmente encontrando la puerta que da al jardín.



El jardín es como una jungla. Una jungla ordenada y cara donde todo está bajo control. Me mantengo en el camino, todavía sintiéndome enjaulada. Las cámaras de seguridad me guiñan como si yo fuera la broma del día. Setos altos conducen a una fuente con una estatua de algún romano desnudo que parece miserable, probablemente por todos los cielos grises. Estoy empezando a relajarme cuando veo algo que me hiela la sangre. Un pequeño perro color chocolate, algún tipo de caniche. Me congelo, y mi estómago se retuerce en un nudo mientras los recuerdos vuelven rápidamente.

Por un segundo, no puedo moverme. Es como si el tiempo se hubiera detenido. Tengo doce años nuevamente, y el mundo se desmorona a mi alrededor. Salgo de mi estupor y me doy vuelta, pero el perro es más rápido. Se dirige hacia mí como un tren fuera de control, y mis pies no quieren cooperar. Tropiezo con un arbusto perfectamente cuidado y caigo con fuerza en el camino. Oigo un ladrido y me apresuro a levantarme. Mi corazón está acelerado, palpitando, retumbando en mis oídos.

Se está acercando. Demasiado cerca.

—Aléjate —jadeo—. Por favor, solo aléjate.

El perro se detiene en seco e inclina la cabeza. Parece feliz. Amigable. Exactamente lo contrario de cómo me siento.

—¡Paz! —una voz está llamando, pero no puedo decir de dónde viene—. ¡Paz!

Empiezo a levantarme de nuevo, tratando de recordar cómo respirar, pero el perro me rodea, curioso, y estoy tan mareada de pánico que ni siquiera puedo ponerme de pie.

—Detente —suplico—. Solo detente.

Las lágrimas nublan mi visión, y me acurruco en una bola. Es demasiado, y el pasado me está arañando. De repente, unos brazos fuertes me levantan, y miro hacia arriba para ver un rostro familiar, áspero y serio.

—Te tengo —dice Rafe, levantándome como si no pesara nada.

Agarro su camisa y me aferro, apenas consciente de adónde vamos. El perro salta a su alrededor, lo que no ayuda. No me baja hasta que estamos adentro y lejos de todos los recuerdos. Lejos de aquello que no puedo soportar enfrentar.

La sala de estar es tan fría como el resto de la casa, pero está tranquila, e intento recuperar el aliento. Rafe me coloca en el sofá y se arrodilla frente a mí, sus ojos azul hielo más suaves de lo que jamás los he visto. Espera mientras tiemblo y jadeo, sin decir una palabra, y esa preocupación silenciosa atraviesa el pánico.

—Lo siento —logro decir—. Lo siento mucho, mucho.

—Olvídalo —dice él—. ¿Estás bien?

—No —digo, sacudiendo la cabeza, sintiendo las lágrimas otra vez—. Realmente no lo estoy.

Me observa, y puedo ver los engranajes girando en su cabeza. Me siento tan expuesta, como si pudiera ver a través de mí, pero no puedo parar ahora. Las palabras salen antes de que pueda retenerlas.

—Es el perro —digo—. No sabía... No podía...

—Es inofensivo —dice Rafe, pero su voz no es tan segura como sus palabras—. Te lo juro.

—No es eso —digo, limpiándome los ojos con el dorso de la mano, y no hace nada para detener el diluvio—. Soy yo. No puedo...

Cuando era niña, tenía un perro. Estábamos jugando, y yo tenía un cuchillo, y fue un accidente, pero fue malo, y...

Me detengo, los recuerdos volviendo a golpearme, sintiendo como si me estuviera partiendo. La mano de Rafe está sobre la mía. Cálida y firme.

—¿Y? —me anima.

—Todos pensaron que lo maté —susurro—. Todos pensaron que lo hice a propósito.

Guarda silencio por un largo momento, y tengo miedo de levantar la mirada. Miedo de ver lo que hay en esos fríos ojos suyos.

—Fue un accidente —digo—. Todos piensan que no lo fue, pero lo fue.

Mi garganta se cierra, como si tuviera once años otra vez, asustada e incapaz de respirar.

—No quise hacerlo —digo.

Espero que se encoja. Estoy acostumbrada a verlo, el momento en que empiezan a dudar de mí. Él no lo hace.

Las palabras vienen rápido, más rápido de lo que puedo pensar.

—El cuchillo se resbaló justo cuando él saltó sobre mí, y todo sucedió tan rápido. Había sangre por todas partes. Intenté detenerla. Intenté ayudarlo, pero papá nos encontró, y había tanta sangre, y yo estaba cubierta de ella, y nadie... nadie me creyó.

Todo el mundo cae en silencio. El calor de la habitación, la presión, se acercan.

—Lo sostuve en mi regazo hasta que dejó de moverse. Bear. Se llamaba Bear. Y nadie me creyó. Ni siquiera mi propia familia.

—Sloane...

—No importaba cuántas veces se los dijera —digo, con voz delgada y quebradiza—. Papá, mamá, Frank, incluso Lisa, y ella era demasiado joven para recordarlo. Nunca lo dicen en voz alta, pero lo escucho de todos modos.

—Son unos idiotas.

—Son mi familia. —Apenas puedo pronunciar las palabras.

—Siguen siendo idiotas.

Lo miro, confundida. —¿Cómo puedes decir eso? Ni siquiera sabes...

—Sí, lo sé —interrumpe.

—Me ha perseguido toda mi vida —continúo. Tengo que hacer que él entienda. Tengo que saber por qué no está huyendo como todos los demás—. Papá me llevó a terapia. Mamá me dijo que lo superara. Lo intento, pero siguieron mirándome como si fuera una especie de...

—No lo eres.

No puedo parar. Soy una represa con demasiadas grietas. —Psicópata. Asesina. Homicida. Me enviaron a un internado, y seguí esperando el momento en que vieran que no fue mi culpa, cuando finalmente entendieran. Pero nunca llegó. Incluso después de irme. Incluso cuando pensé que lo había dejado todo atrás, simplemente sigue persiguiéndome.

—Sloane.

Al tono bajo de su voz, lo miro. —¿Sí?

—No importa.

Parpadeo.

Sacudo la cabeza, incrédula.

—No entiendes. Soy un monstruo —digo.

Él deja escapar una risa seca y breve.

—He matado cosas peores que un perro.

Lo miro fijamente, a este hombre imposible, sin saber qué pensar de él, sin saber cómo darle sentido a nada de esto.

Él es firme. Calmado. Como si nada de eso importara. Como si yo no fuera el desastre que creo ser.

—Estás helada —dice, su voz baja, atrayéndome.

—Yo...

—Vamos —dice, envolviéndome nuevamente, un refugio oscuro.

Es tan diferente de todo lo que imaginé que sería. Y me golpea, como una ola que choca con fuerza.

Lo único que puedo hacer es fundirme en ello. En él.

Antes de darme cuenta, él está ahí, más cerca que cerca. Su boca en la mía, cálida, áspera, perfecta. Me envía una descarga, y me dejo caer en ello, en él, con todo lo que tengo. Es desesperado y deseoso, todo lo que no sabía que había estado esperando. La sensación de ser comprendida. De ser querida, sin duda ni miedo ni vergüenza.

Me besa con fuerza, atrayéndome más profundamente, más estrechamente. Y es perfecto, cada bit de ello. Años de no ser creída, de contenerme, de nunca tener lo que necesito. Todo explota en el calor de este momento, y creo que podría perderme en ello. Quiero hacerlo.

Luego termina. Él se aleja, lento y deliberado. Sus ojos permanecen en mí, manteniéndome en mi lugar, y veo un destello de algo en ellos.

—No tienes que fingir conmigo, Carter.

Me siento deshecha. Expuesta. Inestable.

Tiene razón, sin embargo. Por primera vez, alguien lo ve todo. Y el peso de eso es increíble.

—No tienes que fingir —dice de nuevo, con voz más suave, atrayéndome como la gravedad, y esta vez, sé que me quedaré.

18

Rafaele

Besarla es una jodida revelación. No esperaba la suavidad. La dulzura. No esperaba querer más. La sensación de Sloane perdura en mis labios, más peligrosa que cualquier cosa que haya probado antes. Debería alejarme. Pero me hundo más profundamente, ahogándome en ella, sabiendo que es el último lugar donde debería estar.

Ella sigue en el sofá, y yo estoy arrodillado frente a ella. Su cuerpo se derrite contra el mío. Absorbo su aroma, su calor. Nada de lo que he hecho antes me prepara para cómo ella hace que mi cabeza dé vueltas. Es eléctrico, explosivo. Mejor que el sexo. Mejor que cualquier cosa que haya sentido en años, quizás nunca. Y aquí estoy, un adicto necesitando otra dosis, ya demasiado enganchado para mi propio bien.

No soy nada bueno para ella. No sabe en lo que se está metiendo. Piensa que matar a un perro es el peor crimen que una persona puede cometer, por el amor de Cristo. Si alguna vez descubre la verdad sobre mí, sobre los cuerpos que he enterrado... maldita sea, seré yo quien termine desangrándome en la cuneta. Lo inteligente sería terminarlo antes de que comience. Pero no me siento inteligente. Me siento estúpido. Imprudente y egoísta. Desesperado por hacerla mía.

El rostro de Alisa aparece en mi mente, repentino e invitado. La última mujer que pensó que podía manejarme. La que me miró con los mismos ojos brillantes hasta que vio lo que realmente soy. El asco en su cara esa noche todavía me persigue. La noche en que me vio mandar a un hombre al hospital por faltarle el respeto a mi hermana. Todavía recuerdo cómo retrocedía, cómo esos ojos grandes se entrecerraban, cómo esa boca que solía sonreírme se retorcía horrorizada.

—Eres un monstruo —había susurrado.

Y tenía razón.

Su sabor permanece conmigo, incluso cuando intento concentrarme en por qué esto es una mala idea. Ella me verá por lo que soy. Un asesino, no un amante. Un hombre con demasiada sangre en sus manos. ¿Y ella? Es luz y suavidad. Brillante. Voy a apagarla. Pero incluso pensando eso, todo lo que quiero es otro beso. Ella me quema por dentro. Y me aterra. Esta mujer es letal.

Tengo que controlarme. Nunca perdonará las mierdas que he hecho. Pero que me jodan si no es lo único que quiero. Debería acabar con esto. Detener lo que sea que esto es antes de que me clave sus garras.

Pero no lo hago. La beso de nuevo, más brusco esta vez, como si pudiera aplastar el deseo con pura fuerza. Solo hace que la desee más. Saboreo su sorpresa, su deseo, todo ello matizado por la curiosidad que la impulsa, que debería hacerme alejar y correr como el infierno.

Ella no está huyendo.

Pero yo necesito hacerlo, ¿no? Intento recordarlo, pero la sensación de ella, su aroma, hace que todo sea jodidamente confuso.

Así que hago lo más difícil que he hecho jamás. Me aparto.

Mi cabeza da vueltas. Mi pulso martillea tan fuerte que duele. En el segundo en que mis labios dejan los suyos, sé que hice lo correcto. Es la única manera de evitar ser absorbido por ella otra vez.

Me pongo de pie. Doy un paso atrás. Paso una mano por mi cabello.

—Esto es un error —digo.

Veo la mirada en sus ojos. Me golpea como un puñetazo en el estómago. Pero necesito que esto termine. Necesito dejarla ir. Y ella necesita dejarme ir, aunque todavía no lo comprenda.

—No podemos hacer esto, Sloane.

Sus labios se separan, pero no le permito decir una palabra.

—No puedo hacer esto —aclaro.

Ella también se pone de pie, así que no estoy por encima de ella, aunque todavía no está ni cerca de mi altura. Sus ojos son afilados, como si tratara de diseccionarme aquí mismo.

—¿Es por lo del perro?

—No. No seas tonta.

—¿Entonces por qué?

Me doy la vuelta, incapaz de sostener su mirada. La verdad arde en mi garganta, exigiendo ser liberada. Algo en ella me hace querer ser honesto, y eso me asusta más que cualquier cosa.

—Estás de luto —digo finalmente, mi voz más baja de lo que pretendía—. Buscas una distracción, algo que te haga sentir mejor. Que te haga olvidar. Lo entiendo. Pero no soy yo.

Sus ojos se entrecierran. —No es eso lo que esto es.

—¿No lo es? —Me vuelvo para enfrentarla—. Perdiste a tu amiga, estás buscando respuestas, estás vulnerable. Y yo soy... conveniente.

—¿Conveniente? —Ella se ríe, afilada e incrédula—. Eres el hombre menos conveniente que he conocido.

—Sabes a lo que me refiero.

—No, realmente no lo sé.

Me paso una mano por la cara, sintiendo el peso de las palabras que necesito decir.

—He estado aquí antes, Sloane. Con alguien que pensó que quería lo que soy. Hasta que lo vio de cerca.

Su silencio me impulsa a continuar, y por una vez, no me detengo.

—Su nombre era Alisa. Le encantaba el peligro, el filo. Hasta que no. Hasta que vio lo que realmente soy.

—¿Y qué eres, exactamente?

—Un Rosetti —digo, con el apellido pesado en mi lengua—. Un hombre que lastima a la gente por dinero. Que es bueno en ello.

Ella no se estremece, y eso me enfurece más. Me hace querer que entienda.

—Me dejó la noche que me vio mandar a un hombre al hospital —continúo, las palabras derramándose ahora—. Solo por mirar mal a mi hermana. Un minuto pensaba que yo era emocionante, al siguiente me estaba llamando monstruo. Y tenía razón.

—No soy ella —dice Sloane en voz baja.

—No, eres peor —suelto—. Porque ni siquiera tienes miedo. Eres tan jodidamente terca que no puedes ver lo que está frente a ti.

—No es lo que quieres.

Su voz es cortante, pero escucho la ira detrás.

—No sabes lo que quiero —dice ella—. No sabes lo que puedo manejar.

Me hace reír. No porque sea gracioso, sino porque necesito alejarla más. Necesito enfurecerla tanto que se vaya y me deje solo con mis arrepentimientos.

—Créeme. No puedes manejarlo.

Su mandíbula se tensa. Sus ojos se oscurecen un tono.

—¿Es así?

—Sí. Es así.

La miro fijamente, tratando de recordar por qué este es un buen plan cuando se siente tan equivocado.

—¿Entonces qué? —dice ella, con voz tensa—. ¿Tú decides por los dos?

—Deberías agradecérmelo. —Mi pecho arde mientras lo digo—. Piensas que matar a un perro es el peor crimen que alguien puede cometer, por el amor de Dios.

—¿Y tú crees que me conoces?

Su mirada está fija en la mía, sin parpadear, desafiándome a que aparte la vista.

Algo se quiebra en mí. ¿Cómo demonios logra hacer eso? Quebrarme cuando pienso que soy piedra. Me quedo en silencio, sabiendo que debería dejarla tener la última palabra. Dejarla ganar esta ronda.

—Eres un cobarde —dice, cada palabra fría y precisa.

Duele más de lo que pensé que lo haría. Doy otro paso atrás, asegurándome de que la distancia sea real.

—Llámame como quieras. No cambia los hechos.

—Los hechos —dice, con un toque de sarcasmo.

Cruza los brazos, tan calmada que hace que mi sangre hierva.

—Sí. Los hechos.

Quiero sacudirla. Quiero acercarla y nunca dejarla ir.

—No somos una buena idea —digo.

—Tal vez me gustan las malas ideas.

No puedo creerlo. La forma en que simplemente lo dice. Como si no estuviéramos hablando de la diferencia entre la vida y la muerte. Entre el cielo y el infierno. Me enfurece, pero más que eso, hace que la desee aún más. Maldita sea. Maldita sea la forma en que se mete bajo mi piel.

—No sabes lo que estás diciendo.

—¿Sabes cuál es tu problema? —dice, inclinando la cabeza hacia un lado.

Espero, con ira y lujuria corriendo salvajes por mis venas.

—Crees que me estás haciendo un favor, alejándome. No es así.

Me vuelve loco la forma en que convierte todo lo que digo en otra cosa. La forma en que ni siquiera se inmuta. Estoy tan acostumbrado a que la gente se eche atrás, huya. Sloane se mantiene firme, y es la cosa más jodidamente excitante que he visto.

Me siento vacilante, queriendo ceder, tomar lo que ella ofrece. Pero el rostro de Alisa aparece en mi mente de nuevo, la forma en

que me miró como si fuera algo roto, algo a lo que temer. No puedo soportar ver esa mirada en el rostro de Sloane. Prefiero alejarla ahora que verla irse más tarde, cuando me haya permitido creer que podría quedarse.

—Quítate de mi vista, Carter —siseo—. No necesito a una princesita privilegiada con complejo de salvadora del mundo metiendo sus narices en mis asuntos. Todo lo que haces es meterte en problemas como un maldito gatito en un incendio, y no necesito un jodido gatito. Quédate en mi casa hasta que pase el peligro, pero mantente fuera de mi espacio personal.

Sus ojos verdes arden de furia. —Pendejo.

Hago una reverencia burlona. —Ahora lo entiendes.

Mientras ella se da vuelta para irse, algo frío y hueco se instala en mi pecho. Me digo a mí mismo que es alivio, que he hecho lo correcto. Que nos he salvado a ambos de algo que solo terminaría en desastre.

Pero cuando la puerta se cierra de golpe detrás de ella, sé que es una mentira. No la estoy protegiendo de mí, me estoy protegiendo a mí de ella. De la forma en que me hace sentir humano de nuevo. De la aterradora posibilidad de que pueda ver todo de mí y no huya.

Justo como lo hizo Alisa.

19

Sloane

Mi habitación está tan vacía como me siento yo. Hace un frío terrible aquí. El invierno se filtra por cada pared, haciendo que todo me recuerde a él. Cómo pasó del fuego al hielo, de besarme como si fuera su última comida a actuar como si yo fuera veneno. ¿Por qué tiene que ser tan irritante? Un segundo, pienso que me entiende, al siguiente, quiero gritar. Y lo peor es que me hace dudar de mí misma. ¿Soy solo una princesa a sus ojos, demasiado frágil para su mundo? Lo odio por hacerme desearlo.

Repaso toda la escena en mi cabeza, cada palabra de su rechazo cortando más profundo en la repetición. —No es lo que quieres — dijo, como si yo no conociera mi propia mente. Como si la honestidad de mi confesión —sobre Bear, sobre todo— no significara nada comparado con su odio personal sombrío. Abrió la puerta lo suficiente para que pudiera ver el interior, y luego me la cerró en la cara.

Debería estar enojada. Estoy enojada. Pero debajo de eso hay algo peor. Dolor. El tipo de dolor que se siente como una grieta extendiéndose por el vidrio. Me dejo caer en la cama y miro al techo, tratando de ignorar cómo su sabor aún persiste en mis labios. Tal vez tenga razón. Tal vez esto es un error. Tal vez solo estoy buscando una distracción del dolor, del caos del asesinato de Maddy.

Pero no se siente así. Se siente real. Demasiado real. Y eso es lo que me aterroriza.

Entierro mi cara en la almohada, mitad riendo, mitad gimiendo. ¿Quién se cree que es? Un minuto estoy lista para treparlo como un gimnasio de la jungla, al siguiente quiero estrangularlo. Besa como si se estuviera ahogando, como si yo fuera el aire que necesita. Y le devolví el beso. Por completo. Sé qué tipo de hombre es, pero por un momento, no importó. Quería que fuera el que lo hiciera mejor. El que no me culpa por todo, incluyendo cosas que no puedo controlar.

Luego, de la nada, se aleja. Me deja hecha pedazos.

Estoy tan enojada. Pero no es el tipo de enojo que se extingue. Se sienta pesado, ardiendo como brasas que no quieren morir. Me levanto de la cama y camino por la habitación, frotando mis brazos para calentarme. Es inútil. Nada aquí se siente cálido, no con él en mi mente. Todo en esta mansión es demasiado grande, demasiado frío. Como él. En el momento en que creo que lo tengo descifrado, me lanza una bola curva y estoy de vuelta en el punto de partida, más confundida que nunca. Más enojada que nunca.

Pero enojada de una buena manera, si es que existe tal cosa. El tipo de enojo que me hace estar aún más segura de que tengo razón sobre él. El tipo que me hace querer demostrarle que está equivocado sobre mí.

Cuando me besó, cuando me tocó, fue como si me estuviera dando un vistazo. Solo un pequeño pedacito de cómo podría ser si me dejara entrar. Más que solo calor y cuerpos chocando. Era pura adrenalina. Era crudo y real, y no se contuvo. Ni por un segundo.

Hizo que todo lo demás se desvaneciera. Todo excepto él y yo.

No debería permitir que me haga esto. Se supone que soy yo quien entiende a las personas, ¿verdad? Es lo que estudio. Es en lo que soy buena. Pero con él, estoy perdida. Pensé que era más fuerte que esto, pero aquí estoy. Hay algo en Rafe que me hace olvidar las reglas. Olvidar por qué no debería estar tan cerca de él. Olvidar que es una bandera roja viviente y respirante, ondeando justo frente a mi cara.

Olvidar que ya está rompiendo mi corazón antes de que tenga la oportunidad de dejarlo entrar.

Tal vez por eso no puedo seguir enojada. No solo me mantiene a distancia. Está luchando contra sí mismo tanto como está luchando contra mí. Pero maldita sea, Rafe, si vas a alejarme, al menos sé coherente. Un minuto, es el extraño oscuro y peligroso que no debería desear, y al siguiente, es este hombre que me deja creer que es lo suficientemente humano para intentarlo. Y aquí estoy, engañándome a mí misma pensando que no me atrae.

Suelto un suspiro y miro alrededor. No hay nada en esta habitación que sea mío. Sin fotos, sin libros, solo paredes blancas y una silla que parece que podría morderme si me siento mal. Es igual que el resto de la casa. Todo dinero, sin calidez. Quizás piensa que eso es todo lo que me importa. La forma en que se burló cuando me llamó princesa me dolió profundamente. Pero soy más dura de lo que cree. No dejaré que sea él quien me rompa.

Si acaso, voy a ser yo quien lo rompa a él.

Mis manos son hielo, mi pulso es fuego. Sé que estoy perdiendo el control, pero ¿no es ese el punto? Quiero que vea de qué estoy hecha, incluso si no es lo que espera. Especialmente si no es lo que espera. No me importa cuánto tiempo tome. Va a saber que estaba equivocado sobre mí, equivocado sobre nosotros, equivocado al pensar que no puedo manejarlo. Voy a asegurarme de que me vea, toda yo, justo como lo hizo cuando me besó. Y voy a asegurarme de que sepa que lo quiere, incluso si tiene demasiado miedo para admitirlo.

Me quedaré en esta habitación frígida y vacía el tiempo que sea necesario para que entre en razón. Puede alejarme, pero no se deshará de mí tan fácilmente. Ni de lejos. Es lo que aún no se da cuenta. Me gustan las malas ideas, y él es la mejor peor idea que he tenido jamás.

Me dirijo a la cocina. No voy a esconderme en una habitación con menos personalidad que una bandeja de cafetería, sin importar lo atractivo que sea Rafe un minuto y lo mucho que quiera

estrangularlo al siguiente. Atravieso las grandes habitaciones vacías y bajo las escaleras. Llego a la cocina y lo veo sentado allí solo, con guantes de cuero y expresión taciturna. Parece que es dueño del mundo. Es dueño del mundo, más o menos, pero no voy a dejar que sea dueño de mí. Levanta la vista y me hace un gesto para que entre, y mi corazón da un pequeño salto mortal.

Dudo. Mi mano todavía está en el marco de la puerta, la mitad de mí lista para correr de vuelta a mi prisión de paredes blancas y evitar esto... sea lo que sea. La otra mitad avanza. No dice una palabra, solo inclina ligeramente la cabeza. Desearía poder odiarlo. Desearía poder dejarle pensar que estoy enfurruñada, pero ese no es mi estilo. Soy nada si no terca. Dejo salir un lento suspiro y entro.

Está en el enorme refrigerador industrial para cuando llego al mostrador. El acero inoxidable brilla bajo la luz fluorescente, como si incluso los electrodomésticos me desafiaran a quebrarme. Igual que Rafe. Abre la nevera y comienza a hurgar dentro, sacando artículos al azar y golpeándolos sobre la encimera de mármol. Pan. Una rueda de queso. Algún tipo de carne que no reconozco.

—Pareces hambrienta —dice.

No estoy impresionada.

—Tú pareces... como tú.

—Lista —dice, casi sonriendo, pero no del todo.

—Sí, pero ¿puedes manejarlo?

Levanto las cejas y me muerdo el labio.

Se ríe esta vez, un sonido corto y brusco.

Lo siento en mi estómago, una sacudida. Pero lo disimulo, actúo como si no me afectara en absoluto la forma en que domina este espacio, como domina todo lo demás.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

—Alimentándote.

—Oh, así que ahora te importa.

—Sí —dice, volteándose hacia mí con un trozo de salami o prosciutto o lo que sea—. Ahora me importa.

Mi boca se tuerce en la esquina, pero todavía estoy enojada con él, todavía estoy herida por la forma en que me abrió en canal y luego me cerró.

—Bueno saberlo que tienes prioridades.

Sostiene el trozo de carne en mi dirección.

—Come —dice.

Cruzo los brazos, principalmente para que no vea mis manos temblar.

—¿Qué es esto?

—¿Qué parece?

—No estoy hablando de la comida —digo.

—Tú eres la que vino aquí abajo.

Me lo devuelve, pero es casi juguetón. Casi.

—Cierto —digo—. Debería haberme quedado en mi torre de marfil.

Corta el queso con un cuchillo que podría servir de machete.

—Te lo dije. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Estás seguro de que tu princesa puede soportarlo?

No se inmuta, pero ahora hay un filo en su voz.

—Estoy seguro de que encontrarás la manera.

—¿Sabes qué? Lo haré —digo.

Sus ojos se fijan en los míos.

—Bien.

Es casi gracioso, la forma en que somos el uno con el otro. Como compañeros de sparring a los que les gusta tanto recibir golpes como lanzarlos. Tal vez por eso no puedo odiarlo. Tal vez por eso no puedo irme. No tiene sentido, pero lo tiene.

—Así que me estás obligando a quedarme, ¿eh?

Se encoge de hombros, se reclina como si ya hubiera ganado.

—Es la única forma de mantenerte a salvo —dice.

Niego con la cabeza, mitad divertida, mitad furiosa.

—Increíble —murmuro.

—Lo sé.

Y justo así, el calor se enciende de nuevo. Solo que ahora no es por ira o miedo o la incertidumbre habitual. Es por esa parte de él que empieza a desenredarse, que empieza a mostrarse incluso cuando él no tiene la intención de permitirlo.

—¿Quieres más comida?

Empuja el plato hacia mí.

—No tengo hambre.

—Sí, la tienes.

Se levanta, se mueve alrededor del mostrador con la agilidad y la confianza de un hombre que siempre tiene el control.

—Crees que me tienes toda descifrada —digo, siguiéndolo con los ojos—. Crees que lo sabes todo.

—Sé lo suficiente.

Está de vuelta en el refrigerador. Más comida. Más cosas que no reconozco. Pero no es lo que está haciendo lo que importa. Es la forma en que me está mirando, como si tal vez esta vez, no se alejará. Como si tal vez esta vez, me dejará entrar lo suficiente para mostrarle que puede confiar en mí con cualquier secreto que esté escondiendo.

—¿No tengo voz ni voto?

Se quita los guantes, los tira en el mostrador.

—Adelante.

El aire se siente cargado ahora, la distancia entre nosotros más pequeña, más caliente. Camino alrededor de la isla, me paro lo suficientemente cerca para ver la tensión en sus hombros. Lo suficientemente cerca para verlo suavizarse mientras me acerco aún más.

—Te vas a arrepentir de esto —digo, con la voz baja, provocadora, lista para retarlo a admitir la verdad.

—¿Estás segura de eso?

Sus ojos están sobre mí, quemando a través de cada duda que tengo.

Sonrío, casi tocándolo, casi no. —Me gustan las malas ideas, ¿recuerdas?

Lo siento quebrarse de nuevo. Lo siento verme de esa manera que hace que todo a nuestro alrededor desaparezca. Hace que el resto del mundo se esfume para que solo seamos él y yo, y nada más que espacio y calor y las cosas que no dice. Se mueve, como si fuera a agarrarme, a acercarme, y a besarme hasta dejarme sin sentido, pero no lo hace. Todavía no. En su lugar, alcanza detrás de él y toma un frasco, me lo entrega con el más leve indicio de una sonrisa.

Mi corazón se salta un latido. Mostaza picante. Mi favorita.

—¿Cómo lo sabías? —pregunto, sin aliento, ya sabiendo la respuesta.

—Sé todo sobre ti.

No son las palabras. Es la forma en que las dice. Es el hecho de que recuerda algo tan pequeño, solo por mí. Es el hecho de que, por mucho que lo intente, no puede mantenerme fuera. Me está dejando entrar más de lo que quiere, y puedo verlo en cada centímetro de su cuerpo. Lo veo cuando me mira con frustración y anhelo y necesidad. Lo veo en la forma en que comienza a alcanzarme de nuevo, se detiene, luego alcanza de nuevo. Me atrae hacia él, envuelve un brazo alrededor de mi cintura, y mi corazón hace más que un salto mortal.

—Eres una verdadera molestia —dice, pero está lleno de algo parecido al asombro.

Inclino la cabeza hacia atrás y le sonrío, y sé que lo tengo.

—Y te gusta.

—Debo estar loco —dice en un susurro grave, tan cerca que puedo sentirlo en mis huesos.

—Puedo trabajar con la locura —digo, envolviendo mis brazos alrededor de su cuello, presionándome contra él hasta que no hay nada entre nosotros.

Nuestras bocas se encuentran, suaves luego duras, lentas luego salvajes, y esta vez, no lo voy a dejar ir.

20

Rafaele

Su boca está sobre la mía, silenciando cada palabra, cada vacilación. Mis manos encuentran su cintura, atrayéndola hacia mí, imprudente y listo para arder. Ahora soy el incendio forestal. Soy una llamarada que arrasa cada habitación de esta casa, dejando cenizas y calor a mi paso. Pierdo noción de dónde termino yo y dónde empieza ella. Sus uñas arañan mis hombros, duras y hambrientas. Me encanta, maldita sea. Estamos envueltos el uno en el otro, y la respiro como si fuera el único aire que queda en el mundo. Todo gira, intenso, desesperado. Ella es mía. Y maldición, yo soy suyo.

Me presiona contra la encimera, su boca feroz e implacable. Sus dedos están en mi cabello, en mi cuello, deslizándose bajo mi camisa como si tratara de memorizar mi forma. Intento mantener el control, aferrarme a un pedazo de mi cordura, pero ella es todo lo que siento, todo lo que quiero. Me estoy ahogando, pero es la mejor manera de morir.

—Rafe —suspira contra mis labios, un desafío y una promesa.

No estoy seguro de cuál de los dos gime, pero nos enciende a ambos.

Levanto su camiseta, su piel caliente y perfecta. Mi pulso es un tambor, mi cuerpo un infierno. Sus labios encuentran mi garganta,

mi pecho. Su boca sobre mí lo es todo. Pensé que la consumiría, pero soy yo quien está a punto de quebrarse.

—Rafe —dice nuevamente, con voz juguetona y salvaje.

Gruño, mitad advertencia, mitad rendición.

Su risa es cálida y sin aliento. La siento en todas partes, penetrando bajo mi piel. Ella desea esto tanto como yo, y me hace sentir expuesto, imparable. No puedo contenerme, no quiero hacerlo. La hago retroceder hasta que está contra la encimera, levantándola sobre esta. Sus piernas me rodean, acercándome más. No voy a salir vivo de esto. No me importa un carajo.

Suelto su cabello, que cae enredándose entre mis dedos. Se muerde el labio, esa sonrisa traviesa iluminándola, y pierdo cualquier esperanza de cordura.

Estoy perdido en ella, enloquecido de deseo. Nada más importa.

Encuentro el borde de su sostén, lo quito. Nunca he sentido nada como ella, salvaje y abierta. Saboreo la piel sobre su pecho, capturo el borde de su pezón. Ella jadea, el sonido retorciéndose dentro de mí. Sus muslos me agarran con más fuerza, y me froto contra ella, rudo y desesperado.

—¿Alguien te ha dicho que la paciencia es una virtud? —dice, con la respiración entrecortada.

—No necesito virtud —gruño, reclamando su boca—. Te necesito a ti.

Ella ríe de nuevo, temeraria y ligera, el sonido más feliz que jamás he escuchado. Me tiene. Me posee.

Su mano se desliza hacia mi cintura, y hace un ruido de aprobación al sentir el contorno duro de mi verga bajo mis jeans. Estoy duro como una roca, deseando estar dentro de ella. Me está volviendo loco, haciéndome suyo. Quiero arrancar cada barrera entre nosotros, sentirla completamente.

Presiono mi rodilla entre sus piernas, separándolas, sintiendo su calor.

—Si sigues así —advierto—, vas a descubrir lo mala idea que soy.

—Me gustan las malas ideas, ¿recuerdas?

Maldición, sí le gustan.

La atraigo hacia mí y le quito los jeans de un tirón. No me detiene, ni por un segundo. Puedo ver el contorno de su concha, húmeda y lista, y me vuelve loco. Ella también lo sabe. Conoce el poder que tiene sobre mí.

Le doy un beso rudo y desesperado, luego caigo de rodillas.

—¿Qué me vas a hacer, Rafe? Dímelo.

Su voz es un desafío, sin aliento y atrevida, probando el límite de mi control. La miro, y casi me quiebra. Su cabello es un enredo de abandono salvaje, esa sonrisa traviesa desafiándome a hacer lo peor. Estoy listo. Lo necesito.

—Voy a lamer tu dulce concha, princesa. Chupar tu clítoris hasta que grites mi nombre.

Sus bragas desaparecen en un instante, y estoy sobre ella, saboreando su dulzura.

Mi lengua encuentra su clítoris y ella grita, arqueando la espalda. La estoy volviendo loca, y me encanta. Ella sabe exactamente lo que voy a hacerle, y no puede resistirse. La deshago con mi boca, siento cómo tiembla bajo mi agarre. Sus muslos son como seda en mi piel, y me pierdo en su sabor, en su calor. Me atrae más cerca, ahogándome en ella, haciéndome suyo.

Sus dedos encuentran mi cabello, acercándome más. Sus gritos resuenan en las paredes de la cocina, crudos y sin aliento, una maldita sinfonía de necesidad. La devoro como si me fuera a morir sin hacerlo. Sus caderas se sacuden contra mi boca, y es una criatura salvaje, feroz y libre. Me ahogo en ella, absorbo cada sonido, cada temblor. Sus piernas descansan sobre mis hombros, y la presiono contra la encimera, manteniéndola allí, haciendo que reciba cada movimiento de mi lengua.

—Oh dios, Rafe —gime.

Sus manos me agarran, perdiendo el control. ¿Ella piensa que soy peligroso? No tiene idea. Estoy completamente entregado ahora, impulsado por nada más que la necesidad de tenerla. Toda de ella.

Sabe tan condenadamente bien. No puedo tener suficiente. Está goteando, húmeda y cálida, y nunca he sentido nada igual. Ella es mi todo.

—No pares —dice, con voz quebrada, urgente.

Carajo. No podría parar aunque lo intentara.

Siento su pulso contra mis labios, escucho su respiración entrecortarse, y luego ella estalla. Es todo lo que quiero, todo lo que maldita sea necesito. La arrastro a través de ese orgasmo, negándome a dejarla ir hasta que le he sacado el último temblor. Ella colapsa, sin aliento y sonrojada. Lo más hermoso que he visto jamás.

Me pongo de pie y me arranco la camisa por encima de la cabeza, arrojándola a un lado. Mis pantalones son los siguientes. No puedo esperar más. Sus ojos se ensanchan, fijos en mi verga, y se muerde el labio otra vez, la pequeña sirena traviesa. Me pone aún más duro.

—¿Ahora quién no tiene paciencia? —dice, ese fuego encendiéndose nuevamente en ella.

No se equivoca, y definitivamente no está a salvo de mí. Ya no más.

—Arriba —ordeno, levantándola para que esté casi nariz con nariz conmigo.

Su piel está resbaladiza por el sudor, el cabello hecho un desastre. Verla así es una maldita obra maestra. Quiero poner mi nombre en ella. Hacerla mía para siempre. Ahora tiene sus manos sobre mí, rudas e impacientes, deslizándose hacia donde la anhelo.

—Mierda, Sloane —gimo, enterrando mi cara en su cuello.

La levanto, y ella me envuelve como si estuviera destinada a estar ahí, como si fuera el único lugar al que pertenece. La fricción casi es suficiente para hacerme perder el control en ese momento. No creo haber deseado algo tanto nunca.

Sus ojos son agudos, viendo a través de mí.

—¿Me vas a hacer esperar, Rafe?

Gruño y la recuesto en la encimera, asegurándome de que sepa exactamente lo que va a recibir. Subo a la encimera de rodillas y cubro su cuerpo con el mío. Estamos piel con piel, y estoy loco por ella, loco por esto.

Me alineo, siento su calor, la promesa húmeda de todo lo que he estado anhelando.

—Dilo —exige, sin aliento y traviesa. Sus ojos brillan, desafiándome como una criatura salvaje—. Di lo que vas a hacer.

Estoy temblando de deseo por ella, desesperado y fuera de mi maldita cabeza. Estoy en todas partes, doliendo, frenético. No estoy seguro de poder soportar más la espera. No estoy seguro de poder lidiar con ella.

—Voy a cogerte, Sloane —digo, con voz baja y áspera.

—Dilo —me provoca de nuevo, atrayéndome hacia ella.

—Voy a cogerte tan fuerte —gimo.

Ella se ríe, y el sonido me atraviesa como fuego y whisky.

—¿Qué más? —exige.

—Voy a reclamarte —gruño, dejando salir la verdad—. Hacerte mía.

Sus ojos brillan con anticipación y desafío.

—Demuéstralo.

La necesidad y el calor me desgarran, y ella es todo lo que quiero. Me introduzco en ella, de una sola embestida que nos toma a ambos por sorpresa. Ella grita, aferrándose más a mí, y estoy completamente dentro, enterrado profundamente en la estrecha y caliente prisión de su cuerpo.

—Oh dios —respira, envolviéndome, moviéndose conmigo—. ¡Rafaele!

Mi nombre en sus labios es el puro cielo.

Me quedo quieto, tratando de recuperar el aliento, tratando de mantener una pequeña parte del control. No dura. Ella se mueve contra mí, y estoy perdido. No hay forma de ir despacio. No ahora. Chocamos una y otra vez, imprudentes y duros, cuerpos y corazones y cada maldita cosa que somos.

La cocina desaparece. El mundo desaparece. Ella es todo, todo, todo.

Pensé que la asustaría, pensé que la rompería. Pero ella mantiene mi ritmo, sin miedo y salvaje, como si yo fuera quien necesita ser salvado. Como si yo fuera quien se está deshaciendo.

—Rafe —dice, su voz mitad súplica, mitad orden—. Ni se te ocurra contenerte.

Me hace sentir sin límites, como si pudiera aplastar toda esta casa, toda esta ciudad, si lo necesitara. Sin embargo, lo único que necesito es a ella.

—No pensaba hacerlo —digo, y la tomo como si lo dijera en serio.

Encuentro un ritmo, un ritmo brutal y hermoso, que nos lleva a ambos al límite. Lo único que me mantiene cuerdo es saber que ella está justo ahí conmigo. Saber que soy yo quien la está empujando a este punto, el que la está haciendo salvaje y cruda y tan malditamente hermosa que no puedo soportarlo. Su cuerpo comienza a apretarse a mi alrededor, y me enciende. Pierdo el control, embistiendo como un loco, y ella grita, mi nombre, su propio clímax, todo. Nos destrozamos juntos, una explosión que sacude el mundo.

Mi corazón es un tambor, mi cuerpo un cable vivo. Me hundo contra ella, atrayéndola a mis brazos. No es solo el sudor lo que nos une. Es la cruda necesidad que hemos intentado fingir que no estaba ahí. La misma necesidad cruda que me matará si alguna vez se va.

—Dios mío, Sloane —logro decir, con voz ronca y destrozada—. La mejor peor idea que he tenido jamás.

Ella sonríe, la sonrisa más feliz que jamás he visto, y la beso. Duro, feroz y para siempre.

—No me digas —susurra contra mis labios.

Nunca había sido así con nadie. Nunca supe que podría serlo.

Nos desenredamos lentamente, con los corazones aún latiendo. La llevo a la sala, donde un fuego arde en la chimenea, agarro una manta del sofá y la arrastro al suelo conmigo. Ella se acurruca, y se

siente como el hogar. Se siente como todo lo que nunca he tenido, nunca supe que podría tener. Levanta su rostro hacia el mío, traviesa y llena de fuego.

—¿Esta es tu manera de decirme que estoy atrapada contigo?

Aparto el cabello de su rostro, dejándole ver la verdad, la locura, la pura admiración.

—Sí, lo es —digo—. Eres mía, Carter.

21

Sloane

Despierto en medio de una tormenta de nieve, toda enredada en blanco, solo para descubrir que estoy abrazada a él. Rafe me observa con sus ojos azul hielo, como si fuera una visión que soñó. Estamos en mi cama en la habitación de invitados del piso superior, donde me llevó anoche cuando estaba demasiado débil para caminar.

No había dormido tan profundamente en años. Sin pesadillas llenas de sangre, sin cuchillos afilados y pelo enmarañado, sin el horror en los ojos de mi padre. Solo un sueño puro y sin imágenes. Es un pequeño milagro, esta sensación. No estoy acostumbrada a despertar con algo que no sea miedo, pero esto es cálido, real y brillante.

Rafe me atrae aún más cerca. Sonrío como una idiota.

—¿Todavía aquí? —murmura.

En vez de responder, me coloco encima de él. Su risa ronca se convierte en un gemido.

Ambos ya estamos desnudos, lo que ahorra tiempo. Lo monto a horcajadas y muevo mis caderas, sintiendo la urgencia, el deseo. Mi corazón late salvaje en mi pecho. Mi pulso canta. Sus manos se deslizan hacia abajo, agarrándome, guiándome. Sé que me volverá loca antes de que tenga oportunidad de respirar. No somos más que

un enredo de extremidades, no más que un destello de calor. Siento su fuerza, su profundidad, y lo hace durar hasta que estoy desesperada por más. Hasta que no puedo soportarlo. Hasta que estoy jadeando.

Agarra mi cintura, me da la vuelta y me folla como si fuera la última mujer que tendrá jamás. Como si fuera la primera. Es brutal y hermoso. Es implacable. Clavo mis uñas en su espalda, acercándolo más, queriendo todo lo que puede dar. Es demasiado bueno. Demasiado. Estamos frenéticos, enredados, explotando el uno en el otro. Entierra su rostro en mi cuello, y me aferro con fuerza, con más fuerza, tomando todo y más, sintiéndome desmoronar. Él también está ahí. Está justo ahí conmigo. Bajamos, agarrándonos el uno al otro, jadeando por aire. Esto es un milagro, y no lo voy a soltar.

—Locura —murmura contra mi piel.

Meto la cabeza bajo su barbilla, me acurruco contra él como si intentara memorizar el momento. Nunca me había sentido así. Nunca había sido así con nadie. Debería asustarme la forma en que todo es rápido, salvaje e incontrolable. Pero en cambio, es perfecto. Sin miedo. Sin dudas. Sin vacilación.

Cierro los ojos y lo respiro, tratando de recordar cómo funcionar ahora que estoy completa y totalmente destrozada.

—¿Durmiendo de nuevo, Carter?

Me abraza con más fuerza, calidez y fortaleza.

Resoplo, mi aliento haciéndole cosquillas en el pecho. —Es la única forma de mantenerme callada.

Da una risa baja, profunda en su garganta. La siento en todas partes. Me hace pensar en lo fácil que atravesó todas las cosas que me mantenían sola, me hizo darme cuenta de que no era tan fuerte como pensaba. Ahora me ha hecho ver algo más. Nunca había dormido así, no desde que era niña. No sin despertar en medio de la noche, escapando de viejas pesadillas, atormentada por un recuerdo sangriento. Pero anoche no.

Sin sueños. Sin miedo. Solo él.

—Me sorprende que no hayas puesto a un guardia conmigo —digo, mirando hacia arriba.

—Lo hice. Yo.

Mi cara se ilumina con una sonrisa, tan amplia que es un milagro que mis mejillas no se agrieten.

—Estás atrapada conmigo, Carter.

La idea me emociona. Sé que se supone que es una amenaza, pero es la mejor promesa que he escuchado jamás.

—Claro que sí —digo—. Y más te vale creer que no te dejaré fuera de mi vista.

Estoy tan feliz que casi duele. Pero no puedo evitar provocarlo.

—No es mucha prisión si quiero estar aquí —añado, sintiéndome audaz, sintiéndome sin miedo.

Agarra mis brazos y rueda, inmovilizándome debajo de él, flotando tan cerca que mis labios vibran con ganas de tenerlo de nuevo.

—Ya veremos —dice.

Lo beso con fuerza, como si tal vez me muriese si no lo hiciera. Atrapa mi labio inferior entre sus dientes, haciéndome jadear. Volviéndome loca de deseo. Es intenso. Más de lo que puedo soportar. Dejo que dure, pero somos dos personas en medio de una tormenta de fuego, y no hay forma de detener el ardor.

Así es despertar con Rafe. Como zambullirse en un horno. Como arder hasta la vida.

Y ahora que lo sé, no estoy segura de poder volver a despertar sola.

Está tranquilo y silencioso cuando finalmente nos ponemos de pie, como si incluso esta casa grande y sin alma estuviera sorprendida por cómo la llenamos.

Rafe ya está vestido, observándome mientras tropiezo, tratando de encontrar el resto de mi ropa. No llevo nada más que un enredo de pelo y la sábana que agarré de la cama. Lo sorprendo mirándome fijamente, con ojos ardientes y posesivos.

—¿Ves algo que te guste?

—No estoy seguro —dice, levantando una ceja—. Suelta la sábana y te lo haré saber.

Pongo los ojos en blanco, aunque me encanta la forma en que me mira, como si fuera lo mejor que ha visto jamás. Como si tal vez estuviera tan metido como yo.

Encuentro mi ropa, me arreglo y veo al engreído bastardo pasarse una mano por el pelo. Parece casi inocente cuando está recién follado, como un niño pequeño en el cuerpo de un hombre. Quiero saltarle encima de nuevo.

Nos dirigimos al pasillo.

—Entonces —digo, tanteando, observándolo por el rabillo del ojo —. ¿Supongo que ahora soy tu prisionera?

Espero una réplica, algo que me haga bufar y resoplar como ha hecho tantas veces, pero solo se encoge de hombros, fácil y relajado.

—Supongo que sí.

—¿Vas a atarme? ¿Esposas y todo?

Su risa es rica y profunda.

—Qué pervertida, Carter.

Mis mejillas arden.

—No es lo que quería decir.

—Entonces tendré que pensar en algo más.

Estamos a mitad del pasillo. Hace frío, está silencioso. Trato de imaginarme aquí, despertando con él todos los días, intentando fingir que no me asusta una barbaridad. Nunca pensé que dejaría que alguien se acercara tanto. Pero él no es cualquiera. Es este hombre que hace que mi cabeza dé vueltas y mi corazón se acelere, que me hace sentir que puedo enfrentarme al mundo. Es peligro y consuelo, locura y calma.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —pregunto, tratando de sonar despreocupada—. ¿Mantenerme como rehén hasta que los Red Hooks retrocedan?

Me lanza una mirada lateral, ojos oscuros.

—Podría llevar un tiempo.

—Tengo tiempo —digo, con el corazón acelerándose ante la idea.

—¿Estás segura de eso?

Sé lo que realmente está preguntando. ¿Puedo manejar esto? ¿Estoy lista para ello? Sorprendo a ambos con la rapidez de mi respuesta.

—Sí —digo—. Estoy segura.

Puedo ver que baja un poco más la guardia. Todavía está inseguro, pero puedo decir que estoy llegando a él. Quiere esto tanto como yo, quizás incluso más.

—Si voy a quedarme un tiempo, necesitaré un recorrido por la casa. Y preferiblemente una lista de todos los que viven aquí.

—Solo yo, tres de mis hermanos, mi hermana pequeña y una esposa. Dom y Besiana tienen su propio lugar, pero también están aquí a menudo. También mamá y papá, y la abuela Toni.

—Demonios. Eso es mucha mafia.

Se ríe. —Pensé que te gustaba vivir peligrosamente.

—Tantos malditos Rosettis —digo, como si eso fuera algún tipo de respuesta.

Llegamos a la biblioteca, las puertas gigantes abriéndose. Es enorme, llena de estanterías que se extienden hasta el techo, toda de madera oscura y mármol frío. Está vacía, haciendo eco, y deja claro que esto realmente es una mansión de la mafia.

—Hermosa —digo.

—Pareces decepcionada.

—Pensé que me estabas mostrando tu mazmorra sexual.

Rafe se apoya contra el marco de la puerta, perezoso y seguro de sí mismo.

—Cualquier habitación puede funcionar para eso. Mientras nos mantengamos en silencio —dice, con un toque de picardía en su voz.

—¿Vamos a escabullirnos?

—Sí.

Sonrío ante la idea. Es una locura, pero también lo es todo lo demás sobre nosotros.

—No me digas que los chicos Rosetti tienen miedo de un pequeño escándalo.

Me atrae hacia él, rápido y hambriento, aplastando su boca contra la mía, tragándose el sonido de mi sorpresa. No es un beso largo, pero es suficiente para recordarme por qué estoy haciendo esto, por qué me estoy permitiendo ser vulnerable. Porque no lo soy, no con él. Me conoce. Me ha visto, toda yo.

—Tal vez me guste un poco de escándalo —dice, con los labios rozando los míos.

Sus palabras me atraviesan como fuego. Las siento en todas partes.

Entramos en la biblioteca, y es tan cavernosa y vacía que no puedo evitar la sonrisa salvaje en mi cara. Nunca había querido hacer nada como esto, nunca pensé que sería esta chica. Pero aquí estoy, conspirando con un chico malo de la mafia para tener sexo en la biblioteca de su familia, excitándome ante la idea de ser descubiertos.

Rafe lo ve en mis ojos y levanta una ceja.

—¿Por qué me miras así?

Empujo las pesadas puertas para cerrarlas, desafiándolo a que me detenga, sabiendo que no lo hará.

—Pensé que te gustaba vivir peligrosamente —digo, devolviéndole sus propias palabras.

Su sonrisa es todo hambre. —¿Vas a poner tu dinero donde está tu boca, Carter?

Cierro la puerta con llave y me enfrento a él, sin aliento y eléctrica. Es una habitación enorme, y estoy mareada con lo incorrecto y lo correcto que es esto. Estamos locos. Somos atrevidos. Ambos vamos a pagar por esto más tarde.

Pero ahora mismo, no me importa.

Me acerco hacia él, como si tal vez yo fuera la que tiene el poder. Tal vez me deje pensar que lo soy, solo por un segundo. Mis pasos hacen eco en el mármol, haciendo que el espacio entre nosotros se sienta cargado, esperando para combustionar.

Rafe observa, todo anticipación y anhelo, sabiendo exactamente lo que estoy haciendo, dejándome hacerlo de todos modos.

Lo alcanzo, enredo mis dedos en su camisa y lo atraigo hacia mí, besándolo con un calor que es casi violento. Responde en un instante, sin restricciones. No puedo creer lo mucho que quiero esto. No nos molestamos en buscar un sofá, una silla, nada. Somos un frenesí de manos, lenguas, cuerpos, y terminamos en el frío y duro suelo, justo allí entre las estanterías.

Su boca está en todas partes, insistente y salvaje. Sus manos son ásperas y rápidas, despojándome de mi ropa, mi cordura, mi todo. Es emocionante, abrumador, haciéndome temblar.

Me esfuerzo por mantener el ritmo, perdiéndome, sin importarme en absoluto.

Me quita los jeans, su calor implacable y consumidor. Estoy tan perdida que veo estrellas, aferrándome a él, manteniéndolo cerca. No nos tomamos nuestro tiempo, pero lo hacemos durar. Es piel y fuerza y deseo crudo. Está encima de mí, dentro de mí, y creo que voy a perder la cabeza.

El mármol frío no es nada, solo un recordatorio de dónde estamos, del peligro en el que nos encontramos. Pero Rafe lo es todo. Estoy al borde del control, deseándolo, necesitándolo, tan desesperada como estoy.

Se retira, haciéndome jadear, volteándome, arrastrándome a cuatro patas, entrando en mí de nuevo desde atrás. Estoy ida, loca, cada nervio en llamas. Es arriesgado, imprudente y más de lo que jamás he soñado.

—Eres una maldita maníaca —gime, embistiéndome.

No tarda mucho. Estoy allí, justo allí, llevada al límite y lista para explotar, lista para correrme, tan llena de él y enloquecida que creo que moriré si no lo hago. Me llena, me sacude, me folla con todo lo que tiene.

Entonces ambos estamos idos, cayendo, rompiendo, alcanzando nuestro límite. Muerdo mi labio, ahogando apenas un grito. Me

sostiene ahí, acercándome, temblando con la fuerza de todo. Somos un desastre tembloroso y risueño de extremidades y calor.

Estamos locos. Somos perfectos. Estamos a punto de ser atrapados.

—¿Qué fue eso? —jadeo, medio ahogándome, medio riendo.

Rafe me levanta, poniéndose su ropa, ayudándome a encontrar la mía.

—Quiero decir, fue increíble —digo, haciendo una búsqueda frenética de mi calcetín perdido, medio vestida y sin aliento—. ¿Pero ese ruido?

Todavía respira con dificultad, su rostro brillante, una mezcla de pánico y emoción.

—Mierda —dice—. Alguien viene.

Ahora también lo escucho. Pasos en el pasillo. Están cerca. Agarro su brazo, sosteniéndome, lista para huir.

—¿Crees que es tu hermana? —susurro—. ¿O uno de tus hermanos aterradores?

—Peor —dice, luciendo aterrorizado—. Podría ser la abuela.

Eso me hace soltar una risa ahogada, justo cuando estoy tratando de ponerme seria. Rafe me mira, a medio camino entre desesperado y divertido.

—Carajo —murmura.

Me estoy vistiendo, arrastrándolo conmigo mientras corremos hacia la puerta. Está haciendo todo lo posible por parecer imperturbable, como si no importara si nos atrapan, pero sé que está preocupado por mí. Preocupado de que no pueda manejar el calor, no pueda manejar a la familia, no pueda manejarlo a él. No lo dice, pero lo veo. Veo todo, incluso la parte de él que piensa que podría echarme atrás.

Pero no estoy huyendo. No tengo miedo. Apenas estoy empezando.

22

Rafaele

Estoy con ella en el pasillo vacío, y la enorme casa resuena a nuestro alrededor como si guardara un secreto. Sus ojos brillan con planes, y me pregunto si alguna vez me acostumbraré a esto, a lo condenadamente feliz que me hace. Todavía no estoy seguro de cómo dejé que sucediera. Cómo se metió bajo mi piel tan rápido. Pero lo hizo, y ahora no hay vuelta atrás. No para mí. Se estira sobre la punta de sus pies, me da un beso rápido y me mira con esa sonrisa traviesa.

—Quiero tomar algunas cosas de mi departamento.

Ella cree que simplemente diré que sí. Está loca.

Entrecierro los ojos mirándola, y su sonrisa se ensancha.

—Ni de coña —le digo.

—Rafe, solo tomará un minuto.

—No estás escuchando —le digo—. Los Red Hooks saben dónde vives. No vas a poner un pie en ese departamento hasta que yo lo diga.

—Estoy bastante segura de que sobreviviré —dice, poniendo los ojos en blanco.

—No vale la pena el riesgo.

Sus labios se tuercen, y veo un desafío ahí, una terquedad que conozco demasiado bien.

—Necesito más de un cambio de ropa.

—Entonces estás de suerte.

Tomo su muñeca, la llevo a la habitación donde durmió antes de que decidiera que prefería mantenerme despierto toda la noche.

—Estoy bastante segura de que está vacía.

—Hay un armario —digo.

Sus ojos se abren de par en par, luego se entrecierran al recordar el estado del lugar. La sensación de que todo está intacto.

—Sí, lo noté. Todo de diseñador y formal. No me siento exactamente cómoda usando un vestido de cóctel para dormir.

Cruzo los brazos.

—No voy a ceder.

Ella suelta un suspiro exasperado, del tipo que dice que está furiosa pero sin prisa por irse. Me gusta ese sonido.

—Bien —dice, mirándome de reojo—. Llévame de compras entonces.

Maldita sea, ya estoy demasiado metido en esto.



Estamos en la Quinta Avenida, y la tengo en una tienda de lujo con tantas cosas de diseñador que podrían hundir un barco. El lugar es tranquilo, de buen gusto. El tipo de sitio donde no puedes preguntar cuánto cuesta algo porque no te lo dirán. Por eso sé que me está probando cuando levanta unos jeans rotos como si fueran los últimos en la Tierra.

—¿Crees que combinarán con un vestido de cóctel? —pregunta, sonriendo amplia y presumidamente.

—Lo dudo —digo—. Pero tal vez si los combinas con esto.

Le lanzo una blusa que parece que podría quedarle a una niña de doce años.

Su boca se abre, y sonrío con suficiencia.

—Muéstrame —digo, señalando hacia el probador—. Quiero ver qué va a usar mi pequeña princesa de prisión.

Me lanza una mirada como si hubiera perdido la cabeza, pero va.

Espero, echando un vistazo a algunos vestidos en un perchero cercano. Sé lo que quiero verle puesto, pero también sé que me lo discutirá.

La cortina se abre, y ella está parada ahí con las manos en las caderas. Mi pulso da un pequeño traspié.

—Carajo.

Le doy una larga mirada. Hace que incluso esos jeans rasgados parezcan que cuestan una fortuna. La blusa se le adhiere como si estuviera pintada, y parece más Sloane que nunca.

Me acerco, y ella se muerde el labio, ese borde juguetón de vuelta en sus ojos.

—Ahora sé que me han secuestrado.

Señalo la pila de ropa que no se ha puesto. Es todo lo que quiero verle puesto.

—Llévate esas también —digo, y ella pone los ojos en blanco.

—¿En serio? —pregunta—. Ni siquiera sé qué son algunas de estas cosas.

—Pruébatelas todas —respondo.

Parece que va a discutir, pero en vez de eso hace una mueca y comienza a probarse las cosas, una por una. Cada vez que sale, la observo. Preciosa.

—Se ve bien —digo, reacomodándome la entrepierna.

Ella se ríe de mí, me llama pervertido y desaparece detrás de la cortina para continuar. Es el mejor maldito desfile de moda que he visto jamás. Blusas elegantes, vestidos casuales, cosas tan pequeñas que no estoy seguro de que sean legales. Sale con todo eso puesto, y juro que se ve más increíble cada vez. Es suficiente para hacer que mi cabeza dé vueltas y mi pulso se acelere, y ni siquiera estoy tratando de ocultar cuánto me gusta.

La veo pasarse una mano por el pelo, sus labios temblando con esa sonrisa maliciosa y tentadora. La vendedora revolotea cerca, y

apuesto a que nunca ha visto un viaje de compras como este antes. El lugar es tan silencioso que puedes escuchar la risa de Sloane resonar entre los percheros, y el tictac del reloj en la pared. Podría quedarme aquí todo el día, solo viéndola tratar de entender cómo terminó en esta tienda y en mi casa.

Pero en vez de eso, la veo salir una última vez, y cruzo los brazos.

—Todo —digo, negando con la cabeza—. Necesitas todo lo que hay aquí.

Abre la boca para discutir, pero ya estoy en la caja, y cuando digo que quiero todo, lo digo en serio.

—Loco —murmura cuando entrego la tarjeta de crédito.

Salimos con más bolsas de las que puede cargar, y me pregunto si alguna vez me cansaré de la forma en que discute conmigo, de la manera en que siempre dice lo que piensa. Ella intenta mantener su fachada, pero veo la emoción en sus ojos. La emoción que siente al meterse bajo mi piel, haciéndome gastar como nunca antes lo he hecho.

Como un tonto que ya está demasiado hundido.



No nos detenemos en un solo lugar. Recorremos toda la cuadra. Zapatos. Bolsos. Chaquetas. Suficientes conjuntos para llenar todo su maldito departamento.

Sloane protesta en cada parada, pero no dejo que sus palabras me afecten. La forma en que se ilumina cuando le compro algo dice más que sus argumentos.

—Pensé que se suponía que estaba escondida —dice, mirando una chaqueta de cuero roja con hambre en sus ojos.

Asiento al dependiente, que la agarra en su talla.

—La mejor manera de mezclarse es parecer que perteneces —digo—. Esta ciudad está llena de ricos engreídos. Nadie nota a otro más.

Ella levanta sus cejas hacia mí.

—Así que lo admites. Eres un rico engreído.

Entrego la tarjeta de crédito de nuevo, viendo cómo las bolsas se acumulan a nuestro alrededor.

—Algo así.

—Esto es una locura —dice—. Estoy perfectamente contenta comprando en Target.

Dejo que mantenga la ilusión por ahora, porque sé que en el segundo en que volvamos a la mansión, verá lo serio que soy. Cuán dispuesto estoy a darle todo.

Cuando hemos comprado la mitad de la Quinta Avenida, tomo su mano y la llevo a una boutique de maquillaje. Es elegante como el demonio, y parece que podría reírse a carcajadas cuando entramos.

—Rafe. En serio.

Ya estoy señalando lo que quiero que tenga, como si tuviera idea. Perfume, champú, gel de baño y lociones que cuestan más de lo que algunas personas ganan en una semana. Ella solo se queda ahí, tratando de decidir si debe protestar de nuevo o rendirse.

—Un poco de todo —digo—. Envuélvalo.

Me lanza una mirada, pero ahora es medio juguetona.

—¿Y tú me llamas princesa?

Nos vamos con más de lo que cualquiera de los dos puede cargar, más de lo que cualquier persona cuerda debería comprar, y la llevo a un pequeño bistró con el tipo de menú que no muestra precios. Ella me observa mientras nos sentamos, sus ojos agudos y curiosos, como si todavía estuviera tratando de descifrarme.

—Esto es demasiado —dice, señalando la montaña de bolsas.

—Qué puedo decir? Voy a lo grande.

—Estoy segura de que eso es quedarse corto.

—Lo seguiré haciendo mientras tú quieras.

Su rostro se pone serio, y deja su taza de café, se inclina sobre la mesa.

—No quiero tu dinero, Rafe. Lo sabes, ¿verdad?

—No te preocupes —sonrío con suficiencia—. Tengo bastante.

—Yo... nunca he gastado tanto en ropa. O en un auto. O en cualquier cosa. Piensa en lo que este dinero podría comprar. Como dije, puedo comprar felizmente en Target y dar todo el dinero a, no sé, niños hambrientos en África. Me sentiría mejor haciendo eso.

Se muerde el labio, como si no estuviera segura de cómo decir lo que quiere decir.

—Suéltalo, Carter. ¿Qué tienes en mente?

Toma un respiro, pone sus codos sobre la mesa mientras se inclina. La preocupación está grabada en la pequeña arruga entre sus cejas, y me pregunto si alguna vez entenderá. ¿Cómo podría alguien como ella conocer a alguien como yo? La veo sorber su café y mirar las bolsas de ropa junto a la mesa. Tiene esa mirada preocupada que nunca había visto antes.

—Solo... muchas gracias por todo esto, de verdad. Es muy generoso. Pero, ¿te importaría mucho si vendo algunas de estas cosas para poder donar el dinero? Solo para no sentirme como una persona terrible. Me quedaré con algunos conjuntos, por supuesto... y tal vez la chaqueta de cuero roja.

Mi corazón se estremece, y un tono duro entra en mi voz.

—¿Te sientes mal por gastar dinero en ti misma?

—Oh Dios, lo siento, no quise ofenderte —dice rápidamente—. No te preocupes. Olvida que dije algo.

La examino. Es un maldito enigma. Toda respuestas descaradas y movimientos imprudentes, luego se vuelve toda sumisa cuando le muestro la más mínima amabilidad. Es como si nadie le hubiera comprado un regalo antes.

—Te quedarás con la ropa, Sloane.

—Está bien.

—Y también ayudaremos a salvar a las ballenas que se ahogan, o lo que sea que quieras hacer.

Saco mi teléfono y paso unos minutos en él.

Su frente se arruga. —¿Qué quieres decir?

Le entrego mi teléfono, y ella ve la pantalla. Se queda mirando, con la boca abierta.

—Rafe.

—Elegí una organización benéfica en África —digo, sonriendo como un idiota—. Igualé todo lo que gastamos, Sloane. Solo por ti.

Sus ojos brillan, como si no pudiera creer que lo hice. No puede creer que esto sea real. Es una nueva mirada para ella, y quiero seguir viéndola.

—Eres algo especial —dice, negando con la cabeza, pero hay un calor en su voz que es jodidamente adictivo.

—Cada centavo que gastes —digo—, igualaré la donación. Así que sigue gastando.

—Rafe.

—Lo digo en serio. Date un capricho, por una vez.

Me mira, larga y profundamente, y veo el cambio en ella. La forma en que ve el cambio en mí. No puede evitar una pequeña sonrisa.

—Te vas a arrepentir de esto —dice, desafiante.

Me recuesto, cruzando los brazos sobre mi pecho.

—No, no lo haré.

Ella niega con la cabeza, pero puedo decir que ahora está en esto. En esto conmigo, sin vuelta atrás. Está asimilándolo todo, permitiéndose tenerlo, permitiéndose quererlo, aunque no le salga naturalmente. Es lo suficientemente fuerte para dejar que le dé todo, y es lo suficientemente inteligente para ver que lo digo en serio.

—Vamos, hombre loco —dice, alcanzando las bolsas—. Vámonos.

La observo, feliz y terca y mía, y sé que esto es solo el comienzo. Estoy jodido, pero no lo siento. No me importa lo metido que esté.

Igualaré cada centavo. La donación y los sentimientos.

Cada maldito centavo.

23

Sloane

Sé que a Rafe le gustan las malas ideas. Cuento con ello. Me pongo uno de los vestidos que me compró, el azul con la elegante etiqueta de diseñador, y me calzo los tacones negros que hacen que mis piernas parezcan imposiblemente largas. Él me ve con el vestido y parece que podría arrancármelo. Pero en su lugar, sonríe como si tuviera todas las cartas en la mano y dice:

—¿Estás lista?

No me dice adónde vamos, pero antes de darme cuenta estamos en la ciudad, y estoy más nerviosa de lo que quiero admitir. Apuesto a que él lo sabe.

—Estás muy callada —dice mientras conduce, con las luces de la ciudad destellando sobre su rostro.

—Tengo miedo de moverme —respondo, acomodándome en el asiento—. Podría romper una costura.

—Valdría la pena —dice, mirándome de reojo.

La mirada en sus ojos es puro fuego, y es un milagro que el vestido no estalle en llamas.

—¿Adónde vamos? —pregunto, pero él solo sonríe con suficiencia, todo misterio y travesura.

—Ya verás —dice, con voz baja y provocadora.

Mi corazón es un tambor. Mi pulso es un cable en vivo. No sé qué esperar, pero sé que no lo olvidaré.



Il Lusso. He oído hablar de este lugar, pero nunca pensé que pondría un pie dentro. Solo la entrada es suficiente para dejarme boquiabierta. Puertas enormes de cristal. Cuerda de terciopelo. Una fila que rodea el edificio y desaparece en la noche. Pero Rafe pasa de largo, tomando mi mano y llevándome directamente al frente.

—Este es el tipo de sitio al que perteneces —dice, luciendo endemoniadamente presumido.

—Si tú lo dices —respondo, con voz un poco temblorosa.

Por dentro, es aún más impresionante. Luces tenues y suelos de mármol oscuro. Candelabros que parecen costar más que una casa. Gente que parece ser dueña de manzanas enteras de la ciudad, bebiendo tragos caros y susurrando sobre cosas que probablemente no debería escuchar.

Aprieto mi agarre en el brazo de Rafe, y él se inclina, rozando sus labios contra mi oído.

—¿Todavía crees que no encajas?

Trago saliva con dificultad, tratando de mantener la calma.

—No estoy segura de que esto sea lo mío —digo, mirando a todas las mujeres con vestidos que probablemente cuestan más de lo que ganaré en un año.

—Ellas no son tú —dice, levantando mi barbilla con su dedo—. Ellas desearían serlo.

Me guía a través de la opulencia, y siento que todos nos observan, preguntándose quién soy. Preguntándose si pertenezco aquí.

—¡Domenico!

La voz de una mujer corta a través del ruido. Una mujer impactante con cabello negro en un estilo que desafía la gravedad, posiblemente la persona más elegante que he visto jamás, engancha su brazo alrededor de un hombre que debe ser uno de los hermanos de Rafe, el que aún no he conocido.

—Ignóralos —murmura Rafe, pero debe saber que eso es imposible.

El hombre se da vuelta, y ahora estoy segura. Es Domenico, el mayor de los Rosetti. El que parece esculpido en piedra. Sus ojos verdes se fijan en nosotros.

—Rafe —dice Domenico cuando llegamos a ellos, esa única palabra lleva el peso de una orden.

—Dom —dice Rafe, asintiendo—. Besiana.

La sonrisa de Besiana es cálida, pero hay algo agudo en sus ojos, como si estuviera resolviendo un rompecabezas complejo. Observa a Rafe, luego a mí, y luego a Rafe otra vez. Es impresionante, aún más de cerca. Su ropa es impecable. El verde de sus ojos es aún más llamativo. Me hace alegrarme de mi vestido de diseñador y ser consciente del impacto que un atuendo puede tener en los demás. El suyo es una verdadera armadura.

—Tú debes ser Sloane —dice, sin esperar una presentación.

—Esa soy yo —digo, tratando de no sonar como si hubiera perdido la cabeza—. Y usted debe estar preguntándose qué estoy haciendo aquí.

Los labios de Domenico se contraen, lo más cercano que creo que veré a una sonrisa en él.

Rafe interviene.

—¿Has sabido algo de los Red Hooks, Dom?

—Tranquilos —responde Domenico—. Con suerte, se exterminarán entre ellos mismos.

—A menos que los ayudemos un poco —añade Besiana, con voz suave y relajada.

Detecto un sensual acento extranjero. Encaja perfectamente aquí, como si hubiera nacido en ríos de oro y criada en humo y

secretos, lo que me hace sentir aún más fuera de lugar.

Los ojos de Domenico se estrechan aún más, su versión de un ceño fruncido.

—No necesitamos intervenir —dice.

—Era una broma, Domenico —dice Besiana, con un toque de risa en su voz—. Creo que Sloane lo entendió.

Me doy cuenta de que ella es la única otra mujer en una conversación llena de Rosettis, y no parece para nada fuera de lugar. Se ve como en casa.

—Entonces, Sloane —dice Besiana, enlazando su brazo con el mío —. ¿Rafe te mantiene ocupada, o tienes vida fuera de este caos?

—¿Eso es una opción? —pregunto, arqueando una ceja.

Ella se ríe, y es genuino, cálido.

—Me caes bien —dice—. Pero voy a dejarlo muy claro: si le rompes el corazón a Rafaele, te romperé el cuello.

—Eh, supongo que es justo —digo, tratando de mantener mi voz firme.

De alguna manera, una amenaza de Besiana es más aterradora que ser rehén de los Red Hooks, y no dudo que habla en serio.

—Deberíamos tomar algo juntas alguna vez —dice—. Una bienvenida apropiada a la familia.

Sus palabras me hacen tambalear, y todavía estoy tratando de procesarlas cuando aparece Emilio. El hermano callado. El que se mezcla con su entorno. Esta noche, eso significa un traje negro, bien cortado pero completamente olvidable.

Rafe parece contento de verlo, y eso solo hace que me caiga bien de inmediato. Es más suave que los otros Rosettis, casi tímido, pero sé que es mejor no dejarme engañar por las apariencias.

—Milo —dice Rafe—. ¿Quieres ir a las mesas?

Me estoy preguntando de qué tipo de mesas están hablando cuando la mirada de Emilio se posa en mí, curiosa y evaluadora.

—Te he investigado —dice.

—¿Investigado? —pregunto.

De repente me cae un poco menos bien.

—Investigado. Tu padre es policía.

—Era policía. Está retirado. No soy una infiltrada ni nada por el estilo.

El grupo estalla en carcajadas. Domenico, Besiana, Emilio y Rafe, todos riendo como colegiales.

—¿Qué? —exijo saber.

—Nadie sospecha que seas una infiltrada —dice Rafe, rodeando mi cintura con su brazo.

—Podría serlo —digo a la defensiva.

Emilio esboza la sombra de una sonrisa.

—Eres el mayor problema en el que mi hermano se ha metido jamás —dice—. Pero no de esa manera.

—Ella vale la pena —dice Rafe, con un tono mordaz que hace vibrar mi sangre.

—Necesito preguntarte algo —dice Emilio, volviendo su atención a Rafe, alejándolo de los demás—. Estamos teniendo un infierno para seguir el dinero desaparecido de las peleas.

Rafe todavía está sujetando mi cintura, así que termino en el pequeño tête-à-tête entre él y Emilio.

—¿Adónde va? —pregunta Rafe mientras seguimos a Emilio por el bar.

—Ojalá lo supiera —dice Emilio—. Eché un vistazo a las finanzas de los Callahan.

—¿Hackeaste sus registros bancarios? —balbuceo, perdiendo la poca compostura que tenía.

Rafe me mira con un destello de diversión en sus ojos acerados.

Emilio me ignora y sigue hablando.

—Nada inusual allí. Limpios, si puedes creerlo.

—No. No puedo —dice Rafe, guiándome a una mesa en el extremo más alejado de la sala.

Tengo muchos talentos, pero el espionaje financiero no es uno de ellos, e intento seguir el ritmo mientras se sumergen en una conversación sobre lavado de dinero. Cómo el dinero podría desaparecer a través de una cadena de bancos, cambiar de manos

una docena de veces y terminar viéndose tan limpio como si lo hubieran ganado las Girl Scouts recaudando fondos para osos polares. Dinero aún más sucio, está diciendo Emilio, libre de cualquier huella digital. Asiento como si estuviera siguiendo, pero estoy bastante segura de que la confusión se refleja en mi cara.

Rafe me observa mientras Emilio habla, y estoy convencida de que disfruta tanto de mi desconcierto como de la conversación en sí.

—Inversiones legítimas —dice Emilio—. No se le puede atribuir ni una maldita multa de estacionamiento sin pagar.

Su voz es tan tranquila que parece que estuviéramos hablando sobre si lloverá mañana en lugar de qué familia mafiosa los está jodiendo.

Recuerdo lo que dijo antes, sobre cómo los libros de los Callahan parecen limpios. Ahora me pregunto si eso significa que su dinero también está paseando por una cadena de bancos, blanqueándose y planchándose en el camino.

Los sigo el ritmo, y no parecen molestarse por mi presencia, pero siento que estoy escuchando cosas que no debería.

—Tal vez estamos buscando en el lugar equivocado —dice Emilio.

—Verifica de nuevo las cuentas de los Callahan, luego investiga a cualquiera asociado con ellos. Si algún imbécil le hizo una mamada a Chase Callahan hace diez años, quiero que revises sus registros. El dinero tiene que ir a alguna parte. Ya sabes lo que papá siempre dice...

—Si quieres al ladrón, sigue su libro —termina Emilio.

Eso es tan cierto. He pasado todo este tiempo en el caso de Maddy tratando de analizar la psicología de todos los involucrados, desde los matones de la mafia hasta el novio sospechoso, pero nunca pensé en seguir el rastro del dinero. Si es que hay uno.

—Mantenme informado —dice Rafe.

—Obviamente.

Emilio está a punto de irse, pero extiendo la mano y lo detengo. Me lanza una mirada penetrante, sorprendido.

—¿Crees que podrías investigar a alguien para mí? —pregunto, mirando a Rafe.

Él levanta una ceja, claramente interesado.

—Tengo un nombre —digo—. Ethan Reyes de los Red Hooks. Quizás algo en sus cuentas bancarias nos dé una pista sobre lo que Maddy estaba haciendo. Sobre por qué está muerta.

—¿Maddy? —pregunta Emilio—. ¿La chica muerta?

Sus palabras me golpean, succionando el aire de mis pulmones. Una llamarada de ira surge mientras intento tragar el nudo en mi garganta, pero el calor se extiende por mis mejillas y cuello. Sé que el color está floreciendo como un letrero de neón, y siento los ojos de todos sobre mí.

—Ella es mucho más que solo una... una chica muerta. Era mi mejor amiga. La mejor persona en todo el mundo.

Escucho el temblor en mi voz. Me siento expuesta, y percibo que Emilio no es el único que presta atención. Rafe debe ver la tormenta a punto de desatarse porque atraviesa a Emilio con una mirada lo suficientemente afilada como para cortar un ladrillo. El tipo de mirada que podría desprender la pintura de las paredes.

Emilio me mira un momento, sus ojos cambiando de indiferentes a algo un poco más humano. No es hasta que Rafe le lanza una mirada asesina que murmura una disculpa.

—No sabía que significaba tanto para ti —dice Emilio, sonando como si realmente pudiera estar sincero.

Asiento, tratando de mantener la compostura. Tratando de ignorar las miradas del resto de la mesa. Tratando de actuar como si el cuchillo en mi corazón no acabara de retorcerse un poco más.

—Está bien —digo, aunque no lo está. Aunque nunca lo estará.

—¿Crees que este tipo Ethan tiene dinero de otra persona? —pregunta Emilio.

—No tengo idea —digo—. Pero me gustaría saber si estaba sentado sobre una pila de dinero.

—¿Rafe está de acuerdo con que preguntes? —Mueve la cabeza en dirección a Rafe—. ¿Sin consultárselo primero?

—Rafe no me controla —gruño, lanzándole a Rafe una mirada desafiante.

Rafe gruñe pero no me detiene.

—Bien —dice Emilio—. Pero no esperes encontrar mucho. Esos tipos de Red Hook meten la mayor parte de su dinero en sus narices o en sus venas.

—Solo investígalo —dice Rafaele, con voz baja y peligrosa.

—Entendido.

Emilio se aleja. Lo vemos irse en silencio, y no le toma mucho tiempo desaparecer en la habitación como si nunca hubiera estado allí en primer lugar.

Me giro hacia Rafe.

—¿Estás enojado?

—¿Sobre Ethan? —pregunta—. ¿O sobre que te veas así?

Sus ojos arden en mí, como si yo fuera lo único que quiere mirar. Como si tal vez este vestido fuera la mejor idea de todas.

—¿Ambos? —digo, sintiendo que el calor sube a mis mejillas.

Se inclina y habla bajo, solo para mí, su aliento calentando mi oído.

—Te ves demasiado bien, Sloane.

Como si fuera un insulto.

—Esto fue idea tuya, ¿sabes? —digo—. El vestido. Los tacones. La manzana entera de ropa.

Baja la voz.

—Ese vestido es mío, Carter —dice—. No lo olvides.

Un escalofrío me recorre por la forma en que lo dice. Como una promesa. Como si estuviera listo para tomarme aquí mismo, ahora mismo.

Las bebidas son fuertes, el tipo de cócteles que podrían mandar a una chica a otra vida, la vida que Rafe parece pensar que es mía. El cantinero me mira como si también lo supiera. Como si hubiera visto un millón como yo. Quiero sacudirlo. Rafe quiere hacer algo peor. Se toma su whisky de un solo trago y mueve la cabeza hacia las escaleras. Lo sigo, sin aliento.

Subimos a un salón privado, con vista a todo el club, y él cierra la puerta con llave, sus ojos en mí como un lobo sobre su presa.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, mirando alrededor.

Una pared es completamente de cristal, con vista a la multitud abajo. Cristal negro, iluminación tenue, sofás de terciopelo, whisky caro, armas probablemente escondidas en la pared.

Puedo ver todo su mundo desde arriba, pero él solo me está mirando a mí.

—¿Quieres saber lo que hago aquí? ¿Lo que poseo? A ti. Ahora mismo.

Echo una cadera hacia fuera, sintiendo cómo la tela se estira sobre mi cuerpo.

—Tú no me posees, Rafe.

—Los primerizos no pueden subir aquí —dice—. No se supone que estés aquí.

Cruzo los brazos y pregunto:

—¿Entonces por qué me trajiste aquí?

Rafe se acerca, apretando la mandíbula mientras me mira.

—Porque no quiero que nadie más te mire —responde.

Miro a través del cristal unidireccional.

—Demasiado tarde para eso. Algunos hombres notaron el vestido —digo.

Se acerca más, acorralándome contra el cristal.

—Cada hombre en esa habitación notó el vestido. Y todavía estoy decidiendo quién va a pagar por ello —dice.

Levanto el mentón desafiante.

—No tienes derecho a estar celoso —le digo.

Él está totalmente serio cuando responde:

—No estoy celoso. Soy posesivo. No confundas las dos cosas.

Hay una pausa, y me quedo sin aliento. Todavía no me toca, pero su voz baja aún más.

—Te traje aquí arriba para recordarme que todavía tengo control —dice.

—¿Y? —lo insto.

Finalmente toca mi cintura, su agarre firme.

—No lo tengo —admite.

Me inclino hacia él mientras sus manos se deslizan por mi espalda.

—Entonces deja de fingir —susurro.

Su boca está contra mi cuello ahora.

—No tienes idea de lo que me estás haciendo —murmura.

—Muéstrame —digo suavemente.

Colisionamos. Sus manos están en mis caderas, mi espalda contra el cristal, el bajo del club vibrando a través de la pared.

Gruñe en mi oído:

—Que bailen. Que beban. Que se pregunten dónde estás.

—Contigo —susurro.

—Así es —responde, arrastrando su boca por mi clavícula.

Su boca choca contra la mía, sin vacilación, sin restricciones. Una mano se cierra en mi cabello, agarrando lo suficiente para inclinar mi cabeza como él quiere. La otra se curva alrededor de mi cintura, arrastrándome contra él como si no pudiera acercarme lo suficiente.

—Ya no puedes desaparecer entre la multitud —gruñe contra mis labios—. No puedes ponerte en peligro. Ahora me perteneces.

Abro la boca para discutir... él aprovecha la oportunidad, su lengua invadiendo, un beso brutal y posesivo. Mis rodillas casi ceden. Él me sostiene sin perder el ritmo.

Su chaqueta cae al suelo. Mete la mano dentro del escote bajo de mi vestido, acariciando mi pecho.

—Cada vez que entras a una habitación —murmura, su boca ardiente contra mi clavícula—, me cuesta más respirar.

Jadeo mientras su boca desciende más. —Tú... nunca... dices cosas así.

—Eso no significa que no lo piense —dice, sus manos deslizándose por mis muslos, bajo mi vestido—. ¿Crees que no he imaginado esto cien veces?

Me levanta sobre el borde del diván de terciopelo, separando mis rodillas con una mirada oscura que me hace temblar.

—He pensado en ti así —dice, cayendo de rodillas—. Mirando el club como si fuera tuyo. Pero no lo es. Tú eres mía.

Levanta suavemente mis caderas y baja mis bragas por mis piernas. Mi respiración se entrecorta cuando empuja mi vestido hacia arriba, arrastrando su boca por el interior de mi muslo. Ya estoy temblando cuando su lengua me encuentra. Lento al principio, luego más profundo, más oscuro, hasta que no puedo recordar mi propio nombre.

—Rafe... oh Dios mío...

No se detiene. No se apresura. Está concentrado, implacable. Como adoración. Como castigo. Como ambos.

Cuando me deshago, me sostiene durante todo el proceso, sus manos firmes en mis caderas, su boca aún devorándome, mi grito ahogado por el bajo retumbante de la pista de baile abajo.

Se levanta entonces, todavía completamente vestido, fuego en sus ojos. Sin decir palabra, me pone de pie y me lleva al cristal. Lentamente, desliza mi vestido hacia arriba sobre mi cabeza, luego desabrocha mi sostén hasta que estoy completamente desnuda ante él.

—Dilo, Rafe —exijo, perdiendo la cabeza.

—Voy a cogerte tan duro —dice, con voz baja y rasgada.

El cristal frío está en mi espalda, su cuerpo caliente contra el mío, y soy un frenesí de deseo por él.

Lo beso, un beso crudo y atrevido, y nos enciende a ambos.

—Dios, Sloane —gime.

Desabrocho su cinturón, desabotono su pantalón y bajo su cremallera. Su miembro es enorme y ansioso, y cuando lo sostengo

en mi palma, mi hombre gime.

—¿Qué más? —lo provoco, sintiendo la locura en mi voz—. Dilo.

—Voy a hacerte gritar —dice, desesperado e implacable.

Un suave gemido escapa de mis labios.

—Date la vuelta —dice, con voz baja y destrozada—. Manos en el cristal.

—Alguien podría...

—No verán. Pero tú sí —Su voz es puro pecado—. Verás todo. Mientras te desarmo.

Obedezco.

Entra en mí, una fuerte embestida, y pierdo el control. Él está dentro, caliente y perfecto, y estoy tan llena de él que no puedo soportarlo. Me vuelve loca de necesidad, la forma en que no se contiene. La forma en que me da todo de sí mismo.

—¡Rafaele! —grito, de repente deseando que todos abajo pudieran escucharme llamar su nombre.

—Carajo —gruñe—. Se siente tan bien.

El cristal está frío en mis palmas. Sus manos son fuego. Cuando empuja dentro de mí, es demasiado y no suficiente al mismo tiempo.

—Dilo —dice entre dientes contra mi hombro—. Di que eres mía.

—Soy tuya —jadeo—. Siempre he sido tuya.

Su ritmo se vuelve salvaje. Una mano se desliza hasta mi garganta, sin ahorcar, solo sosteniendo. Anclándome. Marcándome.

—Buena chica —gruñe—. Ahora déjalos bailar. Déjalos beber. Deja que sepan a quién mierda perteneces.

Me toma con más fuerza, desenfrenado y sin restricciones. El cristal vibra con nuestros cuerpos, nuestra locura, nuestro todo. Estamos fuera de control, y nunca lo he deseado tanto. Me lleva hasta el borde, más allá del borde, hasta el lugar donde estoy a punto de caer.

—Ay, dios —digo, aferrándome a él, lista para explotar—. ¡Rafe!

—Acaba para mí —exige—. Acaba fuerte, princesa.

Lo hago. Me deshago, todo un borrón de calor y fiereza. Me desmorono en sus brazos, temblando, riendo, perdiendo la cabeza.

Me lleva con él, una embestida más y él también se va. Gime, profundo y grave, sujetándome con fuerza, sosteniéndome, manteniéndome suya. Volvemos en sí, sin aliento y vulnerables, y no estoy segura de poder tener suficiente jamás.

24

Rafaele

¿No hay ningún lugar acogedor en esta casa? —pregunta, deslizando un dedo por una inmensa pared blanca en la entrada.

Líneas largas, superficies lisas y bordes duros. Puedo entender su punto.

—Lo acogedor no es la vibra que buscamos —respondo, observando cómo sus ojos recorren la extensión del pasillo.

El vacío austero de la casa hace eco de su pregunta, casi burlonamente. Acabamos de regresar de Il Lusso, y ella todavía lleva ese vestido azul matador que me hace cosas, pero su humor está cambiando, volviéndose serio.

—No, supongo que no —dice.

Suelta una risa ligera, pero hay un toque de anhelo en ella. El sonido es pequeño en el espacio enorme, como si pudiera perderse antes de llegar a mí. Me detengo, inseguro, con un pie apuntando hacia la habitación de huéspedes. Vacilo, reacio a enfrentar el vacío de mi habitación espartana. Hay renuencia en la forma en que cambio mi peso, sin querer estar solo con tan poco confort a mi alrededor.

—¿Todavía vas al ala este? —pregunto, tratando de sonar casual.

Ella levanta una ceja. —¿A dónde más iría?

Me encojo de hombros, repentinamente inseguro. —Dom convocó una reunión familiar esta mañana. Sobre ti.

—¿Sobre mí? —Su voz se eleva ligeramente, con un toque de ansiedad. —¿Qué dijeron?

—Que ya no eres un riesgo para la seguridad. —Observo su rostro cuidadosamente—. Te has probado a ti misma. No más puertas cerradas. No más acceso restringido.

Sus ojos se abren ligeramente. —Entonces, oficialmente soy... ¿qué? ¿Una invitada con privilegios?

—Algo así. —Doy un paso más cerca de ella—. Podrías quedarte en mi habitación. Si quieres.

La oferta queda suspendida entre nosotros, cargada con todo lo no dicho. Observo una serie de emociones cruzar su rostro, sorpresa, consideración y, finalmente, una pequeña sonrisa que hace que mi corazón se acelere.

—Qué atrevido, Rosetti —dice, pero no hay rechazo en su tono.

—Solo soy práctico —respondo, aunque ambos sabemos que es más que eso—. Mejor vista. Baño más grande.

Ella se ríe suavemente. —¿Es todo?

Me acerco más, incapaz de mantenerme alejado. —Además, duermo mejor cuando estás ahí.

Su expresión juguetona se suaviza. —Yo también.

Nos quedamos allí por un momento, el silencio que se extiende entre nosotros ahora es cómodo, lleno de posibilidades en lugar de vacío.

—Espera aquí —le digo, rompiendo el momento.

Ella inclina la cabeza, curiosa, mientras me dirijo hacia la cocina. La dejo allí de pie, llenando el espacio cavernoso, y me dirijo a la cocina. Le preparo un té de menta con dos cucharadas de azúcar, como la he visto tomarlo. Revuelvo hasta que la dulzura se disuelve, el remolino de vapor llevando el aroma a menta.

—Justo como me gusta —exclama cuando se lo entrego, sus ojos brillantes y agradecidos.

Sus dedos envuelven la taza, y parte de la tensión abandona mis hombros.

—Sígueme —digo, guiándola lejos de las habitaciones frías y estériles hacia la biblioteca más pequeña.

El suelo cruje bajo nuestros pies, marcando nuestro camino. Ella avanza a grandes pasos, y me apresuro para mantener el ritmo, el vapor de su té como un cálido rastro entre nosotros. No miro hacia atrás, pero puedo oír sus suaves pasos, rápidos de emoción, mientras empuja la puerta de la biblioteca para abrirla. Miro alrededor, observando lo que claramente es la habitación más acogedora del lugar. El resplandor de la chimenea proyecta sombras parpadeantes, y el aroma a papel viejo y madera pulida llena el aire. Observo cómo el calor se filtra en ella, como si ya fuera parte de la habitación. Sostiene la taza como un tesoro, el calor empapando sus manos.

—Siéntate —le digo, señalando uno de los dos sillones de cuero colocados alrededor de la chimenea.

Ella se acomoda con una ansiedad casi cómica, y no puedo evitar notar lo bien que se ve allí, como una salpicadura de color en el suave resplandor de la habitación. Me inclino y empiezo a preparar un fuego, sintiendo sus ojos sobre mí, esperando su reacción.

—Esta es mi habitación favorita de toda la casa —dice, acurrucándose en uno de los sillones y colocando una manta sobre su regazo.

—Los hermanos malvados han logrado crear un espacio decente y acogedor —añade.

Respondo con un "hmm" mientras apilo madera más grande en forma de tipi sobre la leña menuda.

Nos sentamos en silencio mientras construyo el fuego, sentado en cuclillas y removiendo la madera, soplando las pequeñas llamas, instando al calor violento a destruir la madera.

—Parece que haces eso muy seguido —dice suavemente, curiosa.

Mantengo mis ojos en las llamas mientras bailan a lo largo del tronco, observando cómo el humo se eleva en una espiral lenta,

como si tuviera todo el tiempo del mundo. Es más seguro que mirarla a ella.

—Lo hago, siempre que no puedo dormir —respondo, las palabras salen medidas—. Esta es mi habitación favorita también.

—¿Sueles estar despierto hasta tarde? —pregunta, el filo acerado de su voz suavizado por su propia curiosidad.

—Sí. ¿Y tú?

Me concentro en los crujidos, los chasquidos, las pequeñas explosiones de la madera.

Sloane se mueve, alejándose del sillón y hundiéndose en el suelo frente al fuego, como si ese fuera su lugar. Me recuerda lo diferentes que somos. Lo equivocado que soy para ella. Cómo debería decirle que se vaya, que se acueste, que se salve de mí. Pero mi boca no se abrirá.

Ella recoge sus rodillas, pequeña contra la luz anaranjada, y odio lo frágil que se ve. Odio lo mucho que quiero hacerla sentir segura.

—Tengo pesadillas —admite en voz baja.

Ahí está. La grieta. No en su voz, sino en su armadura.

—¿Pesadillas sobre tu perro? ¿Bear? —pregunto, manteniendo mi distancia.

Ella asiente, sus ojos perdidos en la distancia.

—Solía pensar que si solo seguía explicando... si seguía repitiendo mi inocencia... arreglaría algo —dice—. Que quizás la gente me creería.

Me quedo quieto. Si me muevo, si respiro demasiado fuerte, podría detenerse. No puedo arriesgarme a eso.

—Todos me culpaban. Durante años, los niños de la escuela susurraban sobre eso. Me llamaban la niña que mató a su propio perro.

Mi mandíbula se tensa. Ese es el tipo de herida que no cicatriza; se empapa.

Ella se ríe, pero es el sonido que haces cuando algo todavía duele y estás cansada de ocultarlo.

—Empecé a creerlo —dice.

Quiero matar a esos niños. Ridículo, irracional, pero destella caliente detrás de mis costillas.

—Eras una niña —le recuerdo, tratando de traerla de vuelta.

—Sí. Una niña que aprendió rápido que una vez que la gente piensa que eres culpable, sigues siendo culpable. No importa cuál sea la verdad.

Conozco esa historia. Solo que se cuenta en diferentes habitaciones.

El fuego crepita. Me deslizo hasta la alfombra a su lado.

—Por eso estás tan empeñada en demostrar que Maddy no estaba metida en drogas. Que no estaba pidiendo ser asesinada. Que no hizo nada malo —digo, manteniendo mi voz firme y llevando mis rodillas hacia mi pecho.

—Dios, quiero creer eso tanto —dice con una voz tan pequeña que casi desaparece—. Pero ahora, con todas estas cosas sobre Ethan y los Red Hooks, no sé qué creer. Cuanto más investigo, más parece estar involucrada. Maddy lo era todo. Pensé que yo era la única que lo entendía, que la entendía. Pero quizás no fue así.

No interrumpo. Sé que es mejor no hacerlo.

—Era dura, ¿sabes? —Sloane envuelve sus manos alrededor de la taza—. Mucho más dura que yo. Me hacía sentir normal. Como si no fuera rara o estuviera rota o fuera esa niña triste y destrozada. Como si fuéramos nosotras contra el mundo.

Puedo ver la tristeza. Puedo ver cómo se clava.

—¿Y ahora?

—Y ahora ni siquiera lo sé. —Se muerde el labio, esa boca traviesa y malvada volviéndose seria. Volviéndose dura—. Todos piensan que era solo una chica tonta que se buscó que la mataran, que se metió en algo más grande de lo que podía manejar. Y, bueno, con Ethan y los Red Hooks... quizás lo era.

—No crees eso —digo.

No es una pregunta.

—Solo pienso que tal vez, tal vez si hubiera sido una mejor amiga, si hubiera pasado menos tiempo estudiando y más tiempo

con ella, me habría contado sobre su novio y toda la mierda en la que se estaba metiendo y podría haberla ayudado a salir, advertirle, mantenerla a salvo, y tal vez nunca habría...

Su teléfono suena, el sonido cortando la habitación como un disparo. Ella salta, su mano automáticamente alcanzándolo como un reflejo. Veo el identificador de llamadas antes de que pueda agarrarlo: Lucas.

Lo mira, algo conflictivo pasando por su rostro. Apaga el timbre y lo vuelve a meter en su bolsillo.

El silencio resuena más fuerte que la llamada.

—¿No vas a contestar? —pregunto con cuidado.

Ella niega con la cabeza. —Ahora no. Es tarde.

Algo en su tono me hace presionar un poco más. —¿Todo bien con él?

El ceño de Sloane se frunce. —Sí, es solo que... Lucas ha estado llamando mucho. Como, todo el tiempo. Al principio, pensé que solo estaba preocupado por mí al involucrarme en todo esto, pero...

—¿Pero? —la animo, observando su rostro de cerca.

—No sé. Ha estado actuando raro últimamente. —Mira fijamente el fuego, las llamas proyectando sombras sobre su rostro—. Desde que le dije que estaba investigando a los Callahan, ha estado... diferente. Nervioso. Casi asustado.

Siento una punzada de preocupación, más por ella que por cualquier otra cosa.

—¿Asustado cómo? —pregunto, manteniendo mi voz casual.

—Es difícil de explicar. No deja de preguntarme con quién hablo, qué sé. —Me mira—. Al principio pensé que solo estaba siendo protector, ¿sabes? Después de perder a Maddy. Pero a veces se siente como... como si me estuviera vigilando.

—El duelo hace cosas extrañas a las personas —ofrezco—. Probablemente solo no quiere perderte a ti también.

—Tal vez. —Se encoge de hombros, pero puedo ver la incertidumbre en sus ojos—. Probablemente solo estoy siendo

paranoica. Lucas amaba a Maddy más que nadie. Si alguien quiere justicia para ella, es él.

Nos sentamos en silencio por un rato, mirando el fuego bailar, escuchando el crujido de la madera.

—Parece que los Rosetti y los Callahan tienen bastante historia —dice Maddy.

—Se podría decir eso. Mi abuelo llegó en el '47 —digo, observando las llamas bailar—. Comenzó con apuestas ilegales en Little Italy, luego protección en el distrito de empacadoras de carne. Los Callahan ya estaban establecidos en Hell's Kitchen. Mafia irlandesa con conexiones al viejo país.

Sloane escucha atentamente mientras continúo.

—La guerra comenzó en el '78. Los Callahan ejecutaron al hermano mayor de mi padre por un territorio de apuestas en disputa. Tres semanas de derramamiento de sangre siguieron. Veintisiete muertos entre ambas familias. Finalmente, una tregua fue negociada por la Comisión, las viejas familias italianas que aún controlaban la mayor parte de la ciudad en ese entonces.

Flexiono mis dedos desnudos a la luz del fuego. —Mi padre se convirtió en el jefe de la familia en el 95. Modernizó todo. Negocios legítimos, conexiones políticas, comercio internacional. Hizo más difícil que los federales nos tocaran. Los Callahan también se adaptaron, pero siempre ha habido mala sangre. Esta asociación de peleas clandestinas fue la primera colaboración real en décadas.

Su teléfono vibra otra vez, un mensaje de texto esta vez. Lo saca, lo lee y luego frunce el ceño.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Es Lucas de nuevo —dice ella, con confusión evidente en su voz—. Quiere saber exactamente qué me dijo Ethan. Dice que es urgente.

Observo su reacción, notando el leve surco en su frente. —Es bastante insistente.

—Sí. No le he contado todo todavía. He querido hacerlo, pero... —Se interrumpe, mirando fijamente el mensaje—. No sé por qué

está tan insistente al respecto.

Su incertidumbre me parece extraña. Es natural que él quiera actualizaciones, pero algo en su reacción sugiere que su comportamiento va más allá de la preocupación normal.

—¿Confías en él? —pregunto, curioso por su vacilación.

—Por supuesto —dice de inmediato, pero hay una pausa casi imperceptible antes de responder—. Es como familia. ¿Por qué no confiaría en él?

Me encojo de hombros, manteniendo un tono ligero. —Por nada. Solo parece que no estás segura de devolverle la llamada.

Sus ojos se entrecierran ligeramente. —Es complicado. Quiero a Lucas, pero a veces... no sé. Siento que ya no estamos en la misma página.

Las palabras quedan suspendidas en el aire, revelando una tensión en su amistad que no había notado completamente antes. Me hace preguntarme qué más está pasando entre ellos.

—El duelo cambia a las personas —digo, dándole una salida fácil —. A veces de formas que no esperamos.

Ella me estudia por un momento.

—Procesa primero tu propio duelo antes de preocuparte por el de otras personas. No puedes atar tu culpa por tu perro con la culpa por tu amiga —digo—. Bear no murió por tu culpa. Maddy no murió por tu culpa.

—¿No fue así? —susurra.

—No. Ella murió porque alguien tomó una decisión. No tú.

Y quienquiera que haya sido, pagará por ello. Ella no lo ve porque sus ojos están fijos en el fuego, pero digo cada palabra en serio.

—No es tu culpa, Sloane.

Ella no discute. Tampoco me cree.

—¿Por qué siento que sí lo es?

Levanta la mirada, buscando en mi rostro algo que no sé si puedo darle. Tranquilidad, quizás. O una respuesta. Algo sólido y real.

Deja escapar un largo suspiro, un sonido suave que me conmueve, me hace sentir las cosas que no dice.

No puede decirlo, pero sé lo que quiere decir. ¿Y si nunca descubre qué pasó? ¿Y si la muerte de Maddy queda suspendida sobre ella como la del perro, como una condena sin libertad condicional?

Pienso en lo determinada que está, en cómo esta búsqueda de la verdad la impulsa. Es admirable y preocupante a la vez. Se está sumergiendo en peligros que no comprende completamente, y no estoy seguro de poder protegerla de todos ellos.

Me quito un guante, luego el otro. El cuero es suave y gastado, como una segunda piel. Ella me observa, curiosa. Nadie me ve nunca quitármelos. Nadie me ve sin ellos.

El significado de lo que estoy haciendo pesa sobre mí como una presión física. Estos guantes no son solo accesorios. Son una barrera entre yo y el mundo, un recordatorio constante de la violencia de la que mis manos son capaces. Han sido mi escudo y mi prisión durante años, manteniéndome aislado, manteniéndome separado de la conexión humana normal.

Quitármelos ahora, con Sloane observando, se siente como salir desnudo a una tormenta de nieve. Estoy expuesto, vulnerable de una manera que no me he permitido ser desde que me los puse por primera vez. Mi corazón golpea contra mis costillas, y me pregunto si ella puede oírlo, si sabe lo que esto significa.

—Nunca te los quitas —dice ella, con sus ojos en mis manos desnudas, sorprendida.

—No son para dar calor.

Mi voz suena extraña a mis propios oídos. Cruda. Honesta.

—¿Entonces para qué?

Miro fijamente mis manos, mi pasado un eco en cada línea. Nudillos aún magullados. Dedos que rompieron la mandíbula de un hombre la semana pasada y que temblaron la primera vez que acabé con una vida. El recuerdo arde como el fuego frente a nosotros.

—Mi primer trabajo para la familia... tenía diecinueve años —digo, escuchando el frío en mi propia voz—. El tipo no era mucho mayor. Se defendió. Tuve que terminarlo con mis manos. A sangre fría.

El recuerdo vuelve, vívido y afilado. El callejón estrecho, el olor a lluvia sobre el concreto, la mirada de horror creciente en los ojos del hombre cuando se dio cuenta de lo que estaba a punto de suceder. La forma en que mis manos temblaron después, no por miedo, sino por la sorpresa de lo fácil que había sido.

Flexiono mis dedos, recordando. Extiendo mis manos, sintiendo el calor del fuego, recordando el frío de aquella noche. Un golpe en diciembre. Contra un tipo que debía montones de dinero y se creía lo suficientemente rey como para no pagar. Miro fijamente mis dedos, los mismos dedos que crujieron en el frío, los mismos dedos que rompieron su piel.

El crepitar del fuego hace eco en la habitación, y el silencio retumba más fuerte que sus preguntas de antes.

Ella no se estremece. Solo eso deshace algo en mí. Como si tal vez pudiera tomar toda la fea historia, las peores partes de mí, y mantenerlas cerca, acunarlas en esas manos inquebrantables. Absorbe mi historia como absorbe el calor del fuego, como si incluso pudiera esperar algo peor. Tal vez debería. Pero se mantiene firme, y la parte salvaje y esperanzada de mí piensa que podría acostumbrarme a que ella esté aquí, a que no aparte la mirada. Su calma es un desafío, y lo enfrento con todas las cosas que nunca he contado.

Nadie me ha visto tan expuesto desde Alisa, y eso terminó en llamas. Alisa pensaba que quería al chico malo, el peligro, hasta que realmente vio lo que eso significaba. Había mirado mis manos, estas mismas manos, con horror, con asco, cuando se dio cuenta de lo que habían hecho.

Pero Sloane las mira como si fueran solo manos. Imperfectas, cicatrizadas, pero no monstruosas. No más allá de la redención.

—Temblaron después. No por miedo. Por adrenalina. Por lo... vivo que me hizo sentir.

Levanto la mirada. Ella sigue observando.

—Empecé a usar guantes para no olvidar de lo que soy capaz.

—¿Te dan miedo tus manos? —pregunta suavemente.

—No.

Sí.

—Tengo miedo de lo que haré si dejo de fingir que están limpias.

Ella se inclina hacia adelante. Gentil. Estúpida. Valiente.

—No me parecen sucias —dice.

Sus dedos se deslizan sobre los míos. Lento. Cuidadoso. La dejo.

Es la única persona viva a la que dejaría tocarme así. La única que podría no quemarse con ello.

—No me mires así —digo.

—¿Así cómo? —pregunta, acercándose más.

Suave, estúpida, valiente.

—Como si no fuera un monstruo.

Sus dedos se entrelazan con los míos. Son cálidos. Firmes. Sin miedo.

—No creo que los monstruos se queden despiertos toda la noche para proteger a personas que ya han perdido demasiado.

Las palabras golpean más fuerte de lo que deberían.

He vivido en las sombras. He matado en silencio. He usado los guantes, la máscara, el papel. Pero esta noche, envuelto en la luz del fuego y su maldita bondad, me siento humano. Y me aterroriza.

Sloane no me mira como si fuera algo a lo que temer. Me mira como si pudiera valer la pena salvarme. El pensamiento es aterrador e intoxicante a la vez. Nadie me ha mirado así antes, como si vieran la oscuridad y no estuvieran huyendo.

Me siento desnudo bajo su mirada, despojado de todas mis defensas. Y lo más extraño es que no quiero volver a ponérmelas. No quiero volver a ser intocable, inalcanzable. No con ella.

—Nunca he... —empiezo, luego me detengo, las palabras atrapadas en mi garganta—. Nadie me ve sin ellos.

Su mano se aprieta alrededor de la mía, una presión suave que me ancla a este momento, a ella.

He pasado años asegurándome de que nadie pudiera verme, al verdadero yo, bajo el nombre Rosetti, bajo la violencia y el miedo. Y aquí está ella, esta frágil mujer, con sus pesadillas y su culpa y su inquebrantable bondad, mirando a través de todas mis defensas como si estuvieran hechas de cristal.

Debería hacerme querer huir. Debería hacerme alejarme, volver a ponerme los guantes, reconstruir todos los muros que he pasado años reforzando. Pero en vez de eso, me encuentro apretando su mano con más fuerza, dejando que su calor se filtre en una piel que no ha sentido el contacto de otra en demasiado tiempo.

Esto es peligroso. Más peligroso que cualquier trabajo que haya hecho, cualquier pelea que haya luchado. Porque si la dejo entrar, si me permito creer que podría aceptarme por completo, y luego ella se va...

No estoy seguro de que podría volver a ponerme los guantes.

25

Sloane

Me encuentro en uno de los estudios de la mansión Rosetti, donde estanterías de caoba del suelo al techo recubren las paredes, una profunda alfombra persa color borgoña amortigua nuestros pasos, y pesadas cortinas de terciopelo bloquean el sol de la tarde, excepto por una única lámpara de escritorio de latón que proyecta un cálido círculo de luz sobre una mesa de roble con marcas de desgaste. Dos sillas de cuero con respaldos altos flanquean el escritorio, y la pintura al óleo de un severo ancestro Rosetti nos observa desde encima de la chimenea.

Emilio está inclinado sobre el desordenado escritorio, sus dedos vuelan sobre el teclado de su laptop, la pantalla proyectando un resplandor azul sobre su rostro. Rafe y yo estamos cerca, nuestros ojos pegados al monitor mientras Emilio navega por filas de números y transacciones.

—¿Algo todavía? —pregunta Rafe, con tensión en su voz.

Emilio sacude la cabeza, murmurando: —Solo los depósitos y retiros habituales, nada sospechoso.

Finalmente se reclina, pasándose una mano por el cabello, y todos dejamos escapar un suspiro colectivo, con los hombros caídos por la decepción.

—Estaba segura de que encontraríamos algo sobre Ethan Reyes —digo, con frustración infiltrándose en mi tono.

Pero las cuentas bancarias no revelan nada fuera de lo común.

—Solo el típico idiota de los Red Hooks que se fuma y se esnifa cada centavo que consigue —dice Emilio.

—¿Has revisado nuestras propias cuentas? —pregunta Rafe—. ¿Cómo fluye el dinero del ring de peleas por nuestro lado?

—El sistema es complejo —explica Emilio, señalando la pantalla —. El dinero se mueve desde la operación de apuestas a través de una serie de empresas fantasma. Primero el negocio de suministros de restaurantes en Jersey, luego la compañía inmobiliaria en Delaware, finalmente a través de la firma de inversiones en las Islas Caimán antes de regresar limpio.

—Nuestra ruta habitual de lavado —observa Rafe.

—Exactamente —asiente Emilio—. La mayoría de nuestras operaciones están compartimentadas. Solo la alta gerencia tiene acceso a la canalización financiera completa. Nada extraño sucede ahí.

Los observo, fascinada por esta visión de la mecánica de su mundo.

—Los Callahan manejan su propio lavado a través de sus contratos de gestión de residuos con la ciudad —continúa Emilio—. Cinco distritos, contratos de treinta años que valen millones en ingresos legítimos. La cobertura perfecta para mover dinero sucio. Pero nuevamente, no hay vínculos con quién está desviando fondos del ring.

De repente, una idea surge en mi cerebro.

—Espera, ¿qué era lo que solía decir tu padre? —pregunto, sintiendo una oleada de posibilidad.

Emilio mira a Rafe, con una esquina de su boca curvándose hacia arriba.

—Asegúrate de enterrar bien los cuerpos —dice, con un tono medio burlón.

—Usa guantes. No dejes rastro —agrega Rafe con una sonrisa maliciosa.

Jesús, ¿quiénes son estos hombres? Vaya familia.

—No —insisto—. Algo sobre bancos o billeteras o algo así.

—Si quieres al ladrón, sigue su cuaderno —dicen los dos hermanos al unísono, las palabras perfectamente sincronizadas.

—¡Sí! —digo, mi voz elevándose con emoción—. Correcto. Así que tal vez hemos estado mirando a la persona equivocada.

Los ojos de Emilio se encuentran con los míos, el entendimiento pasando entre nosotros en una sola mirada rápida.

—¿Puedes revisar las cuentas de Maddy? —pregunto-exijo, con urgencia arañando mi interior.

—No voy a perder mi tiempo ayudando a alguna extraña —dice Emilio tajantemente—. Ya tenemos suficientes problemas con los Callahan.

—Ella sabe cosas que nosotros no —argumenta Rafe, parado detrás de mí como una sombra—. Sobre Maddy, sobre sus cuentas, sobre en qué podría haber estado involucrada.

—¿Y cómo sabemos que no llevará lo que encontremos directamente a la policía? —desafía Emilio, sus ojos estrechándose mientras se fijan en mí—. Su padre era de la policía de Nueva York, por el amor de Cristo.

Doy un paso adelante, sosteniendo su mirada. —Porque quiero justicia para Maddy más que nadie. Y sé que la policía no me la dará. —Respiro profundo—. Ustedes sí.

Emilio me estudia, su rostro ilegible. —Bonitas palabras. No convincentes.

—Mi padre se jubiló hace cinco años —digo, con desesperación infiltrándose en mi voz—. No he hablado con él sobre nada de esto. No lo haré. Esto no se trata de él. Se trata de Maddy.

—¿Y si encontramos algo que implique a tu amiga? —pregunta Emilio, inclinándose hacia adelante—. ¿Qué entonces? ¿Todavía quieres la verdad si significa que tu recuerdo perfecto de ella se hace pedazos?

La pregunta me golpea como un impacto físico. No me había permitido considerar esa posibilidad de que Maddy podría haber estado involucrada en algo oscuro.

—Necesito saber —digo, mi voz más firme de lo que me siento—. Lo que sea. He pasado toda mi vida siendo culpada por algo que no hice. No puedo dejar que eso le pase a Maddy. Incluso si... —trago duro—. Incluso si la verdad no es lo que quiero que sea.

Algo cambia en la expresión de Emilio. No es exactamente confianza, sino curiosidad.

—Estuve allí cuando murió —continúo, las palabras brotando—. Encontré su cuerpo. He pasado cada día desde entonces tratando de entender por qué. No me detendré hasta saber. —Mis manos están temblando, pero las aprieto en puños—. No puedo.

Rafe se coloca a mi lado. —Confío en ella —dice simplemente.

Los ojos de Emilio se dirigen a su hermano, luego de vuelta a mí. —Tu juicio ha sido cuestionable últimamente —le dice a Rafe, pero hay menos resistencia en su voz.

Meto la mano en mi bolsillo y saco una pequeña libreta. —Estas son todas las cuentas que Maddy me mencionó. Cuenta corriente personal, cuenta de ahorros que abrió en la universidad, tarjeta de crédito que obtuvo cuando comenzó el posgrado. —La coloco sobre el escritorio frente a él—. He estado tratando de recopilar información durante meses: estados de cuenta que encontré en su apartamento, cosas que me dijo sobre sus finanzas. Pero no puedo acceder a los registros reales. Hay solo hasta cierto punto que puedo hacer por mi cuenta.

Emilio toma la libreta, pasando por las páginas. Sus cejas se levantan ligeramente.

—Has estado ocupada —murmura.

—No estoy pidiendo caridad —digo—. Creo que esto se conecta con los Callahan de alguna manera. Si es así, también te ayuda a ti.

Emilio y Rafe intercambian una mirada que no puedo interpretar del todo. Finalmente, Emilio suspira y se vuelve hacia su laptop.

—Una hora —dice, sus dedos suspendidos sobre el teclado—. Si no encuentro nada para entonces, lo dejamos.

Asiento, con alivio inundándome. —Gracias.

—No me agradezcas todavía —responde, ya escribiendo—. Puede que no te guste lo que encuentre.

Acerco una silla junto a él, lo suficientemente cerca para ver la pantalla pero con cuidado de no abrumarlo. —Prefiero conocer la fea verdad que vivir con una hermosa mentira.

Sus dedos se detienen por un momento, y capto el fantasma de una sonrisa en su rostro. —Quizás no eres tan ajena como pensaba.

Rafe y yo observamos por encima de los hombros de Emilio mientras trabaja, lo suficientemente cerca para ver pero con cuidado de no abrumarlo. Navega a través de los datos financieros con precisión experimentada, y el resplandor azul de la pantalla proyecta una luz extraña en nuestros rostros mientras buscamos la verdad que le costó la vida a Maddy.

—Dios, ¿sus finanzas siempre fueron tan aburridas? —se queja Emilio, frotándose los ojos—. Con razón ustedes dos se llevaban bien.

—¡Oye! —replico, aunque un indicio de sonrisa tira de mis labios. Es extrañamente reconfortante que el hermano de Rafe me trate como si no fuera una completa extraña.

Finalmente, Emilio deja de escribir y se reclina en su silla. Sus ojos se dirigen hacia Rafe antes de fijarse en mí.

—Bien —dice lentamente—, no hay nada inusual en las cuentas bancarias de Maddy... pero hay algo extraño en su tarjeta de crédito.

La mano de Rafaele es pesada y cálida sobre mi hombro. Pienso en Maddy, sus ojos brillantes con secretos. La forma en que se reía cuando yo estudiaba hasta tarde y me rogaba que saliera en su lugar. La forma en que me negaba, noche tras noche, diciéndome a mí misma que siempre habría más tiempo. Pero ahora se ha ido, y no puedo perderla otra vez.

Cuando aparece en la pantalla, es como ver su fantasma. Mi corazón se aprieta, mis ojos se nublan. Parpadeo para aclararlos,

obligándome a mirar. A ver realmente.

Está ahí mismo, justo frente a mí. La evidencia. Su nombre. Su dirección. Su vida en números, cuentas, libros contables. Es mucho más frío de lo que esperaba, y se aprieta a mi alrededor, un nudo de números.

Entonces lo veo, y casi jadeo.

—Depósitos —dice Emilio, su voz baja, seria.

—Son grandes —agrega Rafe.

—Por debajo del límite de reporte de $10,000 —dice Emilio, asintiendo como si confirmara sus propias sospechas—. Quien le pagaba sabía lo que estaba haciendo. Evitó las leyes contra el lavado de dinero.

La habitación gira por un segundo, como si toda la mansión estuviera tambaleándose al borde del colapso.

—Ella no dijo nada —susurro—. Ella no dijo nada.

—Espera —dice Emilio, haciendo zoom en una línea particular.

Ahí está. Otro nombre. Otra vuelta del cuchillo.

Lucas Torres.

Siento que el mundo se desvanece.

—Su nombre está en la cuenta —dice Rafe, sus ojos pegados a la pantalla—. Jesús, es cotitular.

Ahora lo veo. Todo está ahí en blanco y negro. Lucas estaba en su cuenta durante la época de los depósitos. Durante la época de su muerte.

—¿Quién demonios es Lucas? —pregunta Emilio.

—El hermano de Maddy —digo, mi voz quebrándose—. Ella me habría dicho si estaban tramando algo.

Trato de entenderlo, trato de darle sentido a lo que estoy viendo. ¿Por qué Lucas está en su cuenta? ¿Por qué necesitaban ese dinero? Las preguntas se acumulan, se desploman, me hunden.

—¿Eran cercanos? —pregunta Emilio.

—Sí —dice Rafe, respondiendo por mí—. Un trío inseparable, los tres.

Su voz suena lejana. Como si la estuviera escuchando desde el fondo de un pozo profundo y oscuro.

—Podríamos tener algo aquí —dice Emilio, con emoción creciendo en su voz.

—Sigue buscando —lo urge Rafe.

Mi pecho se siente como si se estuviera hundiendo. Las paredes, los libros, la madera pulida, se cierran sobre mí, asfixiándome.

Observo sus rostros. La esperanza. El impulso. La determinación.

Para ellos, es el eslabón perdido. Para mí, es un astillamiento. Un resquebrajo. Un miedo que corre profundo.

Mi piel está demasiado tensa, mi pulso demasiado fuerte. Veo el rostro de Lucas, la sombra de dolor y rabia que nunca lo abandona ahora. Veo su culpa, la rabia que trata de ocultar. Me pregunto si eso es todo, o si hay más, mucho más que nunca supe.

—Jesús —murmuro.

—Rafe —dice Emilio, una advertencia, una pregunta.

La mano de Rafe se cierra sobre la mía, su agarre firme. Levanto la mirada y lo veo observándome, con preocupación marcando su rostro, preguntas persistiendo en sus ojos.

—¿Estás bien? —pregunta.

Quiero decir que sí, quiero decir que puedo manejarlo. Pero ya no estoy segura. No estoy segura de nada.

—Sigue adelante —digo en cambio—. Tenemos que saber.

—Es solo un comienzo —dice Rafe—. No tienes que... Es una pista. Eso es todo.

—¿Pero qué pasa si es cierto? —digo, cada palabra más aguda, más áspera que la anterior—. ¿Qué pasa si significa... Y si ella estaba en peligro por esto? ¿Por culpa de Lucas?

Cuanto más hablo, más suena a traición.

Siento que la mano de Rafe se aprieta sobre la mía.

—¿Crees que está involucrado? —pregunta.

No sé qué pensar. Mi mente es una tormenta, un remolino. Maddy y Lucas. Lucas y el dinero. Lucas y la culpa que pensé que era dolor.

—Es uno de mis amigos más antiguos —digo—. Él y Maddy. Él nunca... Pero el dinero... Y su nombre en la cuenta... No lo sabía. No lo sabía, carajo.

Los ojos de Rafe están fijos en los míos, firmes y seguros. Debería calmarme, pero no lo hace. Solo hace que todo se sienta más real.

—Es mucho para asimilar —dice suavemente—. Podemos esperar.

—Estoy harta de esperar —espeto, las palabras como balas, rápidas e incontroladas.

—Sloane —dice.

La ira se disipa, dejándome vacía.

—Puedes tomarte el tiempo para resolverlo —agrega.

Sacudo la cabeza, tratando de aclararla, tratando de pensar.

Escucho la risa de Maddy, su voz burlona cuando me escapaba de otra noche de fiesta. La forma en que bromeaba diciendo que tenía sus propios secretos, que tal vez un día me los contaría. Pero nunca lo hizo. Nunca lo hizo, maldita sea.

—No quiero esperar —digo—. No puedo. No cuando esto podría ser. No cuando estamos tan cerca.

—Llevará algo de tiempo entender qué significa todo esto —dice Rafe.

—Tengo que saber —repito.

Mi voz está en carne viva ahora, despojada de cualquier defensa.

—Entonces lo averiguaremos —promete Rafe.

—¿Crees que este tal Lucas está ocultando algo? —pregunta Emilio.

—No lo sé —digo—. Pero tengo que averiguarlo. Incluso si significa... Incluso si Maddy...

Las palabras se atascan en mi garganta. Cortan profundo, dejándome sin aliento. No quiero decirlas. No quiero creerlas.

—¿Y si no era quien yo pensaba? —logro preguntar.

Apenas reconozco mi propia voz.

—Sigue buscando —le dice Rafe a Emilio.

Su voz es acero. Inquebrantable. Una roca en el caos de mi mente girando. Emilio asiente, sus dedos ya volando sobre las teclas, ojos atentos e implacables.

—Visitaremos a Lucas y averiguaremos qué está tramando —dice Rafe—. Todo estará bien.

Me alcanza de nuevo, su toque cálido y reconfortante. Pero se siente como una mentira. Como algo que no puede prometer.

Miro fijamente la pantalla, las líneas de depósitos y nombres. Las preguntas no dichas. Las posibilidades oscuras.

—No puedo acercarme al hermano doliente de mi mejor amiga y acusarlo de esto —grito, mi voz haciendo eco en las pinturas al óleo —. Es el único amigo que me queda en el mundo. Y acaba de perder a su maldita hermana.

La habitación está demasiado caliente. El aire es demasiado espeso. Me pongo de pie y retrocedo, lejos de los números, de los secretos, de las cosas que nunca quise saber.

—Está bien —dice Rafaele, su voz firme, una roca contra mi marea de pánico—. Entonces visitaremos a Ethan en su lugar.

Emilio asiente, ya planeando, estrategizando. Los observo. Veo cuán motivados están, cuán determinados. Cuán convencidos. Pero yo todavía no tengo respuestas.

—Tengo que salir de aquí —digo, y las palabras son apenas un susurro.

Salgo del estudio, pero me sigue.

El peso de todo.

El miedo de lo que significa.

El temor de que nunca la conocí realmente.

Rafaele

El cuarto de almacenamiento en el sótano de Il Lusso está impregnado de sangre y balas. Quizás no literalmente, pero ha presenciado lo suyo. Es una mala idea estar aquí abajo a solas conmigo, y creo que Carter lo sabe. Sloane tiene la misma expresión que aquella vez que la acorralé contra el vidrio unidireccional, como si no confiara en que pueda mantenerme bajo control. Está mitad emocionada, mitad aterrorizada. No es nada nuevo, pero todavía no entiende que la parte de mí que le asusta es la parte que le pertenece.

—¿No guardan cuerpos aquí abajo, verdad? —Su voz suena casual, pero percibo la tensión que esconde.

—No desde el martes pasado. —Sus ojos se abren de par en par, luego nota la sonrisa burlona en mi rostro y me golpea el hombro—. Rafe. —Su sonrisa es tanto alivio como advertencia.

Cruzo los brazos, me apoyo contra la pared y la contemplo. Ella permanece con los brazos cruzados, su postura rígida y cautelosa. Lleva una camiseta negra ajustada y una falda larga, su cabello castaño oscuro recogido en un moño despeinado. Las pecas esparcidas sobre su nariz bailan mientras sus ojos recorren la habitación, observando las paredes y el piso de cemento, los casilleros gris metálico y el único banco.

—Obtendrás la verdad que buscas —digo—. Esta noche. —Veo un destello de duda en sus ojos, pero no vacila.

—¿Crees que Reyes hablará? —Le doy una mirada larga y deliberada, dejando que la pregunta flote en el aire cargado entre nosotros—. ¿Crees que tendrá opción? —pregunto, arqueando una ceja mientras me recuesto contra la fría pared de ladrillo.

Su sonrisa aparece como un relámpago antes de desvanecerse, reemplazada por una expresión más seria. Cambia su peso de un pie al otro, con los brazos cruzados sobre el pecho. —Esto no es un juego —dice, su voz suavizándose como un susurro en el viento—. ¿Y si... y si no quiero saber?

—Entonces no estarías aquí —respondo. Me observa intensamente, entrecerrando los ojos como si intentara ver bajo mi piel, buscando cualquier signo de debilidad, esperando que flaquee.

—No lo sé, Rafe —dice finalmente, con un tono cargado de incertidumbre—. Estás corriendo un gran riesgo al traerme aquí. Podría quebrarme.

—Quebrarse es el plan, Carter. —Caemos en un silencio momentáneo, los sonidos distantes de Il Lusso filtrándose a través de las paredes, un ritmo de bajo palpitando como un corazón, una risa lejana haciendo eco, un grito amortiguado atravesando la quietud. Luego ella endereza los hombros, levantando su barbilla con renovada determinación.

—¿Por qué no podíamos simplemente hablar con él en la casa? —pregunta, sus ojos clavándose en los míos. Sostengo su mirada, mi respuesta tan dura e inflexible como el acero—. Porque Ethan le tiene más miedo a los Callahan que a ti —digo, mi voz cargando el peso de la verdad.

Ella tiene ese toque suave, el tipo que se desliza bajo tu piel y clava sus garras, el tipo que pone mi mundo al revés cada vez que me mira.

—Mala idea estar aquí abajo a solas contigo —dice, su sonrisa provocadora y peligrosa, enviando mi mente a un torbellino—. Pensé que te gustaban las malas ideas —digo mientras me separo de la

pared, acercándome a ella. Sus ojos verdes captan la tenue luz, y mi sangre se convierte en fuego. Mi respiración se entrecorta y siento el calor subiendo por mi pecho.

—Mejor ten cuidado, Rafaele. O te quebraré a ti también. —Pronuncia mi nombre despacio, provocándome, con una sonrisa jugueteando en sus labios mientras se apoya contra la pared, brazos cruzados—. Como si no lo hubieras hecho ya —replico.

—Quizás huya. Quizás me salve a mí misma. —Cambia su peso, sus ojos desafiándome a reaccionar. Gruño y me acerco, el espacio entre nosotros cargado, eléctrico. Mi mano roza la suya, encendiendo una chispa—. ¿Crees que te dejaré? —murmuro, a centímetros de su rostro, mi voz baja y firme.

Veo el desafío en sus ojos, la temeridad imprudente que me vuelve loco. Su barbilla se levanta, desafiándome con silenciosa fuerza. —¿Cuánto tiempo va a tomar esto? —pregunta, golpeando impaciente su pie contra el suelo. Me alejo, riendo bajo en mi garganta mientras camino lentamente, dejando que la tensión aumente—. ¿Tienes prisa? —pregunto por encima de mi hombro, mirándola de reojo.

—Un poco —admite—. Tendrás que ser paciente —digo, cruzando los brazos—. ¿Sí? —Arquea una ceja.

—Leo puede haber encontrado la manera de darle unos buenos golpes primero —digo, observando su reacción detenidamente. Sus ojos se entrecierran ligeramente—. ¿Ese es el plan? ¿Dejar que tu hermano lo ablande?

—Tal vez —digo. Le doy esa mirada que la vuelve loca, la que dice que soy dueño del lugar, del mundo y de ella. No se inmuta, manteniendo su posición—. Quiero la verdad —exige, con un desafío en su voz mientras cruza los brazos desafiante.

Asiento, lento, cuidadoso, considerando mi respuesta. —Es lo único que vas a conseguir, princesa. Pero no va a ser bonito —advierto. Quiero decirle que arrancaré la verdad de Reyes si es necesario. Que está con el hombre equivocado si quiere bordes suaves. Pero ella ya lo sabe, y aun así sigue aquí.

Se muerde el labio antes de finalmente responder. —Lo bonito está sobrevalorado. —La miro fijamente, dejándole ver cada borde duro, cada rincón oscuro.

Cruzo los brazos, siento el cuero de mis guantes tensarse sobre los huesos. Ella me observa como si estuviera viendo una tormenta. —¿Preocupado por lo que pensaré de ti? —pregunta—. ¿Preocupado de que me asuste?

—No sería la primera vez que me ves así. —Inclina la cabeza, y es lo más adorable. La cosa más jodidamente adorable—. Ni la última —dice.

Antes de que pueda responder, oímos pasos. Leonardo empuja a Ethan al interior y me hace un gesto con la cabeza. El rostro de Ethan es una mezcla de miedo y desafío, con el labio ensangrentado y un moretón formándose alrededor de su ojo. Su cabello es un desastre, su ropa está arrugada, y hay una mirada atormentada en su rostro que no estaba ahí cuando lo vimos por última vez en su apartamento.

—Lo tienes, hermano —dice Leo. Luego mira a Sloane, levanta una ceja—. ¿Segura que quieres estar aquí?

—Obvio. —Leo se va con una sonrisa rápida, y entonces estamos solos. Solo yo, Sloane y el maldito Ethan Reyes.

—¿Tú? —La voz de Ethan es apenas un susurro, sus ojos grandes y salvajes. No sabe si estar furioso o aterrorizado—. Yo —digo—. Pero es a ella a quien debes temer.

Asiento hacia Sloane, y tan pronto como Ethan la ve, empieza a sudar. —No la maté. Lo juro por Dios, no la toqué —dice. Su voz se quiebra con emoción genuina. No es solo miedo, hay dolor ahí también, crudo e inconfundible.

Me acerco, mi voz tranquila y mortal. —Nadie dijo que lo hicieras. —Los ojos de Ethan miran hacia la puerta cerrada—. ¿Entonces por qué demonios estoy aquí abajo como un animal?

Mis labios se curvan. —Porque sabes quién lo hizo. —Ethan se estremece. Lo estudio. Esto no es culpa. Es miedo.

Ethan da un paso atrás, pero le bloqueo el camino. —Ni lo intentes, Reyes —gruño—. Sabes que no terminará bien. —Mueve los pies, como si estuviera tratando de pensar en una escapatoria.

—No puedo decirles nada —dice, con los ojos yendo de mí a Sloane y viceversa—. Lo harás —le digo—. De una manera u otra. —Tropieza con sus propias palabras, con su propio miedo.

—No saben lo que están pidiendo —dice—. No saben lo peligroso que es. —Sacude la cabeza, asustado, acorralado—. Por favor —dice —. Por favor, Sloane. No lo entiendes.

Me crujo los nudillos, lento y deliberado. Los ojos de Ethan están fijos en mis manos. No sabe si las usaré o no, y eso lo asusta más que la idea de los Callahan.

Sus ojos se desvían hacia mí, suplicando. Hay una desesperación en ellos que no estaba ahí cuando lo arrastramos desde su apartamento. Una mirada de animal herido que me hace pensar que hay más en esta historia. Sloane aclara su garganta.

—Ethan, por favor. Solo dime qué pasó —dice ella. Él se queda callado. Sus hombros se hunden, como si estuviera cargando un peso demasiado pesado para soportar.

Lo golpeo una vez, y el aliento abandona su cuerpo. Mi puño conecta con su estómago, no con toda mi fuerza, pero lo suficiente para doblarlo.

La boca de Sloane es una línea tensa, sus ojos en los míos. Pero no se estremece. Es más dura de lo que pensaba.

Ethan se dobla, el dolor sacudiendo su delgado cuerpo. Cuando se endereza, hay lágrimas en sus ojos. No por el golpe, estas se han estado acumulando durante semanas.

Mira a Sloane, ve sus ojos implacables, y eso lo quiebra. —Ella encontró dinero —jadea—. En sus cuentas.

Miro a Sloane, observando cómo cambia su expresión. —¿Los Callahan? —pregunta.

—No quería que ella se involucrara —dice, su voz espesa de emoción—. La amaba, maldita sea, Sloane. La amaba. La advertí. Le dije que lo dejara en paz. Pero Maddy... era fuego, ¿sabes? —Traga

con dificultad, un sollozo atrapado en su garganta—. Se dio cuenta de que algo no estaba bien con el dinero. Vio transferencias. Pensó que alguien estaba lavando dinero a través del ring.

Sloane se congela. —¿Tenía razón?

Él asiente, con dolor en los ojos. Mira sus manos, como si no pudiera soportar encontrarse con su mirada. —Los Callahan obtuvieron acceso a sus cuentas de alguna manera. No a través de mí, lo juro por Dios. Nunca le haría eso. —Su voz se quiebra—. Pasaron efectivo a través de ellas, manteniéndolo fuera de las suyas para que no llegara a los Roset... a ustedes. Ella lo descubrió. Se volvió loca. Dijo que iría a la policía, o le diría a tu padre, Sloane, o... ni siquiera sé. Estaba asustada. Y estaba furiosa.

Lo dejo hablar, observándolo mientras se enreda en sus propias palabras, en sus propias emociones. Hay un dolor real ahí, crudo y feo. Casi me hace sentir lástima por él.

—Quería enfrentarlos —dice Ethan—. Traté de detenerla. Lo intenté. —El rostro de Sloane se pone pálido, luego rojo, luego pálido de nuevo.

—Nunca escucha —dice Ethan, su voz quebrándose. Se corrige: —Nunca escuchaba, maldita sea. —Sloane se abraza a sí misma como si fuera ella quien acaba de recibir el golpe.

Siento la rabia, la frustración, la maldita impotencia. Los puños de Sloane se cierran a sus costados.

—Murió porque intentó detenerlo —dice ella. La voz de Ethan se quiebra—. Murió porque no la detuve con suficiente fuerza.

—¿Quién dio la orden? —pregunto, mi voz bajando de tono. El silencio se extiende antes de que Ethan susurre—: Connor Callahan. Dijo que era un riesgo. Dijo que lo haría rápido.

—¿Intentaste advertirle? —presiono.

La risa de Ethan es rota, hueca. —Hice todo lo que pude. Le supliqué que se fuera de la ciudad. Le ofrecí irme con ella, empezar de nuevo en otro lugar. —Sus ojos están atormentados—. Me dijo que me fuera a la mierda. Pensaba que era invencible. Creía que

podía manejarlo ella misma, que nadie se atrevería a tocar a una estudiante de posgrado sin antecedentes penales.

Sloane ríe ahora, el sonido irregular y sin alegría. —No lo era —dice.

La habitación queda en silencio excepto por el débil retumbar del bajo sobre nosotros. El acero silencioso de Sloane corta a través del silencio: —¿Por qué no dijiste nada cuando vine a ti antes? En vez de atarme y encerrarme, podrías haberme dicho la verdad.

Golpeo a Ethan, enviando un chasquido agudo que hace eco mientras se desploma sobre el frío e implacable concreto. El golpe sordo reverbera en el aire. —Eso es por tocar a mi chica —gruño antes de darle una patada brutal en el estómago, provocándole un gemido de dolor—. Y eso es por lastimarla. Ahora levántate de una puta vez y responde su maldita pregunta.

Ethan se pone de pie con dificultad, su respiración entrecortada y superficial. Hay algo roto en él, algo que va más allá del dolor físico. Encuentra mis ojos fugazmente antes de desviar su mirada hacia el suelo polvoriento. —No le dije porque...

Me abalanzo hacia adelante, mi puño estrellándose contra su nariz con un crujido repulsivo, sintiendo el cartílago ceder bajo mis nudillos. —Le estás respondiendo a Sloane, imbécil. Así que mírala.

Sus ojos se dirigen a regañadientes hacia mi chica, y la furia arde dentro de mí, un impulso animal de arrancarle los ojos solo por atreverse a mirarla, aunque acabo de exigírselo. Me obligo a contenerme, por ahora.

—Yo... —comienza Ethan, su voz pequeña. Respira profundamente, haciendo una mueca cuando tira de sus costillas magulladas—. Tenía miedo de que los Callahan me mataran. Pero eso no es todo.

Ahora mira directamente a Sloane, algo roto pero honesto en su mirada.

—Pensé que si te lo contaba todo, actuarías impulsivamente como Maddy. Eres igual que ella: demasiado valiente para tu propio

bien. —Una lágrima se mezcla con la sangre en su rostro—. No podía cargar con otra muerte en mi conciencia. No la tuya también.

Su voz tiembla, pero hay un timbre de verdad en ella.

Lo miro fijamente, revaluándolo. Hay algo genuino en su dolor, algo que va más allá del miedo por su propia vida.

—La amaba. Lo juro por Dios, Sloane. La amaba. —Su voz se quiebra—. Hubiera muerto por ella si hubiera podido. Pero era tan jodidamente terca. —Una pequeña y triste sonrisa toca sus labios—. Igual que tú.

La voz de Sloane se quiebra al responder: —Entonces deberías haberla protegido.

Mantenemos un largo y pesado silencio. Ethan finalmente se hunde en una silla, su cabeza entre sus manos. Su cuerpo tiembla con sollozos silenciosos. El duro matón de Red Hook ha desaparecido, reemplazado por un hombre herido y destrozado.

Agarro a Ethan por el cuello, lo levanto. —Esto es lo que va a pasar ahora —digo—. Te vas a ir. Vas a mantener la boca cerrada. Y vas a rezarle a Dios no cruzarte en mi camino la próxima vez que venga a buscarte.

Él asiente, entendiendo. Desbloqueo la puerta, pero no me voy.

Miro de nuevo a Ethan y digo secamente: —Si estás mintiendo sobre cualquiera de esto, lo sabré. Y no tendré miedo de actuar.

—Lo sé —susurra Ethan, el miedo volviendo a sus ojos. Pero hay algo más ahí también: una resignación silenciosa, una aceptación de su destino—. La amaba, Sloane. No pude salvarla. Tal vez al menos tú puedas asegurarte de que no murió en vano.

Sloane lo observa, su expresión suavizándose solo una fracción. No lo perdona, no completamente. Pero algo en su confesión rota la ha alcanzado.

—Lo haré —dice en voz baja—. Por Maddy.

Sloane

La impresionante vista desde la azotea de la mansión Rosetti me deja sin aliento. Aunque la propiedad parece tan lejana abajo, puedo escuchar el suave murmullo de los árboles oscureciéndose en el viento frío como un susurro inquieto. El sol se hunde bajo el horizonte, pintando los vastos jardines con un cálido resplandor naranja, y la ciudad más allá se ilumina en pequeños destellos centelleantes. Es hermoso y solitario a la vez. Tiemblo y me apoyo con fuerza contra la barandilla, que se siente fría y poco acogedora bajo mis dedos. El viento muerde, afilado e implacable, y me doy cuenta de que debería haber usado un abrigo. Tal vez prefiero la incomodidad.

Me rodeo con mis brazos como si quisiera mantener todo dentro. Se siente como lo único que puedo hacer aquí.

Rafe se coloca a mi lado pero no dice ni una palabra. Fiel a su estilo, como siempre. Casi espero que se dé la vuelta y me deje con mis pensamientos, pero simplemente se queda ahí. Una sombra silenciosa. Tomo una respiración profunda que se entrecorta un poco al final.

—Murió porque hizo lo correcto —susurro.

Él responde en voz baja.

—Murió porque alguien más no lo hizo.

Nos quedamos así por un momento. Las luces de la ciudad brillan debajo de nosotros. Miro hacia afuera, con la mandíbula tensa.

—¿Y qué hay de Ethan? —pregunto, con la voz tensa—. Es un desgraciado, pero la amaba. Sigue siendo el novio de mi mejor amiga, pero tengo ganas de matarlo. Ni siquiera sé qué debería sentir.

Rafe suena inexpresivo.

—Él sabía lo que estaba haciendo. Eso no cambia porque saliera con ella.

—Ya lo sé —respondo bruscamente—. No tienes que hacerlo sonar tan simple.

Finalmente me mira, realmente me mira, y su voz se suaviza.

—No es simple. Nada de esto lo es.

Exhalo bruscamente y me doy la vuelta. Él se acerca más, y su voz se vuelve más suave.

—La amabas. Y ahora te estás ahogando en lo que queda.

—Ella era la buena —susurro.

No discute. Simplemente deja que el silencio permanezca hasta que encuentro sus ojos, llenos de algo que no puedo nombrar.

—Siento que cada vez que me acerco a las respuestas, pierdo más de ella —digo.

Él se acerca aún más.

—Entonces deja de buscar respuestas en personas que permitieron que muriera.

Me estremezco. Él cierra la distancia, con las manos en mis brazos. Mi voz se quiebra.

—Ella confiaba en él, en Ethan, en los Red Hooks, confió en todas las personas equivocadas. Yo también lo hice.

Me sostiene con firmeza.

—No confiaste en mí.

Levanto la mirada hacia la suya.

—Ahora sí —digo.

Su mandíbula se tensa. La tensión aumenta, y entonces está sobre mí. Manos en mi cabello, boca aplastándose contra la mía

como si yo fuera lo único sólido que queda en el mundo.

—Intenté mantenerme alejado —murmura contra mis labios.

Lo acerco más.

—No lo hagas.

Me hace retroceder hasta que mi espalda presiona contra la fría pared de piedra. El viento enreda mi cabello. Sus manos se deslizan bajo mi camisa hacia mi cintura.

Su voz está tensa.

—No puedes mirarme como si yo fuera algo remotamente seguro.

—Lo eres —murmuro, sin aliento—. Cuando estoy contigo, ya no me siento perdida.

Gruñe bajo en su garganta, con los labios arrastrándose por mi cuello.

—Dilo otra vez.

Susurro contra su piel.

—Eres el único lugar donde me siento encontrada.

Su control se rompe. Me presiona contra la pared de la azotea. Mis dedos tropiezan con su camisa. Sus labios magullan los míos, sus manos posesivas.

Con la voz destrozada, susurra:

—Voy a arruinarte para cualquier otro.

Sonrío levemente, sin aliento.

—Demasiado tarde.

Entonces se ríe, un ronco rumor contra mi boca. Lo siento deslizándose por mi columna. Sus dedos trazan fuego a lo largo de mis costados mientras suben para acunar mi rostro, atrayéndome hacia otro beso profundo y lánguido.

—Rafe —susurro contra sus labios.

Una mano se desliza hacia abajo para descansar en mi espalda baja, manteniéndome pegada a él. Un escalofrío me recorre al sentir su fuerte cuerpo contra el mío. De repente, las losas de piedra fría que presionan mi espalda ya no parecen tan heladas.

Su voz es un áspero susurro, amortiguado contra mi cuello.

—A quien necesites que mate, princesa, lo haré.

Me aparto para mirarlo entonces, mirarlo de verdad. Sus ojos son duros e intensos bajo el tenue resplandor de las luces de la ciudad muy por debajo de nosotros. Pero también hay una suavidad ahí, una gentileza debajo de ese exterior áspero.

Y con eso, cubre mi boca con la suya nuevamente, nuestros cuerpos arqueándose el uno hacia el otro. Su tacto es un salvavidas, un bálsamo para mi alma destrozada.

Nos separamos solo cuando nuestros pulmones lo exigen, nuestro aliento mezclándose en el frío aire nocturno. Las luces parpadeantes de la ciudad giran ante mis ojos.

Sus brazos se aprietan a mi alrededor, anclándome a la realidad.

—Recuerda —dice, su voz un ronco susurro en mi oído—. Pase lo que pase... yo te cubro.

Las lágrimas pican en mis ojos, pero las contengo. Este no es momento para lágrimas. Pasando mis dedos por su mandíbula con barba incipiente, me acerco más, envuelta en el calor del cuerpo de Rafe contra el frío viento que nos corta desde todos lados. Encuentro consuelo en el ritmo de su respiración contra mi mejilla, constante como el latido de un tambor de guerra.

En este momento, se siente como si estuviéramos al borde de un evento cataclísmico. Hay una sensación de finalidad en el aire, una línea trazada entre nuestras heridas pasadas y batallas futuras. El mundo debajo de nosotros, nuestra ciudad, parece a la vez distante e íntimamente cercano.

—Lo sé —respondo con una tranquila certeza, acurrucándome en el hueco de su cuello.

Mi corazón late contra su pecho en código Morse, deletreando palabras que no tengo el valor de decir.

Deslizo mis manos por su pecho, sintiendo los músculos sólidos bajo su camisa. Él me observa, una pregunta silenciosa en sus ojos, pero no se mueve para detenerme. Mi corazón late con nervios excitados mientras me arrodillo ante él en la fría azotea.

—Mírame —ordena suavemente.

Su voz es áspera de deseo, pero hay también ternura que me estremece. Incluso ahora, así, su prioridad no es tomar sino dar, asegurarse de que estoy bien.

—¿Qué estás haciendo? —exige.

Lo miro hacia arriba, mi voz como humo.

—Tú dime.

Su mandíbula está tensa cuando dice:

—Sloane.

Me mantengo suave, segura.

—Voy a empezar con mi boca.

Con deliberada lentitud, desabrocho su cinturón, asegurándome de no romper el contacto visual. El viento agita mi cabello mientras desabrocho cuidadosamente su cremallera, mi respiración entrecortándose cuando siento la dureza presionando contra sus jeans.

Susurro:

—Voy a besar la punta primero. Solo lo suficiente para hacerte temblar.

Su respiración se entrecorta cuando bajo su bóxer y lo libero, su miembro erguido y duro en el aire frío.

Mientras rozo mis labios contra él, ligero como una pluma y sin presión, exhala como si lo hubieran golpeado.

—Luego voy a lamerte. Lento. Lengua plana. Desde la base hasta la punta —digo, arrastrando mi lengua lentamente a lo largo de su parte inferior.

Rafe gruñe, bajo y violento, advirtiendo.

—Estás jugando un juego peligroso.

Sonriéndole, respondo:

—Ni siquiera he empezado.

Mis dedos lo rodean ahora, acariciando una vez, firme y mesurado.

—Luego voy a tomar solo la cabeza. Chuparla. Lo justo para hacerte sentir cada centímetro que aún no te estoy dando —le digo, girando mi lengua a su alrededor.

Su mano se cierra en mi cabello, y dice con dificultad:

—Carajo, Sloane...

Me alejo solo lo suficiente para hablar, con los labios húmedos.

—Después iré más profundo. Centímetro a centímetro. Hasta que pueda sentirte en mi garganta.

Tomándolo más profundo ahora, lento pero implacable, golpea el fondo de mi garganta. Mis ojos revolotean, y él maldice en voz baja, grave y obsceno.

—Mírame —exige, con voz desgarrada.

Lo hago, con la boca llena y los ojos vidriosos. Parece destrozado, como un hombre desmoronándose. Alejándome lo suficiente para hablar, digo:

—Luego voy a dejar que folles mi boca. Como quieras. Hasta que olvides todo menos a mí.

Gruñe algo en italiano, su mano apretándose en mi pelo, no para forzar, solo para mantenerse firme.

Lo tomo de nuevo, más profundo, más rápido ahora, cada embestida más resbaladiza que la anterior. El viento aumenta, la ciudad resplandece, y Rafaele Rosetti, que siempre está en control, finalmente, gloriosamente, no lo está.

Sus profundos gemidos hacen eco en el aire nocturno, mezclándose con el aullido del viento.

Extiendo una mano para acariciar sus testículos, la otra está en su miembro, deliberada, trabajando al unísono con el ritmo de mi boca.

Cada movimiento destroza su contención.

Siento la tensión acumulándose dentro de él, enrollándose más y más apretada, una tormenta lista para estallar.

Sus dedos se flexionan contra mi cuero cabelludo mientras lo consumo una y otra vez, más profundo con cada embestida.

Mi nombre es un mantra en sus labios, áspero y crudo.

—Sloane —ahoga, con voz astillada y desesperada.

Sus piernas tiemblan con el esfuerzo de mantenerse de pie, los músculos vibrando bajo mi ritmo implacable.

De repente, se echa hacia atrás, con una mirada salvaje en sus ojos.

—Princesa —respira, estrangulado y suplicante.

Sé lo que me está pidiendo, sé lo que está tratando de hacer.

No lo dejo.

Lo tomo aún más profundo, implacable, relajando mi mandíbula para que pueda follar mi boca, sintiéndolo engrosarse una última vez.

No pregunta de nuevo. Me levanta por la cintura y estrella su boca contra la mía. Sabe a fuego. Nos gira, caminando hacia atrás hasta que mi columna encuentra la fría pared de piedra que bordea la azotea. Mi falda se amontona alrededor de mis caderas antes de que pueda siquiera jadear.

—Dime que pare —gruñe contra mi cuello.

—No —gimo.

—Dime que es mío.

—Todo es tuyo.

Mis bragas son empujadas a un lado, sin tiempo, sin espacio, solo necesidad. Agarra su miembro, se alinea con mi húmedo calor y embiste. De una sola vez. Profundo. Brutal. Perfecto.

Grito, no de dolor, de alivio. He estado esperando esto, mi cuerpo lo sabía antes de que mi mente tuviera la oportunidad de entenderlo.

—Carajo. Se siente como el pecado —murmura, enterrado profundamente dentro de mí.

No se mueve por un momento. Nos quedamos ahí, pecho contra pecho, la ciudad rugiendo debajo de nosotros mientras estamos quietos. Luego retrocede y embiste de nuevo, fuerte. Jadeo. Sonríe, peligroso.

—Dilo otra vez.

—Soy tuya.

Embiste dentro de mí.

—Más fuerte.

Envuelvo mis piernas alrededor de él.

—Soy tuya, Rafe. Siempre he sido tuya.

Me folla, reclamando cada parte rota de mí y cosiéndola de nuevo con cada embestida. Me aferro a sus hombros, su camisa negra arrugándose bajo mis puños. Aprieta su mano en mi cabello. Muerdo su hombro. Gime, porque maldita sea, soy todo lo que lo mantiene unido.

—No pares —suplico, desesperada.

Se vuelve salvaje.

Chocamos una y otra vez hasta que no hay nada más que calor húmedo, respiración entrecortada y el horizonte ardiendo a nuestro alrededor. Mi orgasmo llega rápido y fuerte, apretándome a su alrededor como si estuviera decidida a mantenerlo dentro de mí para siempre.

—Eso es, bebé. Déjame sentirte —gruñe, crudo.

Y entonces él está justo ahí conmigo, con las caderas sacudiéndose, la voz rompiéndose, mientras se vacía dentro de mí con un rugido bajo que hace temblar mis huesos.

Estamos temblando. Ambos. El viento besa nuestra piel. La ciudad pulsa debajo. Y por una vez en este maldito mundo brutal... no nos sentimos solos.

28

Rafaele

La luz de la mañana se derrama por el suelo del dormitorio mientras Sloane se mueve a mi lado. Después de lo de anoche en la azotea, después de todo lo que compartimos, todavía me sorprende que esté aquí. Que no huyera cuando vio la oscuridad dentro de mí, cuando le dije que mataría por ella. En cambio, me atrajo más cerca, como si tal vez esa oscuridad fuera algo que necesitaba.

Se mueve contra mí, su aliento cálido sobre mi piel. —¿Qué hora es?

Miro el reloj. —Casi las diez.

—Tarde —murmura, enterrando su rostro en la curva de mi cuello.

—Merecíamos el descanso.

Su mano se desliza por mi pecho, trazando el tatuaje sobre mi corazón. El que me marca como un Rosetti. Como un asesino.

—Sigo pensando en lo que dijo Ethan —dice, su voz más alerta ahora—. Sobre que Maddy descubrió que estaban usando sus cuentas.

Paso mis dedos por su cabello, gentil de una manera a la que todavía me estoy acostumbrando. —Ella no formaba parte de eso. No voluntariamente.

—No —concuerda Sloane—. Estaba tratando de detenerlo.

El peso que la ha estado aplastando desde que Maddy murió parece más ligero hoy. No se ha ido —quizás nunca se vaya— pero es diferente. Compartido.

—Era valiente —le digo—. Como alguien más que conozco.

Esta vez, sonríe, pequeña pero real.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta, apoyándose en un codo para mirarme.

Trazo la línea de su mandíbula, todavía sin creer del todo que sea real. Que sea mía.

—Descubriremos quién la involucró.

—¿Y luego? —No hay juicio en su voz. Solo certeza.

—Luego pagarán.

Asiente, aceptando esta parte de mí, este mundo en el que ha entrado. —Quiero ayudar.

—Hay partes de esta vida que no necesitas ver, Sloane.

—Ya he visto bastante.

Nos quedamos ahí, en silencio por un momento. La mansión zumba a nuestro alrededor, viva con secretos y poder.

—Nanna llamó —digo finalmente—. Nos quiere para cenar esta noche.

Sloane se incorpora, la sábana formando un charco alrededor de su cintura. —¿Nos? ¿Como en, tú y yo?

—Sí.

—Eso es... eso es importante, ¿verdad?

Asiento, observándola procesar esto. Después de todo, la confesión de Ethan, la azotea, la manera en que ha visto directamente hasta el centro de mí, una cena familiar no debería sentirse significativa. Pero lo es.

—Nadie me ha llevado a conocer a su familia antes —dice.

La vulnerabilidad en su voz hace que mi pecho se apriete. Me siento a su lado, acercándola.

—Los Rosettis son diferentes —le advierto—. Más ruidosos. Más peligrosos.

—Te he manejado a ti hasta ahora.

Me río, sorprendiéndome a mí mismo. —Eso es discutible.

Sonríe contra mi hombro. —Entonces, cena con la familia. Después de todo lo que ha pasado.

—Será bueno —le digo—. Una oportunidad para respirar. Para olvidarnos de los Callahan por unas horas.

—Me gustaría eso.

Nos duchamos y vestimos, moviéndonos uno alrededor del otro como si lo hubiéramos estado haciendo por años en lugar de días. Sloane usa uno de sus vestidos nuevos, un vestido verde profundo que hace que sus ojos parezcan esmeraldas. La observo prepararse, memorizando cada movimiento, cada sonrisa. Está más suave hoy, los bordes de su dolor suavizados por lo que aprendimos de Ethan, por lo que compartimos en la azotea.

Para cuando estamos en el auto, el sol de la tarde es cálido en el tablero. La mano de Sloane encuentra la mía mientras conduzco, sus dedos encajando entre los míos como si estuvieran hechos para estar ahí.

—Cuéntame sobre Nanna Toni —dice.

—Es feroz. No aguanta tonterías de nadie, ni siquiera de Dom. O de papá.

—Suena como mi tipo de mujer.

El camino se extiende adelante, serpenteando a través de vecindarios que se vuelven más exclusivos, más del viejo mundo con cada kilómetro. Miro a Sloane, observándola asimilarlo todo.

—¿Nerviosa? —pregunto.

—¿Debería estarlo?

Lo considero. —Tal vez un poco. Nanna te interrogará sobre tus intenciones.

—¿Mis intenciones? —se ríe—. ¿Contigo?

—Con todos nosotros. La familia.

Se pone seria. —¿Qué debería decirle?

Hago una pausa, eligiendo mis palabras cuidadosamente. —La verdad. Que estás en esto. Que no te vas a alejar.

Nuestras miradas se encuentran por un momento antes de que vuelva a mirar al camino.

—No lo haré —dice en voz baja—. Alejarme.

Algo en mi pecho se expande, cálido y poco familiar. Aprieto su mano.

—Nanna te amará —le digo—. No tanto como yo, pero lo suficiente.

Las palabras se escapan antes de que pueda retenerlas. No las retiro.

Me mira, con los ojos muy abiertos. Luego una lenta sonrisa se extiende por su rostro, lo suficientemente brillante para ahuyentar las últimas sombras de lo que hemos pasado.

—Puedo manejar a tu abuela, Rosetti.

—Ya veremos.



La casa de Nanna Toni huele a ajo asado y albahaca machacada, ese tipo de aroma que se filtra en tu ropa y te da hambre aunque acabes de comer. La cocina está cálida, ruidosa, llena de conversaciones superpuestas y ollas tintineando.

—Revuelves hasta que te duela el brazo, ¿capisci? Si no duele, no lo estás haciendo bien.

La voz de Nanna Toni corta a través del caos de la cocina mientras presiona una desgastada cuchara de madera en la mano de Sloane como si fuera una reliquia sagrada. Sloane, con las mangas arremangadas, ya salpicada de harina, no se inmuta.

—Entendido —dice, aceptando la cuchara con una sonrisa—. El dolor es sabor.

Está de pie junto a la estufa, con las mangas arremangadas, el cabello recogido en un moño a medio hacer que ya se está soltando. Sus antebrazos están salpicados de salsa, sus mejillas sonrojadas

por el calor. Parece como si perteneciera aquí, aunque todavía es un poco demasiado cuidadosa, todavía midiendo cuánto espacio se le permite ocupar.

Es lo más peligroso que he visto jamás. Me apoyo contra el marco de una puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, dejando que mi espalda presione contra el borde duro.

—No, no, no —dice Nanna, golpeando suavemente la muñeca de Sloane—. Revuelve desde el fondo. Esta salsa no soporta muñecas perezosas.

—Sí, señora —dice Sloane, sonriendo.

Hay un rubor rosado en sus mejillas que no tiene nada que ver con el calor.

—¿Quién te enseñó a cocinar? —interviene Carmela desde la mesa del comedor, mirando a Sloane por encima de una copa de Chianti—. No me parecías del tipo que usa delantal.

—Mi amiga Maddy —dice Sloane, mirándola.

Esa frase queda suspendida en el aire como si fuera más pesada que la olla de salsa. Mi estómago se tensa. También mi mandíbula.

—Ella solía decir que la única manera de aprender a hacer una salsa era quemándola una vez —añade Maddy, más suave ahora—. Lo que hice. Dos veces.

—Oh, nena, ¿tu amiga que murió? —dice Carmela, con voz más suave de lo habitual.

Está enroscada en la mesa de la cocina, hojeando con pereza una revista sin mirar realmente las páginas.

Nanna Toni toma la cuchara por una vuelta. Lenta, segura, experimentada.

—Entonces sabes cómo cocinar con dolor —dice, devolviéndole la cuchara a Sloane con la ceremonia de entregar una corona—. Esa es la mejor clase de salsa.

Golpea como un puñetazo en el pecho. Silencioso. Pesado. Pero honesto. Todos nos quedamos con eso por un segundo. Los ojos de Sloane se desvían hacia mí, y el borde afilado de la puerta presiona contra mi espalda. Miro mis manos, flexiono mis dedos como si

pudieran explicar lo que estoy sintiendo, sintiendo el crujido del cuero.

La habitación cae en ese tipo de silencio que solo los Rosettis saben mantener, tranquilo, pero nunca vacío. Y luego, porque el universo no puede soportar la tensión más de diez segundos—

—Cómprame una biblia —llama Matteo desde la ventana abierta de la cocina, medio colgado hacia afuera—. Alguien está paseando a un perro en pantalones de yoga, y creo que vuelvo a creer en Dios.

Nanna Toni ni siquiera parpadea.

—Si traes otra mujer a mi mesa que no pueda pronunciar 'gnocchi', te ahogaré en la bañera.

—Ella puede decir pasta —dice Matteo, riendo—. Lo verifiqué.

—¿Come pasta o solo le toma fotos para el 'Gram? —pregunta Emilio, entrando con uno de los niños de nuestros primos colgado sobre su hombro como una bufanda risueña.

Matteo se encoge de hombros. —No juzgues mi camino.

Sloane resopla. Es una risa real. No educada o cuidadosa, no del tipo que le da a las personas a las que trata de impresionar. Es abierta, sin guardia. Y quiero escucharla otra vez. Y otra.

Emilio ajusta al niño pequeño en su hombro.

—¿Quién le enseñó a este a morder tobillos? ¿Matteo?

—Si hubiera sido yo, iría por la garganta —responde Matteo, todavía colgando de la ventana como si viviera allí.

—Ni siquiera habla —murmura Emilio a nadie, dando un juguetón rebote al niño pequeño—. Pero si pudiera, te destrozaría.

Los ojos de Besiana se levantan de su espresso, el vapor enroscándose alrededor de su elegante vestido.

—¿Alguien más ha notado que Rafe no ha quitado sus ojos de ella en todo este tiempo? —arrastra las palabras.

—Cállate —digo secamente.

Dom no levanta la mirada de su taza.

—Traes a una mujer a la casa de Nanna, más vale que estés pensando a largo plazo.

—No pensé que Rafe tuviera un largo plazo —llama Matteo, claramente encantado consigo mismo, su risa mezclándose con la charla que resuena en las paredes.

Emilio sonríe y mira al niño pequeño.

—Di 'el tío Rafe está dominado'. Vamos, dilo.

—Dices eso —le digo al niño—, y te alimentaré con anchoas por una semana.

Casi puedo saborear la sal.

Todos se ríen. Incluida Sloane. Sus hombros se aflojan. Su sonrisa se suaviza. Y algo me golpea en el pecho porque esto, este ruido, esta mesa, esta vida, no se suponía que fuera para ella.

Y ahora no la quiero sin ella.

Sloane se vuelve hacia Nanna, y tengo que esforzarme para escucharla por encima del zumbido de la conversación.

—¿Alguna vez se vuelve... más fácil? —pregunta—. ¿Pertenecer a un lugar como este?

Nanna Toni voltea un bistec, luego asiente.

—No. Pero se vuelve más difícil irse. Así es como sabes que es real.

Sloane mira fijamente la olla como si pudiera contener la respuesta a algo más grande. Mi garganta se tensa. Quiero decir algo. No lo hago.

En cambio, solo me quedo allí, sintiendo el cambio de gravedad bajo mis pies. El tipo de cambio del que no puedes volver atrás.

—Carmela está haciendo maravillas con la expansión del club nocturno —señala Dom, pasando un plato—. Los ingresos aumentaron un treinta por ciento desde que ella asumió la administración.

—Las licencias de importación de alcohol ayudaron —responde Carmela con una modesta sonrisa—. Y el acuerdo con los rusos para vodka premium redujo nuestros costos a la mitad.

Leonardo levanta su copa. —Por mi hermana, la mejor lavadora de dinero desde nuestro abuelo.

—Y por Emilio —añade Matteo—, por mantener a la unidad de cibercrimen de la NYPD persiguiéndose la cola mientras modernizamos nuestras plataformas de apuestas.

Nanna Toni da un asentimiento de conocimiento. —Tu padre estaría orgulloso. Cada uno de ustedes manejando sus territorios exactamente como debería hacerlo un Rosetti.

Se siente como un momento familiar ordinario. Entonces el teléfono de Sloane vibra.

El sonido corta a través de la calidez como una hoja. Se limpia las manos en un paño de cocina, revisa la pantalla, y su expresión se aplana instantáneamente.

—¿Qué es? —pregunto, ya moviéndome hacia ella.

Gira la pantalla hacia mí.

Mensaje de Lucas: Necesitamos hablar. Ahora. A solas.

Y justo así, la calidez se convierte en ceniza en mi boca.

Encuentro sus ojos, y ya sé lo que viene después. Vamos a ir. Juntos. Y si Lucas piensa que va a quebrarla con lo que sea que esté esperando al otro extremo de ese mensaje, ha olvidado exactamente en qué familia acaba de ganarse su lugar.

Sloane

Los dientes del horizonte se alzan contra la noche de Nueva York. Tan pronto como abrimos con un chirrido la pesada puerta cortafuegos hacia la azotea de mi antiguo edificio, veo a Lucas, pequeño y desesperado, esperándome. Rafe está a mi lado, sujetando mi mano mientras una brisa me recorre los brazos y se cuela bajo mi cuello. Pienso en cómo sería caer.

Mi corazón golpea contra mis costillas mientras piso la azotea cubierta de grava. He estado temiendo este encuentro desde que Lucas me envió un mensaje, críptico pero urgente: Necesitamos hablar. Ahora. A solas. Algo en esas palabras me revolvió el estómago. Lucas nunca ha sido del tipo dramático—ese siempre fue el papel de Maddy en nuestro pequeño trío.

Tomo un respiro profundo, inundada de recuerdos. Lucas enseñándome a jugar póker durante aquellas interminables noches de verano en el garaje de sus padres. Lucas sosteniendo mi mano en el decimosexto cumpleaños de Maddy cuando tuve un ataque de pánico. Lucas y yo acurrucados juntos en su funeral, nuestro dolor compartido como un puente entre nosotros cuando las palabras fallaban. Hemos sido amigos durante tanto tiempo que confrontarlo así se siente como confrontar una parte de mí misma.

Lucas no nos oye al principio, caminando de un lado a otro, pasándose las manos por el pelo como si estuviera perdiendo la cabeza. Pero entonces se detiene. Nos ve. Mi corazón golpea con fuerza. Golpea fuerte, y luego se hace pedazos.

No he visto a Lucas desde aquella tarde en su casa, en la casa de Maddy, cuando prometimos investigar su muerte juntos. Él iba a recomponerse, a salir del pantano de dolor, y luego confrontaríamos a Ethan juntos. Ha pasado tanto desde entonces, y no ha respondido a ninguno de mis mensajes ni ha atendido mis llamadas. Y lo más parecido a un mensaje que he recibido de él fue cuando vi su nombre listado como copropietario en la cuenta bancaria de Maddy.

Escudriño desesperadamente su rostro, esperando encontrar algún destello del Lucas que he conocido la mayor parte de mi vida, algún rastro del chico que hacía bromas terribles para animarme, que una vez golpeó a un niño que me llamó mata-perros, que lloró abiertamente cuando Maddy entró en la universidad de sus sueños. Quizás todavía haya una explicación inocente para todo. Quizás su nombre en esa cuenta significaba algo completamente distinto. Quizás he malinterpretado todas las señales de advertencia.

Pero el hombre frente a mí es casi irreconocible. El Lucas que conocía siempre fue sólido, confiable a pesar de sus ocasionales cambios de humor. Este Lucas parece vaciado por dentro, con la piel estirada sobre sus huesos como si no hubiera comido en semanas. Su ropa le cuelga, y las sombras bajo sus ojos se han oscurecido hasta convertirse en moretones. Parece atormentado. No, cazado. Como alguien que ha estado huyendo de algo terrible y finalmente ha sido acorralado.

—Viniste —dice Lucas, su voz un desastre de dolor y rabia.

Sus ojos se desvían hacia Rafe, y la mano de Rafe se aprieta alrededor de la mía. El gesto protector me estabiliza, me da una fuerza que no sabía que necesitaba.

Debería sentirse más frío aquí arriba, pero el escalofrío no cala. Nada lo hace.

—Claro que vine —digo con voz tensa.

La última vez que estuve aquí fue con Maddy y Lucas y un grupo de amigos de la universidad, bebiendo vino espumoso y viendo el atardecer sobre la ciudad mientras celebrábamos el fin de los exámenes. Parece hace un millón de años.

Lucas no sonríe. No estoy segura de que sepa cómo hacerlo ya.

—Necesito decirte algo —dice, desesperado y apresurado—. Antes de que me atrapen. Antes de que me maten.

Rafe se tensa a mi lado, pero no dice nada. Su silencio es una amenaza.

—Entonces dímelo —digo.

Me acerco, con el pulso golpeando como un martillo. He practicado este momento en mi cabeza una docena de veces en el camino. Qué diría, cómo reaccionaría si mis peores temores se confirmaran. Pero ahora que estoy aquí, frente a Lucas, todas mis respuestas ensayadas se evaporan. Me quedo con nada más que instinto crudo y la desesperada esperanza de estar equivocada sobre él.

Lucas parece que podría deshacerse, hacerse pedazos frente a mí.

—La cagué, Sloane —dice—. La cagué muy mal.

Mi pecho está apretado. Apenas puedo respirar. Lo miro, esperando a que llegue el golpe.

La voz de Lucas es plana, un sonido ya resignado a la derrota.

—Les di acceso a su cuenta.

Al principio, parpadeo, sin comprender del todo las palabras.

—¿Qué?

—Maddy. Su nombre. Sus datos bancarios. Se los di a ellos —confiesa en voz baja.

La gravedad de sus palabras flota en el aire, efímera pero pesada, como humo que se niega a disiparse.

—¿Qué hiciste qué? —exijo, mi voz cortando el silencio.

Él apresura sus siguientes palabras, como si acelerarlas pudiera de alguna manera disminuir su aguijón.

—Me ofrecieron una parte. Dijeron que sería rápido. Solo una forma de mover dinero, nada rastreable. Estaban usando el club de peleas, y ella estaba tan alejada, tan inocente e intocable, que tenía sentido. Ni siquiera lo notaría...

Interrumpo, con voz helada.

—Ella lo notó.

Lucas asiente, la vergüenza inundando sus facciones.

—Sí. Lo hizo. Vino a mí, furiosa. Le dije que lo arreglaría. Que lo detendría. Pero no lo hice. Lo dejé seguir. Necesitaba el dinero...

Rafe da un paso adelante, su voz baja y peligrosa.

—Necesitabas efectivo, así que vendiste el nombre de tu hermana a los Callahan.

Niega con la cabeza, un escalofrío parece recorrerlo. Lucas se estremece.

—No pensé que la matarían.

La voz de Rafe se agudiza.

—Dejaste que los confrontara sin decirle la verdad. Dejaste que caminara hacia la cueva del león, y te quedaste ahí parado.

La mandíbula de Rafe está tensa, sus puños apretados. Veo cómo sus nudillos se vuelven blancos y coloco una mano suavemente sobre su brazo. No para contenerlo, solo para recordarle que todavía estoy aquí.

—Pensé que la asustarían. Tal vez amenazarían su trabajo. Nunca... —la voz de Lucas está ahogada de arrepentimiento.

Rafe avanza, interrumpiéndolo.

—Nunca pensaste. Punto.

En un instante, Rafe agarra a Lucas por el cuello y lo estampa contra el borde de ladrillo. Lucas no se defiende. Sus manos permanecen a sus costados.

—Rafe —digo con voz ronca.

Entre dientes apretados, con la nariz a centímetros de la de Lucas, Rafe hierve.

—No tienes derecho a hacerte la víctima aquí —gruñe.

Lucas apenas respira.

—No lo hago. Sé lo que hice. Sé que yo...

—Tú la mataste, Lucas —interrumpo bruscamente.

Esas palabras detienen todo. El viento se mueve a nuestro alrededor, pero permanecemos congelados. Solo el zumbido del tráfico desde muy abajo y el sonido de una planta marchita en una maceta cayéndose con una ráfaga.

—Ella confiaba en ti. Y dejaste que la usaran. Como si no fuera nada —añado suavemente, mi voz vacía.

El momento en que conocí a Maddy está grabado en mi mente, brillante y para siempre. Se sentó junto a mí un día en la cafetería increíblemente abarrotada de la preparatoria, dejó caer su bandeja junto a la mía con estrépito y anunció con absoluta certeza que era mi nueva mejor amiga. Así sin más. Todavía recuerdo cómo sonrió, esa chispa traviesa en sus ojos como si ya supiera que cambiaría mi vida.

Tenía razón. No pasó mucho tiempo antes de que fuéramos las dos, inseparables, abriéndonos paso a través de la escuela y todo lo demás que vino con ella, desde sesiones de estudio nocturnas hasta películas, desamores y atracones de helado. Pienso en todos esos años con ella a mi lado, su risa como música en mis oídos, su lealtad tan feroz e inquebrantable. Mi nueva mejor amiga. Hasta que se fue.

Lucas no responde porque no hay nada que decir. Lo acepta todo, cada palabra como una bala que esperaba. Sus ojos están vacíos, llenos de la devastación que no puede expresar con palabras. Es la primera vez que lo veo parecer que podría llorar. Se pasa una mano por el pelo, agarra un puñado y tira.

—No quería nada de esto —dice finalmente—. No quería que muriera.

—¿Entonces qué carajo querías? —grito.

Sus hombros se encogen, todo su cuerpo contrayéndose sobre sí mismo.

—Quería mantenerte a salvo, Sloane.

Sus palabras quedan suspendidas entre nosotros, llenas de culpa y dolor.

Rafe suelta a Lucas bruscamente, empujándolo como si tocarlo fuera veneno. Lucas tropieza hacia atrás contra el borde, un jadeo escapando de sus labios, su pecho agitándose como si fuera a estallar. Un escalofrío lo recorre, sus ojos salvajes y frenéticos, como un animal acorralado.

—No querías que muriera, pero está muerta, Lucas —digo, con voz baja—. ¿Y ahora quieres hacerte el héroe?

Siento mi sangre palpitando, un zumbido en mis oídos.

Rafe está en silencio. Su mandíbula es dura, sus ojos más duros aún.

Lucas no levanta la mirada. No me mira.

—Maddy dijo que te iba a contar todo —dice, con voz pequeña—. Le habrías dicho a tu padre, te habrías involucrado para protegerla y probablemente te habrían matado. Así que entré en pánico. Entré en pánico y la dejé morir.

Siento como si fuera yo quien cae, precipitándome a través de la ciudad. El suelo se acerca rápidamente, listo para romper cada hueso. Cada corazón.

—¿Todo porque le debías dinero a alguien, eh? —digo, con voz espesa y enojada.

Lucas asiente. No puede mirarme.

—¿Cuánto? —digo.

—Demasiado —dice—. Más de lo que podría pagar jamás.

Pensé que mi corazón se había roto. Estaba equivocada. Se está rompiendo ahora.

Rafe se acerca a Lucas, alzándose sobre él, su mandíbula como hierro.

—¿Estabas lavando dinero para los Callahan?

El cuerpo de Lucas está rígido, como si esperara un golpe. Pero no retrocede. Apenas asiente, y su voz es frágil, fina como papel.

—S-sí.

—¿Del club de peleas?

—Sí.

Rafe se inclina, acorralando a Lucas contra el borde del edificio, mientras exige las siguientes palabras, y me pregunto si Lucas tendrá siquiera la fuerza para decirlas. —¿Quién? ¿Qué Callahan? — La voz de Rafe es ahora tranquila, tan baja y fría que podría cortar la piel.

Lucas exhala la respuesta.

—El hijo. Dale.

Rafe suelta una maldición explosiva.

—¡Mierda!

Golpea su puño contra la pared de ladrillo, y una grieta se abre directamente por el mortero. Si no fuera por los guantes, estoy segura de que sus nudillos serían jirones de carne y hueso, goteando sangre en el pavimento.

Pero no puedo concentrarme en él. No puedo apartar mis ojos de Lucas. Mi amigo. El hermano de Maddy. El tipo que causó su muerte.

Todo este tiempo, y nunca dijo una palabra.

Cada latido de mi corazón es como una bomba, y necesito igualarlo con el sonido de un grito.

Quiero correr. Quiero dejarlo aquí, ver cómo se desmorona. Quiero agarrarlo por los hombros y sacudirlo hasta que se quiebre. Quiero gritar y gritar y gritar hasta que el único sonido sea mi voz contra el horizonte, el eco de mi corazón latiendo.

—Me estaba ahogando —dice Lucas—. Y te arrastré conmigo.

Finalmente levanta la mirada, y la expresión en sus ojos es lo más triste que he visto jamás.

—Di algo, Sloane —dice, y es una súplica.

—¿Qué puedo decir? —respondo.

—Cualquier cosa —dice—. Di que me odias.

—¿Ahora mismo? —digo, y mi voz se quiebra—. Ahora mismo, sí.

Lucas cierra los ojos, como si las palabras fueran demasiado. Cuchillos, cortándolo hasta el hueso. Pero no son suficientes. Ni de lejos suficientes.

—Encontraré la manera de arreglar esto —dice—. Te lo prometo, Sloane. Lo arreglaré.

—¿Cómo? —grito—. ¿Cómo arreglas esto?

Quiero agarrarlo por el cuello y exigirle que lo retire. Que retire la muerte de Maddy, que retire su silencio, que retire cada maldito secreto que guardó. Quiero sacudirlo y hacer que me diga por qué. Por qué me dejó en la oscuridad. Por qué la dejó morir.

En lugar de eso, dejo caer mis brazos a mis costados, flojos e inútiles.

—No lo sé —dice Lucas, su voz un susurro quebrado.

Todos somos un desastre. Los tres, parados allí con el viento pasando rápido. Rafe es una nube de tormenta, silenciosa y oscura, esperando explotar. Lucas es un aguacero, constante y sin esperanza, desesperado por un respiro. Yo soy el rayo, lista para partirlo todo.

Lucas toma aire, pero suena más como un sollozo.

—Pienso en ello cada noche. Cómo se veía cuando lo descubrió. Nunca la había visto tan enojada. O tan asustada —dice.

Lucas se vuelve hacia mí, su voz cargada de arrepentimiento.

—No quería morir. Pero ahora... cada día se siente como un castigo.

La voz de Rafe cortó la tensión, plana e inflexible.

—No es suficiente castigo.

Lucas cierra los ojos, como si se preparara para un golpe físico que nunca llega. Rafe permanece inmóvil, el aire denso con palabras no dichas.

—Lo siento —dice Lucas—. Lo siento tanto.

Las palabras cuelgan en el aire, girando entre nosotros.

Luego caen, se precipitan desde la azotea hasta el suelo muy abajo. Lucas cae con ellas.

Se hunde en el suelo, con la cabeza entre las manos.

—Maddy murió porque fui demasiado débil para ayudarla —dice, su voz ahogada por su dolor.

Siento como si hubiera estado cayendo para siempre. No sé si alguna vez tocaré el suelo.

—No puedo hacer esto —digo, retrocediendo, dándome la vuelta.

Lucas levanta la mirada, frenético, sus ojos grandes y salvajes.

—Por favor, Sloane. Te necesito. No tengo a nadie más —dice, cada palabra una grieta en su voz.

Sacudo la cabeza. —¿Y yo qué? —digo—. ¿Qué tengo yo?

El mundo gira a mi alrededor. Todo está desequilibrado. Quiero estar firme, pero es imposible.

—Dime qué se supone que debo hacer —dice—. Dímelo, y lo haré.

Me doy la vuelta, y es lo más difícil que he hecho jamás.

Lucas deja escapar un sonido como un animal herido. Hace eco en la azotea vacía. Lo siento en mis huesos.

—Ojalá fuera yo —dice—. Ojalá fuera yo en lugar de ella.

Es un desastre, un lío de disculpas y dolor y lágrimas que nunca llegan. Su voz tiembla, luego desaparece.

Rafe finalmente da un paso adelante, una sombra, una torre.

—Tienes suerte —dice Rafe, su voz baja, dura—. Tienes suerte de ser lo más parecido a una familia que ella tiene, o estarías mucho peor.

Lucas no se estremece. No contraataca.

Simplemente lo acepta porque es todo lo que puede hacer.

—Por favor —dice Lucas—. Por favor, no me dejen así.

Nos alejamos. Lo dejamos así.

Llegamos a la puerta cortafuegos, y me detengo. Miro hacia atrás, y Lucas es más pequeño de lo que nunca lo he visto, el viento despeinando su cabello y su ropa holgada.

Pensé que estaba cayendo. Pensé que la ciudad se precipitaba para romperme.

Pero no es la ciudad.

Es la verdad. Es Maddy. Es todo lo que perdí cuando ella murió.

Pensé que estaba cayendo, pero es peor que eso. No estoy cayendo en absoluto.

Estoy congelada, suspendida, esperando estrellarme.

30

Rafaele

Me siento en mi auto fuera del almacén, los nudillos blancos contra el volante, reproduciendo la confesión de Lucas en esa azotea una y otra vez en mi mente. La rabia que sentí al ver a Sloane derrumbarse, ver su rostro cuando se dio cuenta de que el propio hermano de su amiga la traicionó, sigue ardiendo dentro de mí, un fuego lento y constante que no se apaga.

No le he dicho adónde voy esta noche. Lo que estoy a punto de hacer.

Es mejor así. Ella todavía está procesando lo que hizo Lucas, tratando de entender un mundo donde las personas en las que confiaba podrían hacer lo impensable. He visto esa mirada antes, la que tenía cuando dejamos a Lucas en esa azotea, la confianza destrozada, la desesperada necesidad de creer que había otra explicación. Es la misma mirada que Carmela tenía cuando entendió por primera vez lo que nuestra familia realmente hace. La misma mirada que a veces me persigue cuando veo mi propio reflejo.

La cena familiar en casa de la Nonna hace apenas unas horas parece una vida diferente ahora. Sloane riendo con mis hermanos, encajando como si siempre hubiera pertenecido allí, sus ojos brillantes y vivos. La forma en que todos la aceptaron, incluso Dom, que nunca acepta a nadie. Durante unas horas, vi un futuro

diferente, uno donde tal vez podría ser más de lo que fui hecho para ser.

Pero la realidad siempre encuentra la manera de filtrarse. La confesión de Lucas lo cambió todo. No solo para Sloane, sino también para mí.

Reviso mi arma, metódico, el peso familiar contra mi palma. Dale Callahan siempre ha sido un amigo, o tan cercano a un amigo como alguien como yo puede tener en este negocio. Crecimos juntos, recorrimos las calles juntos. Pero usó a Maddy, hizo que la mataran, y lastimó a la única persona por la que he empezado a preocuparme más de lo que debería.

El viejo Rafe no habría dudado. Lo habría visto como solo otro trabajo, otro cuerpo, otro mensaje que enviar. Pero ahora está Sloane, y no puedo dejar de pensar en lo que ella diría si supiera lo que estoy a punto de hacer. La decepción en esos ojos verdes. El miedo de que tal vez estaba equivocada sobre mí.

Debería alejarme. Debería encontrar otra solución. Una que no añada más sangre a manos ya manchadas más allá de la redención.

Pero esto es lo que soy. Esto es lo que hago. Y no importa cuánto Sloane me haga desear ser diferente, algunas deudas solo se pueden pagar de una manera.

Salgo del auto, el frío aire de febrero me golpea como una bofetada. El almacén se alza delante, silencioso y expectante. Ajusto mis guantes—los que no usé en la cena de la Nonna, los que separan al hombre que Sloane cree que puedo ser del hombre que siempre he sido.

Dale Callahan tiene que pagar por lo que le hizo a Maddy. Por lo que le hizo a Sloane. Y yo soy quien va a cobrar.

Solo espero que cuando termine, cuando regrese a Sloane con sangre en mis manos que ella no puede ver pero que siempre estará ahí, todavía me mire como lo hizo en la mesa de la Nonna. Como si fuera alguien que vale la pena salvar.

Pero sé la verdad. Los hombres como yo no se salvan. Solo seguimos sumando a la cuenta hasta que alguien nos mete bajo

tierra.

Echo un último vistazo a mi teléfono, a la foto de Sloane que no debería tener pero que no pude resistirme a tomar cuando ella no estaba mirando, sonriendo por algo que Matteo dijo en la cena. Luego lo guardo, encerrando esa parte más suave de mí detrás de los muros que he construido durante años haciendo el trabajo más oscuro de la familia.

Esta noche no se trata de redención. Se trata de justicia—la única clase que sé cómo impartir.

El ring de peleas clandestino se extiende ante mí, un espacio desnudo de concreto y arena. Apesta a sangre y sudor, empapados en los pisos y paredes. Un pequeño bar se ubica en una esquina, nada más que una solitaria losa de madera rodeada de taburetes vacíos.

Ni un alma a la vista. Dom se aseguró de que tuviéramos el lugar para nosotros solos cerrándolo por el día. Solo yo y Dale jodido Callahan, la clase de escoria que no merece respirar el mismo aire.

Sus pasos hacen eco a través del vasto vacío mientras cruza el espacio, dirigiéndose hacia el centro donde estoy esperando. Los fluorescentes del techo parpadean al ritmo de mi corazón, bañando todo con una luz dura y fría.

Dale sonríe. —Vaya, mierda. Mira quién finalmente llamó. Pensé que me estabas ignorando, Rosetti.

—Necesitaba tranquilidad. Este lugar es perfecto —respondo sin emoción.

Dale se ríe. —Todavía tienes ese toque dramático. ¿Cuál es el trato? ¿Vas a pedirme que me ponga en guardia por los viejos tiempos?

—Esto no es nostalgia. Es una ejecución.

La sonrisa de Dale vacila por primera vez. La comprensión aparece en su estúpida cara como una bombilla que se enciende. Disfruto cada segundo. Una de sus manos va a su bolsillo, rápido, como si estuviera buscando algo que lo saque de este lío. ¿Teléfono? ¿Arma? No, dejó ambas con Domenico en la puerta principal. Reglas del club y todo eso.

Es casi patético verlo sudar. La arrogancia se drena de él, y se queda allí, congelado. Sus ojos recorren la habitación, desesperados, calculando sus probabilidades. No son buenas.

Más pasos mientras llega la caballería. Domenico está apostado en la puerta. Matteo y Emilio muestran sus caras, emergiendo, listos para acorralarlo si intenta escapar. Leonardo cruza y se apoya contra la barra. Cuatro tipos enormes tatuados con muy malas actitudes. Además de mí, el peor de todos.

Dale nunca ha visto a la familia así, y seguro desearía no verla ahora.

—Mierda —dice—. Una reunión completa, ¿eh? No puedo creer que hayas traído a toda la pandilla.

Intenta parecer tranquilo, pero no lo logra. Leo sirve tragos, los alinea a lo largo de la barra, uno para cada hermano. Para después.

—Cuidado —le digo a Dale, arrastrando una silla—. No querrías derramar ningún secreto.

—Pensé que teníamos toda esta mierda resuelta, Rosetti —dice, señalando el ring de pelea—. ¿Me traes hasta aquí para renegociar?

—Llámalo una oferta final. Compensación por fondos perdidos.

Sonrío, mostrándole el filo de mis dientes.

Comenzamos este ring de peleas como un esfuerzo conjunto entre familias. Los Callahan administrando el efectivo, y nosotros los Rosetti dirigiendo el espectáculo. Una ofrenda de paz. Una manera de hacernos todos ricos. Y él ha ido y arruinado todo. Dejó a los Rosetti fuera de las ganancias. Nos tomó por tontos.

Dale mira alrededor, midiendo sus posibilidades. Tratando de actuar casual, como si no estuviera acorralado.

Finge una sonrisa, se rasca el cuello. No sabe que lo he estado observando como un halcón, y cree que puede salir de esto hablando. El idiota de mierda.

Se apoya en el borde de una mesa, cruzando los brazos como si fuéramos solo dos viejos amigos poniéndose al día.

—Me insultas, Rafe, si crees que te robaría. ¿Recuerdas el reformatorio? Vamos. Somos más cercanos que esto.

—Ya no.

Dejo que escuche la mordida en mi voz.

Me pongo de pie y doy un paso adelante.

—Me robaste. De mi ring. Lavaste dinero a través del nombre de Maddy. Firmaste su certificado de defunción.

El rostro de Sloane destella en mi mente, sus ojos llenos de dolor, buscando respuestas, desesperada por conocer la verdad sobre su amiga. Mi enfoque se agudiza, mi rabia se cristaliza en algo más frío, más preciso de lo habitual. Esto ya no es solo un asunto de negocios. Es por ella. Por darle el cierre que merece.

Dale se burla. —No conoces toda la historia.

Me mantengo mortalmente calmado. —Sé lo suficiente. Lucas me contó todo.

Frenético ahora, Dale gira. Un destello de pánico cruza su rostro mientras cambia su peso, buscando salidas. Pero no hay ninguna. Cada salida está cubierta por un Rosetti. Está completamente acorralado, y lo sabe. Lo observo, sabiendo exactamente lo que está pasando en su inútil cabeza.

Mira hacia el frente y ve a Dom parado firmemente, todo músculos y brazos cruzados.

—¿Vas a alguna parte? —pregunta Dom. Su voz es plana, firme y peligrosa. El tipo de voz que debería hacer temblar a Dale en sus zapatos.

Gira, rápido, sopesando sus probabilidades.

—¡Whoa! —grita Leo, levantando los brazos como si estuviera señalando un touchdown—. ¿Adónde crees que vas?

Dale se vuelve hacia atrás, y allí está Emilio, apoyado contra la pared, volteando su cuchillo en una mano. El movimiento es lento y tranquilo, pero no hay forma de confundir la amenaza. Ni siquiera está tratando de disimular.

—Tómate tu tiempo —dice Emilio con una sonrisa seca—. No tenemos prisa.

Dale está prácticamente sudando balas.

—Está bien —dice, dándole un último intento—. Tal vez robé un poco. Eso es todo. Nada loco.

—Nada loco —repito, lento y deliberado, observando cómo empieza a sudar—. Todos esos ceros. Solo un poco de cambio para el bolsillo.

Me pongo los guantes, tomándome mi tiempo con cada dedo. La habitación queda en silencio. Los ojos de Dale están fijos en mis manos como si ya estuvieran alrededor de su cuello.

—Yo no la maté, hombre. No la toqué —insiste Dale.

Respondo, con voz baja y letal. —No tenías que hacerlo. Solo la entregaste.

Siento que algo cambia dentro de mí, un calor extraño y desconocido que no tiene nada que ver con el honor familiar o los negocios Rosetti. Normalmente, esto sería sobre enviar un mensaje, sobre proteger nuestros intereses. Limpio. Profesional. Pero esto es diferente. Es personal de una manera en la que nunca me he permitido ser.

Pienso en Sloane, en cómo me miró en la azotea, en cómo confió en mí con su dolor. En cómo se ha metido bajo mi piel y ha hecho un hogar allí. Y de repente, esto no es solo otro trabajo. Es por ella.

—Solo eran números. Solo unas cuentas. Tú habrías hecho lo mismo si... —comienza Dale.

—No te compares conmigo, maldita sea. Entra al ring —interrumpo.

—¿Qué? —pregunta, confundido.

—Entra al maldito ring —repito.

Dale cruza el piso lentamente, sus ojos buscando salidas, y entra directamente en la maldita jaula. Lo sigo, y la puerta de la jaula se cierra con un gemido detrás de mí.

Con las manos levantadas y retrocediendo ligeramente, Dale suplica: —Mira, hemos pasado por mierda juntos. Reformatorio. Las calles. Nunca quise traicionarte.

Leonardo se mueve y cierra la jaula detrás de nosotros.

Continúo caminando hacia adelante, mis botas raspando en el piso de concreto.

El ring de peleas representa apenas el cinco por ciento de nuestros ingresos, pero es simbólico: terreno neutral en una ciudad dividida por décadas de acuerdos territoriales. Romper esas reglas tácitas significaba más que solo robar dinero; era un desafío directo al delicado equilibrio que mantenía prósperas a ambas familias y las calles en paz.

Dom lo había dejado claro: esto no era solo por el dinero. Esto era por mantener la reputación de los Rosetti. En nuestro mundo, el respeto era moneda corriente. Sin él, perderíamos nuestro control sobre todo, desde las extorsiones en Little Italy hasta los contratos sindicales que llenaban de efectivo nuestras fachadas comerciales legítimas.

—Me traicionaste en el momento en que hiciste sangrar a una chica inocente por tu beneficio —le digo a Dale, con voz dura.

Lo que no digo es que cruzó una línea que normalmente requeriría una reunión formal entre familias. Mi padre y el viejo Callahan normalmente negociarían la pena, generalmente un pago financiero sustancial y el sacrificio del soldado infractor. Al tomar el asunto en mis propias manos, estaba rompiendo el protocolo. Iniciando algo que tendría efectos de ondulación a través de cada operación criminal en la ciudad.

La máscara de Dale finalmente cae. Sabe que esto no es una advertencia. Es una sentencia de muerte.

Se mueve, nervioso. —Tu padre te matará si inicias algo con nosotros —dice—. ¿Una guerra entre las familias? ¿Crees que Sal

quiere eso?

El terror se cuela bajo sus palabras mientras se da cuenta de lo malo que es esto. Es el tipo de miedo que rompe a un hombre antes de que siquiera le ponga un dedo encima.

—Está cabreado, desde luego —doy un paso adelante, lentamente—. Porque tú ya iniciaste la guerra.

Mis hermanos me están observando, y sé lo que ven, el mismo Rafe que ha manejado los negocios durante años. Calculado. Controlado. Pero por dentro, ardo con algo nuevo. Nunca había querido que alguien sufriera así antes. No por negocios. No por familia. Esto es diferente. Esto es por ella.

—Estás loco, Rafe —escupe Dale, pero escucho el temblor en su voz, huelo su sudor y miedo—. Si me tocas, mi padre los borrará a todos.

—Tal vez. Pero mierda, voy a disfrutarlo.

Una parte de mí se pregunta si mis hermanos pueden ver el cambio en mí, si notan cómo esto ya no se trata del dinero. Dom lo llamaría una debilidad, este nuevo fuego que arde dentro de mí. Esta necesidad de vengar no solo un desaire comercial, sino uno personal. Herir al hombre que lastimó a alguien que Sloane amaba. Cruzar líneas que siempre he mantenido claras.

No me apresuro. Golpeo como un trueno. Un puñetazo limpio al estómago, luego a la mandíbula. Dale se desmorona, arrastrándose, pero no me detengo. Puños. Rodillas. Codo. Esto es metódico. Mi furia no es ruidosa, es fría. Precisa. Absoluta. Practicada. Dale tambalea, jadeando por aire, y voy directo a los puntos blandos. No tiene ninguna oportunidad, pero quiero que sienta cada golpe, cada apretón de mis puños. No necesito un arma. Voy a destrozarlo con estas manos. Un golpe que destroza los huesos en las costillas. Una patada rápida y brutal en el costado.

Cae de rodillas, pero no cedo. Ni siquiera le doy tiempo para respirar. Estamos jugando con las reglas de los Rosetti, y él sabe lo que eso significa. Ya está muerto. Lo llevo al suelo, asegurándome

de que se quede abajo. Todo en mí está enfocado, implacable. Este es su castigo, y voy a hacer que se quede grabado.

Dale escupe sangre. —Rafe... por favor... —jadea.

Lo levanto por su camisa, esperando un momento a que ponga los pies bajo él, luego golpeo su mandíbula como un camión, y él se tambalea hacia atrás, estrellándose contra la jaula. Levanta una mano, tratando de recuperar el aliento, tratando de conseguir cualquier tipo de respiro.

—Te lo devolveré, lo juro. Puedes tenerlo todo.

—Sé que puedo.

Se encoge, tratando de calmarme. Nunca tuvo estómago para la violencia real, ni siquiera en el reformatorio. Lo estrello contra la pared, siento el crujido del hueso, siento la adrenalina que me hace sentir más vivo que cualquier otra cosa. Es para lo que estoy hecho. Lo arrastro al suelo y lo golpeo de nuevo, lo suficientemente fuerte como para hacerlo escupir sangre y entrar en pánico.

—No hagas esto —suplica, sus palabras ahogadas y frenéticas—. Por favor, hombre. Por favor. Puedo conseguirte el dinero. Puedo conseguirte más.

Siento el impulso en mis manos, el calor limpio de ello.

—¿Dale Callahan suplicando? —digo, mi voz goteando desprecio —. Pensé que nunca vería ese día.

Dejo que mi puño aplaste su nariz.

Grita, lo suficientemente alto como para hacerme estremecer. No me detengo. Quiero estar seguro. No me detengo hasta que estoy completamente seguro.

—¿Crees que estamos a mano ahora, Rafe? ¿Crees que voy a... ¡mierda!

Es un desastre de sangre y lágrimas y moretones, de nuevo en el suelo, acurrucado en una bola. Se retuerce, una desesperación impotente apoderándose de él.

—Estás cometiendo un error —jadea—, un enorme...

Aplasto mi pie, y él balbucea, jadeando como si estuviera a punto de perder la conciencia. Lo quiero despierto. Quiero que sepa

exactamente lo que está sucediendo.

—Idiota de mierda —digo, sacudiendo el dolor de mis manos—. Tú ya lo cometiste.

Sus ojos están abiertos, llenos de terror. Hace un sonido gutural, desesperado y patético.

Me inclino y clavo mis nudillos en la garganta de Dale, escuchando un ruido de chapoteo cuando su manzana de Adán revienta. —Ella tenía veintiséis años. Murió asustada. Piensa en eso —digo.

Mientras lo miro, me doy cuenta de que estoy cruzando una línea que nunca antes había cruzado. No solo quitando una vida -he hecho eso suficientes veces- sino haciéndolo por razones personales. Por alguien más. Por Sloane. Poniendo su justicia, su necesidad de respuestas, por encima de la distancia limpia y profesional que siempre he mantenido.

Así no es como los Rosetti hacen negocios. Somos fríos. Calculadores. No dejamos que las emociones nublen nuestro juicio. Pero estoy rompiendo esa regla por ella. Porque de alguna manera, en medio de toda esta sangre y oscuridad, ella se ha vuelto más importante que el código por el que he vivido toda mi vida.

Y entonces lo termino. Silencioso. Eficiente. Dale deja de moverse.

Me quedo allí un momento más, el pecho subiendo y bajando. Sangre en mis manos. Ni un rastro de culpa.

El mundo entero está en silencio, solo por un momento.

—Jesús, Rafe —murmura Matteo.

Me dejan recuperar el aliento, no dicen una palabra hasta que estoy listo. Cinco hermanos, y ninguno de nosotros rompe el silencio. El cuerpo de Dale yace inmóvil, sangre filtrándose de su boca, formando un charco oscuro bajo su cabeza. Sus ojos están abiertos, congelados en el tipo de terror que no se puede fingir.

Lo respiro, la satisfacción pesada y espesa en el aire. La adrenalina disminuye, dejándome con esa familiar calma hueca.

Entonces veo a Matteo voltear su moneda. Una vez. Dos veces. Está esperando a que yo tome la decisión. Todos lo están.

—Vámonos —digo.

Domenico es el primero, sus pasos precisos y medidos mientras cruza hacia la barra. Leonardo lo ve venir. Los gemelos son rápidos en seguir, la cara de Emilio una máscara en blanco, y Matteo volteando su moneda con una calma perezosa. Gruño, sacudiendo la rigidez de mis manos, la sangre todavía goteando de mis dedos. Domenico nos desliza nuestros vasos de trago con movimientos lentos, sin prisa. Como si estuviéramos celebrando. Supongo que lo estamos. El silencio se mantiene un momento más, luego bebemos nuestros tragos en un solo movimiento sincronizado.

Nadie habla, pero la mirada en sus ojos dice más que las palabras. Está hecho. El primer disparo de la guerra, o el último. El tiempo lo dirá.

Caminamos de regreso al cuerpo, la tensión drena de nosotros mientras asimilamos lo ocurrido.

—¿Terminamos aquí? —pregunta Emilio, empujando el brazo sin vida de Dale con la punta de su zapato.

Sus ojos son hielo, calmos, impasibles.

Asiento, siento el frío filtrarse de nuevo mientras el calor abandona mis venas.

—Deberíamos limpiar esto antes de que Carmela o Besi tengan que verlo —dice Dom.

Su voz es medida, siempre, pero escucho el indicio de advertencia debajo.

—Déjalo.

Me quito los guantes de las manos y los dejo caer sobre el pecho de Dale, un mensaje tan claro como cualquier maldita cosa que haya escrito jamás.

Un desafío, una sentencia de muerte, una declaración de guerra.

Doy la vuelta y me dirijo a la puerta, sintiendo el impulso, sintiendo la maldita locura, sintiéndolo todo.

Mientras me alejo, me doy cuenta de que algo ha cambiado en mí. He matado por dinero, por familia, por negocios —pero nunca por alguien que me importa. Nunca porque quería hacer el mundo más seguro para una persona específica. El pensamiento debería aterrorizarme —este cambio en mis prioridades, esta debilidad que siempre he evitado. En cambio, siento algo cercano a la paz. Como si tal vez esto es en lo que me he estado convirtiendo todo el tiempo.

—Déjales saber que apenas estamos empezando.

31

Rafaele

La ciudad está ardiendo. Las llamas titilan y bailan en el reflejo de mis gafas de sol mientras el sol se pone, proyectando largas sombras sobre los edificios. Nueva York es una ciudad de secretos, y esta noche, uno de ellos ha sido liberado.

Me encuentro al pie de la mansión familiar, sintiendo el peso de todo. La guerra que se avecina, las vidas que penden de un hilo, y la sangre de Dale Callahan aún fresca en mis manos. A mi alrededor, Nueva York está cayendo en el caos. Las sirenas resuenan a lo lejos, y los autos tocan la bocina con furia en medio del tráfico. Pero aquí, hay un silencio inquietante. Como si la mansión de mi padre existiera fuera del tiempo y el espacio.

—Rafaele.

Me volteo al escuchar su voz, la veo parada ahí en lo alto de los escalones de mármol, vistiendo una suave camiseta y shorts para dormir. El rostro de Sloane está pálido, sus ojos abiertos de par en par, su cabello recogido en un moño suelto. Camina hacia abajo lentamente, cada paso calculado y deliberado. Sus manos se abren y cierran a sus costados, como si se estuviera preparando para algo.

—¿Qué pasó? —pregunta suavemente.

Sus ojos permanecen fijos en mí, buscando respuestas.

No respondo. No de inmediato. Solo la observo, absorbiendo la fuerza que lleva a pesar de todo. Los músculos alrededor de sus ojos están tensos, pero no vacila. Es fuerte.

Cuando finalmente hablo, mi voz suena áspera.

—Está hecho.

Es todo lo que puedo decir, y hasta eso se siente demasiado. No elaboro más. Ella no pregunta. No es necesario. Ambos sabemos lo que significa. Camina hacia mí lentamente, como si estuviera acercándose a algo salvaje que podría huir. O algo peligroso que podría lastimarla.

—¿Estás bien? —pregunta.

Sus palabras golpean un lugar que está en carne viva y doliente. No es solo preocupación. Está aquí, y no se irá a ninguna parte. Si fuera un mejor hombre, la mandaría lejos ahora mismo.

Pero no lo soy. Así que me quedo quieto y dejo que se acerque.

No respondo. Estiro la mano para tocar su rostro, pero recuerdo la sangre bajo mis uñas y me retraigo. Esta no es su lucha. No debería serlo. Sin embargo, aquí está, de pie a mi lado como si perteneciera ahí. Como si ya hubiera aceptado lo que realmente significa estar conmigo.

—Quería estar contigo esta noche.

Esa es la cosa más honesta que he dicho en años.

Mis hermanos se han reagrupado en la casa de mamá y papá para adelantarse a esta guerra, para delinear nuestros próximos movimientos, para planificar lo que todos saben que viene. Todos ellos piensan en términos de tácticas y estrategias, de líneas trazadas y vidas perdidas. Yo también, es el estilo Rosetti. Pero esta noche mi cabeza no estaba en eso. Mi corazón no estaba en eso. No podía seguirlos de vuelta allí, no después de todo lo que ha pasado. No con la sangre de Dale todavía en mis manos. No con Sloane en mi mente.

Una sesión informativa, dijeron, como si diseccionar este caos y ordenarlo en piezas ordenadas y manejables le daría sentido a algo de esto. Tendrán los mapas afuera, las listas de nombres, el quién-

debería-eliminar-a-quién-y-cuándo. Besiana también estará allí, fría y controlada, planeando el siguiente movimiento de nuestra familia con una precisión escalofriante. Es buena en esto. A veces mejor que cualquiera de nosotros.

Pero necesitaba estar aquí, lejos de sus estrategias y esquemas, lejos de la lógica de todo, con Sloane, esperando que pudiera ver en mí algo más que la sangre que derramo.

—Me alegro.

Sin vacilación. Sin titubeos. Se recuesta contra mi pecho, sus brazos rodeándome la cintura, con cuidado de la sangre. Me quedo rígido por un segundo, luego cedo. Solo un poco. Lo suficiente.

Huele a flores y campos frescos, y respiro profundamente, sintiendo cómo su calidez se filtra en mí.

—Era mi amigo. Una vez —murmuro.

—Y traicionó todo lo que representas —susurra—. Lo siento... —añade suavemente—. Que fuera... que fuera Dale.

Busqué durante meses para descubrir quién estaba desviando el dinero. Meses de sospechas, de seguir cada pista hasta un callejón sin salida, de cuidar mi espalda mientras trataba de desenmascarar al traidor. Era como un fantasma, dejando apenas suficiente rastro para hacerme dudar de todos a mi alrededor. Meses sospechando de los Callahan, de sospechar de mis propios hombres. Pero nunca sospeché de él. Debería haberlo sabido mejor. Resultó ser el único Callahan en quien pensé que confiaba. Dale.

—Yo no lo siento —finalmente digo, con una voz tan áspera como papel de lija—. La vendió como si no fuera nada.

Sloane se aparta para mirarme.

—Ella no era nada. No para mí. No para ti.

Examino su rostro, esperando que se estremezca, que se aleje del desastre que soy. No lo hace.

Me mira, sus ojos vidriosos pero resueltos.

—Dale se ha ido, ¿verdad? ¿Para siempre? —pregunta.

No puedo obligarme a decir la palabra 'muerto', no cuando podría significar que deje de mirarme así. Así que solo asiento.

—¿Y el círculo de peleas está bajo tu control ahora, verdad?

Asiento, manteniendo mi voz firme.

—Los Rosetti están a cargo ahora. Hemos eliminado a las ratas, triplicado los hombres en el lugar. Emilio ha tomado el control de las cuentas.

Sus cejas se fruncen.

—¿Y los Callahan? ¿Qué les pasa a ellos?

—Van a tomar represalias —digo, con la fría certeza hundiéndose —. No se quedarán de brazos cruzados.

—Una guerra... —susurra, casi para sí misma.

Sus manos tiemblan mientras se abraza a sí misma como si las palabras fueran un viento frío.

—Sí —confirmo, sin endulzarlo.

Una guerra es inevitable en nuestro mundo. Es solo cuestión de cuándo y qué tan sangrienta.

—¿Y tú?

Su voz tiembla lo suficiente para delatar el miedo que se esconde debajo. Sus ojos permanecen fijos en los míos, un destello de determinación en ellos como una hoja en la oscuridad. Brillante y afilada. Puedo ver las preguntas que no está haciendo. Puedo ver las dudas que teme expresar. Quiere saber qué pasa ahora. Con nosotros. Conmigo. Con esta cosa que hemos comenzado y si ya se está rompiendo antes de que siquiera tenga la oportunidad de empezar.

—No quiero ser el tipo de hombre que solo sabe cómo romper cosas —le digo, bajando la voz.

Hay un mundo de significado en esa frase. Es todo lo que soy y todo lo que desearía no ser. Es cada miedo que me mantiene despierto por la noche. Pero ella no duda. Nunca lo hace.

—Entonces no sueltes lo único que no rompiste.

Habla suavemente, las palabras son un salvavidas. Un ancla. Me está manteniendo unido.

Su mano presiona contra mi pecho, y no creo que ella sepa lo cerca que estoy de perderlo justo ahí. De desmoronarme de una

manera que nunca me he permitido antes. Estamos atrapados en este momento donde nada más importa. Ni la guerra que estamos a punto de comenzar, ni el caos que nos espera a la vuelta de la esquina, ni la sangre que se ha derramado o la sangre que se derramará. Solo nosotros. Solo esto.

Para un hombre que nunca se permite suplicar, nunca se permite quebrar, nunca se permite apoyarse en nadie más, su toque es todo lo que necesito ahora mismo.

Dejo escapar un suspiro, como si una guerra hubiera terminado dentro de mí, como si finalmente estuviera en paz.

—¿Te quedarás conmigo esta noche? —pregunto, mi voz toda gravilla y necesidad.

Sloane asiente una vez.

—Siempre.

Sloane no duda ni un segundo. Sus dedos se enroscan alrededor de mi mano, sin importarle la sangre ni nada más. Es un toque pequeño, pero ahora mismo, se siente como un ancla. Me lleva hacia la mansión, ambos en silencio mientras empujamos la pesada puerta y entramos. La vasta y fría extensión del vestíbulo se cierne sobre nosotros. Cada paso resuena en los pisos de mármol y los techos altos. Está tenue, con algunas lámparas proyectando débiles halos de luz alrededor del espacio. El hogar de mi familia, todo ángulos afilados y sombras frías, nada hogareño excepto el persistente aroma a ajo.

Pero ahora mismo, no se siente como mío en absoluto. Ella me guía por las escaleras, su agarre firme, como si temiera que pudiera dar marcha atrás o desaparecer.

La sigo sin decir palabra mientras llegamos al segundo piso y avanzamos por el largo pasillo. Habitación tras habitación vacía. Cada una más limpia y pulida que la anterior. Pasamos por la habitación de invitados que usó cuando llegó por primera vez. Luego estamos en mi puerta, y ella la abre sin hacer pausa. Entramos.

Ni siquiera se detiene para tomar aire mientras pasamos por el dormitorio y entramos al baño contiguo. Sin decir palabra, me sienta

en el borde de la bañera, sus movimientos suaves pero seguros. El agua corre en el lavabo, ahogando todo lo demás, y una fina neblina se eleva mientras se calienta. Me siento ahí y la observo, mi corazón late con un ritmo sordo y profundo en mi pecho.

Agarra un paño y lo exprime, sin siquiera mirarme mientras se concentra. Sus labios están fruncidos en una línea determinada. Es cuidadosa, precisa, enfocada en lo que está haciendo. Como si esto, justo aquí, fuera la misión más importante del mundo. La miro en silencio, asimilándolo todo, la forma en que esta mujer se ha incrustado en mi vida, en mi corazón, sin pedir permiso, sin importarle lo dañado que estoy. Como si hubiera decidido que soy suyo.

Entonces, finalmente, se arrodilla frente a mí. El paño está tibio y húmedo en sus manos mientras comienza a limpiar la sangre de mis nudillos, borrando a Dale Callahan y borrando la noche. Sus dedos son suaves mientras trabajan, gentiles mientras trazan cortes y moretones.

—No te merezco —digo suavemente.

Estoy expuesto de una manera a la que no estoy acostumbrado, abierto y vulnerable ante todo lo que Sloane es. Ella no levanta la cabeza, no pierde el ritmo en su trabajo cuidadoso. Simplemente sigue limpiando la sangre, su toque firme y cálido.

Sus dedos son gentiles mientras se deslizan sobre los moretones y trazan mi piel maltratada. El paño se siente reconfortante, como si su toque por sí solo pudiera borrar el caos de la noche. Temo que si parpadeo, ella podría desvanecerse.

—Bien —dice, su voz ligera pero firme—. Entonces tal vez estamos a mano.

32

Sloane

El cementerio está completamente vacío excepto por mí y Rafe. Los únicos signos de vida son los sonidos de la calle a lo lejos y el grafiti rojo manchando la lápida de Maddy. DROGADICTA, dice. Una acusación. Un insulto. Una mentira.

Sumerjo mi cepillo en un balde de agua jabonosa y froto, cada movimiento de mi mano lento y cuidadoso.

Han pasado tres días desde que Rafe mató a Dale Callahan, y todavía no sé cómo procesarlo. Regresó esa noche con sangre bajo las uñas y una mirada vacía en sus ojos. Sus guantes de cuero habían desaparecido, un detalle que noté inmediatamente. Cuando me contó lo que había hecho, su voz era plana, sin disculpas. —Se terminó —dijo simplemente—. Dale no lastimará a nadie más.

No pedí detalles. Una parte de mí no quería saber. Pero otra parte ya entendía. Rafe había cruzado una línea por mí, había tomado una vida porque Dale era responsable de la muerte de Maddy. Porque la había usado, traicionado, marcado para morir. Porque había lastimado a alguien que yo amaba.

El aire es frío con ese tipo de frío que se asienta en tus huesos, incluso mientras el sol lucha por atravesar la neblina de Nueva York. Marzo, pero se siente como invierno.

Presiono el cepillo contra el granito, las cerdas duras y ásperas en mi mano. Trabajo con determinación, cada pasada llevándose un poco más del feo color rojo. Puedo ver cómo las palabras desaparecen, y siento como si también se estuvieran borrando de mi corazón. Puedo respirar por primera vez en mucho tiempo, sabiendo que finalmente limpiaré su nombre.

Esto es lo que Rafe me dio: justicia, cierre, la verdad que había estado buscando desde que Maddy murió. Mató por mí. El pensamiento debería aterrorizarme. Debería hacerme correr lo más lejos posible de él. En cambio, siento un complejo enredo de emociones, gratitud, culpa y algo más oscuro que no quiero nombrar. ¿Qué dice de mí que pueda amar a un hombre capaz de tal violencia? ¿Que pueda estar a su lado y no apartarme?

La palabra todavía es visible, sigue ahí, pero froto con más fuerza. Froto hasta que mis brazos arden.

Rafe me observa, callado y constante.

Está ahí como siempre lo está, y significa todo. Carga con el peso de lo que ha hecho sin quejarse, sin dudar. Como si acabar con la vida de Dale fuera simplemente otro paso para proteger lo que es suyo. Y ahora, de alguna manera, yo soy lo que es suyo. Pertenezco a un hombre que mata sin remordimientos, que camina entre dos mundos: el civilizado donde jugamos juegos familiares y compartimos comidas, y el violento donde se eliminan cuerpos y se lava la sangre.

Rafe no intenta detenerme ni hacer que vaya más despacio, no me dice que tenga cuidado con mis manos o mi corazón. Ahora sabe que es mejor no hacerlo. Trabajo con el cepillo en círculos fuertes, más jabón que agua, y siento la determinación en cada pasada. Siento cómo los meses de duda se lavan con cada inmersión del cepillo. Maddy no era una drogadicta. Maddy no hizo que la mataran. Me tomó mucho tiempo descubrirlo, pero finalmente lo hice.

—Lucas estaba trabajando con los Callahan —susurro a la tumba, a ella—. Así es como entraron en tus cuentas. No fue Ethan. Él

estaba tratando de protegerte.

Rafe se mantiene atrás, observándome. Dejándome tener este momento con Maddy, con mis recuerdos. Permitiéndome hacer lo que necesito hacer.

—No te recordarán así —le digo—. No si yo puedo evitarlo.

Sumerjo el cepillo nuevamente, pero el agua ya está roja y jabonosa, y es difícil ver a través de la espuma. No importa. Sigo frotando hasta que mis manos arden. Hasta que el aire quema mis pulmones con cada respiración fría y desesperada.

Luego me detengo, miro mi trabajo. No digo nada, solo miro la piedra gris con el nombre TORRES tallado profundamente. No está limpia, no todavía. Pero lo estará. Prometo por lo menos eso.

Una lágrima solitaria se desliza por mi mejilla, y la limpio antes de que caiga.

—Serás recordada —le digo—. No así. Lo prometo.

Rafe sigue ahí, una presencia constante y silenciosa.

No dice una palabra, no tiene que hacerlo. Su apoyo es suficiente. Más que suficiente.

Respiro hondo, sintiendo que mi corazón se calma mientras el frío muerde mis dedos. Lucas la traicionó. Lucas y sus secretos.

Casi puedo escuchar a Maddy riendo, diciéndome que no me altere tanto. Casi puedo sentirla a mi lado, instándome a terminar lo que he comenzado. Sonrío, incluso cuando las lágrimas amenazan con caer nuevamente.

Trabajo con el cepillo con determinación, mis manos rígidas por el frío. Siento que toda una vida de peso cae de mis hombros a medida que el rojo se desvanece.

Dejo el cepillo, el mango de plástico resbaladizo y frío en mis manos entumecidas. No digo una palabra mientras alcanzo el sobre junto al balde. Es grande, uno de esos sobres de manila que ves en manos de alguien a punto de entregarte documentos legales.

Eso es exactamente lo que estoy a punto de hacer.

—Tengo la confesión de Lucas —le digo, mi aliento visible en el aire helado—. Los registros bancarios. Todo.

Me giro para mirar a Rafe, y la fuerza en sus ojos, en la firmeza de su mandíbula, me da el valor para seguir adelante.

—¿A los periódicos? —pregunta, y hay orgullo en su voz.

—Sí —respondo—. A los periódicos.

Aprieto el sobre contra mi pecho, siento el peso de los documentos dentro. La confesión de Lucas, todo lo que necesito para limpiar su nombre. Para liberarme de la culpa que he estado cargando desde que murió. Rafe asiente, su aprobación tan firme e inquebrantable como el resto de él.

La carga que he llevado ya se está desvaneciendo, como la escarcha en las lápidas.

—Gracias, Rafe —digo, sin mirarlo.

Sin mirar a ninguna parte. Solo dejando caer las palabras.

—¿Por qué? —pregunta, y casi me hace reír.

Niego con la cabeza, me limpio los ojos con el dorso de la mano. Por fin puedo respirar. Por fin puedo dejar ir el pasado. La muerte de Maddy. Mi culpa. La sensación de que nunca seré suficiente. Dejo el sobre y alcanzo el cepillo nuevamente, pero Rafe es más rápido.

Lo toma y me lo ofrece. No lo tomo de inmediato.

—¿Estás segura de esto? —pregunta—. No tienes que...

—Sí tengo —digo—. Tengo que hacerlo. Y lo haré.

Lo miro, sintiendo que mi corazón se enciende. Sintiendo que todo se enciende. Sus ojos son tan intensos, tan vivos, que no puedo apartar la mirada. Alargo la mano y tomo el cepillo de sus manos.

—No sé si puedo devolverte algo —digo, sintiendo las palabras atorarse en mi garganta.

—No necesito que lo hagas —responde.

Da un paso atrás, pero siento su presencia como una llama, como calor.

—Una vez que la historia salga a la luz —digo—, entonces habrá terminado.

El viento muerde mis mejillas, pero se siente bien. Se siente real.

Sumerjo el cepillo en el balde, frotando el último rastro de rojo.

La piedra gris parece nueva otra vez, intacta, sin marcas.

—Sí —dice Rafe, extendiendo su mano hacia la mía.

La tomo, dejando que me atraiga al calor de sus brazos. El mundo desaparece, y somos solo nosotros dos, solo este momento, solo esta esperanza que pensé que nunca tendría.

Me sostiene allí, y sé lo que es ser encontrada. Estar viva.

Permanecemos así, en silencio y respirando, hasta que finalmente me aparto. Hasta que estoy lista para estar completa otra vez.

—¿Crees que lo publicarán? —pregunto, aferrando el sobre—. ¿La confesión de Lucas?

—Me aseguraré de que así sea —dice.

Su confianza me hace sentir eufórica, y me río, un sonido inesperado que corta el frío.

—Estás lista, Sloane —dice Rafe, sosteniendo mi mirada. Manteniéndome firme.

Le creo. Por primera vez, creo que es verdad.

Tomo aire, dejando que me llene por completo. Se siente bien, se siente libre.

—Salgamos de aquí —digo, y no suelto su mano.

La hoja está fría e implacable, y el borde afilado brilla en la tenue luz de la cocina mientras corto otra zanahoria, enviando un disco de color naranja brillante deslizándose por la encimera de mármol. Preciso, pienso, y mi corazón late más rápido.

No me he atrevido a usar un cuchillo tan afilado desde que Bear murió, nunca confié en que mis propias manos fueran lo suficientemente firmes. Las palabras siempre resonaban en mi cabeza. ¿Y si vuelve a pasar, y si no puedes controlarlo, y si alguien sale lastimado, y si, y si, y si? Pero hoy, el único sonido es el acero contra la madera.

Es un sonido nítido y limpio. Cada rebanada cae con un pequeño golpe seco. Miro mis manos, asombrada. Son fuertes. Firmes. No las manos de una chica culpable que decepciona a la gente, que hace que otros salgan lastimados. No las manos de alguien que lleva

fantasmas a todas partes. El pensamiento me emociona, y levanto la mirada.

Rafe está ahí, una presencia oscura y tranquila a mi lado. Se apoya contra la encimera, con los ojos en mis manos. Los ojos en mi trabajo. Observando cada corte con una especie de reverencia que me hace reír en voz baja.

—Cuidado, Rosetti —digo, arqueando una ceja—. Vas a hacerme pensar que te importa.

Él ni siquiera parpadea.

—Sabes que sí —dice, las palabras cálidas y firmes, como el resto de él.

Su mirada se mueve del cuchillo a mi rostro, y mi corazón aletea en mi pecho, un pájaro en vuelo.

Tomo un trozo de zanahoria y me lo meto en la boca. Está fresca y crujiente y real, y la mastico como si nunca hubiera probado nada mejor. Toda la cocina es cálida y familiar, y por fin me siento en casa en ella.

En mi propia vida.

En mi propia piel.

Rafe me observa, observa la forma en que trabajo, y sé que él también lo ve. El cambio en mí. No me estremezco cuando baja el cuchillo. No vacilo.

Sostiene un vaso de whisky, acunándolo en su palma. Su presencia es eléctrica, un cable vivo que hace que todo sea más real, más vivo. Es el tipo de intensidad que me hace sentir como si yo fuera lo único en el mundo.

Corto la zanahoria otra vez, solo para ver su reacción. Él mira los discos de color naranja brillante, luego me mira a mí, y hace que mi sangre zumbe.

—Están perfectos —dice, y puedo decir que se refiere a más que las zanahorias.

—Más les vale —respondo, bromeando—. Tardaron bastante.

Mi voz es ligera, pero hay un filo en ella. La confesión de Lucas todavía está en mi mente, pero ya no duele como antes. Conocer la

verdad significa que finalmente estoy libre de ella. Saber qué pasó, por qué murió y quién fue el responsable. Por fin tengo las respuestas.

Y se siente increíble.

Estoy lista para correr riesgos. Estoy lista para vivir mi vida sin las sombras que me atormentaron durante tanto tiempo.

Bear. Maddy. Las acusaciones y los secretos. La culpa que pensé que nunca dejaría atrás.

Todo está en el pasado. Todo se ha ido.

Dejo el cuchillo, miro a Rafe. Su confianza, su certeza, su tranquila intensidad que hace que mi corazón se salte un latido.

Sus ojos son como fuego.

Se inclina cerca, como si estuviera a punto de reclamar lo que es suyo. Como si estuviera a punto de tomarlo todo.

Él aún no lo sabe, pero estoy a punto de dejarlo.

—Rafe —susurro, pero no termino la frase. No tengo que hacerlo.

No cuando el resto de nuestras vidas nos está esperando.

33

Rafaele

Sloane está sentada en mi regazo, sus muslos enmarcando mis caderas, con un paño limpio en una mano y ese ceño fruncido entre sus cejas. Mis costillas arden como el infierno, pero no me estremezco. No con ella tan cerca. Sus piernas están desnudas. Está usando una de mis camisas otra vez. Y estoy haciendo mi mejor esfuerzo para no arrastrar su boca a la mía y olvidar lo que se supone que estamos haciendo.

Estamos sentados al borde de la cama. La luz de la luna se derrama a través de las amplias ventanas, empapándonos de plata. Todo lo demás en la habitación es oscuro, las líneas pesadas de los muebles, las fotos en blanco y negro en las paredes, así que ella parece brillar en la noche.

Se inclina y estudia el moretón hinchado en mi mandíbula, su voz suave.

—Se ve feo.

Le ofrezco una sonrisa irónica mientras ella toca el corte con el paño antiséptico.

—Deberías ver al otro tipo.

Sus labios se curvan con diversión.

—Déjame adivinar. ¿Alguien dijo algo inapropiado?

Me acomodo contra las almohadas.

—Un pequeño imbécil engreído en el gimnasio. Pensó que dar unos cuantos golpes significaba que podía responderle mal a Matteo.

Sloane pone los ojos en blanco, pero noto que la comisura de su boca se eleva.

—Déjame adivinar otra vez. Lo corregiste.

Me encojo de hombros, dejando que aplique presión sobre el corte.

—Llámalo un momento educativo.

Ella resopla pero no puede suprimir su sonrisa, esa que hace que mi pecho se sienta demasiado apretado. Vuelve a dar golpecitos, más lentamente esta vez, y apenas noto el ardor. No con ella a mi lado.

Deja el paño a un lado, y sus manos permanecen en mis costillas, sus dedos rozando la piel magullada.

—Has estado recibiendo muchos golpes últimamente —dice en voz baja.

Encuentro su mirada.

—He salido caminando de todos ellos.

Sus dedos tiemblan contra mí.

—Entonces... ¿qué sigue?

Lo pregunta con tanta naturalidad que me congelo. No solo está preguntando sobre el moretón o las peleas. Está preguntando por nosotros.

—¿A qué te refieres? —digo con cuidado.

—Ahora que todo terminó. Maddy. Dale. Los Callahan. —Duda, desviando la mirada—. Supongo que debería volver a mi apartamento.

Sus palabras son como una bofetada fría, de esas que dejan marca. Mi pulso se acelera y mi mente corre. No más Sloane caminando de puntillas por la cocina, Sloane robando mis camisas, la risa de Sloane llenando los espacios vacíos de este lugar. Solo yo. Solo. No puedo permitir que eso suceda. No puedo dejarla ir.

—No.

—Rafe... —comienza, pero la interrumpo, más bruscamente de lo que pretendo.

—No, Sloane.

Mis manos se deslizan por su espalda, pero la mantengo a distancia. Tiene que escuchar esto. Tiene que entender.

—¿Crees que después de todo, voy a dejar que vayas a dormir a un apartamento frío mientras yo me quedo despierto preguntándome si cerraste la puerta? ¿Preguntándome si estás sola? ¿Preguntándome si sigues siendo mía?

Mi voz suena más cruda de lo que esperaba. Ella es todo lo que nunca quise y todo lo que siempre he necesitado. Es la luz del sol en este mundo oscuro. Y la idea de que se me escape me aterroriza más que cualquier otra cosa.

Su voz es tentativa.

—Rafe, no dije...

Interrumpiéndola, declaro:

—Eres mía. Te quedarás aquí. Y vas a usar mi maldita alianza de matrimonio aunque sea lo último que hagas.

Ella se congela, con los ojos muy abiertos como si tratara de descifrar cada palabra. Contengo la respiración, esperando que salga corriendo, esperando que diga que estoy loco.

—¿Tu alianza de matrimonio? —repite.

Gruño nuevamente, esta vez porque estoy perdiéndolo.

—¿Me estás... proponiendo matrimonio? —susurra.

Me acerco más, con la voz áspera.

—No estoy preguntando. Estoy harto de preguntar. Te estoy diciendo: eres todo para mí. Así que o lo hacemos oficial... o te mantengo encerrada en esta habitación hasta que entres en razón.

En lugar de huir, ella comienza a sonreír. La sonrisa se extiende lentamente, como si no pudiera evitarlo, como si yo fuera la mayor maldita sorpresa de su vida. Su respiración se entrecorta, y luego se ríe, un sonido suave, hermoso y ligeramente lloroso.

—Entonces sí. Obviamente sí.

Exhalo como si me hubiera liberado de un peso que he cargado durante meses. Mis manos acunan su rostro, y la beso como si fuera lo único que me mantiene vivo.

—Te amo —murmuro contra su boca.

Las palabras se sienten como una confesión.

Ella se aparta, con los ojos brillantes.

—Dilo otra vez.

—Te amo —repito, con voz ronca y áspera.

—Otra vez —exige ella—. Una y otra vez.

—Dios, eres codiciosa —digo, pero no me detengo.

Lo digo hasta que es la única palabra que importa.

—Nunca es suficiente —dice ella, con un desafío en su voz.

Devoro su boca en un beso, y ella se aparta lo suficiente para susurrar:

—Yo también te amo, Rafe.

Eso es todo. Me quiebro. Me pongo de pie, la levanto y la arrojo a la cama. Ella rebota una vez, con el cabello cayendo salvajemente alrededor de su rostro, y me arrastro sobre ella como si tuviera toda la noche.

—Eres mía, Sloane. Cada parte de ti —gruño.

—Sí —respira.

Mi corazón late con fuerza, mi sangre late con fuerza, y juro que nunca se ha visto más hermosa. Nunca se ha visto más mía.

Sus dedos se enganchan alrededor de mi cuello, atrayéndome hacia abajo, y voy de buena gana, sabiendo que le daré cualquier cosa que me pida. Ella me besa con una ferocidad que no sabía que tenía, y dejo que me consuma.

—Rafe —respira.

—Todo —digo—, quiero todo, Sloane.

Apenas puedo soportarlo, apenas puedo soportarla a ella.

—Muéstrame cuánto —dice, y estoy perdido.

Ruedo sobre mi espalda, la llevo conmigo. Ella se sienta a horcajadas sobre mis caderas, su sonrisa me marea, y tengo que detenerme y recuperar el aliento antes de volverme loco. Es toda

fuego y suavidad, calor y promesa, el tipo de mujer que debería arruinarme pero no lo hace. En cambio, me hace completo.

—Aún no me voy —dice, traviesa y llena de risa.

—Bien —gruño, porque no puedo pensar en nada más, no puedo pensar en nada que no sea ella, y la atraigo hacia mí, besándola con todo lo que tengo.

Le quito la camisa lentamente, tomándome mi tiempo, saboreando cómo se siente su piel, la manera en que deja escapar un suspiro entrecortado. Me vuelve loco. Me saca de mis cabales. No puedo tener suficiente. Es suave, dulce, perfecta, y pierdo la noción de todo. Mis manos, mi boca, mi mundo, todo es ella.

Su camisa cae al suelo, y arrastro mis labios por su cuello, sobre su clavícula, perdiendo la maldita cabeza. Ahora solo lleva ropa interior, encaje negro contra su piel cremosa.

—Demasiada tela. Quítatela —exijo.

Su sonrisa es todo calor y locura, el tipo de sonrisa que podría destruir a un hombre menos fuerte. Se desliza de mi regazo, se quita la ropa interior, y la miro, sintiéndome destrozado, sintiéndome vivo. Sus curvas, su piel, ella, podría perderme en ella para siempre.

Cuando está desnuda, vuelve a subir a la cama, provocándome, tentándome, una sirena a la que no tengo esperanza de resistir. Pasa sus dedos por mi pecho, trazando las líneas de mis tatuajes, y no puedo soportarlo.

—Tú también —dice ella, acercándose.

Sus labios rozan mi oreja, su aliento cálido, sus palabras letales.

—Quiero sentirte, Rafe.

Me estremezco por la forma en que lo dice. La forma en que me hace desear más de lo que jamás debería.

—Ahora —dice, sin aliento, y no dudo.

Nos hago rodar, la sujeto contra la cama y me deshago de mis jeans y bóxers. Sus piernas rodean mi cintura, instándome a acercarme, más cerca. Su cuerpo se mueve contra el mío, y es el mejor tipo de tortura, el mejor tipo de cielo, el mejor tipo de perfección que nunca pensé que tendría.

La habitación está oscura, pero la luna se derrama a través de las ventanas, pintando su piel, pintándolo todo. Nunca he visto nada más hermoso.

Ella pasa sus dedos por mi espalda, luego me agarra con fuerza, y juro que estoy perdido. Juro que nunca volveré.

—Rafe —jadea, arqueándose, desesperada.

Soy codicioso. Estoy listo. Estoy fuera de mí.

Agarro sus muñecas, las sujeto por encima de su cabeza, manteniéndola quieta. Sé lo que quiere, sé lo que necesita, sé que le daré todo.

—Despacio —digo, soltando sus muñecas para acariciar su mejilla, para tocarla de la manera en que nunca me permití antes.

Sus dedos se hunden en mi cabello, en mi alma.

—No puedo —dice, salvaje.

—Déjame intentarlo.

La beso, larga y profundamente, reclamando cada pieza rota de ella y haciéndolas mías. Su boca es fuego, y juro que me quemará vivo. Quiero que lo haga. Le hago saber con cada respiración que ahora me pertenece, me pertenece para siempre.

Cuando finalmente entro en ella, está húmeda, caliente y perfecta. Me hace temblar, hace que mi control se rompa, me vuelve loco lo bien que se siente. Ella gime mi nombre, y sostengo su rostro en mis manos, negándome a dejarla apartar la mirada, negándome a dejarla ir.

—Sloane —digo.

Ella jadea, tiembla, y me pierdo en ella, me pierdo en todo.

Vuelvo a hacernos rodar, sujetándola contra mi pecho, queriendo sentirla lo más cerca posible. Queriendo sentirla deshacerse sobre mí. Queriendo verla. Su respiración se acelera, su piel enrojecida. Sus manos agarran las mías, apretando con fuerza, y la atraigo hacia abajo, desesperado por más. Su boca encuentra la mía, y me besa con una dulzura que me deshace.

Siempre he sido rápido y brusco y brutal, pero con ella es diferente.

Nuestros cuerpos encuentran un ritmo, y me muevo dentro de ella con una lentitud que es más devastadora que cualquier brusquedad que haya conocido. Se siente tan bien que creo que moriré por ello. Creo que perderé la cabeza.

—Sloane —digo, mi voz destrozada, y su respiración se entrecorta, su cuerpo se tensa.

Alcanzo entre nosotros, mis dedos encontrándola, y ella se hace pedazos. Llama mi nombre, se aferra a mí como si nunca quisiera soltarme, y juro que no la dejaré.

Estoy justo ahí con ella, sintiéndola deshacerse, y eso me lleva al límite. Empujo hacia arriba, duro y salvaje y desesperado, un hombre sin límites, y ella grita, su cuerpo arqueándose sobre mí, sus pechos moviéndose tan deliciosamente.

—¡Rafe! —jadea.

Cubro su boca con la mía, atrayéndola, llevándola conmigo. Siento la tensión enroscarse, siento que se rompe, siento todo a la vez, y me pierdo en ella.

—Por favor, no pares —susurra.

—No voy a ninguna parte —digo con dificultad, cada movimiento una promesa.

Ella llega primero, con un grito silencioso debajo de mí. La sigo con un gemido y un entrecortado "Mierda, Sloane", las palabras más una oración que una blasfemia.

La sostengo durante todo el proceso, ambos temblando, jadeando y sin aliento.

Mis manos encuentran su cabello, enredándose en él, manteniéndola cerca.

Mis ojos encuentran los suyos, sujetándolos, sin dejarlos ir.

Presiono un beso en su sien.

—Sloane Rosetti suena bien —murmuro.

Ella se ríe contra mi cuello.

—Esposo también suena bien.

La atraigo más cerca y susurro en su cabello.

—Nunca te dejaré ir.

La luz de la luna se derrama sobre nosotros, cubriendo nuestros cuerpos, y creo que tal vez nunca querré más que esto.

Creo que tal vez finalmente estoy completo.

Después, yacemos enredados en la oscuridad, sus dedos trazando círculos perezosos en mi pecho.

34

Sloane

La noche de juegos en la mansión Rosetti es una locura y amor, todo enredado como luces navideñas. El ruido rebota en las paredes de acero y vidrio mientras nos reunimos alrededor de la enorme mesa de café en la sala principal, gritando unos sobre otros, lanzando cartas y fingiendo que no nos importa quién gana (a todos nos importa).

Carmela levanta los brazos, casi derramando su copa de vino, y luego estalla en un ataque de risitas. Matteo le lanza un beso y la llama pequeña tramposa. Rafe está sentado a mi lado, una tormenta silenciosa en el centro de todo. Sus hermanos son ruidosos e imposibles. Su hermana es un rayo de sol. Su familia. Mi familia. Se siente como si siempre hubiera estado aquí. Como si este fuera mi lugar.

Leonardo se pone de pie, ruidoso como siempre, lanzando un mazo de cartas a través de la mesa. Se dispersan como confeti, cayendo en los regazos, en el suelo, y estoy segura de que algunas desaparecen en el enorme sofá negro detrás de nosotros.

—Alguien no está jugando limpio —dice, tronándose los nudillos, haciéndolo sonar como una amenaza.

—Y me pregunto quién podría ser —sonríe Matteo, haciendo girar una moneda plateada entre sus dedos.

Brilla bajo las luces del techo, resplandeciente como su sonrisa con hoyuelos. Se recuesta, todo confianza perezosa y encanto.

—No hace falta ser un genio para saber que no sabes barajar una mierda —añade.

—Cuidado, Playboy —gruñe Leonardo, pero está sonriendo.

Es imposible no hacerlo con este grupo.

La habitación resuena con el ruido de las cartas y las voces, el tintineo de las copas, y risas que rebotan en los techos altos. Huele a vino y demasiadas colonias caras y a los espaguetis que el personal de cocina preparó antes. La sala es elegante y moderna, llena de muebles caros, arte en las paredes. Pero esta noche, con todos aquí, se siente cálida, viva.

Dom levanta una ceja desde el sillón que comparte con Besiana, la imagen del caos compuesto.

—Si hay trampas —dice—, sé dónde mirar primero.

—¿Yo? —pregunta Matteo, poniendo una mano en su corazón, actuando todo ofendido—. Vamos, no necesito hacer trampa para ganar.

Besiana sacude la cabeza, sonriendo mientras se apoya en Dom.

—Ustedes los Rosetti —dice, con voz suave y divertida—. ¿Hay algo que no sea una competencia?

Carmela me da un codazo desde el otro lado.

—Mejor acostúmbrate, cariño —dice.

Sus ojos verdes brillan con risa, los rizos rebotando como resortes mientras se mueve en el sofá.

—O tendrás que cambiar a Rafe por un novio normal —añade.

Me río.

—Lo normal es aburrido.

Cruzo miradas con Eleanor al otro lado de la habitación. Está acurrucada junto a Leonardo, elegante y serena, pero incluso ella se está riendo ahora, con la cabeza echada hacia atrás, su cabello castaño rico cayendo sobre su hombro. Encuentra mi mirada y me guiña un ojo, con una sonrisa cómplice jugando en las comisuras de sus labios.

Rafe desliza una mano enguantada en cuero dentro de la mía, y su calidez hace que mi corazón tropiece consigo mismo. No dice nada, pero no tiene que hacerlo. Encajamos. Pertenecemos.

Todos nos acomodamos en los asientos y comenzamos a repartir de nuevo. Las cartas pasan de mano en mano, y no puedo dejar de sonreír como una idiota. Es un mundo diferente de donde crecí. Más ruidoso, más desordenado. Más amor del que sé qué hacer con él.

Una carta pasa volando junto a mi cabeza, y me agacho justo a tiempo para evitarla. Emilio se encoge de hombros cuando lo miro. Tiene la capucha de su sudadera puesta, como siempre, los ojos medio ocultos bajo el cabello oscuro.

—Estaba apuntando a Leo —dice—. Pero supongo que ambos son un dolor en el trasero.

Me río, y se siente bien. Mejor que bien.

Rafe aprieta mi mano.

—¿Estás bien? —pregunta, lo suficientemente bajo para que sea solo para mí.

Me inclino hacia él, captando el aroma familiar de cuero y jabón y él.

—Nunca mejor.

Jugamos ronda tras ronda, bromeando, hablando mal y creando nuevas reglas cuando nos conviene. Dom y Besiana tienen sus cabezas juntas, una conspiración silenciosa contra el resto de nosotros. Matteo acusa a Emilio de contar cartas, y Emilio solo levanta una ceja como si no se molestara en negarlo. Leonardo y Eleanor forman un equipo indestructible hasta que Carmela se une a mí, y logramos derribarlos de su pedestal por una ronda.

Rafe se mantiene al margen, contento de observar, lo cual está bien porque nadie puede ponerse de acuerdo sobre si es mejor tenerlo como compañero o estar en el lado opuesto.

Es una locura, pura y simple, pero no puedo borrar la sonrisa de mi cara. La que ha estado ahí por días.

Leonardo señala las copas vacías en la mesa.

—¿Quién necesita rellenar?

Levanto mi mano junto con algunas otras.

—Volvemos enseguida —dice, tirando de Eleanor para ponerla de pie.

La tiene agarrada, un poco salvaje, un poco posesivo, y ella pone los ojos en blanco como si fuera lo más ridículo, pero no lo suelta.

Empezamos a repartir de nuevo mientras salen de la habitación, pero Rafe me atrae de vuelta al sofá antes de que pueda involucrarme demasiado. Caigo contra él, y me rodea con un brazo, ajustado y seguro. Me siento a salvo aquí, justo aquí contra él.

—Mírenlos —dice Matteo—. Es asqueroso.

—Te escuché —grito, y le lanzo una carta, un tiro perfecto justo en su frente.

—Tal vez deberíamos empezar a actuar como ellos —continúa Matteo, mirando a su alrededor como si fuera a encontrar a alguna mujer elegible escondida en las sombras y esperando caer en sus brazos.

—Tal vez deberías dejar de hablar —interrumpe Emilio, con voz seca como siempre.

—Tan asqueroso —dice Matteo de nuevo, y Rafe finalmente sonríe.

Jugamos algunas rondas más, la noche convirtiéndose en caos, risas y cartas derramadas. Emilio gana la mitad de los juegos, aunque no estoy convencida de que no hackee la baraja. El resto de nosotros pasamos más tiempo gritando y culpándonos unos a otros que llevando la cuenta.

Eleanor y Leonardo regresan con bebidas. La habitación está caliente, ruidosa y perfecta, y sé que no es así como debería ser. No si le preguntas a mis viejos vecinos de casa. Pero es exactamente como yo lo quiero.

—Oye —dice Leonardo, entregándome una copa de vino, con ojos traviesos como si ya estuviera planeando algo—. ¿Qué va a decir tu papi policía de todo esto? —Hace un gesto alrededor de la habitación, un amplio movimiento que abarca cada pulgada ruidosa y feliz—. ¿Crees que le dará un ataque al corazón?

Pienso en papá, imagino su mirada severa mientras observa a la familia que viene con el hombre que he elegido. Puedo sentirlo fulminando con la mirada a Rafe, sus exigencias de una verificación de antecedentes solo medio en broma. Lo peor es que sé qué tipo de problemas imaginará que tengo. Lo mejor es que tendrá razón.

Me imagino a mi madre a su lado, su cerebro práctico y organizado tratando de encontrar un lugar por donde empezar. Será amable, al menos. Siempre lo es. La imagino tratando de encajar donde pueda, y cómo sus cejas se dispararán hasta el cielo la primera vez que alguien maldiga en la noche de juegos. La primera vez que alguien saque un arma.

Y luego está Frank, su protección de hermano mayor aumentada al máximo. Puedo oírlo ahora, su voz sin tonterías retumbando desde Tennessee. Puedo oír la incredulidad cuando se entere de mi vida ahora, la sorpresa total cuando la vea por sí mismo en su primera visita. Puedo ver sus ojos agrandándose ante la vista de todos estos grandes y ruidosos hombres Rosetti con sus trajes de diseñador, camisetas negras, cuero y tatuajes.

Y Lisa, mi hermana pequeña, la práctica. Apuesto a que ignorará todas las tonterías, sacudirá la cabeza y señalará a mamá, papá y Frank lo equivocados que están.

Mi dulce y tranquila familia. El contraste es casi gracioso. Son tan diferentes a los Rosetti. Nunca han conocido a personas que literalmente arrancarían la cabeza de un hombre por insultar a un ser querido. Nunca han conocido a nadie como Rafe, con ojos azul hielo, guantes de cuero y una historia que a veces todavía me asusta. Nunca han conocido a una familia así.

No lo saben todavía, pero van a amarlos.

—Los amará a todos —digo, y lo digo en serio—. O al menos, tendrá que fingir que lo hace, o si no...

Carmela se atraganta con su bebida, Matteo sonríe, y todos estallamos en risas.

—O si no —repite Emilio, con una elevación de su ceja y una sonrisa en sus labios.

—Despiadada —dice Dom, sonando casi orgulloso y asintiendo, como si esto resolviera todo—. Es una de nosotros.

Leonardo me rodea con su brazo y me da un apretón, como un hermano mayor mostrando afecto.

—Maldita sea que sí —dice.

Eleanor se ríe y lo empuja.

—Sé amable —le dice, pero está sonriendo, y sé que siente lo mismo.

Me duelen las mejillas de tanto sonreír, pero no me importa. Esta es mi vida ahora, salvaje e inesperada y hermosa.

—Despiadada, me gusta eso —digo, mirando a Rafe, quien me mira con esos ojos imposiblemente azules—. ¿Crees que me queda bien?

Me roza un beso en la sien.

—Demonios, sí —dice.

Todos gritan y silban. Carmela nos arroja un cojín, y Matteo nos llama la pareja más cursi en la historia de las parejas cursis. Rafe solo le muestra el dedo medio y me atrae más cerca.

—Tan malditamente asqueroso —gime Leonardo, pero lo atrapo mirando a Eleanor como si fuera lo único que jamás necesitará.

Me acurruco al lado de Rafe, mi cabeza en su hombro, y respiro la noche. Las risas, el desastre, el amor. Todo es mío, y es perfecto.

—Terminemos este juego —dice Carmela. Está en el suelo ahora, haciendo equipo con Matteo, ojos llenos de travesura—. Alguien tiene que mostrarle a Emilio que no es el jefe por aquí.

—Buena suerte con eso —dice Emilio, su voz divertida y tan segura de sí mismo que no es de extrañar que siga ganando.

—El perdedor hace el desayuno —declara Dom, y Besiana solo sacude la cabeza y se ríe.

—No —dice ella—. Creo que todos deberíamos hacer el desayuno.

Leonardo se frota las manos como si estuviera planeando un nuevo atraco.

—Ahora estás hablando. Sloane, ¿tienes algún consejo para el desayuno?

—Sí —sonrío—. Solo denme un cuchillo afilado y vean cómo hago magia.

Rafe se ríe, bajo y cálido.

—Sí, vas a encajar perfectamente.

Jugamos algunas rondas más, y Emilio gana como todos sabíamos que lo haría. La última carta apenas está en la mesa antes de que se recueste, presumido como el infierno, y cruce los brazos.

—Solo suerte —dice, con el más mínimo indicio de una sonrisa.

—Una mierda —se ríe Leonardo.

Nos sumergimos en el caos, acusaciones y negaciones volando como las cartas lo hicieron antes. Gritamos, culpamos y protestamos, y de alguna manera todos tienen razón y nadie la tiene. Es el mejor tipo de pelea, ruidosa y feliz y rebosante de amor.

Miro a todos ellos, mi familia, mi imposible, desordenada y maravillosa familia, y sé sin lugar a dudas que esto es. Este es mi hogar.

35

Epílogo - Emilio

El resplandor azul de mis monitores es la única luz en la habitación. Han pasado tres días desde que Rafe mató a Dale Callahan, y no he dormido. No puedo dormir. No cuando ella ha vuelto a la ciudad.

Mis dedos vuelan sobre el teclado mientras reviso las imágenes de seguridad del Hotel Grand Metropolitan en el centro. Y ahí está ella. Mara Vale. Su cabello oscuro es más corto ahora, cortado en un elegante bob que enmarca su rostro. Se mueve con la misma gracia fluida que alguna vez me cautivó, la misma confianza calculada que todavía persigue mis sueños.

Tres años, dos meses y dieciséis días desde que desapareció de mi vida.

Amplío la imagen, estudiando sus rasgos con una intensidad que debería perturbarme. La curva de su mandíbula. El leve surco entre sus cejas mientras revisa su teléfono. La forma en que escanea el vestíbulo, sin perderse nada.

Mis otras pantallas muestran lo que ella no puede ver: las alarmas digitales que he colocado a su alrededor, monitoreando cada uno de sus movimientos. Sus reservas de hotel. Sus comunicaciones encriptadas. Los teléfonos desechables que cambia como si fueran naipes. Durante meses —años, si soy honesto conmigo mismo— la

he rastreado a través de continentes, a través de innumerables identidades. Incluso cuando la familia pensaba que había desaparecido por completo, yo seguí observando. Seguí esperando.

Suena una notificación. Mi pulso se acelera mientras abro el mensaje:

E- Chase quiere sangre. Primero tu familia, luego todos los que te importan. He aceptado el contrato. -M.V.

Mis dedos se detienen sobre el teclado. No debería haberme advertido. Es un error táctico, uno que la Mara que conocía nunca habría cometido. A menos que...

Escribo mi respuesta:

¿Por qué decírmelo?

La respuesta llega casi instantáneamente:

Tú sabes por qué.

Tres palabras. Mi pecho se tensa. Detrás de mí, mi puerta se abre, y rápidamente minimizo la ventana.

—¿Algo nuevo? —pregunta Rafe, apoyándose en el marco de la puerta. Hay agotamiento grabado en las líneas de su rostro, pero también algo que no había visto en él antes. Una ligereza. Esa es la influencia de Sloane.

—Chase está movilizándose —respondo, abriendo una pantalla diferente para ocultar mi correspondencia—. Ha llamado a todos sus favores, a todos sus aliados. Los Callahan se están preparando para la guerra.

Rafe se acerca, estudiando el mapa que he creado mostrando los movimientos de los Callahan por toda la ciudad.

—Sabíamos que esto iba a pasar.

—No así —abro otra ventana, mostrando transacciones financieras que he estado monitoreando—. Está liquidando activos. Millones. Esto no es solo venganza por Dale. Es personal. Está planeando borrarnos por completo.

La mandíbula de Rafe se tensa.

—Dom ha convocado una reunión familiar. En diez minutos.

Asiento, mi atención ya desviándose de vuelta a la ventana minimizada, al mensaje de Mara.

—Ahí estaré.

Cuando Rafe se va, vuelvo a la cámara de seguridad. Mara ya no está en el vestíbulo, pero sé hacia dónde se dirige. Siempre lo sé. El algoritmo de rastreo que construí la ha estado siguiendo durante años. Ella piensa que es invisible, moviéndose por el mundo como un fantasma. No se da cuenta de que la veo en todas partes.

Otra notificación. Un nuevo mensaje:

Medianoche. El lugar que me prometiste llevar. Ven solo.

Mi corazón late contra mis costillas. El recuerdo surge sin ser invitado: Mara en mis brazos, su confesión susurrada sobre el pequeño café con vista al río, cómo siempre había querido ver el amanecer allí. Cómo le prometí llevarla algún día.

Una promesa que nunca cumplí.

Verifico la hora. Dos horas hasta la medianoche. Dos horas para decidir si estoy caminando hacia una trampa. Pero ya sé que iré. He estado esperando este momento desde que desapareció, dejando nada más que una cama vacía y un vacío en mi pecho que nada ha llenado.

Cierro el mensaje y abro mi sistema de vigilancia, accediendo a las cámaras de seguridad alrededor del café. Está casi vacío, salvo por una pareja demorándose con su café en el rincón. No hay señales de hombres de Callahan. Ninguna amenaza obvia.

Aun así, la precaución está programada en mí. Ejecuto el reconocimiento facial en la pareja, confirmando que son turistas de Chicago. Escaneo los edificios circundantes, los autos estacionados, buscando cualquier cosa fuera de lugar. Nada. Pero eso no significa que sea seguro.

Nada es seguro cuando se trata de Mara Vale.

Mi teléfono vibra con un recordatorio de la reunión familiar. Debería ir. Debería advertirles sobre lo que viene. Sobre quién viene.

Pero no lo haré. Aún no. Esto es entre Mara y yo. Siempre lo ha sido.

Abro un cajón y saco un pequeño estuche negro. Dentro, mi Glock personalizada descansa en un acolchado de espuma. La reviso metódicamente, los movimientos automáticos después de años de práctica. Cargada. Seguro puesto. La enfundo, luego me pongo mi sudadera con capucha, manteniendo la capucha baja sobre mi rostro.

Mientras salgo de mi habitación, me cruzo con Sloane en el pasillo. Sale de la habitación de Rafe, su rostro tenso por la preocupación.

—¿Reunión familiar? —pregunta.

—Algo así —paso junto a ella, evitando sus ojos. Es perceptiva, esta mujer que mi hermano ha elegido. Demasiado perceptiva.

—Ten cuidado —dice, y algo en su tono me hace pausar.

La miro, sopesando cuánto revelar.

—Las cosas se van a poner feas —digo finalmente—. Quédate cerca de Rafe.

Ella asiente, entendiendo la advertencia por lo que es.

—¿Y qué hay de ti?

Un fantasma de sonrisa toca mis labios.

—Tengo asuntos que atender.

Me voy antes de que pueda hacer más preguntas, deslizándome por la mansión como la sombra que mis hermanos nombraron. Los guardias me asienten al pasar, pero mantengo la cabeza baja, evitando sus ojos. Mejor que no recuerden haberme visto esta noche.

Afuera, el aire nocturno es cortante con la escarcha que se aproxima. Evito la puerta principal, tomando el camino oculto a través del bosque en el borde de la propiedad. Mi motocicleta espera donde la dejé, oculta bajo una lona. La descubro en silencio, luego reviso mi teléfono una vez más.

Un nuevo mensaje de un número desconocido:

Se están moviendo contra tu familia esta noche. Almacén en el Muelle 17. Te he comprado tiempo, pero no mucho.

Mi sangre se congela. El almacén alberga millones en productos. Si los Callahan lo atacan...

Debería avisarles. Debería dar la vuelta.

Pero el reloj marca las 11:30 PM. Treinta minutos hasta Mara.

Vacilo, dividido entre el deber y la obsesión. Luego escribo un mensaje rápido a Domenico:

Callahan se mueve esta noche. Muelle 17. Envía refuerzos.

No es suficiente. Debería estar allí. Debería ayudar a defender lo que es nuestro.

Pero Mara está esperando, y he estado esperando este momento demasiado tiempo para dar marcha atrás ahora.

Monto la motocicleta y salgo rugiendo en la noche, el viento cortando a través de mi ropa, tan afilado como la culpa que atraviesa mi pecho. Las carreteras se difuminan bajo mí mientras corro hacia el café, hacia ella.

Estaciono a una cuadra de distancia, escaneando el área una vez más antes de acercarme a pie. El café está cerrado, pero la puerta lateral está desbloqueada, tal como su mensaje insinuaba que estaría. Cada instinto grita trampa, pero avanzo de todos modos, una mano en mi arma enfundada.

Dentro, el café está oscuro y vacío. Una sola mesa en la esquina tiene una vela encendida, pero nadie está sentado allí. En la mesa hay un sobre con mi inicial: E.

Me acerco con cautela, buscando cualquier movimiento en las sombras. El sobre no está sellado. Dentro hay una nota con su familiar caligrafía:

Todavía no. Nos están vigilando a ambos ahora. Cuando sea el momento adecuado, te encontraré. O tú me encontrarás. Siempre lo haces. -M.V.

Miro fijamente las palabras, decepción y alivio luchando dentro de mí. Ella sabía que vendría. Sabía que no podría resistirme.

La llama de la vela parpadea, proyectando sombras sobre el papel. Lo doblo cuidadosamente, deslizándolo en mi bolsillo, ya memorizando cada curva de su caligrafía.

Mi teléfono vibra. Un mensaje de Domenico:

Demasiado tarde. Almacén atacado. Leo herido. Regresa AHORA.

La culpa surge a través de mí. Debería haber estado allí. Debería haber puesto a la familia primero.

Apago la vela y me muevo rápidamente de regreso a mi motocicleta. La guerra ha comenzado, y ya he fallado en mi primera prueba de lealtad.

Pero mientras regreso a toda velocidad hacia la mansión, hacia mi familia, la nota de Mara arde en mi bolsillo como una promesa. O una amenaza.

Cuando sea el momento adecuado, te encontraré.

Está jugando conmigo. Lo ha estado haciendo durante años. Esta elaborada danza de depredador y presa, roles constantemente invertidos. Observando. Esperando. Preguntándose quién se rompería primero.

Empujo la moto más rápido, el viento golpeando mi rostro, pero mi mente permanece en ese café, con el fantasma de una mujer que traicionó todo lo que yo representaba. La mujer que nunca he podido dejar ir.

La mujer que seguiré observando, cazando, deseando. Hasta el final.

Mientras la mansión aparece a la vista, luces resplandecientes, seguridad en alerta máxima, me hago una promesa. La encontraré. La haré explicar por qué se fue, por qué está trabajando para Chase, y por qué me advirtió.

La encontraré, y cuando lo haga, no dejaré que desaparezca de nuevo.

La guerra con los Callahan puede ser inevitable. Mis hermanos pueden necesitarme ahora más que nunca.

Pero esto, esta obsesión, esta cacería, es solo mía.

Y nunca he sido de los que pierden.

¡Hola! Gracias por leer *Merciless Vows*.

El próximo libro de la serie *Familia Rosetti* te lanza directo a la historia de Emilio… y a la mujer a la que persigue con una obsesión implacable.

¡Muy pronto!

x Pia

Ah, y una cosita más… si quieres enterarte la primera de mis nuevas publicaciones, sígueme en Amazon.

xx Pia